JOHN CARLIN

EL FACTOR HUMANO

NELSON MANDELA Y EL PARTIDO QUE SALVÓ A UNA NACIÓN



En 1985, cuando Nelson Mandela llevaba veintitrés años en prisión, se propuso conquistar a sus enemigos, los más fervientes defensores del apartheid. Así obtuvo su libertad y consiguió convertirse en presidente. Pero la inestabilidad de un país dividido por cincuenta años de odio racial cristalizó en la amenaza de una guerra civil. Mandela comprendió que tenía que conseguir la unión de blancos y negros de forma espontánea y emocional, y vio con claridad que el deporte era una estrategia extraordinaria para lograrlo.

John Carlin ha descubierto el factor humano que hizo posible un milagro: la capacidad innata de Mandela para seducir al oponente y su tenaz deliberación de utilizar el mundial de rugby de 1995 para sellar la paz y cambiar el curso de la Historia. La final de aquel mundial culminó con la victoria sudafricana en el último minuto, y fundió en un abrazo a negros y blancos en el ejemplo más inspirador que ha visto la humanidad.

Carlin, cuya labor como corresponsal en Sudáfrica ha sido calificada por Mandela como «absolutamente magnífica », ofrece un apasionante relato en la voz de un grupo de personajes que vivieron esta gran historia que la Warner Bros no ha dudado en llevar al cine bajo la dirección de Clint Eastwood, y la interpretación de Morgan Freeman y Matt Damon. «En sus manos, existe la posibilidad de que la película haga justicia a la historia, pero no esperéis a la película», The New York Times.

John Carlin

El factor humano

Nelson Mandela y el partido que salvó a una nación

ePub r1.3
17ramsor 12.11.15

Título original: *Playing the Enemy*
John Carlin, 2008
Traducción: María Luisa Rodríguez Tapia

Editor digital: 17ramsor
Corrección de erratas: r1.3 auqui
ePub base r1.2



Para mi hijo, James Nelson

«No hay que apelar a su razón,
sino a sus corazones»

NELSON MANDELA

INTRODUCCIÓN

La primera persona a la que propuse hacer este libro fue Nelson Mandela. Nos vimos en el salón de su casa de Johanesburgo en agosto de 2001, dos años después de que se retirase de la presidencia de Sudáfrica. Después de intercambiar unas cuantas bromas, cosa que se le da muy bien, y algunos recuerdos comunes sobre los tensos años de la transición política en Sudáfrica, que yo había cubierto para un periódico británico, le hice mi propuesta.

Empecé por exponer los temas generales y le dije que, en mi opinión, todas las sociedades aspiran, conscientemente o no, a utopías de un tipo u otro. Los políticos comercian con las esperanzas de la gente de alcanzar el cielo en la tierra. Como no es posible, las vidas de las naciones, como las de las personas, son una lucha perpetua por hacer realidad esos sueños. En el caso de Mandela, el sueño que le sostuvo durante sus veintisiete años de cárcel fue el mismo que el de Martin Luther King Jr.: que un día, a la gente de su país, se la juzgara no por el color de su piel sino por su carácter.

Mientras hablaba, Mandela seguía sentado, inescrutable como una esfinge, como hace siempre que la conversación se vuelve seria y él es el oyente. Uno no está seguro, mientras parlotea sin parar, de si le está prestando atención o está perdido en sus propios pensamientos. Sin embargo, cuando cité a King, asintió, los labios cerrados, con un brusco movimiento de barbilla.

Animado, le dije que el libro que pensaba escribir trataba sobre la pacífica transferencia de poder de la minoría blanca a la mayoría negra en Sudáfrica, el paso del apartheid a la democracia; que el libro iba a cubrir diez años, empezando por el primer contacto político que tuvo él con el gobierno en 1985 (me pareció ver que asentía también a eso), cuando todavía estaba en prisión. En cuanto al tema, era una cuestión que podía tener importancia en cualquier lugar en el que surgen conflictos debidos a la incomprensión y la desconfianza que van

de la mano del tribalismo congénito de la especie. Cuando dije «tribalismo», me refería al sentido más amplio de la palabra, aplicada a la raza, la religión, el nacionalismo y la política. George Orwell definió el término como esa «costumbre de suponer que a los seres humanos se les puede clasificar como a los insectos, y que es posible aplicar a bloques enteros de millones o decenas de millones de personas la etiqueta de "buenas" o "malas"». Nunca desde el nazismo se había institucionalizado ese hábito deshumanizador de forma tan completa como en Sudáfrica. El propio Mandela describió el apartheid como un «genocidio moral»: sin campos de la muerte, pero con el cruel exterminio del respeto de un pueblo por sí mismo.

Por ese motivo, el apartheid fue el único sistema político que, en el apogeo de la guerra fría, muchos países —Estados Unidos, la Unión Soviética, Albania, China, Francia, Corea del Norte, España, Cuba— estuvieron de acuerdo en considerar, según la definición de Naciones Unidas, «un crimen contra la humanidad». Sin embargo, de esa injusticia épica nació una épica reconciliación.

Le conté a Mandela que, en mi trabajo de periodista, había conocido a mucha gente que luchaba para lograr la paz en Oriente Próximo, Latinoamérica, África, Asia: para esas personas, Sudáfrica era un ideal al que todos aspiraban. En la industria de la «resolución de conflictos» que floreció tras el final de la guerra fría, cuando empezaron a estallar conflictos locales en todo el mundo, el manual a seguir para alcanzar la paz por medios políticos era la «revolución negociada» de Sudáfrica, como alguien la llamó una vez. Ningún otro país había hecho la transición de la tiranía a la democracia mejor ni con más compasión. Reconocí que ya se había escrito mucho sobre los mecanismos internos del «milagro sudafricano». Pero lo que faltaba, en mi opinión, era un libro sobre el factor humano, sobre lo milagroso del milagro. Lo que yo tenía en mente era una historia desinhibidoramente positiva que mostrase los mejores aspectos del animal humano; un libro con un héroe de carne y hueso; un libro sobre un país cuya mayoría negra debería haber exigido a gritos la venganza y, sin embargo, siguiendo el ejemplo de Mandela, dio al mundo una lección de inteligencia y capacidad de perdonar. Mi libro iba a estar habitado por un amplio repertorio de personajes, blancos y negros, cuyas historias transmitirían el rostro viviente de la gran ceremonia de redención sudafricana. Pero también, en un momento en el que, si observábamos a los líderes mundiales, la mayoría nos parecían enanos morales (la esfinge ni se inmutó al oírlo), mi libro iba a tratar sobre él. No sería una biografía, sino un relato que ilustrase su genio político, el talento que

desplegó al ganarse a la gente para su causa a base de apelar a sus mejores cualidades; al sacar a relucir, en palabras de Abraham Lincoln, a «los ángeles buenos» de su naturaleza.

Le dije que quería situar el libro en torno al espectáculo dramático de un acontecimiento deportivo concreto. El deporte era un poderoso instrumento de movilización de masas y agudizaba las percepciones políticas (también aquí hizo un rápido y seco gesto de asentimiento). Cité varios ejemplos: los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, que Hitler utilizó para promover la idea de la superioridad aria, aunque el atleta negro estadounidense Jesse Owens desbarató sus planes al ganar cuatro medallas; Jackie Robinson, el primer negro que jugó en la liga de primera división de béisbol y ayudó a poner en marcha el cambio de actitud que desembocaría en una gran transformación social en Estados Unidos.

Luego recordé a Mandela una cosa que él había dicho uno o dos años antes, en la entrega de un premio a la labor de toda una vida a la estrella del fútbol brasileño Pelé. Había dicho, según las notas que llevaba conmigo, que «el deporte tiene el poder de transformar el mundo. Tiene el poder de inspirar, de unir a la gente como pocas otras cosas… Tiene más capacidad que los gobiernos de derribar las barreras raciales».

Para resumir, le conté a Mandela cuál iba a ser el corazón narrativo de mi libro y por qué iba a necesitar su apoyo. Le dije que había habido una ocasión deportiva que había superado a las demás que acababa de mencionar, en la que se habían unido todos los temas de los que le acababa de hablar en la conversación; una ocasión que evocaba de forma mágica la «sinfonía de la fraternidad» de los sueños de Martin Luther King; un acontecimiento en el que se plasmó todo aquello por lo que Mandela había luchado y sufrido en su vida. Me refería a la final del…

De pronto, su sonrisa iluminó la habitación y, con sus grandes manos unidas en señal de reconocimiento, terminó la frase por mí: «¡La final de la Copa del Mundo de rugby en 1995!» Mi propia sonrisa confirmó que había adivinado, y añadió: «¡Sí, sí, por supuesto! Entiendo perfectamente el libro en el que está pensando —dijo con voz firme, como si no tuviera ochenta y dos años sino cuarenta menos—. John, tienes mi bendición. La tienes de todo corazón».

Animados, nos dimos la mano y acordamos volver a vernos pronto. En esa segunda entrevista, con la grabadora encendida, me explicó que la primera vez que se había hecho una idea del poder político del deporte había sido en la cárcel; que había utilizado la Copa del Mundo de rugby de 1995 como

instrumento en el gran objetivo estratégico que se había propuesto para sus cinco años como primer presidente elegido democráticamente de Sudáfrica: reconciliar a los blancos y los negros y crear las condiciones para una paz duradera en un país que, sólo cinco años antes, cuando él salió de prisión, contenía todos los elementos para una guerra civil. Me contó, entre risas, lo que le había costado convencer a su propia gente para que apoyara al equipo de rugby, y me habló con respeto y afecto de François Pienaar, el rubio y grandullón hijo del apartheid que capitaneaba la selección sudafricana, los Springboks, y del mánager del equipo, otro afrikaner gigantesco, Morné du Plessis, a quien Mandela calificó, en ese estilo medio británico, elegante y anticuado que tiene, como «un caballero excelente».

Después de que Mandela y yo nos viéramos aquel día, todo tipo de gente aceptó hablar conmigo para el libro. Ya había acumulado gran parte del material para mi relato durante los seis apasionantes años que trabajé en Sudáfrica como corresponsal del *Independent* de Londres, entre 1989 y 1995, y había vuelto al país varias veces como periodista durante los diez años posteriores. Pero no empecé a entrevistarme con personas pensando específicamente en este libro hasta después de hablar con Mandela, y lo hice con una estrella de los Springboks de aquel campeonato llamado Hennie le Roux. Uno no espera sentirse afectado y sentimental después de hablar con un jugador de rugby, pero eso es lo que me pasó, porque Le Roux se emocionó mucho al hablar de Mandela y del papel que a él, un afrikaner decente pero poco versado en política, le había tocado desempeñar en la vida nacional de su país. Pasamos juntos unas dos horas en una planta de un edificio de oficinas vacío, mientras caía la tarde, y en tres o cuatro ocasiones tuvo que interrumpirse mientras hablaba para reprimir los sollozos.

La entrevista con Le Roux marcó el tono que iban a tener las docenas de conversaciones más que mantuve para este libro. Hubo muchas ocasiones en las que a mis interlocutores se les humedecían los ojos, sobre todo cuando se trataba de alguien del mundo del rugby. Y en todos los casos —ya fuera el arzobispo Desmond Tutu, el general afrikaner Constand Viljoen, nacionalista de extrema derecha, o su hermano gemelo Braam, más bien de izquierdas—, revivieron la época de la que hablábamos con un entusiasmo que a veces rayaba en la euforia.

Más de una vez, la gente comentó que el libro que iba a escribir parecía una fábula, o una parábola, o un cuento de hadas. Resultaba curioso oírlo de boca de quienes habían sido los protagonistas reales de una historia política llena de

violencia, pero era cierto. El hecho de que ocurriera en África y tuviera que ver con un partido de rugby era casi lo de menos. Si hubiera sucedido en China y el elemento dramático hubiera consistido en una carrera de búfalos de agua, el relato habría podido ser igualmente ejemplar. Porque cumplía las dos condiciones esenciales de un buen cuento de hadas: era una gran historia y contenía una lección eterna.

Otras dos cosas me impresionaron cuando empecé a revisar todo el material que había acumulado. En primer lugar, el genio político de Mandela. La política, reducida a sus elementos esenciales, es persuasión, ganarse a la gente. Todos los políticos son seductores profesionales. Viven de cortejar a la gente. Y, si son listos y hacen bien su trabajo, si tienen talento para conectar bien con el pueblo, prosperan. Lincoln era así, y Roosevelt, y Churchill, y De Gaulle, y Kennedy, y Martin Luther King, y Reagan, y Clinton y Blair. También lo era Arafat. E incluso Hitler. Todos ellos se ganaron a su gente para la causa que defendían. En lo que les superó Mandela —el anti-Hitler— fue en el alcance de su ambición. Después de ganarse a su propia gente —ya suficiente proeza, porque era gente muy diversa, formada por todo tipo de creencias, colores y tribus—, se propuso ganarse al enemigo. Cómo lo hizo, cómo consiguió ganarse a personas que habían aplaudido su encarcelamiento, que habían querido verle muerto, que habían planeado declararle la guerra, es de lo que trata principalmente este libro.

La segunda cosa de la que me di cuenta fue que, además de un relato, incluso además de un cuento de hadas, esta historia podía acabar siendo una parte más del enorme canon de obras de autoayuda que ofrecen a los lectores modelos para prosperar en su propia vida. Mandela domina, más que ninguna otra persona viva (y seguramente muerta) el arte de hacer amigos e influir en la gente. Da igual que procedieran de la extrema izquierda o de la extrema derecha, que al principio hubieran temido, odiado o admirado a Mandela: todas las personas a las que entrevisté dijeron haberse sentido renovados y mejores gracias a su ejemplo. Todos ellos, al hablar de él, parecían brillar. Este libro pretende, humildemente, reflejar un poco la luz de Mandela.

CAPÍTULO I

DESAYUNO EN HOUGHTON

24 de junio de 1995

Se despertó, como siempre, a las 4:30 de la mañana; se levantó, se vistió, dobló su pijama e hizo su cama. Había sido un revolucionario toda su vida y ahora era presidente de un gran país, pero no había nada capaz de hacer que Nelson Mandela rompiera con los rituales establecidos durante sus veintisiete años de prisión.

Ni cuando estaba en casa de otra persona, ni cuando se alojaba en un hotel de lujo, ni siquiera cuando pasaba la noche en el palacio de Buckingham o la Casa Blanca. Con la suerte de que nunca le afectaba el jet lag —le daba igual estar en Washington, Londres o Nueva Delhi—, siempre se levantaba a las 4:30 y se hacía la cama. Las personas encargadas de limpiarle la habitación en todo el mundo se quedaban siempre estupefactas al ver que el dignatario que les visitaba les había hecho la mitad del trabajo. Sobre todo, la señora a la que le tocó limpiar su suite del hotel en el que se alojó durante una visita a Shanghai. Le trastornaron las individualistas costumbres de Mandela. Cuando los ayudantes de éste le contaron que la camarera se había quedado molesta, él la invitó a su habitación, le pidió disculpas y le explicó que hacer la cama era como limpiarse los dientes; era algo que no podía evitar hacer.

La misma fijación tenía con una rutina de hacer ejercicio que había comenzado ya antes de la cárcel, en los años cuarenta y cincuenta, cuando era abogado, revolucionario y boxeador aficionado. En aquellos tiempos, corría durante una hora antes de que amaneciera, desde su pequeña casa de ladrillo en Soweto hasta Johanesburgo y vuelta. En 1964 ingresó en prisión en Robben

Island, una isla junto a la costa de Ciudad del Cabo, y permaneció en una celda diminuta durante dieciocho años. Allí, a falta de otra alternativa, corría sin moverse del sitio. Todas las mañanas, durante una hora. En 1982 le trasladaron a una cárcel en tierra firme en la que compartió celda con su mejor amigo, Walter Sisulu, y otros tres veteranos de la lucha contra el apartheid en Sudáfrica. La celda era grande, aproximadamente del tamaño de media pista de tenis, y allí podía dar unas vueltas cortas. Lo malo era que, cuando emprendía aquellos medios maratones de interior, los demás estaban todavía acostados, y se quejaban amargamente de que todas las mañanas les sacaran de su sueño los vigorosos e implacables pisotones sexagenarios de su, por lo demás, querido camarada.

Tras su salida de prisión en febrero de 1990, a los setenta y un años, aflojó un poco el ritmo. En vez de correr, empezó a andar, pero con paso rápido y, como antes, todas las mañanas, durante una hora, antes de que amaneciera. Solía hacerlo en el barrio de Houghton, en Johanesburgo, donde se fue a vivir en abril de 1992 tras el fracaso de su segundo matrimonio, con Winnie. Dos años después llegó a la presidencia y, a partir de entonces, tuvo dos magníficas residencias a su disposición, una en Pretoria y otra en Ciudad del Cabo, pero siempre se sintió más a gusto en su casa de Houghton, un refugio en los barrios acomodados y, hasta hacía poco, sólo para blancos, del norte de la metrópolis más rica de África. A un habitante de Los Ángeles le llamarían la atención las semejanzas entre Houghton y Beverly Hills. Los blancos se habían cuidado bien durante la larga estancia de Mandela en la cárcel, y él pensó que también tenía derecho a un poco de buena vida. Le gustaba el carácter tranquilo y señorial de Houghton, el espacio y la frondosidad de sus paseos mañaneros, las charlas con sus vecinos blancos, a cuyas fiestas de cumpleaños y otras ceremonias asistía de vez en cuando. En los primeros tiempos de su presidencia, un chico judío de trece años se presentó en casa de Mandela y entregó al policía de guardia en la puerta una invitación para su *bar mitzvah*. Los padres se quedaron asombrados al recibir una llamada telefónica del propio Mandela, unos días después, para que le dijeran cómo llegar a su casa. Y se quedaron aún más asombrados cuando le vieron aparecer en su puerta, alto y sonriente, el gran día de su hijo. Mandela se sentía bienvenido y cómodo en una comunidad en la que, durante la mayor parte de su vida, sólo habría podido vivir si hubiera sido lo que en la Sudáfrica blanca llamaban —independientemente de la edad— un «chico de jardín». Se aficionó a Houghton y siguió viviendo allí durante todo su mandato, sin dormir en sus

mansiones oficiales más que cuando el deber lo exigía.

En aquella mañana concreta, en pleno invierno del hemisferio sur, Mandela se despertó a las 4:30, como siempre, se vistió y se hizo la cama… pero entonces, con un comportamiento asombrosamente fuera de lugar en una criatura tan de costumbres como él, rompió la rutina; no fue a dar su caminata matutina. Fue al piso de abajo, se sentó en el comedor y desayunó. Había pensado el cambio de planes la noche anterior, con lo que había tenido tiempo de advertir a sus sorprendidos guardaespaldas, la Unidad de Protección Presidencial, de que a la mañana siguiente podían quedarse una hora más en la cama. En vez de llegar a las cinco, podían entrar a trabajar a las seis. Les iba a hacer falta ese descanso extra, porque el día iba a ser una prueba para ellos, casi tanto como para el propio Mandela.

Otra señal de que aquél no era un día cualquiera fue que Mandela, normalmente poco dado a los nervios, tenía un nudo en el estómago. «No sabes lo que pasé aquel día —me confesó—. ¡Qué tenso estaba!» Una confesión curiosa, en un hombre con su historia. No era el día de su liberación en febrero de 1990, ni su toma de posesión como presidente en mayo de 1994, ni siquiera la mañana de junio de 1964 en la que se despertó en una celda, sin saber si el juez iba a condenarle a muerte o, como al final fue, a cadena perpetua. Era el día en el que su país, Sudáfrica, iba a enfrentarse a la mejor selección del mundo, Nueva Zelanda, en la final de la Copa del Mundo de rugby. Sus compatriotas estaban tan nerviosos como él. Pero lo extraordinario, en un país que había dado bandazos históricos entre crisis y desastres, era que los nervios que sentían todos se debían a la perspectiva del inminente triunfo nacional.

Hasta entonces, cuando había una noticia que dominaba los periódicos, casi siempre significaba que había ocurrido o estaba a punto de ocurrir algo malo; o que se refería a algo que una parte del país interpretaría como bueno y otra como malo. Esa mañana, había un consenso nacional sin precedentes en torno a una misma idea. Los 43 millones de sudafricanos, blancos, negros y de todos los matices, compartían la misma aspiración: la victoria de su equipo, los Springboks.

O casi todos. Había al menos un descontento en aquellas últimas horas antes del partido, uno que deseaba que perdiera Sudáfrica. Se llamaba Justice Bekebeke y aquel día era la encarnación del espíritu de contradicción. Se atenía a lo que él consideraba sus principios, pese a que no conocía a nadie que compartiera su deseo de que ganase el otro equipo. Ni su novia, ni el resto de su

familia, ni sus mejores amigos de Paballelo, el distrito negro en el que vivía. Todos sus conocidos estaban con Mandela y los Boks, a pesar de que, de los quince jugadores que iban a vestir esa tarde la camiseta de rugby sudafricana, verde y dorada, todos eran blancos menos uno. En un país en el que casi el 90 % de la población estaba formado por gente de color de distintas razas, Bekebeke no quería tener nada que ver con aquello. Se mantenía en sus trece y se negaba a unirse a aquella casi borrachera de camaradería multirracial que extrañamente se había apoderado incluso de Mandela, su líder, su héroe.

A primera vista, tenía razón y Mandela y los demás no sólo estaban equivocados sino que se habían vuelto locos. El rugby no era el deporte de la Sudáfrica negra. Ni Bekebeke, ni Mandela, ni la gran mayoría de sus compatriotas negros se habían criado con él ni eran especialmente aficionados. Para ser sincero, Mandela, de pronto un gran hincha, habría tenido que reconocer que le había costado entender varias de las reglas. Como Bekebeke, Mandela había sentido la mayor parte de su vida una clara antipatía hacia el rugby. Era un deporte blanco y, en especial, el deporte de los afrikaners, la tribu blanca dominante en el país, la raza superior del apartheid. Los negros habían considerado a los Springboks, durante muchos años, como un símbolo de la opresión del apartheid, tan repugnante como el viejo himno nacional y la vieja bandera de los blancos. Y la repugnancia debía ser aún mayor para alguien que, como Bekebeke y Mandela, hubiera sido encarcelado por luchar contra el apartheid; en el caso de Bekebeke, durante seis de sus treinta y cuatro años.

Otro personaje que, por motivos muy distintos, quizá podía estar en la misma línea que Bekebeke aquel día era el general Constand Viljoen. Viljoen estaba retirado, pero había sido jefe del ejército sudafricano durante cinco de los años de enfrentamientos más violentos entre los activistas negros y el Estado. Había derramado mucha más sangre defendiendo el apartheid que Bekebeke luchando contra él y, sin embargo, nunca había ido a la cárcel por lo que había hecho. Debería haber estado agradecido por ello, pero, por el contrario, había dedicado parte de su retiro a tratar de movilizar un ejército que se levantase contra el nuevo orden democrático. Sin embargo, esa mañana, se levantó de la cama en Ciudad del Cabo en el mismo estado de tensión y excitación que Mandela y el grupo de amigos afrikaner con los que iba a ver el partido en televisión por la tarde.

Niël Barnard, un afrikaner con el curioso mérito de haber luchado tanto contra Mandela como contra Viljoen en diferentes momentos, estaba todavía

más tenso que sus dos antiguos enemigos. Barnard, que se disponía a ver el partido con su familia en su casa de Pretoria, a 1.500 kilómetros al norte de Ciudad del Cabo y a 40 minutos de autopista de Johanesburgo, había dirigido el Servicio Nacional de Inteligencia sudafricano, el SNI, durante el último decenio del apartheid. Era el hombre más cercano al implacable presidente P. W. Botha y estaba considerado como un personaje demoniaco y siniestro tanto por la derecha como por la izquierda, así como por mucha gente más allá de las fronteras de su país. Defensor del Estado —independientemente de la forma que adoptase ese Estado— por profesión y por temperamento, había librado una guerra contra el Congreso Nacional Africano (CNA) de Mandela, había sido el cerebro que dirigió las conversaciones de paz con ellos y después había pasado a defender el nuevo sistema político contra los ataques de la derecha, a la que pertenecía originalmente. Tenía fama de ser aterradoramente frío y clínico. Pero cuando se dejaba ir, se dejaba ir. El rugby era su válvula de escape. Cuando jugaban los Springboks, se deshacía de todas sus inhibiciones y se convertía, como él mismo reconocía, en un animal gritón. En este día, cuando iban a jugar el partido más importante de la historia del rugby sudafricano, se despertó hecho un manojo de nervios.

El arzobispo Desmond Tutu, sobre cuya vida privada solía guardar Barnard detallados expedientes, se encontraba en un estado de aprensión similar, o se habría encontrado si no hubiera sido porque estaba inconsciente. Tutu, que había sido el suplente de Mandela en los escenarios mundiales durante los años de cárcel de éste, era seguramente el más exuberante de todos los premios Nobel, y había pocas cosas que pudiera disfrutar más que estar presente en el estadio durante el partido, pero se encontraba en aquel momento en San Francisco, pronunciando discursos y recibiendo premios. Después de una búsqueda ansiosa, había encontrado la noche anterior un bar en el que podía ver el partido por televisión al amanecer, hora de la costa del Pacífico. Se había ido a la cama con una sola inquietud: su desesperado deseo de que, a la mañana siguiente, los Springboks rompieran los pronósticos y vencieran.

En cuanto a los propios jugadores, habrían sufrido suficiente tensión si ésta hubiera sido una final de la Copa del Mundo como cualquier otra. Pero ahora tenían una carga añadida. Antes de que empezara la Copa, quizá uno o dos de aquellos campechanos deportistas habría dedicado algún pensamiento fugaz a la política, pero nada más. Eran como otros hombres blancos sudafricanos y como la mayoría de los hombres en todas partes, en el sentido de que pensaban poco

en la política y mucho en el deporte. Sin embargo, cuando Mandela había ido a verles un mes antes, el día antes de que comenzara el campeonato, les había asaltado una idea nueva: que se habían convertido literalmente en actores políticos. En la mañana de la final, comprendieron con impresionante claridad que la victoria contra Nueva Zelanda podía permitir algo aparentemente imposible, unir a un país más polarizado por la división racial que ningún otro en el mundo.

François Pienaar, el capitán de los Springboks, se despertó con el resto de su equipo en un hotel de lujo situado en el norte de Johanesburgo, cerca de la casa de Mandela, en un estado de concentración tan profunda que tuvo que hacer un esfuerzo para comprender dónde estaba. Cuando salió a correr a media mañana para desentumecerse, su cerebro no tenía ni idea de dónde le llevaban las piernas; no pensaba más que en la batalla de la tarde. El rugby es como una partida gigante de ajedrez que se juega a gran velocidad y con gran violencia, y los Springboks iban a enfrentarse a los grandes maestros del deporte, los All Blacks de Nueva Zelanda, el mejor equipo del mundo y uno de los mejores de la historia. Pienaar sabía que los All Blacks podían ganar a los Boks nueve de cada diez veces.

La única persona con una responsabilidad mayor que los jugadores de los Springboks aquel día era Linga Moonsamy, miembro de la Unidad de Protección Presidencial. Tenía asignada la tarea de ser el guardaespaldas «número uno» de la UPP y debía estar a un paso de Mandela desde el momento en el que saliera de casa para ir al partido hasta su vuelta. Moonsamy, antiguo guerrillero en el CNA de Mandela, era muy consciente, como profesional, de los peligros físicos que iba a afrontar su jefe ese día y, como antiguo combatiente por la libertad, del riesgo político que estaba asumiendo.

Agradecido por la hora extra de sueño que le había concedido su jefe, Moonsamy llegó en coche a la casa de Mandela en Houghton, al puesto de policía situado a la puerta, a las seis de la mañana. No tardó en llegar el equipo de la UPP que iba a proteger a Mandela durante todo el día, dieciséis hombres en total, la mitad de ellos ex policías blancos y la otra mitad antiguos combatientes por la libertad como él. Hicieron un círculo en el jardín delantero, como hacían todas las mañanas, en torno a un miembro del grupo llamado el oficial de planificación, que les transmitió las informaciones recibidas del Servicio Nacional de Inteligencia sobre posibles amenazas a las que tenían que estar atentos y los detalles de la ruta hacia el estadio, los puntos vulnerables del

trayecto. Uno de los cuatro vehículos del equipo se fue a examinar el trayecto y Moonsamy se quedó allí, junto con otros, para comprobar sus armas, examinar el Mercedes-Benz blindado de color gris de Mandela y hacer el papeleo. Como formalmente estaban a sueldo de la policía, siempre tenían formularios que rellenar, y aquél era el momento ideal para hacerlo. Si no ocurría nada inesperado —y ocurría muchas veces—, tenían varias horas que matar hasta el momento de salir, así que disponían de amplias oportunidades para conversar antes del partido.

Pero Moonsamy, consciente de la responsabilidad especial que tenía ese día —porque la identidad del guardaespaldas número uno cambiaba de un día para otro—, estaba tan atento a su gran tarea como François Pienaar a la suya. Moonsamy, un hombre alto y ágil de veintiocho años, se enfrentaba en aquel momento al reto más grande de su vida. Pertenecía a la UPP desde que Mandela había llegado a la presidencia y ya había acumulado unas cuantas aventuras. Mandela insistía en hacer apariciones públicas en lugares impensados (por ejemplo, en bastiones de la derecha rural afrikaner) y le encantaba sumergirse de forma indiscriminada en las multitudes para disfrutar del contacto no filtrado por su gente. También le gustaba hacer paradas imprevistas, pedir de pronto a su chófer que se detuviera en una librería, por ejemplo, porque acababa de acordarse de una novela que deseaba comprar, y entraba en la tienda sin preocuparse por la conmoción que provocaba. Una vez, en Nueva York, cuando su limusina estaba en un atasco de camino a una cita importante, Mandela salió y bajó a pie por la Sexta Avenida, para asombro y delicia de la gente que pasaba por allí. «¡Pero, señor presidente, por favor…!», rogaban los guardaespaldas. Y Mandela respondía: «No, mirad. Vosotros hacéis vuestro trabajo y yo hago el mío».

En este día, el trabajo de la UPP iba a ser distinto a cualquier otro que habían hecho o harían jamás. El partido de aquella tarde, o la participación de Mandela en él, iba a ser, en opinión de Moonsamy, como cuando Daniel entró en el foso de los leones, salvo que se trataba de 62.000 leones presentes en el estadio Ellis Park, un monumento a la supremacía blanca no muy lejos del amable barrio de Houghton. El 95 % de los espectadores serían blancos, en su mayoría afrikaners. Rodeado por aquella muchedumbre tan inusual (Mandela no había aparecido nunca ante una multitud así), iba a bajar al campo a dar la mano a los jugadores antes del partido y luego, al final, a entregar la copa al capitán vencedor.

La escena que imaginaba Moonsamy —masas del viejo enemigo, afrikaners

barrigudos con camisas de color caqui, rodeando al hombre al que, durante casi toda su vida, se les había enseñado a considerar el mayor terrorista de Sudáfrica — tenía cierto tono surrealista. Sin embargo, englobaba el propósito realista y completamente serio que se había fijado Mandela. Su misión, como la de todos los sudafricanos negros políticamente activos de su generación, había sido sustituir el apartheid por lo que el CNA llamaba una «democracia no racial». Pero todavía tenía que alcanzar un objetivo que era igual de importante y no menos difícil. Ya era presidente. Un año antes se habían celebrado las primeras elecciones en la historia de Sudáfrica según el principio de «una persona, un voto». Pero todavía quedaba mucho por hacer. Mandela tenía que asegurar los cimientos de la nueva democracia, tenía que hacerla resistente a las peligrosas fuerzas que aún estaban al acecho. La historia demostraba que una revolución tan total como la sudafricana, en la que el poder pasa de la noche a la mañana a manos de los rivales históricos, provoca una contrarrevolución. Aún había en circulación muchos extremistas fuertemente armados y con formación militar; muchos resentidos afrikaner, los «bitter enders», la versión sudafricana, más organizada, más numerosa y más armada del Ku Klux Klan estadounidense. En esas circunstancias, como había aprendido Moonsamy con sus lecturas de textos políticos, era esperable que hubiera terrorismo de derechas, y el terrorismo de derechas era lo que más deseaba evitar Mandela como presidente.

La mejor forma de hacerlo era conseguir que la población blanca aceptara su voluntad. Desde el principio de su presidencia valoró la posibilidad de que la Copa del Mundo de rugby le diera la oportunidad de ganárselos para su causa. Por eso se había empeñado en convencer a sus propios partidarios negros de que abandonaran el justificado prejuicio de siempre y apoyasen a los Springboks. Por eso quería demostrar ese día a los afrikaners en el estadio que aquél era también su equipo, que iba a compartir con ellos el triunfo o la derrota.

Pero el plan estaba lleno de riesgos. Los extremistas podían disparar contra Mandela o hacer estallar una bomba. O el propio acto podía volverse contra ellos. Una mala derrota de los Springboks no ayudaría. Todavía peor era la perspectiva de que los hinchas afrikaners la emprendieran a abucheos al oír el nuevo himno nacional, tan querido de los negros, o que ondearan la vieja y odiada bandera naranja, azul y blanca. Los millones de personas que vieran el partido en los distritos negros se sentirían humillados e indignados y preferirían apoyar a la selección de Nueva Zelanda, con lo que el consenso que Mandela había conseguido crear en torno a los Springboks se haría añicos, y surgiría la

consiguiente posibilidad de desestabilización.

Sin embargo, Mandela era optimista. Estaba convencido de que las cosas iban a salir bien, como estaba convencido (como una pequeña minoría) de que los Springboks iban a ganar. Por eso, aquella mañana invernal y luminosa de sábado, se sentó tenso pero de buen humor a consumir su acostumbrado y copioso desayuno. Tomó, por este orden: media papaya, gachas de maíz seco, al que añadió frutos secos, pasas y leche caliente; una ensalada verde y luego, en plato aparte, tres rodajas de plátano, tres rodajas de kiwi y tres rodajas de mango. Después se sirvió una taza de café, que endulzó con miel.

Mandela, impaciente por que empezara el partido, comió aquella mañana con especial apetito. No se había dado cuenta hasta entonces, pero toda su vida había estado preparándose para ese momento. Su decisión de entrar en el CNA cuando era joven, en los años cuarenta; su liderazgo desafiante en la campaña contra el apartheid en los cincuenta; la soledad, la dureza y la callada rutina de la cárcel; el exhaustivo régimen de ejercicios al que se sometía tras las rejas, siempre seguro de que un día saldría y desempeñaría un papel fundamental en la política de su país; todo eso, y mucho más, había construido la plataforma para el empuje definitivo de los diez años anteriores, un periodo en el que Mandela había asumido sus batallas más difíciles y sus victorias más improbables. Hoy era la gran prueba, la que ofrecía las posibilidades de recompensa más duradera.

Si salía bien, llevaría a una conclusión victoriosa el viaje que, con una ambición propia de una epopeya clásica, había emprendido en la última década de su largo camino hacia la libertad. Como el Odiseo de Homero, había avanzado de obstáculo en obstáculo y había vencido cada uno de ellos, no porque fuera más fuerte que sus enemigos, sino porque era más listo y más seductor. Unas cualidades que había forjado tras su detención y encarcelación en 1962, cuando comprendió que la vía de la fuerza bruta que había intentado, como jefe y fundador del brazo militar del CNA, no servía para nada. En la cárcel pensó que la forma de matar el apartheid era convencer a los blancos de que lo mataran ellos mismos, de que se unieran a su equipo y se sometieran a su liderazgo.

Fue también en la cárcel donde aprovechó su primera gran oportunidad de llevar a la práctica su estrategia. En aquella ocasión, el adversario fue un hombre llamado Kobie Coetsee, cuyo estado de ánimo en la mañana del partido de rugby era de excitación nerviosa, como el de todos los demás; cuya claridad de ideas sólo se veía nublada por la duda de si ver el partido en su casa, a las afueras de

Ciudad del Cabo, o sumergirse en la atmósfera de un bar cercano. En este día, Coetsee y Mandela estaban en el mismo bando hasta un punto que habría sido impensable cuando se conocieron, diez años antes. Entonces tenían todos los motivos para sentir mutua hostilidad. Mandela era el preso político más famoso de Sudáfrica; Coetsee era el ministro de Justicia y Prisiones. La tarea que se había propuesto Mandela, que llevaba cumplidos veintitrés años de su cadena perpetua, era ganarse a Coetsee, el hombre que controlaba las llaves de su celda.

CAPÍTULO II

EL MINISTRO DE JUSTICIA

Noviembre de 1985

1985 fue un año de esperanza para el mundo, pero no para Sudáfrica. Mijail Gorbachov llegó al poder en la Unión Soviética, Ronald Reagan tomó posesión como presidente para un segundo mandato y los dos líderes de la guerra fría celebraron su primera cumbre, el indicio más firme en cuarenta años de que las superpotencias podían convencerse mutuamente de aparcar sus estratagemas para la destrucción recíproca asegurada. Mientras tanto, Sudáfrica avanzaba en la dirección opuesta. Las tensiones entre los militantes antiapartheid y la policía estallaron en la escalada más violenta de hostilidades raciales desde que los casacas rojas de la reina Victoria y los regimientos del rey Cetshwayo se aniquilaron mutuamente en la salvaje carnicería de la guerra anglo-zulú de 1879. La dirección del CNA, en el exilio, animaba a sus partidarios en el interior a que se alzaran contra el gobierno, pero también llevaban a cabo su ofensiva en otros frentes: a través de los poderosos sindicatos, las sanciones económicas internacionales y el aislamiento diplomático. Y a través del rugby. El CNA llevaba diez años de campaña para privar a los sudafricanos blancos, especialmente a los afrikaners, del rugby internacional, la gran pasión de su vida. En 1985 fue cuando consiguieron sus mayores triunfos, al frustrar una gira prevista de los Springboks por Nueva Zelanda. Fue doloroso. El recuerdo reciente de aquella derrota inyectaba aún más fuerza a los musculosos brazos de los antidisturbios afrikaner cuando golpeaban con sus porras las cabezas de sus víctimas negras.

La única perspectiva que había ese año en el horizonte parecía ser la guerra

civil. Un sondeo de opinión nacional llevado a cabo a mediados de agosto descubrió que el 70% de la población negra y el 30% de la blanca creían que el país se encaminaba en esa dirección. Pero, si las cosas llegaban a ese extremo, el vencedor no sería el CNA de Mandela, sino su principal adversario, el presidente P. W. Botha, más conocido en Sudáfrica como «P. W». o, por los amigos y enemigos en quienes despertaba temor, *die groot krokodil*, el gran cocodrilo. A mediados de 1985, Botha, que gobernó Sudáfrica entre 1978 y 1989, anunció el estado de emergencia y ordenó que 35.000 soldados de la Fuerza de Defensa Sudafricana, FDSA, entrasen en los distritos negros segregados. Era la primera vez que se pedía al ejército que ayudase a la policía a sofocar lo que el gobierno consideraba una rebelión cada vez más organizada. Tales sospechas se confirmaron cuando la dirección del CNA en el exilio respondió a la medida de Botha con un llamamiento a la «guerra popular» para hacer que el país fuera «ingobernable», lo que hizo que los blancos huyeran en masa del país —a Gran Bretaña, a Australia, a Estados Unidos—. 1985 fue el año en el que los espectadores de televisión de todo el mundo se acostumbraron a ver Sudáfrica como un país de barricadas humeantes en el que los jóvenes negros lanzaban piedras contra policías blancos armados de fusiles, en el que los vehículos blindados de la FDSA avanzaban como naves extraterrestres sobre muchedumbres negras aterrorizadas. De acuerdo con las normas del estado de emergencia, las fuerzas de seguridad disponían de poderes prácticamente ilimitados de búsqueda, incautación y detención, además de la tranquilidad de saber que podían atacar a los sospechosos con impunidad. En los quince meses anteriores a la primera semana de noviembre de ese año, 850 personas murieron en actos de violencia política y miles fueron encarcelados sin cargos.

En ese clima, ese año, Mandela lanzó su ofensiva de paz. Convencido de que las negociaciones eran la única forma de acabar definitivamente con el apartheid, decidió afrontar el reto solo y, como se vio después, con las manos atadas. A principios de año, los médicos habían descubierto que tenía problemas de próstata y, temiendo que fuera cáncer, decidieron que necesitaba ser operado con urgencia. Habían hecho el diagnóstico en la cárcel de Pollsmoor, donde había sido trasladado desde Robben Island tres años antes, en 1982. Pollsmoor, en tierra firme, cerca de Ciudad del Cabo, fue la cárcel en la que compartió la gran celda con Walter Sisulu y otros tres presos veteranos a los que ponía furiosos con sus carreras antes de amanecer. La operación, llevada a cabo el 4 de noviembre de 1985, fue un éxito, pero Mandela, que tenía ya sesenta y siete años, tuvo que

permanecer bajo observación. Los médicos ordenaron que convaleciera en el hospital durante tres semanas más.

Durante ese interludio, la primera estancia de Mandela fuera de la cárcel en veintitrés años, comenzaron sus diez años de intentos de ganarse a la Sudáfrica blanca. Por una coincidencia histórica extraordinaria, fue el mismo mes en el que se reunieron Reagan y Gorbachov. Igual que el presidente estadounidense se disponía a emplear su encanto para ganarse al líder soviético, Mandela se preparaba para utilizar la suya con Kobie Coetsee, el hombre que ocupaba el cargo con el título más contradictorio del mundo: ministro de Justicia de Sudáfrica.

Si la cumbre de las superpotencias en Ginebra fue un espectáculo mediático, la reunión sudafricana se llevó a cabo en el mayor de los secretos. La prensa no se enteró de ella hasta cinco años después pero, aunque la hubiera conocido en su momento, incluso si la noticia se hubiera filtrado, habría sido difícil encontrar a alguien que se la creyera. El CNA era el enemigo, los instigadores de un «ataque total» de inspiración soviética, en palabras de P. W. Botha, y contra quienes las fuerzas de seguridad del Estado habían lanzado lo que él llamaba una «estrategia total». No había nada más inconcebible que la idea de que el régimen de Botha negociase con los «terroristas comunistas», y mucho menos con su líder encarcelado.

Aun así, si algún miembro del gobierno debía contactar con el enemigo, ése tenía que ser Coetsee, cuya cartera no sólo abarcaba la Justicia sino también los Servicios Penitenciarios, es decir, el sistema de prisiones. Además, Botha escogió a Coetsee para ser su emisario secreto porque era de una lealtad ciega: uno de los pocos miembros de su gabinete en el que Botha podía confiar para que se comportase con discreción. Por otra parte, era Coetsee quien había recibido, como sus predecesores en el ministerio de Justicia, las largas cartas de Mandela solicitando la entrevista. Con dichas solicitudes, Mandela no hacía más que continuar una tradición infructuosa del CNA, desde su fundación en 1912, de intentar convencer a los gobiernos blancos para que se sentaran a debatir con ellos el futuro del país. Pero ahora, por fin, iba a suceder: las primeras conversaciones entre un político negro y un miembro destacado del gobierno blanco. El motivo de Botha para aprobar el encuentro era, en parte, la curiosidad; el CNA había lanzado en 1980 una campaña para liberar a Mandela y éste se había convertido ya en el preso más famoso y menos conocido del mundo. Pero a Botha le impulsaba sobre todo la situación cada vez más volátil en los distritos

segregados y las presiones crecientes del mundo exterior. Tenía la sensación de que había llegado el momento de tantear las posibilidades de reconciliación, de aventurarse a intentar probar si, un día, podría ser posible la convivencia con la Sudáfrica negra. Como explicaría Coetsee posteriormente: «Nos habíamos metido nosotros mismos en un rincón y necesitábamos encontrar la forma de salir».

Lo curioso era que, aunque Mandela había sido el solicitante, era Coetsee el que se sentía incómodo. Se trataba de una mezcla de culpabilidad y miedo; culpa porque iba a ver a Mandela como emisario del gobierno que estaba matando a su gente; miedo porque había leído el expediente de Mandela y le inquietaba la perspectiva de ver cara a cara a un enemigo aparentemente tan despiadado. «La imagen que me había formado de él —dijo durante una entrevista en Ciudad del Cabo pocos años después de dejar el gobierno—, era la de un líder decidido a hacerse con el poder, si llegaba la oportunidad, sin importarle el coste en vidas humanas». Del expediente de Mandela, Coetsee debió de extraer también la imagen mental de un ex boxeador de los pesos pesados que, diez meses antes, había tenido la temeridad de humillar a su adusto y malhumorado jefe, P. W. Botha, delante de toda la nación. Botha se había ofrecido públicamente a dejar en libertad a Mandela, pero había exigido unas condiciones previas. Mandela tenía que prometer abandonar la «lucha armada» que él mismo había iniciado al fundar el brazo militar del CNA, Umkhonto we Sizwe (Lanza de la Nación), en 1961, y tenía que comportarse «de manera que no haya que detenerle» con arreglo a las leyes del apartheid. Mandela respondió con una declaración leída por su hija Zindzi durante una concentración en Soweto. Desafió a Botha a renunciar a la violencia contra los negros y ridiculizó la idea de que él podía quedar en libertad cuando, mientras existiera el apartheid, todas las personas negras seguían viviendo cautivas. «No puedo y no voy a hacer ninguna promesa cuando ni vosotros, el pueblo, ni yo somos libres —decía la declaración—. Vuestra libertad y la mía no pueden estar separadas».

Coetsee tenía dudas comprensibles sobre la reunión, pero la balanza se inclinaba a su favor. Al fin y al cabo, Mandela era el preso, y Coetsee el carcelero; Mandela estaba delgado y débil tras la operación, vestido con ropa de hospital —bata, pijama y zapatillas— mientras que Coetsee, de traje y corbata ministeriales, derrochaba salud. Y Mandela tenía mucho más que perder en la reunión que Coetsee. Para Mandela era una oportunidad a vida o muerte que quizá no se repetiría; para Coetsee era un encuentro exploratorio, casi un acto

movido por la curiosidad. A ojos de Mandela, era la oportunidad que había buscado, desde que se inició en la política cuatro décadas antes, de tener una conversación seria sobre la dirección que iba a tomar el país en el futuro, entre la Sudáfrica blanca y la Sudáfrica negra. De todos los retos que afrontaría posteriormente con sus poderes de seducción política, ninguno estaría tan lleno de peligros. Porque, si hubiera fracasado, si hubiera discutido con Coetsee o si no hubiera habido química entre ellos, aquél habría podido ser el principio y el fin de todo.

Pero, desde el momento en el que Coetsee entró en la habitación del hospital de Mandela, las aprensiones por ambas partes se evaporaron. Mandela, un anfitrión modelo, mostró su sonrisa espléndida e hizo que Coetsee se sintiera a gusto y, casi al instante, para sorpresa discretamente contenida de ambos, preso y carcelero se encontraron charlando de forma amigable. Cualquiera que les hubiera visto sin saber quiénes eran habría pensado que se conocían bien, como un consejero real conoce a su príncipe o un abogado a su mejor cliente. En parte, porque Mandela, que mide 1,83 metros, empequeñecía a Coetsee, un tipo menudo y pizpireto con grandes gafas de montura negra y pinta de abogado urbanista. Pero, sobre todo, por una cuestión de lenguaje corporal, por el efecto que la actitud de Mandela tenía en la gente con la que hablaba. En primer lugar, su postura erguida. Luego, su forma de dar la mano. Nunca se agachaba, ni inclinaba la cabeza. Todo el movimiento lo hacía con la articulación del brazo y el hombro. Si a eso se añadían el enorme tamaño de su mano y su piel curtida, el resultado era majestuoso e intimidatorio. O lo habría sido de no ser por su mirada cálida y su inmensa sonrisa.

«Tenía un don natural —recordaba Coetsee, entusiasmado—, y me di cuenta desde el momento en que lo vi. Era un líder nato. Y también afable. Estaba claro que el personal del hospital le tenía simpatía y, pese a ello, le respetaba, aunque sabían que era un preso. Y no había duda de que dominaba su entorno».

Mandela mencionó a gente de los Servicios Penitenciarios que ambos conocían; Coetsee le preguntó por su salud; charlaron sobre un encuentro casual que Coetsee había tenido con la mujer de Mandela, Winnie, unos días antes en un avión. A Coetsee le sorprendieron la disposición de Mandela a hablar en afrikaans y su conocimiento de la historia afrikaans. Fue todo muy cordial. Sin embargo, los dos eran conscientes de que la importancia de la reunión no residía en las palabras que intercambiasen, sino en las que se quedaran sin decir. El hecho de que no hubiera ninguna animosidad ya era una señal, transmitida y

recibida por ambos, de que había llegado la hora de explorar la posibilidad de un cambio fundamental en la forma de relacionarse políticamente la Sudáfrica negra y la Sudáfrica blanca. Fue, como diría Coetsee, el comienzo de una nueva práctica, «hablar en vez de luchar».

La ausencia de cámaras, el tranquilizador entorno del hospital, el pijama, la afabilidad sin consecuencias de la charla, todo disimulaba la realidad de que Mandela había conseguido llevar a cabo la proeza aparentemente imposible por la que el CNA llevaba luchando setenta y tres años. ¿Cómo lo había hecho? Como todos los que son muy buenos en su trabajo —sean atletas, pintores o violinistas—, había trabajado mucho y durante largo tiempo para desarrollar su talento natural. Walter Sisulu había vislumbrado al líder en él desde el día en el que se conocieron, en 1942. Sisulu, seis años mayor que Mandela, era un veterano organizador del CNA en Johanesburgo; Mandela, que tenía veinticinco años, acababa de llegar del campo. Mandela era un paleto en comparación con la sofisticación urbana de Sisulu, pero el astuto activista que era este último, al observar al joven que se mantenía erguido ante él, vio algo que podía serle útil. «Me impresionó más que cualquier otra persona que había conocido —dijo Sisulu más de medio siglo después de aquel primer encuentro—. Su aire, su simpatía… Yo buscaba a gente de cierto calibre para ocupar puestos dirigentes y él fue un regalo de los dioses».

Mandela solía decir en broma que, si no hubiera conocido a Sisulu, se habría ahorrado muchas complicaciones en la vida. La verdad es que Mandela, cuyo nombre en xhosa, Rolihlahla, significa «alborotador», hizo lo indecible para buscar esas complicaciones y demostró tener talento para adoptar gestos de valor político durante el movimiento pacífico de resistencia en los años cuarenta y cincuenta. Había que organizar actos públicos que crearan conciencia política y dieran ejemplo de audacia a la población negra en general. Mandela, «voluntario jefe» de la «campaña de desafío» de aquel periodo, fue el primero que quemó su documento de identidad de hombre negro, conocido como «carnet de paso», un método humillante que impuso el gobierno del apartheid para asegurarse de que los negros no entrasen en las zonas blancas más que para trabajar. Antes de quemar el carnet, escogió el momento y el lugar que podían causar el máximo impacto en los medios. Las fotografías de la época le muestran sonriendo para las cámaras mientras infringía aquella ley fundamental del apartheid. En el plazo

de unos días, miles de personas negras seguían su ejemplo.

Como presidente de la Liga Juvenil del CNA en los años cincuenta, destacó como un individuo extraordinariamente seguro de sí mismo. Durante una reunión de la máxima dirección del CNA, un acto de etiqueta en el que se presentó con un pulcro traje marrón, sorprendió a todo el mundo con un discurso en el que predijo que él sería el primer presidente negro de Sudáfrica.

Tenía algo del desparpajo del joven Mohamed Alí, y no sólo por el hecho de que boxeaba para mantenerse en forma, una forma física que le gustaba exhibir. Varias fotografías le muestran posando para las cámaras, desnudo de cintura para arriba y en posturas clásicas de boxeo. En las fotografías en las que aparece con traje, tiene un aire de estrella romántica de Hollywood. En los años cincuenta era ya el rostro más visible de la protesta negra, y vestía de forma impecable: el único hombre negro que se hacía los trajes en el mismo sastre que el hombre más rico de Sudáfrica, el magnate del oro y los diamantes Harry Oppenheimer.

Cuando el CNA emprendió la lucha armada en 1961, en gran parte a instancias de Mandela, y él se convirtió en comandante en jefe del brazo militar, Umkhonto we Sizwe, abandonó los trajes y se pasó al *chic* revolucionario, tomando como modelo a uno de sus héroes, el Che Guevara. En el último acto público al que asistió antes de ser detenido en 1962, una fiesta en Durban, apareció vestido de guerrillero, con uniforme de camuflaje. En aquel momento era el hombre más buscado de Sudáfrica, pero era tal la importancia que daba a mantener una actitud desafiante y tal el placer que le producía el destacar en una multitud, que rechazó el consejo de sus camaradas de que se afeitase la barba que se había dejado para imitar al Che y con la que aparecía en los carteles de búsqueda de la policía.

Si su vanidad supuso, al menos en parte, su caída, también supo utilizarla. En la cárcel, acusado de sabotaje, decidió que en su primera aparición ante el tribunal iba a volver a acaparar toda la atención. Entró en el juzgado con una lentitud y una autoridad deliberadas, vestido, como correspondía a su categoría en el clan xhosa en el que se crió, con el elaborado atuendo de un alto caudillo africano: una piel de animal sobre el pecho, cuentas en torno al cuello y en los brazos. Mientras caminaba hacia su silla, la sala cayó sumida en silencio; incluso el juez tuvo que hacer un breve esfuerzo para encontrar su voz. Se sentó, y, luego, a un gesto del juez, se levantó, y examinó lentamente la sala antes de comenzar un discurso electrizante. Empezó: «Soy un hombre negro en un tribunal de hombres blancos», y consiguió exactamente el objetivo nacional que

buscaba, crear un espíritu incólume de desafío negro.

Fue un descubrimiento importante. La cárcel podía servir también de escenario político; también desde detrás de las rejas podía causar impacto. Aquello cambió su forma de ver la sentencia que le aguardaba y, a partir de aquel momento, aprovechando la experiencia que había adquirido como abogado defendiendo a clientes negros en los tribunales blancos durante los años cincuenta, utilizó la cárcel como campo de entrenamiento, un lugar en el que prepararse para la gran partida que le esperaba al salir. Refinó su talento natural para el teatro con el fin de lograr sus fines políticos y ensayó su papel ante sus guardianes y ante otros presos para afrontar el destino triunfante que tenía la temeridad de creer que le aguardaba fuera.

El primer reto era conocer a su enemigo, una tarea que emprendió con el mismo rigor que dedicaba a su ejercicio físico. Disponía de dos herramientas: libros —en los que aprendió sobre la historia de los afrikaners y estudió su lengua— y los guardias afrikaners de la prisión, unos hombres sencillos que ocupaban el estrato inferior en el gran sistema laboral que daba prioridad a los blancos. Fikile Bam, que compartió cárcel con Mandela durante algún tiempo, recordaba con viveza la seriedad con la que, desde el principio de su condena, Mandela se propuso comprender la mentalidad afrikaner. «En su opinión —y era lo que nos predicaba a los demás—, el afrikaner era africano. Pertenecía a la tierra, y cualquier solución que se encontrara para los problemas políticos iba a tener que contar con los afrikaners».

En aquel tiempo, la postura oficial del CNA era que el poder afrikaner era una versión actualizada del colonialismo europeo. Hizo falta mucho valor para que Mandela se opusiera a esa opinión, que declarase que los afrikaners tenían tanto derecho a ser llamados africanos como los negros con los que compartía la celda. Y tampoco disimuló su nueva pasión por aprender cosas del pasado de los afrikaners. «Tenía un gran interés por los personajes afrikaners históricos, entre ellos los líderes afrikaners durante la guerra de los bóers —explicaba Bam—. Sabía de memoria los nombres de los distintos generales bóers».

En la cárcel, Mandela se inscribió en un curso de lengua afrikaans durante un par de años, y nunca desperdició la oportunidad de mejorar su dominio del idioma. «No tenía absolutamente ningún reparo en saludar a la gente en afrikaans ni en probar su afrikaans con los guardias. Otros presos tenían sus dudas e inhibiciones, pero Nelson no. Quería conocer de verdad a los afrikaners. Y los guardias le eran muy útiles para su propósito».

Y no sólo para aprender el idioma. Mandela vio a aquellos hombres, el rostro más visible e inmediato del enemigo, y se marcó un objetivo: convencerlos para que le tratasen con dignidad. Si lo lograba, pensó, habría muchas más probabilidades de poder hacer lo mismo, un día, con los blancos en general.

Sisulu le había observado fuera de la cárcel, le observó en la cárcel y —como el entrenador que descubre al joven boxeador que luego se convierte en campeón de los pesos pesados— se felicitó por la astucia de su elección. Sisulu siempre estuvo, porque lo prefería, a la sombra de Mandela, pero éste le pidió consejo sobre asuntos personales y políticos toda su vida. Fue Sisulu, por ejemplo, el que mejor comprendió cómo ablandar los corazones de los carceleros blancos. La clave, como explicaría mucho después, era el «respeto elemental». No quería aplastar a sus enemigos. No quería humillarlos. No quería pagarlos con la misma moneda. Sólo quería que les tratasen con respeto.

Eso era precisamente lo que querían también los hombres blancos que controlaban la prisión, duros y de escasa educación, y eso es lo que Mandela se esforzó en darles desde el principio, por muy horrorosa que le hicieran la vida. Su celda, su casa durante dieciocho años, era más pequeña que un cuarto de baño. Medía 2,5 × 2,1 metros, o tres pasos por dos y medio de Mandela, y tenía una pequeña ventana con barrotes, de 30 cm^2, que daba a un patio de cemento en el que los presos se sentaban durante horas a romper piedras. Mandela dormía sobre un colchón de paja, con tres mantas muy finas que eran su única protección contra el frío viento de los inviernos del Cabo. Como los demás presos políticos, que contaban con menos privilegios que los presos comunes del ala lujosa de la isla, estaba obligado a llevar pantalón corto (los largos sólo se los daban a los presos indios o mulatos, no a los africanos negros), y la comida era escasa y deprimente: unas gachas de maíz aderezadas, los días buenos, con cartílago. Mandela empezó pronto a perder peso, y la falta de vitaminas hizo que su piel se volviera amarillenta, pero, aun así, se veía obligado a trabajar duramente, o con un pico en la cantera de cal de la isla o recogiendo algas que se exportaban a Japón como fertilizante. Para lavarse, les daban cubos de agua fría del Atlántico.

Dos meses después de la llegada de Mandela a Robben Island, su abogado, George Bizos, tuvo la primera oportunidad de ver lo que la cárcel le estaba costando. Mandela estaba mucho más delgado e iba vestido de forma humillante, con aquellos pantalones cortos y zapatos sin calcetines. En torno a él, formando

una caja, había ocho guardias elegantemente uniformados, dos delante, dos detrás y dos a cada lado. Sin embargo, desde el momento en el que Bizos vio a su cliente, se dio cuenta de que Mandela se movía con un aire distinto al del típico preso. Cuando salió del furgón penitenciario con su escolta, fue él, y no los guardias, el que marcó el paso. Bizos se abrió paso entre los dos guardias de delante y abrazó a su cliente, para confusión de los funcionarios, a los que nunca se les había ocurrido la idea de que un hombre blanco pudiera abrazar a uno negro. Los dos charlaron brevemente y Mandela le preguntó a su viejo amigo por la familia, pero de pronto se interrumpió y dijo: «George, perdona, no te he presentado a mi guardia de honor», y le nombró a cada uno de los agentes. Los guardias se quedaron tan asombrados, recordaba Bizos muchos años después, «que se comportaron verdaderamente como una guardia de honor y me dieron la mano con todo respeto».

No siempre era así. Los guardias y los jefes de la prisión rotaban, inevitablemente, y algunos regímenes fueron brutales, mientras que otros fueron relativamente benignos. Mandela, reconocido por los demás presos políticos como líder desde el primer día, perfeccionó el arte de manipularlos a todos, independientemente de su carácter. Se esforzó en convencer a los presos de que, en el fondo, todos los guardias eran seres humanos vulnerables, que era el sistema el que había convertido a muchos de ellos en animales. Pero eso no quería decir que, cuando la ocasión lo exigía, Mandela no supiera defender activamente sus derechos. La única vez en la isla que un guardia estuvo a punto de golpearlo, Mandela, abogado y boxeador, se mantuvo firme y le dijo: «Como me ponga la mano encima, le llevaré ante el más alto tribunal del país. Y, cuando acabe con usted, será tan pobre como una rata». El guardia refunfuñó y gruñó, pero no le pegó y se alejó humillado.

En la mini Sudáfrica que era la isla, los presos negros se enfrentaban al régimen carcelario blanco como lo habían hecho ante el gobierno cuando eran libres. La desobediencia civil era el principio general, y se manifestaba en huelgas de hambre, huelgas de celo y el hábito de mantener toda la dignidad que podían. Los guardias con los que se encontró Mandela cuando llegó a la isla estaban acostumbrados a que los presos les llamasen *baas*, «jefe». Mandela se negó y, aunque sufrió intimidaciones por ello, nunca cedió.

Las condiciones penitenciarias en el pequeño feudo de la isla, antiguamente una colonia de leprosos y un manicomio, dependían mucho de la personalidad del oficial que estuviera a cargo en un momento dado. En 1970, un hombre

discreto y afable llamado Van Aarde fue sustituido por el coronel Piet Badenhorst, el personaje más temible que Mandela iba a conocer durante sus años tras las rejas. Badenhorst y los nuevos reclutas que llevó consigo a la isla crearon un reinado de terror que duró un año. Badenhorst era incapaz de abrir la boca sin soltar tacos, y se acostumbró a dirigir los peores insultos a Mandela. Sus guardias seguían el ejemplo del jefe: zarandeaban a los presos de camino a la cantera, sometían sus celdas a registros inesperados y confiscaban sus preciados libros, entre ellos las obras de Shakespeare y los clásicos griegos que eran los favoritos de Mandela y Sisulu. Un día de mayo de 1971, por la mañana, los guardias de Badenhorst entraron en la galería política, sección B, borrachos. Ordenaron a los presos que se desnudasen mientras registraban las celdas. Una hora después, uno de los presos se desvaneció y, cuando otro protestó y arremetió contra ellos, le dieron tal paliza que su celda acabó salpicada de sangre.

Mandela mantuvo la calma y, bajo su dirección, los presos recuperaron las lecciones que habían aprendido fuera, en la lucha política. Pidieron ayuda más allá de su microcosmos de la isla. Enviaron mensajes a través de visitantes y la Cruz Roja internacional. También llegó ayuda de la política progresista más conocida en el parlamento sudafricano, Helen Suzman, que visitó a los presos en la isla y, por indicación de ellos, habló con Mandela, al que habían elegido de forma unánime como portavoz.

El momento decisivo se produjo cuando tres jueces visitaron la cárcel a finales de 1971. En presencia de Badenhorst, se entrevistaron con Mandela, que no se contuvo y denunció el duro trato que les propinaba el coronel. Habló de la pobre dieta y los duros trabajos, pero se detuvo, sobre todo, en el incidente de los guardias borrachos que habían desnudado y golpeado a los presos. Badenhorst le hizo un gesto con el dedo y dijo: «Ten cuidado, Mandela. Si hablas de cosas que no has visto, te vas a meter en un lío, ¿me entiendes?» Mandela aprovechó el error de Badenhorst. Se volvió, triunfante, a los jueces, como si volviera a ejercer de abogado en un tribunal, y les dijo: «Caballeros, ya ven ustedes el tipo de hombre que tenemos como comandante. Si es capaz de amenazarme aquí, en su presencia, pueden imaginarse lo que hace cuando no están». Un juez se volvió hacia los otros dos y dijo: «El preso tiene mucha razón».

Mandela había domado a su torturador. Después de la visita de los jueces, la situación en la cárcel mejoró y, al cabo de tres meses, llegó la noticia de que iban a trasladar a Badenhorst. Pero la historia no se quedó ahí. Todavía estaba por

llegar lo más interesante, porque tendría un efecto en Mandela que influiría en su actitud respecto a los «opresores» afrikaners el resto de su vida y fue decisivo cuando, por fin, pudo entablar el combate político con ellos.

Unos días antes de que Badenhorst se fuera, el comisario nacional de prisiones, un tal general Steyn, visitó Robben Island. Se entrevistó con Mandela en presencia de Badenhorst. Al terminar la entrevista y cuando Steyn ya no podía oírle, Badenhorst se acercó a Mandela y, con una voz extraordinariamente cortés, le informó de su inminente partida. Luego dijo: «Sólo quiero desear buena suerte a su gente». Mandela se quedó momentáneamente sin saber qué decir, pero luego se recobró lo suficiente como para darle las gracias y desearle también buena suerte en su nuevo puesto.

Mandela reflexionó sobre ese incidente y examinó las enseñanzas que podían sacarse de él, cómo un hombre al que había considerado cruel y salvaje, al final, había revelado tener una luz más suave. Aparcó esas reflexiones, pero también encontró formas de utilizarlas enseguida. Aplicando las estrategias que había desarrollado durante sus siete años en Robben Island, utilizó toda la ayuda que pudo de gente como Helen Suzman y el sistema judicial para hacer que la cárcel fuera un lugar más habitable. A finales de los setenta, no sólo había mejorado mucho la calidad de la comida, la ropa y las camas respecto a 1964, no sólo se habían terminado la recogida de algas y los trabajos forzosos en la cantera, sino que se habían añadido todo tipo de lujos inimaginables. Los presos podían ver películas, oír la radio en un sistema de altavoces por todas las instalaciones y, lo mejor de todo, hacer deporte. Incluido el tenis, curiosamente. También el fútbol, el pasatiempo favorito de la Sudáfrica negra. A insistencia de las autoridades, se añadió a la lista el rugby. Las normas eran que una semana se jugaba al fútbol y otra al rugby, siempre de manera alterna. Los presos más jóvenes jugaban al rugby y oían retransmisiones de partidos importantes en la radio, aunque todos ellos apoyaban ruidosamente a los equipos rivales.

Eso llegaría mucho más tarde. Antes se produjo la conversión de Kobie Coetsee, aquel día de noviembre de 1985.

Cuando Mandela fue dado de alta en el hospital, el 24 de noviembre de 1985, Botha coincidió con Coetsee en que no debía volver a la amplia celda que había compartido los tres años anteriores con sus cuatro viejos camaradas. Permanecería en Pollsmoor pero iba a estar en una celda propia, en una parte

vacía de la cárcel. No era un castigo, sino un primer paso hacia la libertad. Se trataba de mantener los nuevos contactos entre Mandela y el gobierno en el máximo secreto posible, incluso ante los demás presos. Mandela agradeció el hecho de tener el espacio que necesitaba para ordenar sus ideas y elaborar su estrategia. Además, Coetsee se encargó de proporcionar a Mandela, en su celda solitaria, un trato de favor como ningún *baas* le había dado jamás a un hombre negro en Sudáfrica. Su comida mejoró y empezó a recibir periódicos, una radio y acceso a un invento desconocido en Sudáfrica cuando él ingresó en la cárcel, una televisión.

Tenía asimismo la compañía de un guardia llamado Christo Brand que había sido trasladado con él desde Robben Island y que le adoraba. Criado en una granja, Brand había tenido su primer contacto con la electricidad a los diez años y había abandonado la escuela a los quince. Era un hombre que tenía la mitad de años que Mandela, amable, que consideraba a su preso casi como un padre. Mandela cumplía su papel: entre otras cosas, escribía cartas a la esposa de Brand para quejarse de que su marido no hacía lo suficiente para mejorar; que era muy inteligente y, si se le convencía para que estudiara, podía hacer algo más con su vida. El hijo de Brand, Riaan, que nació en 1985, se convirtió también en una especie de nieto postizo de Mandela. Brand metió a Riaan clandestinamente en Pollsmoor cuando tenía ocho meses para que Mandela pudiera cogerlo en brazos. Mandela lo hizo y los ojos se le humedecieron; llevaba veintitrés años sin poder tocar a ninguno de sus seis hijos. A medida que Riaan fue creciendo, Mandela nunca dejó de preguntar cómo le iba en el colegio, y le escribió puntualmente cartas cada año por su cumpleaños.

Los altos jefes de Pollsmoor, más distantes, eran más difíciles de abordar que Brand. Mandela tuvo que mantener agudizados sus sentidos para ganárselos. El oficial a cargo del ala C de la cárcel, de máxima seguridad, era un tal comandante Van Sittert, un hombre que, como contó después Brand, se sentía más a gusto tratando con presos comunes que con los políticos. «El comandante solía visitar las celdas una vez al mes —contaba Brand—. Los presos políticos le parecían una molestia: se quejaban y pedían cosas con mucha más frecuencia que los presos comunes; además, el comandante no hablaba inglés muy bien, y también por eso se sentía incómodo con ellos». Mandela era ya famoso en todo el mundo, una auténtica celebridad. Y eso irritaba todavía más al comandante Van Sittert, hacía que estuviera más incómodo en su presencia.

Mandela se lo pensó mucho. Había sometido a todos los demás jefes, pero el

picajoso e inseguro Van Sittert iba a poner verdaderamente a prueba sus poderes de seducción. Habló con Brand para intentar encontrar algún punto flaco. Y gracias a él lo encontró. Sittert era un fanático del rugby. Así que Mandela, que no era especialmente aficionado a ese deporte, se propuso aprender celosamente todo lo relacionado con él antes de la visita mensual del comandante. Por primera vez en su vida, leyó las páginas de rugby de los periódicos, vio los programas deportivos en televisión y se propuso estar al tanto de las últimas noticias para poder hablar con el comandante sobre su gran pasión de forma más o menos creíble.

Mandela tenía otro incentivo además de la satisfacción política de hacerse con una nueva presa blanca. Tenía una necesidad concreta, una petición que quería hacer, que afectaría su bienestar inmediato y que sólo el comandante podía conceder. No quería esperar otro mes para tener una oportunidad de lograr lo que necesitaba, así que tenía que aprovechar el momento cuando surgiera. Mandela se entrevistó con el comandante Van Sittert por primera vez en el corredor, delante de su celda. Y, aunque la vestimenta volvía a situarlo en desventaja, como había ocurrido el día en que conoció a Kobie Coetsee, porque él iba vestido de preso y el comandante como un oficial del ejército, Mandela volvió a dominar la situación. Recibió al comandante como si fuera un invitado en su casa. Y, sabiendo lo poco que le gustaba a Van Sittert hablar inglés, se dirigió a él en afrikaans.

«Mandela estuvo muy educado, como de costumbre —recordaba Brand—. Le saludó con una gran sonrisa e inmediatamente se puso a hablar de rugby. ¡Me sorprendió muchísimo! Ahí estaba, diciendo que tal jugador lo estaba haciendo muy bien, pero que aquel otro no estaba dando el máximo rendimiento y había decepcionado en el último partido, y que quizá había llegado la hora de dar una oportunidad a no sé qué jugador joven, porque parecía muy prometedor, y así sucesivamente». Cuando el comandante superó su propio asombro, se animó y se mostró de acuerdo con Mandela prácticamente en todos sus argumentos. «Podía verse cómo al comandante se le iban despejando todas las dudas», terminó Brand.

Después de tender la trampa, Mandela atrajo al comandante hacia ella. Le llevó lentamente a su celda, mencionando como de casualidad que tenía un pequeño problema, que estaba seguro de que el comandante no querría que tuviera que aguantar un hombre de rugby como él. Le dijo que estaba recibiendo más comida para el almuerzo que para la cena y que, por ese motivo, había

adoptado la costumbre de guardarse parte del almuerzo para la tarde. Lo malo era que, para entonces, la comida se había enfriado. Pero había una solución, dijo Mandela. Había oído hablar de una cosa llamada calientaplatos. Le parecía que era la solución para su dilema. «Comandante —dijo—, ¿sería posible que me ayudara a obtener uno?»

Para sorpresa de Brand, Van Sittert capituló sin resistencia. «¡Brand —ordenó—, vaya y consígale a Mandela un calientaplatos!»

Obtuvo todo eso y más cuando volvió a reunirse en secreto con Kobie Coetsee, esta vez en su casa. El ministro, deseoso de otorgar a Mandela la dignidad que consideraba que merecía, dispuso que las autoridades de la prisión le pusieran una chaqueta por primera vez en veintitrés años y que le llevaran, no en un furgón, sino en un elegante coche. En ese segundo encuentro, el contenido de la discusión fue más explícitamente político. Coetsee, satisfecho, informó a Botha de que la cárcel parecía haber suavizado a Mandela, que ya no era el agitador y terrorista y parecía dispuesto a estudiar un acuerdo con los blancos.

Mandela obtuvo más privilegios. Brand y Van Sittert se sorprendieron al recibir órdenes de que pasearan a Mandela en coche por Ciudad del Cabo. Un pequeño comité formado por personas de confianza de Botha, que sabían de las conversaciones secretas (Coetsee, Niël Barnard, jefe del Servicio Nacional de Inteligencia, y uno o dos más), temía que, si se enteraba todo el gobierno de las negociaciones, alguien podía acabar filtrando el asunto a la prensa. No obstante, les parecía tan importante que Mandela empezara a aclimatarse a la vida fuera de la cárcel que incluso autorizaron a sus guardias a dejar que saliera a dar pequeños paseos por su cuenta, a mezclarse con la población local desprevenida. En una ocasión, Christo Brand se lo llevó a su casa y le presentó a su mujer y sus hijos. Otro día, dos guardias le llevaron en coche hasta una ciudad llamada Paternoster, a 100 kilómetros al norte de Ciudad del Cabo, en la costa del Atlántico. Mientras Mandela paseaba solo por la prístina playa blanca de la ciudad, apareció de pronto un autobús lleno de turistas alemanes. Los dos oficiales se asustaron y temieron que le reconocieran. No tenían que haberse preocupado. Los turistas, extasiados ante la salvaje belleza de la zona, hicieron fotos e ignoraron al hombre negro de cabello gris que andaba por allí cerca. Mandela podría haberse precipitado hacia ellos y haber subido al autobús en busca de asilo político, pero todavía no quería salir de la cárcel, pese al clamor que se había ido formando en todo el mundo por su liberación. Le parecía que podía hacer más cosas si se quedaba dentro y negociaba.

CAPÍTULO III

SERVICIOS SEPARADOS

Justice Bekebeke era un joven negro airado en noviembre de 1985, uno entre millones. Alto y delgado, como una escultura africana, tenía unas maneras educadas y una relajante voz de barítono que indicaba una sabiduría penosamente adquirida muy por encima de sus veinticuatro años. Bekebeke vivía en Paballelo, un distrito segregado sin árboles a 750 kilómetros al norte de la cárcel de Mandela en Ciudad del Cabo y a otros tantos al oeste de Johanesburgo, en el límite del desierto de Kalahari, en los últimos confines de la tierra. En Sudáfrica había un distrito negro junto a cada ciudad blanca. Pero, aunque los distritos negros siempre tenían muchos más habitantes, en los mapas sólo aparecían las ciudades blancas. Los distritos eran las sombras negras de las ciudades. Paballelo era la sombra negra de Upington.

Upington era una cruda caricatura de una ciudad del apartheid. Un visitante poco curioso quizá no habría notado en Johanesburgo los más burdos límites racistas del sistema. Pero en Upington esos límites eran ineludibles: letreros de «*Slegs Blankes*» («Sólo blancos») en aseos públicos, bares, fuentes, cines, piscinas públicas, parques, paradas de autobús, la estación de ferrocarril. Toda esa insensatez, exigida legalmente por la Ley de Servicios Separados de 1953, generaba, a veces, humor de dudoso gusto. Una mujer negra que llevara en tren al bebé blanco de su «señora», ¿tenía que viajar en la sección de «sólo blancos» o en la de «no blancos»? Un visitante japonés que entrara en un aseo público de «sólo blancos», ¿estaría infringiendo la ley? ¿Y qué tenía que hacer el conductor de un autobús sólo para blancos si ordenaba a un pasajero de piel oscura que se bajara y él se negaba e insistía en que era un hombre blanco muy bronceado?

Era frecuente que, entre los blancos progresistas de Johanesburgo o Ciudad

del Cabo, estos detalles legales fueran ignorados. En lugares como Upington, en el corazón del territorio afrikaner, se obedecían con un rigor calvinista. Paballelo era un lugar más pobre, más sucio y estaba más abarrotado que Upington, pero era menos asfixiante. Allí uno podía escapar de las restricciones más mezquinas del apartheid. Podía comer, comprar o sentarse donde quisiera. Para ir a Paballelo desde Upington había que recorrer kilómetro y medio hacia el oeste, por la carretera a Namibia, hasta llegar al matadero municipal. Allí había que girar a la izquierda y entonces uno se encontraba con un letrero roñoso que decía «Bienvenidos a Paballelo». El contraste entre uno y otro lugar, como siempre que se cruzaba del mundo blanco al mundo negro en Sudáfrica, era estremecedor, como si se hubiera retrocedido un siglo o se hubiera pasado directamente de una zona residencial de Marbella a Burkina Faso. Una zona era un laberinto seco y amontonado de casas como cajas de cerillas en una llanura de matorrales; la otra era un oasis artificial de sauces llorones, jardines con césped de campo de golf, cuidadas rosaledas y grandes casas cuyos dueños no se habían contenido a la hora de tomar agua del cercano río Orange. Upington habría sido casi elegante si no fuera tan poco natural, si el verdor no oliera a falso adorno en medio del calor abrasador y la sequedad del desierto, si no hubiera sido un sitio en el que los blancos llamaban constantemente a los negros por el más humillante de los nombres, *kaffir*, la versión sudafricana de *nigger*.

Tres recuerdos infantiles iban a tener un efecto duradero en Justice Bekebeke. El primero se remontaba a su niñez, cuando visitó Ciudad del Cabo con su familia. Mientras contemplaba el océano Atlántico, vio un puntito de tierra no muy lejos de la costa. Su padre, que apenas sabía leer pero sabía cuáles eran sus convicciones políticas, le dijo que aquél era el lugar en que estaban «nuestros líderes». El punto era Robben Island. Justice pidió a su padre una moneda para echarla a uno de los telescopios costeros y poder ver a sus dirigentes. No lo consiguió, porque la isla estaba a 11 kilómetros de distancia, pero sí vio las siluetas de los edificios en los que estaban las celdas, lo suficiente para elaborar una fantasía mental de que había estado realmente en la isla. Volvió a casa y contó esa fantasía como si fuera verdad, y logró impresionar tanto a sus amigos en el colegio que, cuando se quiso dar cuenta, se había convertido él mismo en un líder en Paballelo, alguien a quien sus jóvenes colegas acudían en busca de orientación política.

Gracias a ese episodio, y gracias a la influencia de su padre, Justice se alió desde muy joven con el Congreso Nacional Africano de Mandela, y no con su

rival, el Congreso Panafricanista, más radical. El CPA era un partido abiertamente racista y vengativo que tenía eslóganes como «una bala, un colono» y «arrojar a los blancos al mar», y que casi se convirtió en la fuerza dominante en la política negra durante los años sesenta. El CPA era el Hamás de Sudáfrica.

Imaginemos a Yasir Arafat convenciendo a Hamás de que se rindiera a su liderazgo para que el pueblo palestino se uniese bajo la bandera de Al Fatah, y nos haremos una idea de lo que consiguió Mandela con sus bases, mucho más pobladas y con más diversidad tribal. En la Sudáfrica negra había zulúes, había xhosas, había sothos y otros seis grupos tribales, todos con distintas lenguas maternas y la mayoría con algún tipo de animosidad histórica respecto a los otros. Mandela, de quien todo el mundo sabía que pertenecía a la realeza xhosa, acabó por ganarse a más del 90 % de los sudafricanos negros.

El segundo recuerdo decisivo de Bekebeke quedó sellado cuando tenía diez años. Oyó hablar de un hombre negro que había discutido con un policía blanco. La disputa se caldeó cada vez más hasta que el policía sacó la pistola y disparó al hombre, que, mientras caía, asestó una puñalada al policía y le mató. Justice no conocía al hombre negro, pero le pareció que la historia tenía la fuerza de una parábola. «Me encantó aquel hombre —se indignaba, con la misma energía de su juventud, cuando contaba la historia, muchos años después—. Me pareció un héroe por enfrentarse al policía blanco, por defenderse».

Si ese recuerdo indica el reto que iba a afrontar Mandela al tratar de convencer a su gente para que aceptara el fin negociado del apartheid, el tercer gran recuerdo de infancia de Justice mostraba lo difícil que iba a ser convencerles para que apoyasen a los Springboks. Hablamos de un partido de rugby jugado en Upington en 1970, también cuando tenía diez años.

Como a la mayoría de los niños negros, el rugby le interesaba poco. Era el entretenimiento salvaje y extraño de una gente salvaje y extraña. Pero, esa vez, la curiosidad y la perspectiva de disfrutar con una derrota poco frecuente de sus vecinos blancos le animaron a ir al estadio local. La selección de rugby de Nueva Zelanda estaba de gira por Sudáfrica y había ido a Upington a jugar contra el gran equipo de la provincia, el North West Cape. El estadio era pequeño, con una capacidad de 9.000 espectadores, y espacio —donde pegaba más el sol— para sólo unos cuantos centenares de negros. Sin embargo, Justice fue con la esperanza de que el equipo local, el orgullo de la Upington afrikaner, recibiera una buena paliza.

Los afrikaners, que son en su mayoría de ascendencia holandesa y hablan una lengua que casi todos los holandeses actuales podrían entender, constituían el 65 % de los cinco millones de blancos en Sudáfrica. El otro 35 % hablaba inglés en casa, era sobre todo de ascendencia británica (aunque había unos cuantos portugueses, griegos y judíos lituanos) y dominaban el mundo de los negocios, en especial el de las grandes empresas, que, en Sudáfrica, quería decir las minas de oro, diamantes y platino. El poder político, sin embargo, estaba en manos de los afrikaners. Gobernaban el Estado —todos los ministros, todos los generales del ejército, todos los jefes de los servicios de inteligencia eran afrikaners— y eran los que poseían y cultivaban las tierras. La relación entre los afrikaners y la tierra era tan total que la palabra *boer*, que quiere decir «granjero» en afrikaans, era prácticamente un sinónimo de afrikaner. No era extraño, dado que 50.000 agricultores blancos eran dueños de doce veces más tierras de labor y de pastos que los 14 millones de negros rurales del país.

Al ser quienes controlaban los alimentos y las armas, los afrikaners eran los protectores del resto de la Sudáfrica blanca. O, como dijo en una ocasión P. W. Botha: «La seguridad y la felicidad de todos los grupos minoritarios en Sudáfrica dependen de los afrikaners. Da igual que hablen inglés, o alemán, o portugués, o italiano, o incluso hebreo, no hay diferencia».

Botha era torpe pero tenía razón. Los afrikaners eran los señores y protectores del apartheid. Por eso el joven Justice vitoreó como loco aquel día a los neozelandeses, un equipo formado sólo por blancos pero llamado, para confusión y delicia de Justice, los All Blacks (todos negros), un nombre derivado de sus uniformes. Y tuvo mucho que celebrar. Dirigidos por un jugador calvo y robusto llamado Sid Going, los visitantes derrotaron a North West Cape 26-3. Justice, al evocar aquel recuerdo de infancia, se frotaba las manos con alegría mientras hablaba de cómo los de Nueva Zelanda «asesinaron» a los bóers de Upington; aquellos gigantes sobrealimentados que les humillaban a él, a su familia y a sus amigos a diario, que insistían siempre en que los negros los llamaran *baas*. A partir de aquel día, Justice se convirtió en un aficionado al rugby, aunque sólo fuera de la manera limitada y estrictamente vengativa en que lo eran los sudafricanos negros. Sólo le gustaba cuando los rivales extranjeros eran buenos y vencían a los bóers.

Justice pasó a ser un adolescente atento a la política, que comprendía la importancia que tenía el rugby para los afrikaners; que era lo más parecido que tenían, fuera de la iglesia, a una vida espiritual. Tenían su cristianismo de

Antiguo Testamento, llamado la Iglesia Holandesa Reformada; y tenían su religión laica, el rugby, que era para los afrikaners lo que el fútbol para los brasileños. Y, cuanto más de derechas eran los afrikaners, más fundamentalista su fe en Dios, más fanática era su afición al deporte. Temían a Dios, pero amaban el rugby, sobre todo cuando llevaba camiseta de los Springboks.

Las sucesivas selecciones nacionales sudafricanas habían adquirido, a lo largo del siglo XX, la fama de ser los jugadores de rugby más duros del mundo. En su mayoría eran afrikaners, aunque, de vez en cuando, algún «inglés» (como les llamaban los afrikaners cuando querían ser educados) especialmente voluminoso, o duro, o rápido, se colaba en el equipo nacional. Y, al ser afrikaners, en su mayoría eran hombres de huesos grandes, hijos de granjeros de manos callosas que, de pequeños, habían aprendido a jugar descalzos y en campos duros y secos en los que, si uno se caía, sangraba.

Como metáfora de la arrolladora brutalidad del apartheid, los Boks cumplían muy bien su papel. Por eso su distintiva camiseta verde se había vuelto tan detestable para los negros como la policía antidisturbios, la bandera nacional y el himno nacional, *Die Stem* (La llamada), cuya letra alababa a Dios y celebraba la conquista blanca de la punta meridional de África.

En tales humillaciones pensaba Justice durante aquel fatídico mes de 1985. Mientras Mandela, cosa inconcebible, se reunía en secreto con Kobie Coetsee, Justice se encontraba menos dispuesto a hacer concesiones que nunca. Le llenaba la oscura indignación de un hombre que sabía que, por haber nacido negro, nunca podría aprovechar su talento natural hasta el límite. Siempre había sido un estudiante especialmente brillante, que, a los quince años, estaba muy por delante de sus colegas y sus padres (su madre nunca aprendió a leer). Pero las autoridades de Upington, que administraban Paballelo, no permitían la escolarización de niños negros a partir de esa edad. Se atenían al pie de la letra a lo dictado por el principal arquitecto del apartheid, Hendrick Verwoerd, que, en 1953, como responsable del Departamento de Asuntos Nativos, elaboró un plan de estudios diseñado, según él, para «la naturaleza y las necesidades de las personas negras». Verwoerd, que después sería primer ministro, decía que el objetivo de su Ley de Educación Bantú era impedir que los negros recibiesen una educación que pudiera hacerles aspirar a puestos por encima de los que les correspondían. El auténtico propósito era sostener el gran elemento del sistema del apartheid, la protección encubierta de los puestos de trabajo de los blancos.

El padre de Justice, decidido a hacer lo que fuera para esquivar el sistema, le envió al otro extremo del país, a la provincia del Cabo Oriental, a una escuela metodista llamada Healdtown en la que había estudiado el propio Mandela.

Justice pasó los diez años siguientes yendo y viniendo entre Upington y el Cabo Oriental, 900 kilómetros a través del país, en el intento, a menudo frustrante, de lograr una educación que le ayudara a alcanzar su sueño de ser médico. Empezaba a aproximarse, había aprobado todos los exámenes necesarios para que le admitieran en Medicina, cuando, a finales de 1985, sucedió el desastre. Se enamoró de una chica y la dejó embarazada. Tenía veinticuatro años, pero a la institución educativa cristiana en la que se encontraba le pareció intolerable. Le expulsaron y volvió a Paballelo en la primera semana de noviembre, consumido por la frustración.

El regreso de Justice coincidió con el primer episodio grave de lo que las autoridades del apartheid llamaron «disturbios negros» en el distrito. Estaba ocurriendo en todo el país, pero era un fenómeno nuevo en un lugar atrasado como Paballelo, en el que, hasta entonces, la resistencia política había sido siempre clandestina. Durante el primer fin de semana de Justice en casa, el domingo, 10 de noviembre, el distrito estalló. Los «disturbios» siguieron la triste coreografía que tan bien conocían ya los telespectadores en todo el mundo, salvo en Sudáfrica, donde las imágenes estaban censuradas. Unos cuantos negros se reunieron en un espacio abierto de Paballelo para denunciar la última letanía de injusticias sociales. La policía local temía desde hacía tiempo que sus negros, hasta entonces bastante domesticados («nuestros negros», solían decir, sin darse cuenta de las ideas rebeldes que se arremolinaban en sus cabezas), pudieran seguir el violento ejemplo de sus primos con ínfulas de Johanesburgo y Ciudad del Cabo. Convencidos de que había llegado el temido día, siguieron la pauta de sus colegas metropolitanos y arrojaron gas lacrimógeno contra la pequeña muchedumbre de manifestantes. Justice no estaba presente aquel día, pero no faltaron otros jóvenes negros airados que respondieron tirando piedras a los policías, que, a su vez, cargaron contra la multitud, lanzaron a sus perros contra los que arrojaban piedras, les persiguieron y golpearon con porras a los que atrapaban.

La policía no estaba preparada para hacer frente al caos desencadenado, en el que los manifestantes quemaron casas y vehículos de aquellos a quienes consideraban colaboradores de los blancos, gente como los concejales negros pagados por el régimen para darle una pátina de respetabilidad democrática. La

policía abrió fuego y mató a una mujer negra embarazada. Después dijeron que les había arrojado piedras. Pero todo el mundo en Paballelo sabía que, en realidad, estaba saliendo de su casa para ir a comprar el pan.

La revolución había llegado por fin a Upington. Durante dos días, lunes y martes, los residentes de Paballelo se enfrentaron sin cesar a la policía, esta vez con Justice en primera línea.

El martes por la tarde, llegaron refuerzos policiales de Kimberley, la ciudad más próxima, a 270 kilómetros. Al frente estaba un tal capitán Van Dyk, que propuso negociaciones de paz. Esa tarde, Justice y otros líderes locales se reunieron con él en el distrito. No se alcanzó ninguna solución, pero acordaron volver a verse a la mañana siguiente, en esta ocasión con toda la comunidad presente, en el polvoriento campo de fútbol local. La idea, que el capitán Van Dyk aceptó, fue que los residentes de Paballelo expusieran los motivos de queja que habían ocasionado todos los disturbios en primer lugar. Si el capitán de la policía podía dar algún tipo de satisfacción, alguna sensación de que los problemas planteados se iban a abordar a nivel político, tal vez los ánimos se calmarían y podría evitarse el violento enfrentamiento que se avecinaba. A Justice y los demás líderes les pareció prometedora la actitud de Van Dyk. Era distinto a los policías zafios con los que estaban acostumbrados a tratar en Upington.

A la mañana siguiente, el 13 de noviembre, acudieron miles de personas al campo de fútbol. Una vez más, la coreografía siguió una pauta conocida y reprodujo el desarrollo de otros miles de concentraciones de ese tipo en todo el país. Bajo la mirada de una falange de fuerzas antidisturbios de uniforme gris y azul y una columna de voluminosos vehículos blindados con enormes ruedas llamados *Casspirs*, una ordenada muchedumbre negra se reunió en el centro del campo. El acto comenzó, como siempre, con el himno oficial de la liberación negra, el *Nkosi Sikelele iAfrika*. La letra, en xhosa, la lengua de Mandela, decía:

Dios bendiga a África
Que su gloria sea elevada
Oye nuestros ruegos
Dios, bendícenos
A nosotros, tus hijos
Ven, Espíritu

Ven, Espíritu Santo
Dios, te pedimos que protejas a nuestra nación
Intervén y pon fin a todos los conflictos
Protégenos
Protege a nuestra nación
Que así sea
Por siempre y para siempre.

Era generoso, triste, desafiante, y tenía la fuerza reiterativa de una ola en el océano. Para los sudafricanos negros y los que simpatizaban con su causa, era un llamamiento al valor. Para las autoridades del apartheid y, en especial, para los jóvenes policías blancos a quienes iba inmediatamente dirigido el himno, era una expresión amenazante de la vasta marea negra que podía alzarse y devorarlos.

Después del *Nkosi Sikelele* se rezó una oración cristiana. Mientras los miles de asistentes se dirigían a Dios con la cabeza inclinada, y antes de que nadie hubiera ni empezado a hablar de política, un oficial de la policía local, el capitán Botha, arrebató el mando al capitán Van Dyk. Botha era de Upington.

Para consternación de Van Dyk, Botha cogió un megáfono y anunció, en un grito con el que estaban familiarizados todos los veteranos de las protestas negras en Sudáfrica, que la muchedumbre tenía «diez minutos para dispersarse». Lo único peculiar del anuncio fue que lo hiciera tan pronto, antes incluso de que hubieran terminado los rezos. El capitán Van Dyk quizá habría llegado a la misma conclusión, pero habría observado las cortesías religiosas un poco más y tal vez habría simulado por lo menos buscar un acuerdo negociado.

El capitán Botha no esperó a que transcurrieran los diez minutos. Antes de que pasaran dos, ordenó a sus tropas que dispararan gas lacrimógeno y balas de goma y que soltaran a los perros. Algunos de los negros más jóvenes arrojaron piedras, pero la mayoría de la gente salió corriendo, con los gritos de las mujeres ahogados por el temible ruido de los acelerones de los *Casspirs* que les perseguían. Casi todas las vías de salida estaban bloqueadas por policías que llevaban armas, acariciaban sus porras o golpeaban sus *sjamboks*, unos gruesos látigos de cuero, contra el suelo pedregoso. Justice vio un hueco, llevó a un grupo de unas 150 personas —hombres y mujeres, jóvenes y viejos— por Pilane Street y dejó atrás a los policías blancos.

De pronto, de una de las pequeñas casas de ladrillo gris de la calle, salieron

unos disparos. Un niño cayó al suelo gravemente herido. Entonces salió corriendo de una casa un hombre con una pistola sobre la cabeza. El hombre que había disparado, se lanzó hacia la ira, el miedo, el caos. Se llamaba Lucas Sethwala. Era un elemento peculiar en la Sudáfrica del apartheid, un policía negro; uno de esos «colaboradores» que habían sido el blanco de los disturbios el domingo por la noche. En algún rincón del cerebro de Justice, como motor que le impulsaba, estaban las imágenes que le habían inspirado, Robben Island y el sufrimiento de «nuestros líderes», la alegría fugaz de ver a los All Blacks masacrar al equipo de rugby de Upington, la Ley de Servicios Separados, las Áreas de Grupo, la escolarización que se acababa a los quince años, el ejemplo emocionante del héroe que había matado a puñaladas al policía blanco… todos esos recuerdos y más le carcomían. Sin embargo, en aquel momento, cuando se lanzó a correr solo en pos del agente de policía Lucas Sethwala, la principal sensación fue una locura frenética; el único propósito era la venganza.

«No tuve tiempo de pararme a reflexionar. No fue una decisión racional. Fue pura emoción», recordaba Justice.

El hecho de que Sethwala todavía tuviera su arma en la mano y Justice no tuviera ninguna, que Sethwala se volviera mientras corría y disparase contra Justice, demuestra lo alocada que fue la reacción de este último. Pero los tiros fallaron y Justice le atrapó, le arrebató el arma y le golpeó en la cabeza con ella. Le golpeó sólo dos veces, pero fueron suficientes. Se quedó quieto, muerto. Justice se levantó y siguió corriendo, pero el grupo que iba detrás de él, que había celebrado con un grito la captura de Sethwala y los golpes, hizo lo que las muchedumbres sudafricanas hacían entonces, con demasiada frecuencia, en esas situaciones. Empezaron a dar patadas al cuerpo inerte de Sethwala y alguien corrió en busca de una lata de gasolina. Justice no lo vio; se lo contaron después. Alrededor de cien personas se reunieron en torno al cadáver, dando vítores de alegría. Era una victoria, por fin, o algo que, en la locura del momento, se parecía mucho a una victoria para Paballelo. Rociaron el cuerpo de gasolina, encendieron una cerilla y le prendieron fuego.

Justice huyó al otro lado de la frontera, a Windhoek, la capital de Namibia. Pero entonces Namibia no era aún un país independiente; seguía perteneciendo a Sudáfrica. Seis días después, el 19 de noviembre, le detuvieron y le devolvieron a Upington, donde él y otros veinticinco fueron encarcelados y acusados de asesinato. La llamada Ley del Propósito Común permitía procesar no sólo a la persona o personas directamente responsables de un crimen, sino también a

todos los que podían haber compartido el deseo de cometerlo, que habían prestado apoyo moral. Con una definición tan vaga, la policía podría haber detenido a dos, cinco, diez, veinte o sesenta y dos personas. Optaron por veintiséis, a las que acusaron del asesinato de aquel hombre. Entre los acusados estaba un matrimonio de sesentones que tenían once niños y ningún remoto antecedente penal ni político. Los investigadores no hicieron ningún esfuerzo para distinguir entre el grado de culpabilidad del viejo matrimonio y el de Bekebeke. No sabían que él era el que había propinado los golpes decisivos. Ni lo iban a averiguar durante el largo juicio posterior. Si se les declaraba culpables, los «26 de Upington» recibirían la misma sentencia para la que se había preparado Mandela cuando ocupó el banquillo en Pretoria veintiún años antes: la muerte en la horca.

CAPÍTULO IV

EL COCODRILO ATRAPADO

1986-1989

Kobie Coetsee se había rendido más rápido de lo que podían esperar él o Mandela. Pero éste dudaba de que su siguiente objetivo fuera a ceder con tanta facilidad. Para alcanzar su meta suprema —una entrevista con el propio Botha —, antes tenía que ganarse al hombre que guardaba la puerta presidencial, el jefe del Servicio Nacional de Inteligencia, Niël Barnard. Barnard, que había estudiado política internacional en la Universidad de Georgetown, en Washington, D.C., se había ganado, a los veintitantos años, fama de genio precoz. Botha oyó hablar de él por primera vez cuando Barnard era profesor de Ciencias Políticas en la Universidad del Estado Libre de Orange. De manera impulsiva, Botha lo sacó de la universidad y lo contrató para que dirigiera, con treinta años, el SNI. Era el 1 de junio de 1980. Barnard permanecería en su puesto hasta el 31 de enero de 1992, después de haber servido a Botha durante casi diez años y a su sucesor, F. W. de Klerk, durante dos.

Nadie, en el aparato del apartheid, estaba más enterado de lo que ocurría en la política sudafricana que Barnard, que disponía de informadores en todas partes, algunos en el corazón del CNA. Era astuto y discreto, funcionario hasta la médula y con un fuerte sentido del deber. Durante los doce años que fue jefe del SNI, una organización que se ganó el respeto —aunque no el afecto— de otras como la CIA y el MI6 británico, su rostro fue tan desconocido para el gran público como el de Mandela lo había sido en la cárcel. No había nadie en quien Botha confiara más.

Barnard era un tipo alto, delgado, de cabello oscuro y sin sentido del humor. Un Mr. Spock afrikaner, que hablaba de manera monótona y cuyos rasgos eran tan inexpresivos que, si uno se lo encontraba por casualidad al día siguiente de haber hablado con él, seguramente no lo reconocería. Pero los mecanismos de su mente eran claros, y años después, aunque hablaba de forma un poco acartonada, recordaba con agudeza el ambiente político y las luchas dentro del gobierno durante los años ochenta.

«Algunas personas, sobre todo en el ejército, pero también en la policía, en el fondo creían que teníamos que luchar contra ello de una u otra forma —recordaba—. En el SNI pensábamos que ésa era una manera equivocada de abordar la situación. Nuestra opinión era que un acuerdo político era la única respuesta a los problemas del país». No hay duda de que era un mensaje muy difícil de vender al aparato oficial de Sudáfrica. Barnard no se hacía ilusiones. «Pero lo importante era que P. W. Botha, que prácticamente había nacido y se había educado en la estructura de seguridad, creía firmemente que, de una u otra forma, teníamos que… cómo lo diría… estabilizar la situación sudafricana y, a partir de ahí, tratar de encontrar algún tipo de solución política».

Un día de mayo de 1988, Botha convocó a Barnard a su despacho y le dijo: «Doctor Barnard, quiero que se reúna con el señor Mandela. Intente descubrir si es cierto lo que propone usted desde hace tiempo. ¿Es posible llegar a un acuerdo pacífico con el CNA; con ese hombre, Mandela? Trate de averiguar qué opina sobre el comunismo… y luego trate de averiguar si Mandela y el CNA están interesados en un acuerdo pacífico. Porque también tenemos graves dudas acerca de sus objetivos».

La primera entrevista de Barnard con Mandela se celebró en el despacho del comandante de Pollsmoor. Según recordaba Barnard, de forma parecida a las primeras impresiones de Kobie Coetsee, «Mandela entró y vi inmediatamente que, incluso vestido con un mono y unas botas, tenía una presencia y una personalidad dominantes». Los dos hombres se sentaron, conscientes de que el verdadero objetivo de aquella reunión era conocerse, desarrollar una relación que pudiera sostener las negociaciones políticas que pudieran producirse con posterioridad. Hablaron de naderías —Mandela le preguntó de qué parte de Sudáfrica era y Barnard se interesó por su salud— y acordaron volver a verse.

Sin embargo, antes de eso, Barnard ordenó, como Coetsee, que vistieran a Mandela con ropas más propias de alguien de su categoría. Como explicaba Barnard, «hablar sobre el futuro del país vestido con un mono y unas botas,

evidentemente, era inaceptable. Acordamos con Willie Willemse, el comisario de los Servicios Penitenciarios, que, a cualquier reunión futura iría vestido de manera correspondiente a su dignidad y su orgullo como ser humano». Y la ropa no fue lo único en lo que Barnard decidió que había que dar facilidades a Mandela. También pidió un lugar más apropiado para los encuentros. «En cualquier reunión futura, Mandela tenía que estar a la misma altura, como igual, eso lo tenía muy claro. Recuerdo que Willie Willemse y yo dijimos que nunca podíamos volver a tener una de esas reuniones dentro de la cárcel. Así era imposible tener una situación de igualdad». A partir de entonces, Barnard y Mandela se reunieron en casa de Willemse, en el recinto de Pollsmoor, y no en su insulso despacho.

Empezaron a hacerlo en la segunda entrevista, una cena a la que Mandela acudió con chaqueta. «Fue un invitado maravilloso», recordaba Barnard, que abandonó su reserva natural al hacer memoria. En las reuniones, la mujer de Willemse hacía unas cenas deliciosas, corría el vino y los dos hombres hablaban durante horas sobre cómo poner fin pacíficamente al apartheid.

Por su parte, Kobie Coetsee llegó a la conclusión de que mantener al preso en la cárcel era impropio y tan poco útil para el propósito general de las negociaciones como vestirlo con el uniforme. No es que en Pollsmoor le trataran mal. En comparación con la claustrofobia que había aprendido a soportar en Robben Island, su celda de Pollsmoor le parecía el mar abierto. Pero el sitio al que fue a parar era una especie de transatlántico de lujo.

Cuanto peor trataba el régimen de Botha a los negros en la calle, mejor trataba a Mandela. Él podía haber protestado. Podía haberse enfurecido con Barnard, haber amenazado con interrumpir las conversaciones secretas. Pero no lo hizo. Entró en el juego porque sabía que, aunque su capacidad de intervenir en los hechos que estaban ocurriendo fuera en aquel momento prácticamente inexistente, sus posibilidades de influir en el futuro de Sudáfrica podían ser inmensas. Por eso, cuando, en diciembre de 1988, el general Willie Willemse le informó de que le iban a trasladar de su gran celda solitaria en Pollsmoor a una casa dentro del recinto de una prisión llamada Victor Verster en una bonita ciudad llamada Paarl, a una hora al norte de Ciudad del Cabo, en el corazón de las tierras del vino, Mandela no puso ninguna objeción.

Cambió su celda por una espaciosa casa bajo la supervisión —o, más bien, el cuidado— de otro Christo Brand, otro guardia afrikaner que le había acompañado en Pollsmoor y Robben Island. Se llamaba Jack Swart y su trabajo

era cocinar para Mandela y hacerle de mayordomo, con deberes como abrir la puerta a sus invitados, ayudarle a organizar su agenda y mantener la casa limpia y ordenada. La cocina era amplia y estaba bien equipada, e incluía electrodomésticos impensables cuando Mandela entró en la cárcel. Le permitían recibir visitas de otros presos políticos aún encarcelados. Uno de ellos fue Tokyo Sexwale, un agitador de Umkhonto we Sizwe que había pasado trece años en Robben Island acusado de terrorismo. Sexwale pertenecía a un pequeño grupo de *jóvenes turcos* del CNA que habían intimado con Mandela en la isla y que no sólo hablaban con él de política sino que se relajaban con él jugando a Escaleras y Serpientes y al Monopoly antes de que le trasladaran a Pollsmoor. Sexwale se reía al recordar aquella visita a Mandela en Victor Verster. «Vimos un televisor en la casa. Ya era fuerte aquello. Pero luego vimos otro. ¡Dos televisores! ¡Aquélla era, pensamos, la prueba definitiva de que se había vendido al enemigo!»

Con una gran sonrisa, Mandela les aseguró que no era un televisor. Explicó a sus boquiabiertos invitados que era una máquina para hervir el agua. Cogió una taza llena de agua y les hizo una demostración: puso la taza dentro y apretó un par de botones. Al cabo de unos momentos, sacó la taza de agua hirviendo del microondas, un aparato que sus invitados no habían visto jamás.

Siempre con Jack Swart presente, Mandela invitó a cenar en su nueva «casa» a gente tan variada como Barnard, Sexwale y su abogado, George Bizos. Antes de que llegaran los invitados, Swart y Mandela discutían aspectos de etiqueta como cuál era el vino apropiado. En cuanto a las verduras, algunas procedían del propio jardín de Mandela, que incluía una piscina y una vista de las grandiosas montañas escarpadas que rodeaban los fértiles valles y viñedos de El Cabo. Y el paraíso no habría sido completo para Mandela sin un gimnasio, dotado de bicicleta estática y pesas, en el que hacía ejercicio diligentemente todas las mañanas antes del alba.

Se trataba, según Barnard, de facilitarle la transición, después de lo que ya eran veintiséis años de hibernación, a un mundo nuevo de microondas y ordenadores personales. «Nos dedicamos a crear una atmósfera que permitiera a Mandela vivir en un entorno lo más normal posible», explicaba Barnard. El propósito de fondo, según él, era ayudarle a prepararse para gobernar y para desempeñar un papel en el escenario mundial. «Le dije muchas veces: “Señor Mandela, gobernar un país es un trabajo difícil. No es, con todos los respetos, como sentarse en un hotel de Londres a beber cerveza Castle importada de

Sudáfrica y hablar del gobierno (era una pulla de Barnard contra los líderes del CNA en el exilio).” Le dije: “Gobernar es un trabajo duro, tiene que entender que es difícil.”»

Barnard también se encargó de otra tarea más delicada, la de preparar al presidente Botha, el *krokodil*, para entrevistarse con Mandela. La presión inicial para que se celebrara ese encuentro surgió del propio Mandela, que empezó a expresar cierta impaciencia por la lentitud de los avances.

Quería que las conversaciones abriesen la puerta a un proceso de negociaciones en el que participasen el CNA, el gobierno y todas las demás partes que lo quisieran, con el fin de acabar con el apartheid por medios pacíficos. Al llegar 1989, tras más de seis meses de reuniones entre preso y espía, Mandela se hartó. «Está bien tener conversaciones preliminares con usted sobre los aspectos fundamentales —le dijo a Barnard—, pero comprenderá que no es un político. No tiene la autoridad ni el poder necesarios. Tengo que hablar con el propio Botha, lo antes posible».

En marzo de 1989, Barnard entregó a su jefe una carta de Mandela. En ella, Mandela alegaba que la única forma de conseguir una paz duradera en Sudáfrica era mediante un acuerdo negociado. Decía que, por otra parte, la mayoría negra no tenía intención de rendirse. «El gobierno de la mayoría y la paz interna —escribió— son dos caras de la misma moneda, y la Sudáfrica blanca tiene que aceptar que no habrá paz ni estabilidad en este país hasta que no se aplique plenamente ese principio».

Quizá más importante que esa carta fue el hecho de que Mandela ya había convencido a Barnard del argumento que contenía. Barnard podía convencer a su jefe, aunque la carta no lo consiguiera.

«Sí… —contaba Barnard, con una nota de afecto en la monotonía metálica de su voz—, el viejo —se refería a Mandela— es uno de esos individuos extraños que te cautiva. Tiene ese carisma peculiar. Te das cuenta de que quieres escucharle. De modo que, sí —continuaba Barnard—, en nuestra mente, desde una perspectiva inteligente, nunca tuvimos la menor duda. Éste es el hombre; si no podemos llegar a un acuerdo con él, no habrá ningún acuerdo».

Eso es lo que le dijo a Botha. Pero había también otros argumentos sobre los que recomendó pensar al presidente. El mundo estaba cambiando a toda velocidad. El movimiento anticomunista de Solidaridad había obtenido el poder en Polonia; en la plaza de Tiananmen había manifestaciones para exigir reformas en China; el ejército soviético había puesto fin a sus nueve años de ocupación de

Afganistán; el Muro de Berlín se tambaleaba. El apartheid, como el comunismo, pertenecía a otra era.

Los argumentos de Barnard influyeron en Botha, pero el presidente podría haber seguido titubeando, irritándose y dando vueltas en su fortaleza mental si el destino biológico no hubiera intervenido. En enero de 1989 sufrió una apoplejía que inyectó un nuevo sentido de urgencia en sus actuaciones.

Más que quererle, los miembros de su gabinete le respetaban y algunos incluso le temían. Sus enemigos dentro del propio Partido Nacional percibían, por fin, señales de debilidad, y se disponían a dar el golpe de gracia. Barnard, una de las pocas personas que sí sentía afecto por Botha, presentía que su jefe tenía los días contados en su cargo y que tenía que actuar rápidamente. «Recuerdo que le dije que era el momento perfecto para entrevistarse con Mandela, lo antes posible. Si no, íbamos a desperdiciar, quizá, una de las oportunidades más importantes de nuestra historia. Mi postura, que le transmití a Botha, era: "Señor presidente, si se entrevista con Mandela y eso se convierte en la base, el fundamento de la evolución futura de nuestro país, la historia siempre le reconocerá como el hombre que inició este proceso necesario. En mi opinión meditada, es una situación con todas las de ganar."»

Era una forma educada de decir que Botha se encontraba tal vez ante la última oportunidad de ser recordado no sólo como un enorme reptil aterrador. Botha lo comprendió y Barnard volvió a Mandela con la feliz noticia de que el presidente había aceptado reunirse con él. «Pero le advertí: "Mire, ésta es una reunión para romper el hielo, no para tratar de temas fundamentales. Venga a saber algo de él. Hable de las cosas fáciles en la vida. Y no toque el tema de Walter Sisulu… Si vuelve a mencionar la puesta en libertad de Walter Sisulu, el señor Botha dirá que no. Le conozco. Y si dice no, es no… Deje eso a un lado. Hay otra forma de abordar la cuestión. Además, no hable de temas espinosos, no es el objeto de la primera reunión."»

Mandela escuchó cortésmente, pero no tenía la menor intención de seguir los consejos de aquel joven inteligente, descarado y algo raro, al que llevaba más de treinta años. Los dos habían hablado mucho sobre la posible liberación de Sisulu, que llevaba en prisión veinticinco años, y, si a Mandela le parecía oportuno, pensaba sacar a relucir el tema con Botha. Lo que no rechazó, en cambio, fue la oferta de Barnard de hacerse ropa especial para la ocasión. Por cortesía del SNI, un sastre le midió para un traje. Cuando se lo enviaron hecho, Mandela se miró en el espejo y el resultado le gustó. Era la reunión más

importante de su vida y estaba deseando crear el ambiente adecuado. Como un actor a punto de salir a escena, repasó las notas que había estado preparando durante varios días, ensayó sus frases y se metió en el papel. Iba a entrevistarse con su carcelero jefe de igual a igual. Dos caudillos que representaban a dos pueblos orgullosos.

La mañana del 5 de julio de 1989, el general Willemse recogió a Mandela en Victor Verster para hacer con él el trayecto de 45 minutos desde Paarl hasta la majestuosa residencia presidencial conocida como Tuynhuys, en Ciudad del Cabo, un monumento del siglo XVIII al poder colonial blanco. Justo antes de entrar en el coche, Willemse, que había adoptado momentáneamente el papel de Jeeves de Jack Swart, se aproximó a Mandela y le ayudó a ajustarse la corbata. Mandela, tan elegante antes de entrar el cárcel, había perdido el toque.

Aproximadamente una hora después, cuando Mandela acababa de salir del coche y se disponía a entrar en las oficinas de Botha, Barnard, que le aguardaba, hizo una cosa extraordinaria. Ansioso por que su protegido causara buena impresión, se arrodilló delante de Mandela y ató bien los cordones de los zapatos del señor mayor.

Mandela se detuvo, sonriente, en el umbral de la guarida del cocodrilo, con la sensación de que, si daba con el tono adecuado y escogía sus palabras con prudencia, el triunfo para el que llevaba preparándose un cuarto de siglo podía estar, por fin, al alcance de su mano. Sabía que la decisión de Botha de entrevistarse con él era un reconocimiento de que las cosas no podían seguir como hasta entonces. Por eso no le había causado ninguna angustia pensar si estaba bien o no sentarse a hablar con los gobernantes más violentos que había conocido Sudáfrica desde la instauración del apartheid en 1948.

Para empezar, Mandela entendía, como no podían entenderlo los Justice Bekebeke que estaban en primera línea de fuego, que la violencia que había desencadenado Botha contra la población negra en los cuatro años anteriores era un signo de debilidad y desesperación crecientes. La fantasía de legitimidad se había desvanecido y el único instrumento que quedaba para mantener vivo el apartheid era el cañón de una pistola. Si Mandela había aprendido algo en la cárcel, era a mirar todo el conjunto. Y eso significaba no dejarse distraer por los horrores que estaban ocurriendo y mantener la vista firmemente puesta en el objetivo distante.

Y había algo más. Tras tantos años de estudiar a los afrikaners, su lengua y su cultura, había aprendido que, por encima de todo, eran supervivientes. Habían llegado de Europa, se habían asentado en África y la habían convertido en su hogar. Para ello, habían tenido que ser duros, pero también pragmáticos. Había dos P. W. Botha. Estaba el matón despiadado y estaba el hombre que en una ocasión había advertido a los afrikaners, en un famoso discurso, que tenían que «adaptarse o morir».

Barnard llamó a la puerta del presidente, la abrió y entró en el lujoso salón, decorado con tapicerías versallescas. Mandela recuerda ese momento en su autobiografía, *El largo camino hacia la libertad*: «Desde el lado opuesto de su enorme despacho, P. W. Botha se acercó. Tenía la mano extendida y una gran sonrisa y, la verdad, desde aquel primer momento, me desarmó por completo». Kobie Coetsee, que presenció la reunión junto con Barnard y que observó con asombro cómo Botha le servía una taza de té a Mandela, creía más bien que el desarme fue mutuo. Mandela consiguió que el viejo y áspero cocodrilo se relajara, le tranquilizó con su sonrisa franca y su aire solemne, y hablando con él en afrikaans. «Creo que, cuando se vieron por primera vez, sintieron casi alivio», explicó Coetsee.

Botha mostró un respeto incondicional por Mandela. Éste fue también todo cortesía, pero la ventaja que tenía sobre el presidente era la astucia de sus artes de seducción. Para ponerle las cosas fáciles, habló de las analogías entre la lucha actual del pueblo negro por su liberación y el combate similar de los afrikaners casi cien años antes, en la guerra de los bóers, para sacudirse el yugo imperial británico. A Botha, cuyo padre y cuyo abuelo habían luchado contra los británicos en aquella guerra, le impresionó que Mandela conociera la historia de su gente.

Cuando consideró que había ablandado suficientemente al presidente, Mandela desobedeció las instrucciones de Barnard y mencionó el tema de la liberación de su amigo Sisulu. Era de una importancia crucial, afirmó, tanto por motivos políticos como por motivos personales, que Sisulu, cuya salud no era muy buena, saliera a la calle. «Curiosamente —recordaba Barnard una década después—, Botha escuchó y dijo: “Señor Barnard, usted sabe los problemas que tenemos. Supongo que se los ha explicado al señor Mandela, pero creo que debemos ayudarle. Creo que hay que hacerlo. Quiero que preste atención a eso.” Y yo contesté: “De acuerdo, señor presidente.”»

No todo fue fácil entre los dos hombres. «Hubo momentos de gran

sinceridad —recordaba Coetsee—, y las dos partes se mostraron muy firmes en sus posturas». Mandela debió de tener que morderse la lengua cuando Botha, según recordaba Coetsee, empezó a hablar de «criterios y normas, civilización y las escrituras», que era la forma figurada que tenían los políticos del Partido Nacional de contrastar los méritos de su cultura con la barbarie ignorante del mundo habitado por los negros. Por su parte, a Botha no debió de gustarle que Mandela volviese a decir que el Partido Comunista era un viejo aliado y que no iba a «deshacerse ahora de socios que han estado con el CNA a lo largo de toda la lucha».

Sin embargo, los dos hombres se despidieron con la misma afabilidad que a la llegada. La química que había percibido Coetsee había funcionado, porque Botha confirmó de inmediato una de las impresiones que había tenido Barnard: Mandela era un hombre de sólidas convicciones y no temía manifestarlas. «Mandela fue muy sincero, incluso muy directo a veces —dijo Barnard—. A los afrikaners les gusta eso». Botha observó al líder de la Sudáfrica negra y prefirió ver una versión idealizada de su propia brusquedad. Al apelar a su vanidad y su orgullo afrikaner, Mandela había conquistado al *krokodil*. «Mandela —dijo Barnard— sabía cómo utilizar su poder con sutileza. Es como comparar las antiguas fortunas y los nuevos ricos. Sabía cómo manejar su poder sin humillar a sus enemigos».

Una declaración oficial tras la reunión dejó clara la victoria de Mandela, en un lenguaje anodino: los dos hombres habían «confirmado su apoyo a la evolución pacífica» de Sudáfrica. En otras palabras, Botha se había comprometido al plan que Mandela había elaborado en sus veintisiete años de prisión: la paz a través del diálogo. Los preparativos para unas negociaciones completas entre el CNA y el gobierno, ahora con la bendición del máximo mandatario afrikaner, iban a seguir adelante. Y estaba el regalo añadido de los aparentes avances en cuanto a la liberación de Walter Sisulu y otra media docena de presos veteranos, que se produjo tres meses después, si bien, para entonces, Botha había abandonado ya su cargo y había sido sustituido por F. W. de Klerk.

Ambos dejaron aquella reunión de Tuynhuys más satisfechos de sí mismos y del mundo que al entrar. Mandela, en especial, se fue con una discreta sensación de triunfo. Como escribió en su autobiografía, «el señor Botha llevaba mucho tiempo hablando de la necesidad de cruzar el Rubicón, pero no lo hizo hasta aquella mañana en Tuynhuys. Entonces sentí que habíamos llegado a un punto sin retorno».

Aquél fue el final del trabajo político de Mandela tras las rejas. Se había ganado a sus carceleros inmediatos, como Christo Brand y Jack Swart; después, a los jefes de la prisión, el coronel Badenhorst y el mayor Van Sittert; luego a Kobie Coetsee, Niël Barnard, y, contra todo pronóstico, nada menos que al viejo cocodrilo. El siguiente paso era salir de la cárcel y empezar a ejercer su magia con la población en general, ampliar su ofensiva de seducción hasta que abarcase a toda Sudáfrica.

CAPÍTULO V

PLANETAS DIFERENTES

El mundo en el que Mandela se encontró viviendo en 1989 estaba muy lejos, en el tiempo y en el espacio moral, de las dificultades cotidianas en Sudáfrica, sobre todo la Sudáfrica negra. Mientras se arreglaba para cenar en casa del simpático matrimonio Willemse, mientras jugaba con su horno microondas, hablaba de vino con su mayordomo, se bañaba en su piscina y admiraba las vistas desde su jardín, los hombres más poderosos del país —los mismos con los que se sentaba a tomar esas refinadas tazas de té— se escabullían por la puerta trasera y se colocaban sus trajes de vampiro para descargar su furia sobre la gente a cuya libertad había dedicado Mandela su vida.

Aparte del caos habitual que creaba la policía antidisturbios en los distritos negros, los escuadrones de la muerte de la policía y el ejército cuya creación había aprobado Botha se dedicaban a quitar de en medio a activistas a los que consideraban especialmente peligrosos para el Estado. Y Kobie Coetsee seguía presidiendo un sistema judicial que condenaba a muerte a más gente que Arabia Saudí y Estados Unidos (aunque menos que China, Irak e Irán) y que dictaba una sentencia injusta tras otra. En abril de 1989, dos granjeros blancos declarados culpables de matar a golpes a uno de sus empleados negros fueron condenados a una multa de 1.200 rand (unos 500 dólares de entonces), más una pena de seis meses de cárcel, suspendida durante cinco años. Ese mismo día, otro tribunal declaró a tres policías culpables de matar a golpes a un hombre negro pero no encarceló más que a uno de ellos, casualmente el que era negro, durante doce años.

Pero nada podía compararse con lo que la gente de Coetsee estaba preparando en un tribunal del centro de Upington. De las 26 personas acusadas

del asesinato de Lucas Sethwala, el policía negro que había disparado contra la muchedumbre, se las habían arreglado para declarar culpables a 25. Lo que todavía estaba por decidir, a mediados de 1989, era si los 25, que llevaban en la cárcel desde finales de 1985, iban a sufrir la obligatoria condena a muerte.

Paballelo seguía con pasión todos los detalles del juicio. Sin embargo, para los blancos, era como si se celebrase en Borneo, por lo que les interesaba. Salvo los policías de servicio, no apareció ni un solo blanco durante los tres años y medio que duró el proceso. Para cautivar, un drama necesita que el espectador tenga una condición humana común con los protagonistas. Para Upington, Paballelo era un mundo paralelo, poco iluminado, habitado por una especie distinta; más valía dejarlos solos.

Sería injusto insinuar que Upington tenía el monopolio del racismo blanco. El juicio que allí se celebraba y las circunstancias que lo rodeaban podrían haber sucedido en cualquiera de otras muchas ciudades de Sudáfrica. Upington, en medio del desierto, ofrecía una imagen muy nítida del apartheid, de las líneas claramente dibujadas que mantenían separadas a las distintas razas. Pero los habitantes blancos locales no estaban solos, ni mucho menos, ni eran sustancialmente distintos de la mayoría de sus compatriotas de piel clara. Y, aunque eran objeto de sátiras y críticas en todo el mundo, había que preguntarse si el ciudadano medio de Estados Unidos, Canadá o España, si hubiera nacido en la Sudáfrica del apartheid, se habría comportado de manera muy diferente. Vivían en la misma órbita general que la gente más privilegiada del mundo occidental. Sus vidas consistían en el hogar y el trabajo, en disfrutar de una existencia tranquila y confortable. La política no solía interesarles. La diferencia estaba en que vivían al lado de unas personas que estaban entre las más pobres y peor tratadas del mundo, y en que su buena suerte, la razón por la que los sudafricanos blancos tenían seguramente el mayor nivel de vida del mundo y, desde luego, la mejor calidad de vida, dependía de la desgracia de sus vecinos negros.

Pensemos en una familia de los estratos económicos más bajos de la Sudáfrica blanca. Por ejemplo, la familia de François Pienaar, que acabaría siendo el capitán Springbok en la final de la Copa del Mundo de rugby en 1995. El padre de Pienaar era un trabajador en la industria del acero. Su familia no vivía bien, en comparación con el nivel medio de la Sudáfrica blanca. Para ellos, la vida era una lucha continua. Pienaar se avergonzaba del coche familiar, viejo y abollado, de los regalos que recibía en Navidad, menos extravagantes que los de

otros chicos. Sin embargo, la familia Pienaar tenía una casa lo suficientemente grande como para incluir a dos criadas negras internas, que llamaban a François y a sus tres hermanos pequeños *klein baas*, «jefecitos». Aquel tipo de relación entre niños de seis años y criadas lo bastante mayores como para ser sus madres o sus abuelas era normal en las casas de los blancos, y lo había sido desde hacía mucho tiempo. En una ocasión, P. W. Botha describió al *New York Times* su relación con los negros cuando era niño. «Mi padre me enseñó a ser estricto con ellos —dijo—, pero justo».

Pienaar creció en una ciudad industrial al sur de Johanesburgo y a 750 kilómetros al este de Upington, llamada Vereeniging. La Vereeniging blanca tenía la misma relación con el distrito segregado más próximo, Sharpeville, que la Upington blanca tenía con Paballelo. Sharpeville ocupaba en la mente de la familia Pienaar un espacio casi tan poco significativo como Selma, Alabama. Por el contrario, Vereeniging tenía gran peso en la mente de los residentes de Sharpeville. Era el lugar desde el que se había acercado a visitarles la muerte en una ocasión famosa. Sharpeville sufrió en una ocasión la peor atrocidad de la era del apartheid; en 1960, las fuerzas de policía dispararon a unos manifestantes negros desarmados que huían y mataron a 69.

Seguramente había más odio concentrado hacia los blancos en Vereeniging que en ningún otro lugar de Sudáfrica. Sharpeville era el distrito en el que el CPA —el de «un colono, una bala»— tenía su base de apoyo más sólida. Pero Pienaar, de niño, no tenía idea de que los negros le consideraban su enemigo mortal, ni sabía nada de la existencia de Sharpeville, y mucho menos de su historia. Los negros se movían en la periferia vagamente borrosa de su conciencia infantil. Como reconocería más tarde: «Éramos una típica familia afrikaner de clase obrera, con escasa conciencia política, que nunca hablaba de ello y se creía por completo la propaganda de entonces».

Lo mismo pasaba prácticamente con todos los que crecieron en el mundo de Pienaar. Ni se les ocurría poner en duda la justicia de que los blancos tuvieran casas más grandes, mejores coches, mejores colegios, mejores instalaciones deportivas, o el derecho ancestral a saltarse la cola por delante de los negros en la oficina de Correos. Todavía más remota le resultaba a Pienaar, como a la gran mayoría de los afrikaners de su clase social, la idea de que los blancos hubieran adquirido esa vida privilegiada de forma sospechosa y un día pudieran arrebatársela por las malas. En su adolescencia, pensar que los negros pudieran organizarse como una fuerza que mereciera el nombre de «enemiga» habría

parecido rocambolesco. El enemigo, para alguien que jugaba al rugby como François, eran «los ingleses», que también jugaban al rugby, aunque nunca tan bien como los afrikaners, a los que la población de habla inglesa llamaba «los holandeses». El joven Pienaar estaba muy orgulloso de que, durante toda su trayectoria escolar, su equipo no perdiera jamás contra un colegio cuyo idioma predominante fuera el inglés.

La diferencia entre la pasión de la familia Pienaar por el rugby y su falta de interés por la política quedó patente en la gira que hicieron los Springboks en 1981 por Nueva Zelanda. Este país, normalmente uno de los más plácidos del mundo, se dividió peligrosamente en dos con la gira, por los apasionados sentimientos de la mitad del país, que compartía la ciega devoción al deporte de los afrikaners, y la otra mitad, que aborrecía el gran «crimen contra la humanidad» de Sudáfrica. Nunca había estado tan polarizada la población del país isleño. La gira duró ocho tumultuosas semanas y, en todos los lugares a los que fueron los Springboks, les recibieron manifestantes enloquecidos, policía antidisturbios con sus cascos, soldados y alambradas. Los estadios estaban siempre llenos, pero en las calles había otros tantos manifestantes que los cercaban. El último partido de la gira en Auckland se vio interrumpido por una avioneta que arrojó bombas de harina sobre el terreno. Con las imágenes de policías aporreando a manifestantes vestidos de payasos, el resultado fue un magnífico espectáculo televisivo. Los Pienaar estaban viéndolo y se quedaron francamente asombrados.

Arnold Stofile llamaba al rugby «el opio de los bóer». Stofile, un hombre negro que, como Bekebeke, no había dejado que las indignidades del apartheid coartaran su poderosa personalidad, se crió en una granja, se unió a una organización tapadera del CNA a principios de los sesenta, se convirtió en profesor de Teología en la Universidad de Fort Hare (donde había estudiado Mandela), fue ordenado ministro presbiteriano y jugaba al rugby, un fenómeno menos infrecuente entre los negros de su nativo Cabo Oriental que en otras partes del país. Pero no dejaba que su pasión personal por el deporte nublara su visión del panorama político general. Se convirtió en uno de los organizadores más activos de boicots de competiciones deportivas internacionales. «Siempre definimos el deporte como una muestra de apartheid con chándal —decía Stofile —. Era un elemento muy importante en la política exterior de este país, y las

figuras del deporte eran embajadores de facto de Sudáfrica, un elemento clave de los esfuerzos para hacer que el apartheid no fuera tan inaceptable. En cuanto a la política interna, el deporte era la barrera que separaba a los jóvenes blancos de los negros; por eso contaba con un enorme apoyo del gobierno y las grandes empresas tenían grandes rebajas fiscales por patrocinarlo. Era el opio que mantenía a los blancos en una ignorancia feliz; el opio que tenía adormecida Sudáfrica».

Impedir que Sudáfrica consumiera la droga feliz y que el gobierno tuviera sus «embajadores» fue la misión a la que Stofile dedicó casi veinte años de su vida. «Una huelga de trabajadores, incluso una bomba, afectaba a un grupo pequeño —explicaba—. Esto afectaba a todos, todos los hombres blancos, todas las familias, en un país apasionado del deporte, cuyo máximo motivo de orgullo ante el resto del mundo eran sus hazañas deportivas».

Niël Barnard, que sufrió la ofensiva de Stofile, estaba de acuerdo. «La política del CNA de aislamiento deportivo internacional, especialmente el aislamiento del rugby, nos resultó muy dolorosa a los afrikaners. Desde el punto de vista psicológico era un golpe cruel, porque el rugby era un campo en el que sentíamos que, a pesar de ser un país pequeño, podíamos tener la cabeza alta. Impedir que jugáramos al rugby con el resto del mundo acabó siendo un instrumento de influencia política increíblemente eficaz».

El éxito más espectacular de Stofile se produjo en 1985, el año trascendental en el que pareció ocurrir prácticamente todo en Sudáfrica. Salió ilegalmente del país y consiguió llegar a Nueva Zelanda, con ayuda de un antiguo miembro de los All Blacks que era alto comisario de su país en Zimbabue. Una vez allí, prestó todo su peso, de forma decisiva, a una campaña para impedir que los All Blacks llevaran a cabo una gira prevista por Sudáfrica.

Nueva Zelanda estaba tan dividida y tan furiosa que toda la cultura del rugby, la pasión y el orgullo del país, corría peligro. Los sentimientos del bando opuesto a la gira eran tan fuertes que los padres se negaban a dejar que sus hijos jugaran al rugby en el colegio y les amenazaban con impedir que volvieran a jugarlo jamás. Stofile recordaba con satisfacción que se lanzó a una ofensiva de propaganda: habló ante muchedumbres, apareció en la radio y la televisión, elevó el debate nacional más allá de unos conceptos abstractos de blanco y negro y dio a la causa un rostro y un nombre. Cuando llegó a Nueva Zelanda, el apoyo al boicot deportivo estaba en un 40 %. Tres semanas después, esa cifra había subido al 75 %. No obstante, la junta directiva del rugby neozelandés decidió

hacer la gira, pero entonces intervinieron los propios jugadores y un grupo de ellos llevó la cuestión a los tribunales. La aparición de Stofile como testigo fue decisiva. Un tipo fornido, que amaba el rugby tanto como el neozelandés corriente, Stofile, alegó que lo que estaba en juego era más importante y ofreció un elocuente relato de primera mano de las burdas injusticias que sufrían los negros, con especial énfasis en la Ley de Servicios Separados y lo que significaba para su vida diaria. Concluyó recordando al tribunal que un país con la admirable tradición democrática de Nueva Zelanda debería avergonzarse de colaborar con un régimen que tenía el descaro de describir a un equipo —los Springboks— extraído de sólo el 15 % de la población como los auténticos representantes de toda Sudáfrica. «Fui el segundo testigo —contó Stofile, sonriendo al recordar—, y, cuando acabé, habíamos ganado el caso. La gira se canceló. Fue una gran victoria».

Al volver a su país, Stofile fue detenido y condenado a doce años de cárcel. La Sudáfrica negra celebró su triunfo igual que había celebrado, cuatro años antes, las escenas de disturbios en el país de las antípodas que tanto habían confundido a la familia Pienaar.

Para Pienaar, el rugby era sólo un deporte, su principal entretenimiento de niño, junto con las peleas. Su vida, desde muy pequeño, había sido violenta, pero nunca con intención criminal o política, como en los difíciles distritos segregados; era violencia porque sí. Cuando Pienaar tenía siete años, los miembros de una banda rival le colgaron de un árbol. Si no hubiera pasado en ese momento un adulto, habría muerto. Aun así, la cuerda le dejó profundas marcas en el cuello. Más tarde, cuando estaba en la universidad, más o menos en la misma época en la que Bekebeke mató a Sethwala, Pienaar estuvo a punto de hacer lo mismo —o temió haberlo hecho— con un extraño con el que se cruzó delante de un bar en una calle de Johanesburgo, a altas horas de la noche. Durante una pelea de borrachos, derribó al hombre, que aterrizó de cabeza en el suelo con un ruido seco. Entre esos dos incidentes, rompió más costillas y más dientes, dentro y fuera del campo de rugby, de los que podía recordar.

Desde la perspectiva del mundo de Justice Bekebeke, en el que las diversiones eran el fútbol y el baile, el rugby era un deporte extrañamente salvaje, en el que los jugadores salían del campo en camilla, como soldados después de una batalla; en el que los espectadores, inevitablemente grandes e

inevitablemente borrachos, en sus uniformes de guardabosques bóer, con camisa y pantalón corto caquis, calcetines gruesos y botas, devoraban con entusiasmo sus tradicionales salchichas *boerewors* y bebían su bebida favorita, coñac con coca cola. En cuanto a los niños, a ojos de los negros, parecían seguir el ejemplo de sus padres. Sus vidas consistían en peleas sangrientas sin fin en las que estaban constantemente golpeándose con sillas en la cabeza, cuando no estaban colgando a sus amiguitos de los árboles.

La horca estaba muy presente en la mente de un afrikaner llamado J. J. Basson la mañana del 24 de mayo de 1989. Basson, el juez que había dictado el veredicto sin precedentes en el caso de Upington, llevaba casi seis meses escuchando los argumentos de los abogados de la defensa, sobre todo Anton Lubowski, para que tuviera en cuenta circunstancias atenuantes que pudieran mitigar las condenas a muerte de Justice Bekebeke y los otros 24 asesinos convictos.

Lubowski era un afrikaner de treinta y siete años, alto, atractivo, criado en Ciudad del Cabo, cuyo aspecto parecía, como su nombre, el de un seductor conde polaco. Era un activista profundamente inmerso en la lucha política contra el apartheid y pertenecía a ese menos del 1 % de la población blanca que no sólo veía Sudáfrica con los mismos ojos que el resto del mundo, sino que actuaba de acuerdo con esa opinión; que se había arriesgado y había tomado la decisión consciente de nadar contra la feroz corriente de la opinión ortodoxa entre el *volk*. Era una de esas escasas personas blancas que de verdad conocían su país, todo su país; que pasaba tiempo en los distritos segregados, haciendo amigos y conspirando; que se esforzaba por aprender unas cuantas palabras de la lengua negra.

Los periodistas que cubrían el juicio se hicieron amigos de Lubowski en aquellos primeros meses de 1989. Justice Bekebeke no era entonces más que un rostro al otro lado de un juzgado repleto. Sin embargo, años más tarde, era Bekebeke el que hablaba de aquella época. «Anton era uno de los nuestros —decía, con una solemnidad afligida—. Él y nosotros éramos uno. Le llamábamos "número 26", como si fuera otro acusado más. Era mucho más que nuestro abogado». Dentro de los juzgados de Upington había una sala especial de consultas en la que los abogados se reunían con sus clientes. «Pero él no quería hablar con nosotros allí. Quería vernos en nuestro entorno, así que venía a las celdas. Decía que se sentía más cómodo allí. Era nuestro camarada. No veíamos su piel blanca, que era un afrikaner».

Lubowski iba a las celdas situadas bajo el tribunal, cantaba con ellos canciones de protesta y bailaba con ellos sus bailes desafiantes. Y luego los representaba, alto e impresionante en su toga negra de abogado, en el calor desértico del tribunal, donde las ventanas estaban abiertas de par en par con la esperanza de atrapar alguna pizca de brisa pasajera. Se enfrentaba a Basson, discutía con él en un tono legal y discreto o, cuando todo lo demás fallaba, con muestras de indignación. Mandela habría estado más dispuesto que Lubowski a perdonar a Basson, habría estado más dispuesto a ver su crueldad como consecuencia del mundo en el que se había educado. Pero Mandela también habría visto que Lubowski era una imagen de ese mundo mejor que quería crear en Sudáfrica y que, en gran parte, gracias a los Lubowski sudafricanos podía él tratar de convencer a sus compatriotas negros de que, no porque una persona fuera blanca, tenía necesariamente que ser mala.

A primera hora de la mañana del 24 de mayo, el día que Basson iba a dictar su veredicto, Lubowski confesó en el desayuno que lo máximo a lo que podían aspirar era un rayo de paternalismo benevolente que iluminara el gélido corazón de Basson. Lubowski tenía las mayores esperanzas para el matrimonio de sesentones, Evelina de Bruin y su marido Gideon Madlongolwana. «No creo que ni siquiera Basson pueda estar tan loco como para ahorcarlos a ellos», dijo. Tenían once hijos, dos todavía en edad escolar. Evelina era una criada doméstica regordeta que cojeaba un poco al caminar. Gideon había trabajado fielmente para los ferrocarriles sudafricanos durante treinta y seis años. Ninguno de ellos tenía antecedentes penales. Lubowski pensaba que iban a salvarse. El acusado para el que no tenía ninguna esperanza era Justice Bekebeke, que en aquella época tenía veintiocho años y era el miembro del grupo más elocuente y militante.

Si hubieran querido dar ejemplo con él y hubieran perdonado al resto, eso habría tenido cierta lógica. «El verdaderamente culpable era yo —decía después Justice—. Hacia el final de la fase de atenuantes del juicio, Anton vino a las celdas a decirnos cuáles eran nuestras posibilidades. Yo les dije a todos que, en mi opinión, tenía que confesar, por el bien del grupo. No me dejaron prácticamente terminar. Saltaron todos, furiosos. Me dijeron: “Antes te mataríamos nosotros que dejar que te maten ellos.” No querían que confesara ante aquel juez blanco. Era cuestión de dignidad y de solidaridad, y comprendí inmediatamente que no había posibilidad de más discusión. Anton estaba presente, y dijo: “Muy bien, sabéis qué, yo no he oído esto. Esta conversación no ha tenido lugar.”»

Los compañeros acusados de Bekebeke hicieron un tremendo sacrificio, porque el juez Basson sobrepasó las peores expectativas de Lubowski. Dictó que los atenuantes sólo valían para once de los acusados; que, además de Justice Bekebeke, Evelina de Bruin y Gideon estaban entre los catorce para cuyo comportamiento no veía excusa, cuyo propósito, el 13 de noviembre de 1985, consideraba que había sido el asesinato.

Gritos de dolor, asombro e ira llenaron el tribunal, mientras los acusados y sus familiares se tapaban el rostro con desesperación e incredulidad, porque aquello no era lo que sus abogados les habían dicho que debían esperar. Evelina de Bruin se inclinó sobre su marido y lloró. Basson, impasible, pospuso la sentencia definitiva hasta el día siguiente. Pero las emociones que había desencadenado en el tribunal se extendieron a la calle. Se agruparon 40 o 50 mujeres, jóvenes y ancianos, bajo la mirada de un número igual de policías fuertemente armados. Lloraron, luego rompieron a cantar canciones protesta como las que se oían en toda Sudáfrica en funerales, manifestaciones y juicios políticos.

Un adolescente se separó del grupo y emprendió un *Toi Toi*, una danza de guerra que simbolizaba la resistencia airada contra el apartheid. Mientras siseaba «¡¡Zaaa!! ¡Za-Zaaa! ¡Zaaa! ¡Za-Zaaa! ¡Zaaa! ¡Za-Zaaa!» y daba pisotones tan fuertes que las rodillas rebotaban hasta la barbilla, daba vueltas y más vueltas, como en trance, moviendo los brazos y apretando los puños hasta hacerlos palidecer. Pero no llevaba ninguna lanza, y los policías tenían armas y perros que mostraban sus fauces, y una videocámara le enfocaba.

Las mujeres lo miraban y meneaban la cabeza. Temblaban por él. Tenían razón. Esa noche, la policía enloqueció. Es difícil saber exactamente por qué. Quizá porque la madres de los condenados habían alterado el recatado y prístino equilibrio del centro de la Upington blanca al reunirse allí a derramar sus lágrimas y cantar sus tristes cantos. Quizá porque, en un momento de alivio dentro de un día de penas, las mujeres negras que se encontraban ante los juzgados rompieron a carcajadas y aplausos cuando un coche de policía chocó de forma accidental contra el costado de un Toyota que pasaba. Quizá fue simplemente porque Upington no había saciado todavía del todo su sed de venganza, seguía indignada por la intrusión de las protestas negras en las cómodas certidumbres de sus vidas en el apartheid.

Fuera por lo que fuese, el caso es que, al anochecer de aquel jueves, un escuadrón antidisturbios salió por la parte del matadero a las afueras de la

ciudad, giró a la izquierda hacia Paballelo y atacó a todo el que se les puso a tiro. Por lo menos veinte personas recibieron palizas graves. Algunos acabaron inconscientes. Algunos fueron pisoteados. Algunos recibieron en el abdomen patadas hasta sangrar. De los veinte que tuvieron que ser hospitalizados, cinco tenían trece años y cuatro tenían quince.

Al día siguiente, el último día del juicio de Upington, el tribunal volvía a parecer un horno. Pero el juez J. J. Basson, envuelto en su toga roja ritual, no sudó ni una gota. Iba a dictar unas condenas a muerte, pero su voz tenía un tono ausente —como un burócrata impaciente por irse a casa tras una larga jornada— cuando invitó a cada uno de los acusados a dirigirse brevemente al tribunal, tal como permitía la ley.

Los catorce condenados habían pedido a Justice que hablara en su nombre. Él había pensado escribir algo, pero al final no pudo. Se limitó a hablar con el corazón en la mano:

«En un país como Sudáfrica —comenzó, dirigiéndose a Basson—, me pregunto cómo puede aplicarse verdaderamente la justicia. Yo, desde luego, no la he encontrado. Pero me gustaría pedir, señoría, que olvidemos nuestro odio racial. Busquemos la justicia para toda la humanidad. Luchamos para que todos los grupos raciales vivan en armonía. ¿Pero es posible, en nombre del Señor? ¿Es posible en un país así?… Me gustaría que el Señor le conceda muchos años para que un día pueda verme a mí, un hombre negro, caminando por las calles de una Sudáfrica libre… Y, señoría, que el Señor le bendiga, señoría».

Al acabar sus palabras, un hombre menudo que estaba de pie al fondo de la sala musitó: «¡Amén!» Estaba erguido, apoyado en un bastón de madera con el puño de marfil, impecablemente vestido con traje de tres piezas y corbata. Era el padre de uno de los acusados y la imagen —tenía más o menos la edad de Mandela— de un anciano distinguido. Pero cuando el juez Basson anunció sus veredictos, el hombre se sentó muy despacio y se derrumbó con la cabeza entre las manos. Había ordenado la muerte en la horca para Justice Bekebeke y los otros trece condenados. Basson hizo el anuncio con voz seria y luego suspendió la sesión por última vez. Los presos fueron a las celdas de debajo del tribunal, y Lubowski fue con ellos. Estaba destrozado. «Nosotros le consolábamos a él», recordaba Bekebeke.

Se llevaron a los «catorce de Upington», como pronto se empezó a llamarlos, a un gran furgón amarillo de la policía para transportarlos a la cárcel central de Pretoria, la prisión de máxima seguridad más conocida entonces en Sudáfrica

como Corredor de la Muerte. Sus dedos morenos se aferraban a las rejas de metal del vehículo. Dirigidos por Bekebeke, los condenados iban cantando el *Nkosi Sikelele*, el único gesto de desafío que les quedaba.

Llegaron al Corredor de la Muerte al día siguiente por la tarde, un sábado, y el lunes, al amanecer, ahorcaron a una mujer que estaba allí presa. Durante el resto de 1989, más presos murieron ejecutados, semana tras semana. Desde 1985, Sudáfrica había llevado a cabo 600 ejecuciones legales. Al preso le anunciaban su muerte con una semana de adelanto y luego le colocaban en una celda llamada «la olla», a dos celdas de distancia de donde se alojaba Justice Bekebeke. Antes de cada ejecución, Justice oía a los condenados llorar toda la noche. Oía a los carceleros que abrían la celda al amanecer, oía las oraciones, oía cómo se llevaban al preso lloroso por las escaleras hasta el cadalso. Cuando dejaba de oírse el llanto, sabía que el preso había muerto. «Al horror que era todo aquello —contaba Justice—, había que añadir el saber que la semana siguiente podía tocarte a ti».

Pero no fue él. Fue Anton Lubowski. Los catorce de Upington soportaron muchas penas en el Corredor de la Muerte, pero ninguna como la que sintieron al oír en la radio el 13 de septiembre de 1989, dos meses después del té de Mandela con Botha en Tuynhuys, que la noche anterior habían matado a tiros a Lubowski a la entrada de su casa en Windhoek, Namibia. Justice nunca olvidó aquel momento. «Aquella mañana estábamos en mi celda seis de los de Upington. Al principio reaccionamos con incredulidad. No podía ser verdad. Luego, a medida que pasó el tiempo, comprendimos la realidad y nos quedamos destrozados, desolados, inconsolables. Sabíamos quién lo había hecho. Por supuesto que lo sabíamos. Era el Estado».

CAPÍTULO VI

EL AYATOLÁ MANDELA

1990

Después de años de travesía del desierto, el mito se hizo hombre; el patriarca, envejecido, volvió a ser visible para su pueblo y prometió darle la libertad. Era la encarnación de la virtud revolucionaria y en todas partes le recibían enormes multitudes extasiadas. «Golpearé con mis puños las bocas del gobierno», gritó el día en que volvió de su largo exilio, y diez días después, el 11 de febrero de 1979, el Estado se había derrumbado y sus milicias controlaban las calles. En medio de aclamaciones de felicidad, el ayatolá Jomeini se proclamó jefe de un nuevo gobierno revolucionario.

Exactamente once años después, el 11 de febrero de 1990, Nelson Mandela puso fin a su exilio, al salir de la cárcel. El gobierno sudafricano no dejó de advertir la coincidencia en las fechas. Temían que, al dejarlo en libertad y al permitir que el CNA actuara en la legalidad después de una prohibición de treinta años, fueran a desencadenar lo que, en momentos de pánico, llamaban entre ellos «el factor ayatolá». Niël Barnard no estaba tan inquieto como la mayoría. Pero incluso él estaba preocupado, en algún rincón de su escéptico corazón de espía, por la posibilidad de que Mandela le hubiera tomado el pelo, le hubiera engañado. La pesadilla de las autoridades era que, después de salir en libertad en Ciudad del Cabo, Mandela iniciara una larga marcha hacia el norte, al centro político de Johanesburgo y Soweto. «Iría cobrando impulso —explicaba Barnard—, y recorrería el país, llegaría a Johanesburgo y sería casi como el ayatolá, un movimiento imparable… cientos de miles de personas arrasando

todo, disparando y matando. Lo que nos angustiaba era si íbamos a poder superar las primeras 24, 48, 72 horas sin un gran levantamiento popular, sin una revolución».

Si el precedente iraní había hecho dudar al gobierno, fue otro episodio extranjero más reciente lo que empujó al nuevo presidente, F. W. de Klerk, a continuar con urgencia la labor que había iniciado P. W. Botha. La caída del Muro de Berlín, apenas dos meses antes, dio motivos para creer que, ocurriera lo que ocurriera en Sudáfrica, el comunismo nunca volvería a ser viable, ni en Europa del este ni en Sudáfrica. Además, si el apartheid había sido una vergüenza hasta entonces, ahora era ya insostenible ante la comunidad internacional. Fue una suerte para De Klerk que su predecesor hubiera tenido la prudencia de preparar el terreno para la liberación de Mandela y el inicio de las negociaciones.

Pero ese día, el 11 de febrero de 1990, De Klerk se detuvo menos a pensar en su buena suerte que en los riesgos que podían acechar en torno a la liberación de Mandela. No contribuyó a tranquilizar su ánimo ni el de los otros miembros del gobierno que la liberación de Mandela, por razones que De Klerk, viéndola en la televisión, no comprendió al principio, no se produjera, ni mucho menos, según el horario previsto. En la entrada de la cárcel de Victor Verster había una batería de cámaras de televisión y millones de personas seguían el acontecimiento en todo el mundo, pero, dos horas después del momento anunciado para su aparición, seguía sin suceder nada.

Cuando Mandela apareció, por fin, saliendo con paso decidido por la puerta principal de la prisión bajo el sol reluciente de media tarde, su sonrisa triunfante de felicidad, como un soldado que volviera de la guerra, ocultaba el hecho de que, un rato antes, se había mostrado furioso. La razón era su mujer, Winnie, que aparecía un poco menos contenta a su lado. El retraso se debía a ella, que había llegado tarde esa mañana de Johanesburgo porque había acudido a una cita con su peluquera. Una de las consecuencias fue una severa reprimenda de Mandela; otra fue que, mientras tanto, la tensión empezó a aumentar peligrosamente en la Parade, la gran plaza abierta de Ciudad del Cabo en la que Mandela debía pronunciar su primer discurso como hombre libre. Se había reunido una enorme muchedumbre bajo el sol ardiente, incluidos muchos jóvenes negros que tenían pocos motivos para tener buenos sentimientos respecto a la falange de policías blancos colocados para vigilar al ayatolá. Hubo algunas escaramuzas, gas lacrimógeno, algunas piedras arrojadas. No fue un baño de sangre ni nada

parecido, pero sí bastó para hacer que la gente saliera disparada en todas direcciones.

A Mandela y su séquito, que se encontraba en una caravana de coches, les hicieron saber que era mejor que esperasen a que las cosas se hubieran calmado un poco. No era un comienzo muy prometedor, pero la cárcel le había enseñado a Mandela paciencia. Su gente de seguridad le dijo que lo más prudente era detener el convoy y esperar, y él se mostró de acuerdo. Decidieron aparcar a las afueras de la ciudad, en un elegante barrio blanco, políticamente progresista, llamado Rondebosch, en el que vivía un joven médico llamado Desmond Woolf con su mujer, Vanessa, y sus pequeños gemelos, Daniel y Simon.

Los Woolf estaban siguiendo los acontecimientos del día por televisión con la madre de él. El doctor Woolf y su mujer pertenecían a un pequeño sector de la sociedad blanca, políticamente sensible, que estaba decididamente a favor de la liberación de Mandela. Incluso habían discutido entre ellos la posibilidad de unirse a la muchedumbre en la Parade. Ahora, en cambio, se trataba de saber si el propio Mandela iba a poder llegar. Por lo que decían en televisión, nadie parecía saber exactamente dónde estaba.

De pronto llamaron a la puerta. Era una amiga de Vanessa Woolf, para decirles que Mandela estaba sentado en un coche delante de su casa. «¡Venga ya, no seas ridícula!», dijo el doctor Woolf. «No —respondió la amiga—. Está aquí. ¡Salid, rápido!»

El matrimonio salió con sus dos hijos y la madre del doctor Woolf, y vieron delante de ellos una fila de cinco coches aparcados. «Y allí estaba él —contaba el doctor Woolf—, sentado en el coche de en medio. Nos detuvimos… y le miramos asombrados. La atención del mundo entero estaba centrada en él y él estaba allí, delante de nuestra casa, cuando se suponía que debía estar en otro sitio. Y nos quedamos mirándolo y él bajó la ventanilla, nos hizo un gesto para que nos aproximáramos y dijo: “Por favor, acérquense.”»

El doctor Woolf se presentó, Mandela se presentó, y se dieron la mano. El doctor Woolf llevaba a Simon, que tenía sólo un año, y Mandela estiró la mano para tocar la del niño y luego pidió permiso a su padre para cogerlo y meterlo por la ventanilla en el coche. «Lo hizo botar en su rodilla y le preguntó cómo se llamaba. Luego quiso saber por qué le habíamos puesto Simon, si el nombre tenía algún significado especial. Pareció gustarle mucho poder tener a un niño en brazos». Luego se presentó Vanessa Woolf y Mandela cambió a Simon por Daniel. Después se acercó a saludar la madre del doctor Woolf y así se completó

aquella alegre escena de domingo por la tarde.

Otro residente de Rondebosch, Morné du Plessis, también había estado dudando antes si ir o no a la Parade y, al final, había decidido ir. Era uno de los personajes más famosos de aquella multitud —desde luego, el blanco más famoso— y, para los afrikaners, era una especie de dios.

Du Plessis había sido capitán de los Springboks durante los malos tiempos, como su padre lo había sido antes que él. Felix du Plessis encabezó el equipo sudafricano de rugby que obtuvo cuatro famosas victorias sobre Nueva Zelanda en 1949, el año posterior a la primera victoria electoral del Partido Nacional, que afianzó el apartheid en la vida sudafricana para los siguientes cuarenta años. Morné, que nació ese mismo año, acabó mejorando el récord de su padre, puesto que no sólo infligió un castigo similar a los All Blacks sino que se retiró en 1980 con un historial internacional de 18 victorias en 22 partidos. Con él de capitán, Sudáfrica ganó 13 partidos y perdió sólo dos. Durante los nueve años que jugó en la selección fue un héroe nacional afrikaner y, como tal, la expresión más visible de la opresión racial que simbolizaba la camiseta verde de los Springboks para los sudafricanos negros. Pero él, a diferencia de algunos de sus compañeros de equipo, era capaz de verlo. Nunca olvidó que, en partidos verdaderamente importantes, como contra los Lions británicos en 1974 y los All Blacks neozelandeses en 1976, los pocos negros que había en el estadio eran, en palabras suyas, «fanáticos partidarios del otro equipo».

Por eso no fue demasiado sorprendente —Du Plessis era seguramente el más alto de las decenas de miles de personas reunidas en la Parade— que un hombre negro, aparentemente borracho, se acercara a él esa tarde, le insultara y le dijera que se fuera, que aquélla era una ceremonia en la que él no pintaba nada. «Pero lo que me impresionó no fue la actitud amenazante de aquel tipo —contaba Du Plessis—. Fue el hecho de que otro negro se apresuró a amonestarle. Entonces se unieron otros, enfadados por que me hubiera tratado así, y se lo llevaron». Era gente pobre que hablaba en xhosa, la lengua de Mandela, pero Du Plessis comprendió que tenían la sutileza política suficiente para saber que, a cuantos más blancos pudiera convencerse de participar en las celebraciones de la liberación de Mandela, mejor para todos.

Du Plessis había ido aquel día porque sentía con toda la fuerza la importancia histórica del momento y quería formar parte de él. Pero la razón

profunda se remontaba al primer hombre que había marcado la dirección que iba a tener su trayectoria política, su padre. Felix du Plessis fue capitán de los Springboks durante la primera euforia del poder del Partido Nacional, pero siempre fue partidario del Partido Unido, más moderado, más progresista —o, por lo menos, menos intransigente—, al que el Partido Nacional había derrotado en 1948. Además luchó en la Segunda Guerra Mundial con los aliados, otro factor que le hizo oponerse a la postura antibritánica, y en algunos casos ambiguamente pronazi, de los Nacionales. La madre de Morné era una sudafricana blanca de habla inglesa y, en todo caso, más contraria todavía al Partido Nacional que su padre. Eso no quería decir que estuvieran a favor de un gobierno de la mayoría. El Partido Unido se oponía al apartheid porque consideraba que tenía un racismo burdo, pero los padres de Du Plessis nunca pusieron en duda la conveniencia fundamental del poder blanco.

Tampoco la ponía en duda su hijo, que nació en la misma ciudad que François Pienaar, Vereeniging, una coincidencia asombrosa dado que no sólo ambos acabaron siendo capitanes Springbok sino que, exactamente cinco años después de la liberación de Mandela, Du Plessis se convirtió en mánager del equipo de Pienaar en la Copa del Mundo. Sin embargo, la coincidencia se quedaba ahí, sin incluir el relativo progresismo político de la familia Du Plessis —más acomodada—, aunque, la verdad, la política tenía casi tan poca importancia en la vida del joven Morné como en la del joven Pienaar.

Sin embargo, en 1970, Du Plessis se encontró con un hombre que dio el empujón necesario a esas brasas de rebelión que le habían encendido sus padres. Se llamaba Frederik van Zyl Slabbert. Profesor de sociología en la Universidad de Stellenbosch, en la que estudiaba Du Plessis, Slabbert era un pensador progresista, de gran brillantez académica pero sospechoso a ojos del aparato afrikaner, que además era un buen jugador de rugby a nivel provincial. La combinación de esos dos factores —un jugador de rugby que estaba a favor del principio una persona, un voto— fue un descubrimiento que abrió los ojos a Du Plessis y le hizo ver que era posible admirar a alguien que pensaba que el apartheid era perverso.

Si Slabbert dio un ligero empujón a Du Plessis, su debut con los Springboks en una gira por Australia en 1971 fue una brusca revelación. Desde el punto de vista deportivo, fue todo un éxito. Sudáfrica derrotó a Australia en los tres partidos que jugaron y Du Plessis se convirtió en un auténtico héroe en casa, la nueva estrella rutilante del rugby. Pero la alegría de Morné se vio empañada por

el hostil recibimiento de una buena parte del público australiano al equipo. «Fue abrumador ver tanta furia en personas tan lejanas —recordaba—. Las imágenes de aquellos rostros australianos indignados, el odio que parecían tenernos, nunca se me olvidó».

Empezó a tomar cuerpo en Du Plessis la idea de que pasaba algo «grave» en su país. Pero una cosa era sentirse incómodo y otra dejar que la política le distrajera de su carrera en el rugby. Durante sus nueve años como estrella de los Springboks, nunca adoptó una postura pública, cosa que podría haber hecho y habría causado sensación. Nunca habló sobre sus dudas ni de su apoyo al Partido Federal Progresista, al que pertenecía Helen Suzman, la vieja visitante de Mandela en la cárcel, y al que se incorporó Slabbert, que se convirtió en miembro del parlamento en representación de Rondebosch a mediados de los setenta y poco después asumió el liderazgo del partido. Los «progres», considerados como librepensadores estrambóticos en el pequeño mundo aislado de la Sudáfrica blanca, en realidad eran conservadores, en comparación con el resto del mundo. Representaban a una población de habla inglesa, en general acomodada, ansiosa de criticar el duro trato que daban los bóers a los negros pobres pero poco dispuesta a visitarlos en uno de sus distritos; no obstante, el PFP tuvo el mérito de ofrecer una voz pública legal de oposición al apartheid dentro de Sudáfrica y un puente para facilitar la transición hacia los cambios que iban a llegar posteriormente. El propio Slabbert sería un intermediario crucial en los primeros contactos secretos entre el gobierno y el CNA en 1987, poco después de las primeras reuniones de Mandela con Kobie Coetsee en la cárcel.

Morné du Plessis, con todo lo valiente que era en el terreno de rugby, no asumió ningún riesgo político fuera de él. Hasta aquella tarde del 11 de febrero de 1990, en la Parade de Ciudad del Cabo. Fue porque confiaba, como Joel Stransky, en que la liberación de Mandela curase a un país que, como sabía desde hacía tiempo, estaba enfermo. Stransky siguió la puesta en libertad de Mandela en televisión, desde un café en Francia. No era tan impresionante como ir a la Parade, pero era prueba de más interés que el mostrado por la mayoría de sus futuros camaradas en el equipo Springbok, cuya actitud resumió uno de los gigantescos delanteros del equipo, Kobus Wiese. Al preguntarle, mucho después, cuál había sido su reacción ante la liberación de Mandela, contestó con sinceridad: «No estaba prestando mucha atención, la verdad». En cambio, Stransky recordaba haberse sentido «absolutamente entusiasmado».

La vida de Stransky estaba totalmente dedicada al deporte, pero no tanto

como para que no experimentara dos efímeros momentos de despertar político. El primero llegó tras un acontecimiento del que apenas si debió de tener noticia: el levantamiento de unos escolares no mayores que él en Soweto, en 1976. Como consecuencia, sus padres empezaron a sospechar que alguien podía prender fuego al colegio de su hijo. «Recuerdo que mi padre tuvo que ir a hacer guardia a nuestro colegio por la noche, durante los disturbios y los motines. No estoy seguro de si sabía exactamente lo que pasaba porque los adultos no hablaban verdaderamente de ello, pero, a partir de ese momento, tuve muy claro que las cosas no estaban bien en este país».

El segundo conato de despertar político de Stransky llegó en 1981, cuando tenía catorce años, durante la tumultuosa gira de los Springboks por Nueva Zelanda. Se dio cuenta de que tenía que haber una buena razón para que la mitad de Nueva Zelanda estuviera indignada con sus compatriotas. Stransky fue un ejemplo del efecto que Arnold Stofile y otros activistas anti-rugby del CNA querían provocar entre la población blanca. Al negarles su droga feliz, pretendían despertarlos de su sopor. Estaban creando las condiciones para el cambio político. En algunos hallaron un público más receptivo que en otros. En Stransky se encontraron con la reacción perfecta, porque, cuando Mandela salió en libertad, él se emocionó.

Stransky sospechaba también que la liberación de Mandela quizá podía ser positiva para su carrera en el rugby. Ya estaba considerado como uno de los mejores jugadores del país. A los veinte años se había convertido en un jugador fundamental para la provincia de Natal, uno de los cuatro mayores equipos del país. Como no era del tipo corpulento, fuerte y arrollador, tenía que tener el valor y la resistencia necesarios para soportar una paliza de rivales del tamaño de Pienaar una docena de veces en cada partido. Pero Stransky ocupaba la única posición en un equipo de rugby que no exige una velocidad ni una dimensión sobrenaturales: medio apertura. El equivalente, en el fútbol, sería el medio centro organizador, el que decide el juego, para el que es fundamental tener cerebro y habilidad con el balón. Además, chutaba de maravilla.

Y era ambicioso. Por eso, cuando terminó la temporada sudafricana de rugby en octubre de 1989, al empezar la primavera, se fue a Francia a jugar. El rugby que se jugaba allí no era tan intenso como en Sudáfrica, pero le permitió mantenerse en forma durante el verano sudafricano, de modo que, cuando comenzó la nueva temporada, en abril de 1990, pudo empezar fuerte desde el principio, en buena forma física y rindiendo a un alto nivel. La jugada salió bien.

Al regreso de Stransky de Francia, la provincia de Natal acabó ganando el campeonato nacional. Y la liberación de Mandela también iba a ser positiva para él, tal como había esperado. Para Stransky, la libertad de Mandela significaba acabar con el boicot internacional a los Springboks. Sentado en aquel café francés, imaginó que un día iba a poder jugar al rugby vistiendo los colores de su país.

Estaba previsto que Mandela llegara a la Parade alrededor de las tres de la tarde, pero era tal el caos que, al final, acabó llegando casi cinco horas después, al atardecer. Y, para contribuir a la extraña sensación de anticlímax que enturbió los históricos acontecimientos del día, pronunció un discurso que no cumplió las expectativas, que no emocionó a nadie.

A la mañana siguiente, la primera en la que se había despertado como hombre libre desde hacía veintisiete años y seis meses, tuvo que someterse a una prueba que parecía todavía más dura: una rueda de prensa ante medios de todo el mundo. Había 200 periodistas, muchos de ellos presentadores de televisión célebres en sus países. Sudáfrica no tenía televisión cuando Mandela entró en la cárcel. Él había aparecido ante una cámara de televisión sólo en una ocasión, en una entrevista cara a cara con un periodista británico un año antes de su detención, en 1961. En 1990, todos los políticos habían tenido que aprender a manejarse ante las cámaras. Pero he aquí que Mandela, que era tan famoso como falto de experiencia en la era de los medios de masas, estaba a punto de enfrentarse a lo que más temían los políticos de cualquier lugar, una rueda de prensa sin condiciones. No podía saber lo que le iban a preguntar los periodistas. Y su discurso de la noche anterior, tan poco carismático, había suscitado dudas sobre el nivel de su actuación esa mañana. Al fin y al cabo, tenía setenta y un años y había pasado casi tres décadas en prisión. ¿Hasta qué punto podía estar bien? ¿Cuánta agudeza podía tener?

La rueda de prensa se celebró a primera hora de la mañana en el jardín de la residencia oficial en Ciudad del Cabo del jefe de la Iglesia anglicana en Sudáfrica, el arzobispo Desmond Tutu, que, hasta ese momento, como ganador del premio Nobel de la Paz en 1984, había sido el rostro más visible de la resistencia al apartheid en todo el mundo. La mansión, con el típico tejado a dos aguas del estilo holandés de El Cabo, se encontraba en la boscosa ladera de Table Mountain, el monolito cuyo perfil rectangular veía Mandela desde Robben

Island. Dado que Mandela se levantaba siempre a las cuatro y media de la mañana, las cosas tenían que empezar temprano: los periodistas debían estar allí a las seis y media. Cuando salió de la casa con su mujer, Winnie, a su lado, todavía había rocío sobre las hojas. Mandela y su esposa sonrieron y saludaron mientras bajaban los escalones de piedra hasta donde aguardaba la prensa. Tutu, dando brincos de alegría, feliz de no tener que seguir desempeñando el papel de máxima celebridad antiapartheid del mundo, encabezaba la marcha. No hubo más que un sobresalto, cuando Mandela se detuvo en la mesa y observó una artillería de objetos de peluche que estaban colocados ante él. Uno de sus ayudantes le susurró algo al oído, y Mandela respondió con una señal y un «Ah, ya entiendo…». Los objetos de peluche eran micrófonos.

A partir de ese momento, todo fue como la seda. Aplacó a sus propios partidarios y a los demás líderes del CNA al reafirmarse en su compromiso simbólico con la lucha armada y la vieja política (que el CNA pronto iba a abandonar) de nacionalizar la riqueza mineral del país. Al mismo tiempo, indicó su determinación de ser un líder fuerte al dar el audaz paso de calificar al presidente F. W. de Klerk —que llevaba veinte años en el gobierno del apartheid y que acababa de llegar al poder en otra elección «general» sólo para blancos— como «un hombre íntegro»; y tendió una mano tranquilizadora a la Sudáfrica blanca en cada oportunidad que se le presentó.

Tuvo palabras de reconocimiento para los más amables de sus carceleros —los Christo Brand, los Jack Swarts y los Willem Willemses— cuando le hicieron la gran pregunta que no tenían más remedio que hacerle, si tenía algún resentimiento tras sus veintisiete años y medio de cautividad. También reconoció, de forma pasajera pero enérgica, lo que había aportado la cárcel a la formación de su estrategia política. «A pesar de los tiempos difíciles en prisión, también tuvimos la oportunidad de pensar en programas… y en la cárcel ha habido hombres que eran muy buenos, en el sentido de que entendían nuestro punto de vista e hicieron todo lo que pudieron para hacernos lo más felices posible. Eso —dijo Mandela con énfasis, como si subrayara la frase al pronunciarla— borra cualquier resentimiento que pudiera tener un hombre».

Al preguntarle lo que más le había asombrado en su regreso al mundo, declaró que estaba «completamente sorprendido» por el número de personas blancas que le habían recibido en la calle el día anterior. Y lo más importante, Mandela dijo que la vía hacia una solución negociada era una fórmula que parecía muy sencilla: la conciliación de los miedos blancos con las aspiraciones

negras. «El CNA está muy preocupado por abordar la cuestión de las inquietudes que tienen los blancos sobre la exigencia de una persona, un voto —dijo—. Insisten en… garantías… para asegurarse de que la plasmación de esta exigencia no desemboque en la dominación de los blancos por los negros. Entendemos esos sentimientos y el CNA quiere abordar el problema y encontrar una solución que convenga tanto a los blancos como a los negros de este país».

Al oír en público esas palabras que había oído tan a menudo en privado, Niël Barnard suspiró aliviado. Aquello no era el lenguaje de la insurrección. No era un ayatolá pegando puñetazos en la boca a la gente. Cuando terminó la rueda de prensa, 45 minutos después de empezar, todas las angustias previas parecían ridículas. Mandela había transformado lo que se había anunciado como su primer interrogatorio público en el amable equivalente externo a una charla junto a la chimenea. Había plantado la semilla, entre algunos sudafricanos blancos, de la idea de que un hombre negro podía llegarles al corazón. François Pienaar, que seguía sin ser, ni mucho menos, un animal político, se sintió sorprendentemente conmovido al ver a Mandela en televisión. «No puedo recordar ninguna emoción más que tristeza —me dijo—. Me sentí triste por el tiempo que había pasado en la cárcel y, aunque tenía el rostro lleno de orgullo, me dio pena que hubiera perdido tanto tiempo».

Otros telespectadores blancos seguramente sintieron menos simpatía, y muchos debieron de gruñir. Una parte importante de la opinión de derechas pensaba que el aparato blanco se había equivocado al no ahorcar a Mandela, cuya influencia como fuente de inspiración para los revolucionarios negros había sobrevivido a su cautiverio. Esa gente contempló la liberación de Mandela en televisión y no sintió más que amargura y desprecio por De Klerk y el que consideraban su gobierno traidor por haber vendido a la Sudáfrica blanca, por dejar suelto en la calle al terrorista supremo.

Muy distinto fue el efecto que causó entre los periodistas que estaban en el césped del arzobispo Tutu la mañana del 12 de febrero de 1990. No hicieron falta más que 45 minutos para que Mandela atrapara a los medios de todo el mundo en su astuto abrazo. Los periodistas no se habían dado cuenta, porque también ellos estaban aturdidos, pero, con el tiempo, comprenderían que Mandela era un estratega brillante, un genial manipulador del sentimiento de las masas. Su talento para el teatro político era tan sutil como el de Bill Clinton o el de Ronald Reagan. En aquella rueda de prensa, Mandela logró dar un golpe que tanto Clinton como Reagan habrían envidiado. La sesión terminó con los 200

periodistas reunidos haciendo algo que no habían hecho jamás. El ser humano que había dentro de ellos se impuso al periodista y de pronto se vieron, con gran confusión y sorpresa por su parte, rompiendo a aplaudir de manera espontánea.

Ganarse a la prensa afrikaner no fue tan sencillo. Los blancos en general, y los afrikaners en particular, se sentían inseguros y temerosos ante las consecuencias de la liberación, por lo que se aferraron a las cosas más alarmantes que dijo —la política de nacionalización, la «lucha armada», la lealtad del CNA a sus aliados del Partido Comunista— y no se fijaron en el aprecio que había manifestado por sus carceleros ni su deseo de alcanzar un acuerdo aceptable para todos. Un reto similar fue el que tuvo que afrontar con su propia gente, tanto entre los dirigentes, entre los que había habido algunas quejas sobre su decisión unilateral de emprender negociaciones secretas con el gobierno, como entre la masa de la población, para la que Mandela era un mito poderoso pero, como líder de carne y hueso, una figura por descubrir.

Con el fin de abordar estos dos problemas, Mandela voló a Johanesburgo, a dos horas de distancia, la misma mañana de la rueda de prensa, y de allí fue en coche a Soweto, donde, esa tarde, Arrie Rossouw fue a verlo a la casita familiar de la que había salido para entrar en prisión. Era una de esas anodinas cajas de cerillas que llenaban, en filas interminables, todos los distritos segregados de Sudáfrica, casi idéntica al lugar en el que había vivido Justice Bekebeke antes de ir a la cárcel. Rossouw era el principal corresponsal político de *Beeld*, el periódico del aparato afrikaner. Era uno de los cinco periodistas afrikaner invitados a la casa de ladrillo rojo desvaído para mantener una entrevista colectiva con el hombre al que sus periódicos habían mostrado durante décadas a los lectores como la encarnación del *swart gevaar*, el «peligro negro». Rossouw estaba bastante más enterado que el promedio de los *volk*. Había tenido contactos con el CNA en el exilio, era consciente de la necesidad de que la Sudáfrica blanca llegara a un acuerdo con la Sudáfrica negra y conocía la imagen del apartheid que había en todo el mundo lo suficiente como para sentirse incómodo cuando viajaba al extranjero; es decir, estaba muy por delante de la mayoría de sus lectores, del mismo modo que Niël Barnard estaba muy por delante de la gente que votaba al Partido Nacional. No obstante, Rossouw tenía motivos para estar nervioso. Era demasiado pronto para declarar terminada la alerta sobre el ayatolá (para el día siguiente se había preparado lo que el CNA

llamaba una concentración de masas en Soweto).

Pero Mandela hechizó a Arrie Rossouw como había hechizado horas antes a sus colegas extranjeros en la rueda de prensa de Ciudad del Cabo. «Allí estaba, en el pequeño salón de su casita de ladrillo, y nos saludó como un rey, el rey más encantador imaginable —dijo Rossouw—. Se presentó, nada menos. "Hola, soy Nelson Mandela ¿cómo está?" Y entonces me presenté yo, y él sabía todo sobre mí. Sabía exactamente quién era. Dijo que me había leído con gran interés desde hacía tiempo, y se acordaba de artículos que había escrito hacía meses».

Los afrikaners fueron el primer grupo de periodistas con el que habló Mandela en *petit comité*, antes que con la prensa negra, la prensa blanca progresista y la prensa internacional. «Nos escogió de forma deliberada para transmitir el mensaje de que todos los sudafricanos iban a tener un lugar en el futuro de la nación; sobre todo, que no salía de la cárcel pensando en la venganza. Comprendió, desde luego, que los afrikaners eran la clave para lograr una paz duradera y trató, a través de nosotros, de afrontar sus temores desde el primer día, literalmente».

Rossouw era lo bastante astuto como para comprender que Mandela estaba haciendo lo que quería con él. Pero se lo tragó de todas formas. «Se veía que sabía cómo llegar a los afrikaners. Lo que nos dijo fue, en esencia: "Miren, les conozco a ustedes y a su gente, han hecho mucho por este país, y conozco sus miedos, pero vamos a hablar de ellos y a ser amigos." Y mientras hablaba, se reía de sí mismo, de forma que uno no se sentía intimidado por él, sino a gusto. De pronto, me sentí tremendamente privilegiado de estar en su presencia. Me vi allí, sentado, viendo a aquel hombre, y recordé que había rumores de que estaba enfermo, gravemente enfermo, y pensé: "¡Por favor, Dios, que no sea verdad!" Porque comprendí la enorme importancia que iba a tener aquel hombre para el bienestar de nuestro país».

Una diferencia entre los sudafricanos blancos políticamente astutos como Rossouw y el sudafricano negro corriente era que este último no tenía que procesar la liberación de Mandela racionalmente para comprender la feliz enormidad del momento. Salvo un peligroso reducto de zulúes conservadores y anacrónicos al este del país, nadie discutía el derecho automático de Mandela al liderazgo. Ni siquiera Justice Bekebeke, que habría podido sentirse olvidado o amargamente fuera de onda. A pesar de llevar nueve meses y cuarenta

ejecuciones en el Corredor de la Muerte, él también suspendió la razón, se olvidó de sus circunstancias y celebró la liberación de Mandela como si hubiera sido la suya propia. «Teníamos una hora de ejercicio diaria, pero ese día nos quedamos todos en las celdas para escuchar la radio. Pusieron una canción mientras esperábamos y esperábamos. *Release Mandela,* de Hugh Masekela. Todos cantamos y bailamos. Cuando la radio anunció que estaba saliendo acompañado de Winnie, aquel momento fue la libertad para nosotros. Nos olvidamos de dónde estábamos».

En todos los lugares a los que iba Mandela se reunía una muchedumbre. Sin embargo, él no hablaba el lenguaje de la muchedumbre. En las semanas inmediatamente posteriores a su liberación, emprendió una larga marcha por toda Sudáfrica, y en todos los lugares a los que fue aparecía mucha gente, ansiosa por verlo, soñando con que les dedicara una sonrisa, con tocar la punta de sus dedos cuando tendiera las manos —desde el principio fue una pesadilla para los guardaespaldas— a la multitud. La Sudáfrica negra reaccionaba ante él como si fuera una mezcla de Napoleón y Jesucristo. Pero, aunque cristianos como el arzobispo Tutu interpretaban el mensaje subliminal de lo que decía como una exhortación a «amar a tu enemigo», sus argumentos eran duros.

Para convencer a los militantes que proporcionaban al CNA su energía política, tenía que apelar a algo más que a la moralidad; tenía que usar el lenguaje duro de la necesidad política y dejar que algunos sectores de su público creyeran, si querían, que no había nada que le gustase más que una revolución como la de Castro. Así que hablaba de que llegar a un acuerdo con la Sudáfrica blanca era necesario, no de que fuera deseable, y lo hacía en un lenguaje inflexible que convencía a los militantes, al reiterar que los principios básicos no eran negociables. Recordó al gobierno que, si no accedían a la democracia plena de «una persona, un voto», si pensaban —como pensó De Klerk durante un tiempo— que podían inventarse algún compromiso legalista que siguiera afianzando los privilegios de los blancos, entonces se encontrarían con una batalla. Ninguno de los millones que vieron u oyeron a Mandela en aquellos primeros días de libertad pudo confundirle con un pacifista gandhiano.

Mandela había sido un famoso sin rostro durante muchos años, pero ahora su imagen se conocía ya en todos los rincones del mundo, y en Sudáfrica daba la impresión de estar en todas partes al mismo tiempo. Su larga marcha parecía una fiesta gigantesca, un desfile real de ciudad en ciudad. La primera de las concentraciones masivas se llevó a cabo dos días después de su liberación en el

estadio de Soccer City, la «ciudad del fútbol», en Soweto, con 120.000 personas. Fue la coronación de Mandela como rey de la Sudáfrica negra. A partir de ese momento, en cada parada se repitió la misma ceremonia. En Durban, la mayor ciudad de la provincia de Natal, le rindió homenaje un número similar de zulúes. En Bloemfontein, la sede del tribunal supremo de Sudáfrica, acudieron 80.000. En Port Elizabeth, capital de la provincia del Cabo Oriental, en la que nació Mandela, 200.000.

En cada caso se daba una mezcla del frenesí de un concierto pop con la pasión de una final deportiva y el fervor de una misa solemne. Su primera aparición en el escenario, acompañado de Sisulu y otros sumos sacerdotes de la lucha, provocaba arrebatos. Pero luego el acto se sumía en un orden extraño y se desarrollaba una liturgia cuyos rituales conocía todo el mundo.

Lo primero era el grito del maestro de ceremonias sobre el estrado, «¡Amandla!», que significa «poder» en xhosa. La multitud reunida respondía «¡Awethu!» —«¡para el pueblo!»—, repetido cuatro o cinco veces, *in crescendo*.

Luego llegaba el que los líderes negros habían considerado siempre el himno nacional, el *Nkosi Sikelele*, en cuyas cadencias fúnebres el público introducía ahora, con el puño levantado, un tono triunfante que antes no se oía. Cantaban el himno con la pulcritud de un coro profesional, como si hubieran estado ensayando para ello durante toda su vida, cosa que, en cierto sentido, habían hecho, en todas las concentraciones de protesta a lo largo de los años. No sólo se sabía todo el mundo, las 120.000 o 200.000 personas, la letra, sino que los hombres sabían cuándo callarse y dejar que cantaran las mujeres, y las mujeres sabían cuándo dejar que se oyeran las voces profundas de los hombres.

Luego, más «¡Amandla! ¡Awethu!», luego «¡Un agravio a uno!», que provocaba la respuesta «¡Es un agravio a todos!», seguida de «¡Viva[1] el CNA, viva!», «¡Viva!», «¡*Viva* el CNA, viva!», y luego «¡Larga vida a Nelson Mandela!», «¡Larga vida!».

Después había más cantos y luego bailes, como una discoteca gigantesca, después más «¡Larga vida a Nelson Mandela!» y luego, por fin, se levantaba él, con aspecto de ser todavía más alto que sus 1,83 metros, alzaba el puño derecho y los cuellos y los rostros extasiados se volvían hacia él en adoración, y él gritaba «¡Amandla!» y en respuesta recibía el «¡Awethu!» más sonoro, y la gente le señalaba y gritaba, porque le había visto, por fin, a lo lejos, y para eso había ido todo el mundo. Y después empezaba a hablar. No era un buen orador, su voz

tenía un carácter monótono y metálico que nunca cautivaba a sus oyentes como la del histriónico arzobispo Tutu. Al cabo de un rato, la muchedumbre empezaba a agitarse, como durante los sermones en la iglesia, pero, cuando acababa, todos volvían a la vida y volvían a gritar los «¡Amandlas!» y los «¡Vivas!» hasta iniciar de nuevo un canto increíblemente conmovedor del *Nkosi Sikelele*, y luego todo el mundo se iba a casa, con la coronación terminada. Pero el sentimiento duraba mucho más allá del fermento de la concentración. Mandela encarnaba el destino de todos los sudafricanos negros. En él tenían depositadas todas las esperanzas y las aspiraciones; se había convertido en la personificación de todo un pueblo.

CAPÍTULO VII

EL REY TIGRE

«¡Colgad a Mandela!», «Mandela, vete a casa, a la cárcel», «De Klerk traidor»: éstas eran algunas de las pancartas más educadas que se veían en una concentración de la derecha blanca en Pretoria cinco días después de la liberación de Mandela. El escenario era la Church Square, un cuadrángulo en el corazón de la capital de Sudáfrica, dominado en su centro por una estatua gris y salpicada de pájaros del patriarca bóer Paul Kruger, elegantemente vestido con la banda presidencial, abrigo, sombrero de copa y bastón. Asistían unas 20.000 personas, un porcentaje de la población blanca tan grande como lo habían sido de la población negra las 120.000 personas reunidas en Soweto.

Los sentimientos eran tan intensos como en el estadio de Soccer City cuatro días antes, pero el ánimo no podía ser más diferente. En Soweto, se había respirado un aire de victoria; en Church Square, se percibía una callada desesperación bajo la actitud desafiante. Aquella gente temía estar a punto de perderlo todo. Eran burócratas del gobierno que tenían miedo de perder sus puestos de trabajo, pequeños empresarios que tenían miedo de perder sus empresas, granjeros que tenían miedo de perder sus tierras. Y todos ellos temían perder su bandera, su himno, su lengua, sus escuelas, su Iglesia Reformada Holandesa, su rugby. Y, latente, tiñéndolo todo, el temor a una venganza equivalente al crimen.

Se habían reunido en la capital sudafricana a instancias del Partido Conservador, el brazo político del extremismo de derechas. El PC, el principal partido de la oposición en el parlamento blanco, era vástago del Partido Nacional, del que se había escindido ocho años antes porque sus dirigentes consideraban a P. W. Botha sospechosamente de izquierdas, y ahora

consideraban que De Klerk era el mismo demonio.

La derecha afrikaner tenía su liturgia, aunque no tan elaborada o practicada como la del CNA. Empezaron por cerrar los ojos, abrir las manos en gesto de súplica, inclinar la cabeza y rezar una oración. Luego cantaron *Die Stem*, el lúgubre himno nacional oficial, que alaba a Dios y celebra los triunfos de los bóers cuando avanzaron en sus carretas hacia el norte en la Gran Marcha de mediados del siglo XIX, durante la que fueron quedándose con las tierras negras por el camino. Unos hombres vestidos con camisas pardas se entremezclaban con la multitud, como bravucones de colegio. Eran miembros del Afrikaner Weerstandsbeweging (el movimiento de resistencia afrikaner), el más famoso de una colección fragmentada de grupos de extrema derecha. Más conocidos como AWB, su enseña rojinegra estaba formada por tres sietes colocados de forma que recordaba a la esvástica nazi.

Pero en esta ocasión no fueron los camisas pardas los que definieron el acto. Lo más siniestro, y una medida más pesimista del reto que le aguardaba a Mandela, era la aparente normalidad de la mayoría de la gente, una muestra variada del espectáculo humano como la que se podía ver cualquier día de la semana en el centro de Upington, o Vereeniging, o cualquier otro lugar de la Sudáfrica blanca. Había jóvenes con vaqueros y camisetas de los Springboks, parejas jóvenes y entusiastas con bebés, hombres barrigudos con pantalón corto caqui y calcetines largos, viejos señores con chaquetas de *tweed* y señoras vestidas como si fueran al baile anual del club de bolos. Eran la clase media blanca de cualquier lugar de Europa o Estados Unidos. Y no querían que los negros gobernaran sus vidas. Todos ellos tenían en común la pesadilla de una mano negra saliendo de debajo de la cama en mitad de la noche, de pandillas de jóvenes maleantes negros irrumpiendo en sus hogares.

Si se examinaba la situación con detalle, se veía algo que nunca aparecía a primera vista, un fondo de blandura y vulnerabilidad en la Sudáfrica blanca, tanto entre los afrikaners como en la gente de habla inglesa, los de la ciudad como los del campo, los ricos como los pobres. La diferencia era hasta qué punto conseguía disimularlo cada uno. Pero, como en la dura imagen de supervivientes que preferían tener de sí mismos, sobre todo los afrikaners, no encajaba reconocer esa vulnerabilidad, algunos se esforzaban para disfrazar sus temores tras la retórica de la resistencia. Eso no quiere decir que no creyeran lo que decían. El miedo les volvía peligrosos. Aquel día, en la concentración de Church Square, el doctor Andries Treurnicht, el líder del Partido Conservador, obtuvo el

mayor aplauso del día cuando gritó: «¡El afrikaner es un tigre amistoso, pero no hay que meterse con él!» Las certezas claras y sencillas del pasado empezaban a resquebrajarse, pero ahí tenían una verdad en la que preferían creer y en la que ni Mandela ni los ya legalizados «comunistas» del CNA podían jamás hacer mella. El afrikaner era un tigre y cualquier animal que se mezclara con él estaba condenado. «Mientras el CNA actúe como una organización militante, les atacaremos con toda la fuerza que podamos —rugió Treurnicht, teólogo y antiguo ministro de la Iglesia Reformada Holandesa—. Por lo que a nosotros respecta, es la guerra, sin más».

En el CNA, algunos seguían convencidos de que podían derrotar al tigre. Mandela sabía que no. El enemigo tenía todas las armas, la fuerza aérea, la logística, el dinero. El gran principio de actuación política de Mandela era el que había comprendido hacía mucho tiempo en la cárcel: que la única forma de vencer al tigre era domesticarlo. Aquella gente que protestaba a la sombra de la estatua de Paul Kruger era la misma a la que había sometido a su voluntad en Robben Island.

La primera prioridad de Mandela era evitar una guerra civil, y no sólo entre blancos y negros, sino entre blancos y blancos también. Los liberales como el doctor Woolf, que habían llegado a donde estaban después de nadar audazmente contra las corrientes de la ortodoxia blanca, iban a estar en el punto de mira de los guerreros de la derecha. Ya lo estaban. El propio doctor Woolf había recibido amenazas de organizaciones de derechas después de que se publicara en un periódico de Durban la historia del encuentro de su familia con Mandela. Lo habían incluido en una lista de condenados a muerte. Y los Arrie Rossouw de la prensa afrikaner también habían pagado un precio por adelantarse a su tiempo. A las oficinas de su periódico, *Beeld*, en Johanesburgo, llegaban correos envenenados, y la centralita telefónica estaba bloqueada por llamadas insultantes. En una concentración de derechas en el Estado Libre de Orange, dos semanas después de la liberación de Mandela, dieron una paliza a un fotógrafo blanco de *Beeld*.

No había dos personas que encarnasen mejor la división entre los blancos sudafricanos que los gemelos Viljoen. La historia de Braam y Constand Viljoen no es exactamente la de Caín y Abel, ni la del hijo pródigo, pero tiene elementos de ambas. Los dos hermanos, físicamente idénticos, habían emprendido caminos

radicalmente opuestos en su adolescencia y estuvieron sin apenas comunicarse durante cuarenta años. Cuando volvieron a hacerlo, el destino tuvo mucho que ver. Si los hermanos no hubieran hecho las paces, Sudáfrica podría haber acabado envuelta en una guerra.

Nacidos en 1933 en una familia afrikaner de clase alta rural cuyas raíces se remontaban a los colonos del siglo XVIII, de los primeros en llegar de Europa a la punta meridional de África, los Viljoen (se pronuncia «Filyun») tenían razones no sólo políticas para vivir separados. Juntos, corrían el riesgo de que se les considerase unos gemelos de comedia, mientras que, por separado, resultaban imponentes. Eran hombres serios, que se tomaban en serio a sí mismos y sus papeles en la sociedad, y a los que tomaban en serio los demás. Las otras dos cosas que tenían en común eran su devoción religiosa y su amor a la agricultura, a la que Constand se dedicaba de forma intermitente en la granja familiar de Transvaal Oriental y Braam —más a menudo— en otra granja a casi 370 kilómetros de distancia, en Transvaal Septentrional.

En cuestión de temperamento y de concepción del mundo, no podían ser más distintos. Braam, el reflexivo, emprendió carrera en la Iglesia. Constand, el hombre de acción, entró en el ejército. Pero, aunque una trayectoria podía parecer más pacífica que la otra, fue Braam el que luchó y, desde el punto de vista estrictamente profesional, fracasó, mientras que Constand, con una suavidad admirable, ascendió hasta la cima de su profesión. Si Braam se enfrentó al sistema y perdió, Constand no sólo se incorporó al sistema, sino que se *convirtió* en él. Llegó a ser no sólo general, no sólo jefe del ejército, sino comandante supremo de la Fuerza Sudafricana de Defensa, que incluía la marina y la fuerza aérea. P. W. Botha le designó para el cargo cuando tomó posesión como primer ministro, en 1980. Viljoen permaneció en él, la última línea de defensa del apartheid, hasta su jubilación, en 1985. Dirigió las fuerzas sin las cuales el apartheid se habría venido abajo de la noche a la mañana. Arriesgó su vida y quitó la vida a otros en apoyo de un sistema político basado y definido en tres de las leyes más perversas jamás creadas: la Ley de Servicios Separados, la Ley de Áreas de Grupo y la Ley de Inscripción de la Población, todas aprobadas en el parlamento cuando él y su hermano tenían diecisiete, dieciocho y diecinueve años, cuando estaban decidiendo qué rumbo emprender en la vida.

La Ley de Servicios Separados era la que prohibía a las personas negras entrar en las mejores playas y los mejores parques, y a las niñeras negras viajar

en los compartimentos blancos de tren con los bebés blancos de las «señoras» para las que trabajaban. Las otras dos leyes que aplicaba Constand Viljoen eran tan injustas y absurdas como ésta.

La Ley de Inscripción de la Población compartimentaba a los grupos raciales. Había cuatro categorías principales. En orden descendiente de privilegios, eran: blancos, mestizos, indios y negros. Una vez que cada sudafricano estaba en la casilla racial correspondiente, se derivaban todas las demás leyes del apartheid. Sin la Ley de Inscripción de la Población, por ejemplo, habría sido imposible aplicar la Ley de Inmoralidad, por la que era ilegal no sólo que alguien se casara con una persona de otra raza, sino que tuviera cualquier cosa parecida a un contacto sexual. En parte para adaptarse a la incontinencia amorosa de una pequeña minoría de almas moralmente débiles y en parte para satisfacer el deseo de la gente de mejorar en lo material, el gobierno incluyó en la Ley de Inscripción de la Población una cláusula que concedía a las personas el derecho, biológicamente asombroso, a intentar cambiar de raza.

Para ello había que presentar una solicitud ante un organismo de Pretoria llamado Junta de Clasificación de Razas y estipular de qué raza a qué raza deseaba cambiarse uno. Se llevaban a cabo varias entrevistas y, en los casos más difíciles, los solicitantes comparecían ante la junta, formada por hombres y mujeres, todos blancos. Los miembros de la mesa pedían a los aspirantes que se pasearan delante de ellos para poder examinar sus posturas y la forma de sus nalgas. Si la cuestión seguía sin resolverse, la forma científicamente más fiable de disipar las dudas era la prueba del lápiz. Se metía un lápiz en el pelo de la persona: cuanto más enganchado se quedaba, más oscura era su clasificación. Las cifras del Ministerio del Interior de 1989 muestran que 573 mestizos pidieron ser blancos y, de ellos, 519 lo consiguieron, y que 369 negros solicitaron ser mestizos y, de ellos, lo lograron 327. En estos casos, el motivo para solicitarlo era claramente el deseo de mejorar las condiciones materiales. Pero en los archivos se ve también que 14 blancos pidieron ser mestizos, y 12 lo consiguieron; que tres blancos pidieron ser indios y dos, chinos, y los cinco lo lograron. Evidentemente, esos milagros no fueron posibles gracias a un frío razonamiento, sino a la simpatía de la Junta de Clasificación de razas por los impulsos admirablemente sacrificados y románticos de los solicitantes.

La Ley de Áreas de Grupo era la que prohibía que los negros y los blancos vivieran en las mismas zonas de las ciudades, la que hacía obligatoria la

separación física entre la ciudad blanca y el distrito segregado negro. Pero para los ideólogos del apartheid, era más que eso. Era una ley de inspiración divina. Los *volk* temerosos de Dios nunca habrían establecido un sistema de tanto alcance, que condenaba a la gran mayoría de los habitantes de su país a ser ciudadanos de cuarta clase, si no hubieran estado seguros de que tenían una justificación bíblica para lo que estaban haciendo. Como otros fundamentalistas anteriores y posteriores, hurgaron en el Antiguo Testamento y encontraron argumentos teológicos para arrojar a los negros a la oscuridad exterior. Según un libro titulado *Biblical Aspects of Apartheid*, publicado en 1958 por un eminente teólogo de la Iglesia Reformada Holandesa, la legislación sobre las Áreas de Grupo también era válida en el más allá. El libro reconfortaba a los sudafricanos blancos que podían temer que iban a tener que mezclarse con los negros en el Cielo. No había que preocuparse. *Biblical Aspects of Apartheid* les garantizaba que el Libro Sagrado decía que había «muchas mansiones» en «la casa de nuestro Padre».

Constand Viljoen dedicó su vida a defender esas leyes contra las fuerzas dirigidas por su principal enemigo, Nelson Mandela. Braam Viljoen, que, desde muy pronto, pensó que las leyes del apartheid eran una abominación, se convirtió en uno de los soldados de a pie extraoficiales de Mandela.

Si el problema de Constand era que pensaba muy poco, el de Braam era que pensaba demasiado. Unas cuantas afirmaciones desde el púlpito de que las leyes del apartheid eran obra de Dios, y Constand se apresuraba a salir alegremente en defensa de la patria. Braam, un adolescente de ideas asombrosamente independientes para un afrikaner criado en una granja a más de 200 kilómetros de la ciudad más próxima, oía decir al *dominee* local de la Iglesia Reformada Holandesa las mismas palabras que su hermano y le parecían profundamente inquietantes. Al ir a la Universidad de Pretoria a estudiar teología, con el propósito de hacerse él mismo *dominee*, le interesó el trabajo de un pequeño grupo subversivo de teólogos que ponían en tela de juicio las ortodoxias dominantes. Eso, a su vez, le hizo interesarse por el CNA. Leyó con gran atención su Carta de la Libertad («Sudáfrica pertenece a todos los que viven en ella, blancos y negros») cuando se hizo pública, en 1955, el año en el que su hermano terminó la universidad y se convirtió en oficial del ejército.

Mientras Constand ascendía con facilidad e impresionaba a sus superiores, a Braam le impresionó la seriedad cristiana del antecesor de Mandela en la dirección del CNA, Albert Luthuli. A principios de los sesenta, cuando ya era

profesor de teología, Braam firmó una declaración que afirmaba que era una herejía identificar el apartheid con la voluntad de Dios. La declaración estaba redactada de forma solemne y respetuosa. En privado, Braam estaba furioso. «Llegué a detestar la ingenua e infantil justificación bíblica del apartheid, que se basaba en una interpretación literal del Génesis —explicaba después—. Odiaba también aquella forma fundamentalista de pensar, de afirmar ciegamente que ésa era la palabra de Dios, de no admitir ningún debate. Como es natural, eso me supuso un conflicto con mi familia. Con mi hermano, que era ya comandante en la FDSA, dejé de hablar de política, por las buenas». Y también le supuso un conflicto con la Iglesia Reformada Holandesa, que le calificó de disidente y le impidió ganar el sueldo que le correspondía como *dominee* con las cualificaciones teológicas necesarias. Siguió impartiendo clases en la universidad hasta los años ochenta, pero, por motivos económicos, se vio obligado a volver a la agricultura a tiempo parcial.

En la granja, intensificó su actividad política cuando empezó a comprender lo que significaba el apartheid para los que ocupaban el estrato más bajo de todos: las personas negras en las áreas rurales. A principios de los ochenta, cuando las protestas negras se incrementaron en todo el país, él se involucró en lo que empezó a llamar «la lucha por la libertad» y conspiró con los mismos dirigentes políticos a los que su hermano, como jefe de la FDSA, se había comprometido a derrotar. También estaba metido hasta el cuello en las actividades del Consejo Sudafricano de Iglesias, un organismo que las fuerzas de seguridad consideraban una tapadera de los terroristas del CNA. Cuanto más poderoso se volvía su hermano, más consciente era Braam de los métodos brutales que aprobaba el jefe de Constand. Antes sabía que el sistema era perverso, pero hasta entonces no se había dado cuenta de lo criminal que podía ser. «Estaba escandalizado y horrorizado. ¡La gente que trabajaba con mi propio hermano mataba y torturaba a otros!» En realidad, Braam tuvo suerte de que no le torturaran y le mataran a él. Después de la liberación de Mandela, descubrió que había estado en la lista de objetivos de una unidad de los servicios secretos militares que había asesinado a Anton Lubowski.

«No creo que mi hermano estuviese al tanto», insistía, convencido. Pero Constand debió de sospechar que pasaba algo. «Me envió un mensaje, a través de nuestra madre —recordaba Braam—, en el que me aconsejaba que, “si sabía lo que me convenía”, dejase los comités del Consejo Sudafricano de Iglesias».

Braam no hizo caso. A lo largo de los años ochenta siguió trabajando con el

consejo eclesiástico. En 1987 fue con otros 50 intelectuales afrikaner liberales a Dakar, Senegal, para una reunión sin precedentes con la dirección en el exilio del CNA. Uno de los personajes clave de esa reunión fue Frederik van Zyl Slabbert, el primer héroe político de Morné du Plessis. Cuando Braam Viljoen regresó de Dakar, el SNI de Niël Barnard le interrogó, pero él siguió actuando como siempre. Ese mismo año se incorporó al pequeño pero valiente Partido Federal Progresista (otro elemento en común con Morné du Plessis, puesto que era el partido que Morné apoyaba). Incluso fue candidato parlamentario por el PFP, antes de unirse a un *think tank* anti-apartheid casi ilegal, llamado Instituto para la Democracia en Sudáfrica, que había creado, después de dejar la política activa, Van Zyl Slabbert.

A pesar de sus profundas disparidades («vivíamos en mundos distintos», explicaba Braam), Braam y Constand tenían muchas cualidades en común. Ambos eran honrados y estaban escrupulosamente dedicados a su trabajo. Constand era un soldado de soldados, recto, sensato, que pasó su vida profesional dentro de una burbuja moral, convencido de que pertenecer a las FDSA era tan honorable como estar en el ejército de Nueva Zelanda. Era muy admirado por los que estaban a sus órdenes, así como por los millones de sudafricanos blancos que le conocieron durante su prolongado mandato como jefe del ejército y después de todas las fuerzas armadas. Consolidó su reputación a mediados de los setenta, cuando fue el oficial al mando de la fuerza expedicionaria sudafricana en la guerra de Angola, que luchó del lado de Jonas Savimbi y sus guerrilleros de UNITA contra el gobierno marxista del país, en uno de los numerosos conflictos regionales que había en todo el mundo durante la guerra fría. El gobierno angoleño recibía ayuda de Cuba y la Unión Soviética y UNITA de Estados Unidos. Sudáfrica entró en combate porque sus gobernantes eran tan anticomunistas como los de Washington y porque el gobierno angoleño ayudaba al CNA.

Al ser nombrado jefe de la FDSA en 1980, Constand se vio obligado a prestar más atención al CNA, que actuaba en países vecinos como Zambia y Mozambique, y a las organizaciones que actuaban en su nombre en Sudáfrica, cada vez más rebeldes, y con las que se relacionaba su hermano. Un año antes, un documento del gobierno había dicho que la amenaza política y militar contra Sudáfrica estaba aumentando «a un ritmo alarmante». Decidido a formular la guerra contra el CNA en términos geopolíticos que resultaran más del agrado de la comunidad internacional, el documento afirmaba que «la ofensiva total» del

enemigo era parte de un plan de Moscú para utilizar Sudáfrica «como punto de partida para la conquista del mundo». El lenguaje convenció a los conservadores estadounidenses y a la primera ministra británica Margaret Thatcher, que se mostró públicamente de acuerdo con el presidente Botha en que el CNA era una organización «terrorista» de inspiración comunista. Animado, Botha ordenó que el ejército entrase en los distritos segregados. Como consecuencia, Viljoen se convirtió en el primer comandante en jefe de las fuerzas armadas sudafricanas que vio cómo sus competencias rebasaban la protección del país frente a un enemigo exterior e incluían la protección del Estado contra su propio pueblo. El ejército, de pronto, tuvo que actuar codo con codo con la Policía de Seguridad, con incursiones conjuntas en países vecinos como Mozambique, Botsuana y Lesotho que causaron la muerte de tantos civiles inocentes como miembros del CNA.

Constand nunca se sintió a gusto en ese papel. Su visión moral quizá no era tan abierta como la de su hermano, pero tenía sus escrúpulos. En mayo de 1983, una incursión de la FDSA en Mozambique confundió varios hogares particulares, una guardería y una fábrica de zumos de frutas con unas instalaciones de misiles, un centro de entrenamiento y una base logística del CNA. Murieron seis personas, ninguna de ellas perteneciente al CNA, y la acción provocó un furioso memorándum interno de Viljoen al jefe del ejército en el que se declaraba no sólo decepcionado, sino escandalizado. «Si tuviéramos que analizar nuestra eficacia operativa y hacer públicos los resultados, nos avergonzaríamos», escribió.

Los resultados no se hicieron públicos y, con la ayuda de una prensa complaciente, se publicitaron las hazañas de la FDSA con la mejor luz posible. Una incursión en Gaborone, la capital de Botsuana, en la que los soldados sudafricanos mataron a un niño de seis años y un hombre de setenta y uno, se describió en los periódicos sudafricanos en términos gloriosos; un diario encabezó el relato épico con el titular «Los cañones de Gaborone». Cuando Constand se jubiló, después de una carrera militar de treinta y un años, se había convertido en una leyenda viva —en la imaginación popular afrikaner, casi un Mandela blanco— y, sobre todo, en un general valiente, de principios, sensato, en la tradición bóer decimonónica de políticos-soldados como Andries Pretorius y Paul Kruger: en otras palabras, el antídoto perfecto al hombre ladino, escurridizo, claramente poco bóer que era el pactista F. W. de Klerk. La decisión de Constand Viljoen de seguir la tradición bóer y volver a su granja sólo sirvió

para aumentar la devoción de sus admiradores. En 1985, creyó que su vuelta a la tierra era definitiva. Cinco años después, mientras sufría viendo en televisión la puesta en libertad de Mandela, no podía imaginar que los *volk* pronto iban a llamarlo para que abandonara su granja y les dirigiera en su última gran guerra de liberación.

CAPÍTULO VIII

LA MÁSCARA

1990-1993

Mandela estaba de nuevo en la cárcel al mes de haber salido. Esta vez, por propia voluntad, visitó el lugar al que en 1964 había temido ir a parar, el Corredor de la Muerte en Pretoria. Fue a ver a los 14 de Upington y a otros presos que estaban encarcelados, en su opinión, por motivos políticos. Justice Bekebeke se lo perdió. Por una serie de circunstancias desafortunadas, relacionadas con una inoportuna visita familiar, no pudo ver a Mandela. «No quería morir en el Corredor de la Muerte, pero quería suicidarme», decía después Justice medio en broma. Mandela aseguró a los de Upington que, con su salida de la cárcel, las cosas habían cambiado definitivamente en Sudáfrica. No sólo iba a convencer al gobierno para que aceptase una moratoria sobre las ejecuciones, sino que iba a hacer todo lo posible para conseguir su libertad. Ellos le creyeron. Para los fieles negros, Mandela podía hacer milagros. «Aunque no estuve con él, compartí el entusiasmo de los demás —me dijo Justice—. Supimos ahora con certeza que íbamos a salir».

Sudáfrica había emprendido un rumbo nuevo y, aunque De Klerk era formalmente quien gobernaba, era Mandela quien controlaba la situación. Comenzaron las negociaciones entre el CNA y el gobierno. El proceso que había iniciado en secreto Mandela en la cárcel siguió adelante, ahora de manera abierta. La derecha gruñó, pero el CNA y el gobierno empezaron a conocerse bien, cada uno descubrió, para su sorpresa, que el otro —como dijo un dirigente del CNA— no tenía cuernos, y entre los dos empezaron a crear la confianza

mutua de la que depende siempre el avance en unas negociaciones. «El proceso», como lo llamaron los entendidos, comenzó formalmente en mayo de 1990 y progresó todo lo razonablemente bien que podía esperar Mandela. Una de las principales concesiones que Mandela obtuvo enseguida fue la que había prometido a los 14 de Upington, el cese de todas las ejecuciones legales. Los presos políticos empezaron a salir poco a poco como parte del toma y daca de las conversaciones. Pero el grupo de Upington, ninguno de cuyos miembros pertenecía oficialmente al CNA, no entraba en esos cálculos. La ley seguiría su curso y tendrían que esperar a las apelaciones para quedar libres.

Las delegaciones del gobierno, el CNA y otros grupos más pequeños se reunían de lunes a viernes en habitaciones llenas de humo, como abogados en litigio, en un edificio de congresos cercano al aeropuerto de Johanesburgo y denominado, con una grandiosidad exagerada, World Trade Centre. Al cabo de un tiempo, algunos de los delegados se llevaban tan bien que empezaron a preguntarse si no estaban adelantándose demasiado a sus bases; si podían surgir problemas, sobre todo para el gobierno, cuando llegara la hora de pedir a la gente que aprobaran los acuerdos a los que habían llegado. El negociador jefe del CNA, un antiguo líder sindicalista llamado Cyril Ramaphosa, y el negociador jefe del gobierno, el ministro de Defensa Roelf Meyer, se hicieron tan amigos que, muchas veces, discutían los temas los fines de semana, mientras se iban de pesca. Mandela y De Klerk nunca llegaron a llevarse tan bien pero, aunque tenían momentos de tensión, mantenían un contacto permanente y a veces se reunían hasta altas horas de la noche. Ya no había ninguna necesidad de pedir una cita: el antiguo preso podía conseguir que el presidente se pusiera al teléfono en cualquier momento.

En este clima de rápida transformación, en mayo de 1991, el tribunal superior de apelaciones de Sudáfrica revocó 21 de las 25 condenas por asesinato originales en el caso de Upington y desestimó las 14 sentencias de muerte. Bekebeke fue uno de los cuatro cuyas condenas fueron confirmadas. Iba a salir del Corredor de la Muerte, pero el tribunal había dictado que tenía que cumplir una condena de diez años. Aceptó la noticia de buen talante y abrazó al anciano Gideon Madlongolwana, que, con su mujer Evelina, había quedado en libertad. Al cabo de ocho meses, después de haber pasado un total de seis años, un mes y quince días en prisión, también Bekebeke salió a la calle. El 6 de enero de 1992 se reunió con su familia y sus amigos y con su novia, Selina, en Upington. Fue un momento feliz, pero Bekebeke se sentía impaciente. Tenía mucho tiempo que

recuperar y una promesa que cumplir. Se la había hecho a sí mismo y a sus compañeros de cárcel el día del asesinato de Anton Lubowski.

Hasta entonces, había tenido muy clara la ambición de su vida. Quería ser médico. «Pero ese día cambiaron mis planes. A partir de ese día, sólo quise ser una cosa: abogado. Iba a empuñar su lanza. Iba a seguir sus pasos. Iba a llenar el vacío que él había dejado. Iba a convertirme en otro Anton».

Era una cosa sorprendente en la boca de un joven militante negro como Bekebeke, pero la cárcel le había suavizado como había suavizado a Mandela. Dos semanas después de salir, había llevado a la práctica su retórica grandilocuente. Se disponía a empezar, a los treinta y un años, sus estudios universitarios en Ciudad del Cabo, el lugar en el que había tenido su ilusa inspiración infantil de visitar a Mandela y los demás «líderes» en su cárcel de la isla. Bekebeke fue un alumno brillante en la Universidad de Western Cape. Consiguió las mejores notas en sus exámenes y obtuvo una beca. Era, en sus propias palabras, un estudiante poseso. «Siempre me guió el espíritu de Anton; sabía que, por muy duro que fuese, nunca iba a amilanarme, nunca iba a fallarle. Había dicho a mis camaradas del Corredor de la Muerte que iba a hacer aquello. Había hecho una promesa, y la cumplí».

Mandela iba camino de cumplir su propia promesa de llevar la libertad a Sudáfrica, pero aún le aguardaban tormentas, fenómenos de carácter político que no había previsto y que, al principio, escaparon a su control. Mientras las negociaciones en el World Trade Centre avanzaban a paso tranquilo, la derecha había emprendido ya su batalla para echarlas por tierra. Era una batalla que adoptó diversas formas, y una de ellas, la más sangrienta, tenía rostro negro. Porque en Sudáfrica no había sólo una derecha blanca, sino también —mucho más difícil de entender desde fuera— una derecha negra. Y sus intereses coincidían.

El movimiento zulú de derechas Inkatha y sobre todo su líder, Mangosuthu Buthelezi (del que un embajador extranjero dijo que estaba «loco como un zorro»), tenían tanto miedo como la derecha blanca de que, si el CNA llegaba al poder, quisiera ejercer una venganza temible contra ellos. Buthelezi había aceptado el apartheid, y sólo había fingido que no en alguna ocasión, cuando le había parecido necesario. Su retórica, muchas veces, imitaba la del CNA, llena de ataques contra el racismo del gobierno y esas cosas, pero la verdad era que se

había apuntado al sistema. El plan del «gran apartheid» de Hendrick Verwoerd había sido dividir Sudáfrica en una serie de patrias tribales que deberían ser reconocidas internacionalmente como Estados soberanos. Verwoerd, el doctor Strangelove del apartheid («nunca me asalta la duda de que quizá esté equivocado», declaró en una ocasión), preveía que cada uno de los nueve grupos tribales de Sudáfrica tuviera su propio mini-estado, mientras la tribu blanca se quedaba con la parte del león, la zona rica en minerales y agricultura, incluidas las grandes ciudades. Buthelezi secundó el plan y aceptó un pequeño feudo financiado totalmente por Pretoria y llamado KwaZulu. En él llevaba una gran vida como «ministro principal», con un gabinete de ministros y una fuerza de policía encabezada por un general de brigada afrikaner (en ese terreno mandaba Pretoria) que había sido jefe en la Policía de Seguridad de la Sudáfrica blanca.

El mini-Estado de Buthelezi habría podido resultar cómico si no hubiera sido un instrumento de la contrainsurgencia de Botha. Guiado por el general residente enviado por Pretoria, Buthelezi envió a sus fuerzas *impi* («batallón», en zulú) contra la mitad de la población zulú y partidaria del CNA, en unos combates entre los dos bandos que produjeron miles de muertes. El CNA y sus seguidores llegaron a odiar a Buthelezi tanto como a Botha, si no más. Buthelezi temía que, si Mandela llegaba alguna vez al poder, él perdería los privilegios políticos y económicos derivados de su complicidad con el Estado del apartheid. Asimismo temía una venganza sangrienta, igual que la derecha blanca, por lo que ninguno de los dos veían ninguna ventaja en un proceso de negociación cuyo fin era el gobierno de la mayoría.

A los seis meses de la liberación de Mandela, los guerreros de Inkatha habían extendido su guerra más allá del territorio zulú, a los distritos segregados de los alrededores de Johanesburgo, con ataques contra la comunidad en general, porque sabían que, en su gran mayoría, apoyaba al CNA. Cada mes morían centenares de personas, a tiros, atravesadas por lanzas y cuchillos o quemadas. En sus ataques, que se prolongaron durante los tres primeros años posteriores a la salida de Mandela, los matones de Buthelezi contaban con la ayuda descarada de la policía uniformada, cuyos coches blindados escoltaban a los *impis* de Inkatha en sus pogromos. Otros elementos de la Policía de Seguridad y los servicios de inteligencia militares proporcionaban armas a los terroristas de Inkatha de forma clandestina. El objetivo estaba muy claro: provocar al CNA para que entrase en una serie de miniguerras en los distritos y, de esa forma, hacer que el nuevo orden previsto fuera ingobernable.

A pesar de toda su serenidad y todo su encanto, Mandela tuvo momentos de enorme indignación, en la mayoría de los casos causada por las matanzas y por De Klerk, a quien lamentaba haber llamado «un hombre de integridad» y al que acusaba de complicidad pasiva con la violencia. Tokyo Sexwale, el antiguo preso de Robben Island y ahora miembro del máximo organismo del CNA, el Comité Ejecutivo Nacional (CEN), decía que hubo un momento el que Mandela quiso romper las relaciones con el gobierno. «Así que nos quejamos. "Si hacemos eso, ¿entonces qué? ¿Volvemos a la lucha armada?" Mandela estaba muy enfadado, pero teníamos que vencerle, y lo conseguimos. Pero le afectó mucho por la cantidad de sangre que estaba derramándose en todo el país». Mandela se desahogó criticando a De Klerk. «Si fueran blancos los que mueren —proclamó —, sé que él estaría tomándose mucho más interés en la cuestión».

Buthelezi, que era consciente de que la impunidad que le garantizaba el Estado del apartheid no incluía el derecho a matar gente blanca, se vio cada vez más próximo al derechista Partido Conservador y sus variopintas tropas de asalto, que jaleaban a los *impis* de Inkatha, celebraban sus matanzas y aguardaban con ansiedad el día en el que pudieran forjar una alianza zulú-bóer contra el CNA. Mientras tanto, Mandela recibía cada vez más informaciones de sus servicios de inteligencia y de gobiernos extranjeros amigos que hablaban de movilización de la derecha.

A principios de 1992 no había señales de que disminuyeran las matanzas en los distritos segregados y todo indicaba que la extrema derecha iba a jugar sus bazas más violentas. El peligro acechaba, y Mandela tenía que disiparlo. Necesitaba calmar los temores de los blancos, darles algún incentivo para aceptar el nuevo orden que se avecinaba. En una reunión del comité ejecutivo de su partido surgió la idea de convertir el palo político que había constituido el deporte en una zanahoria: ofrecerse a relajar o incluso a abandonar por completo el boicot al rugby. Arnold Stofile, el hombre encarcelado en 1985 por su papel en la interrupción de la gira de los All Blacks, participó activamente en el debate. «No es una zanahoria corriente la que estaríamos ofreciendo a la Sudáfrica blanca — dijo el efervescente Stofile a sus colegas, muchos de los cuales no comprendían la importancia del rugby para el afrikaner—. Esto no es política. Esto no es ideología. Es algo mucho más poderoso y primitivo, mucho más personal. Ofrecernos a reinstaurar los partidos internacionales de rugby es decir a los

blancos: “Si cooperáis con nosotros, podréis ir a Europa, Estados Unidos y Australia a visitar a vuestros amigos y que, cuando os comprueben los pasaportes en el aeropuerto, no os miren como parias.” Y verán que además es bueno para los negocios y, sobre todo, que supondría volver a caer bien a la gente. Eso es lo importante. Eso significará muchísimo para ellos. Podrán exclamar: “¡Nos quieren! ¡Nos quieren!” En resumen, camaradas, los blancos sudafricanos podrán volver a sentirse seres humanos, ciudadanos del mundo».

Un miembro del comité ejecutivo que entendía a la perfección lo que quería decir Stofile era Steve Tshwete, un antiguo preso de Robben Island que había sido jugador de rugby. Tshwete había defendido la opción de utilizar el deporte como instrumento de cambio positivo desde la puesta en libertad de Mandela. Arrie Rossouw, el periodista político del diario en afrikaans *Beeld*, contaba que, a principios de 1990, voló a Zambia, la base del CNA en el exilio, y tuvo largas charlas hasta altas horas de la noche con Tshwete, que ya por entonces era el más deportista de la organización. «Tshwete entendió desde el principio que el restablecimiento de los partidos internacionales de rugby haría que los afrikaners revisaran sus prejuicios sobre el CNA —explicaba Rossouw—. Era apasionado partidario de utilizar el rugby como instrumento de reconciliación».

Stofile y él defendieron su argumento ante el comité. Las opiniones estaban divididas entre los pragmáticos, que creían que había llegado la hora de tender una inmerecida mano amistosa, y los que consideraban que la idea de recompensar la perfidia de los bóers era indignante. Fueron los pragmáticos los que lograron convencer a Mandela. La idea de utilizar el rugby como incentivo para que los afrikaners se subieran al tren de la democracia coincidía plenamente con la estrategia que había ensayado en la cárcel, especialmente con el comandante Van Sittert en el encuentro del «calientaplatos», y que había desplegado desde entonces con tan valiosos efectos políticos. Los blancos tenían mucho pan, pero se les había negado el circo. El CNA iba a devolvérselo; iba a permitir que los Springboks volvieran a actuar en el escenario mundial.

En agosto de 1992, Sudáfrica jugó su primer partido internacional serio en once años contra Nueva Zelanda, en el estadio Ellis Park de Johanesburgo. Las autoridades de rugby y el CNA llegaron a un acuerdo previo. Les permitimos el partido, dijo el CNA, mientras ustedes impidan que se utilice el encuentro «para promover los símbolos del apartheid». Sin embargo, había un problema intrínseco: la camiseta verde de los Springboks, que seguía siendo un poderoso símbolo del apartheid para los negros y, en la mente de los blancos, estaba

inevitablemente asociada a los otros dos símbolos a los que se refería el CNA al fijar sus condiciones: la vieja bandera sudafricana, que seguía siendo la bandera oficial, y el viejo himno nacional, *Die Stem*, que seguía siendo el himno nacional. Pedir a los aficionados al rugby que separasen un símbolo de los otros, dado el inevitable estado de ebriedad en el que se encontraban muchos ya al entrar en el estadio y dada su falta de sensibilidad política, parecía pedir demasiado y demasiado pronto.

Efectivamente. Las banderas del apartheid ondeaban en todo el estadio y Louis Luyt, el grandullón y descarado presidente de la Unión Sudafricana de Rugby, desobedeció las normas de manera escandalosa cuando ordenó que se interpretase el himno blanco. La muchedumbre entonó el canto como un grito de guerra y convirtió lo que el CNA había esperado que fuese un ritual de reconciliación en una ceremonia de desafío. *Rapport*, el periódico en afrikaans más anclado en el pasado, hacía un derroche de sentimentalismo al describir «las suaves lágrimas de orgullo» que habían derramado los *volk* en Ellis Park, y luego pasaba al relato heroico, en el que aplaudía su espíritu inflexible. «Éste es mi canto, ésta es mi bandera —se extasiaba *Rapport*—. Aquí estoy y aquí entonaré hoy mi canto».

Los afrikaners progresistas como Arrie Rossouw, el negociador principal del gobierno, Roelf Meyer, y Braam Viljoen, el hermano del general, agacharon la cabeza desesperados. Los dirigentes del CNA se apresuraron a expresar su indignación. Arnold Stofile se sintió traicionado. «Nunca fuimos dogmáticos en la cuestión del aislamiento —explicaba—. Convertimos el palo en una zanahoria dulce y jugosa. Pero no todo el mundo se la comió. Así que, cuando los aficionados nos decepcionaron de aquella forma, cantando el himno del apartheid y todo lo demás, nuestra gente se enfadó verdaderamente».

Sin embargo, después de que pasara la tormenta de Ellis Park, Mandela defendió enérgicamente en las reuniones del CEN las ventajas de seguir utilizando el rugby como instrumento de persuasión política. Era una postura difícil de defender ante un grupo de gente decidida y harta de sufrir indignidades a manos de los blancos. Pero lo hizo. «Hasta ahora, el rugby ha sido la aplicación del apartheid en el deporte —dijo a sus colegas del CNA—. Pero ahora las cosas están cambiando. Debemos utilizar el deporte para ayudar a la construcción nacional y promover todas las ideas que creemos que contribuirán a la paz y la estabilidad en el país».

La respuesta inicial fue «muy negativa», recordaba Mandela. «Yo entendía la

ira y la hostilidad de los negros, porque habían crecido en una atmósfera en la que el deporte era un brazo del apartheid, en la que apoyábamos a los equipos extranjeros cuando jugaban contra Sudáfrica. Ahora, de pronto, yo había salido de la cárcel para decirles que debíamos apoyar a esa gente. Comprendía muy bien su reacción y sabía que me iba a costar mucho». La dirección del CNA discutió el asunto en varias reuniones. El argumento más poderoso de Mandela era que el rugby equivalía, en palabras suyas, a varios batallones. «Mi idea era asegurarnos el apoyo de los afrikaners, porque —como no dejaba de recordarle a todo el mundo— el rugby, para los afrikaners, es una religión».

En enero de 1993, sólo cinco meses después del desastre en el partido contra Nueva Zelanda, Mandela dio a la Sudáfrica blanca el mayor, mejor y más inmerecido regalo que podía imaginar: la Copa del Mundo de rugby de 1995. No sólo se iba a permitir a los sudafricanos competir por primera vez, sino que Sudáfrica iba a ser el país anfitrión. Walter Sisulu encabezó una pequeña delegación que se reunió en la sede del CNA en Johanesburgo con los máximos dirigentes del Consejo Internacional de Rugby. Todos salieron del encuentro proclamando su «júbilo» por la decisión del CNA de apoyar incondicionalmente una propuesta impensable sólo tres años antes, cuando Mandela aún estaba en la cárcel.

Pero, en vez de responder con la gratitud que esperaba Mandela, la derecha blanca intensificó su retórica de resistencia y sus planes de guerra. Vieron que las negociaciones entre el CNA y el gobierno estaban preparando el camino hacia la democracia. De Klerk había anunciado unas semanas antes que tenía ya una fecha para celebrar elecciones con la participación de todas las razas, abril de 1994. Los temores que despertaba esa perspectiva pesaban más que los incentivos deportivos de Mandela.

A los pocos días del anuncio sobre el rugby, en los círculos políticos sólo se hablaba de guerra civil. Incluso el presidente De Klerk, un abogado que, en general, intentaba apaciguar los ánimos, se sintió obligado, por las informaciones de los servicios de inteligencia, a declarar que la alternativa a las negociaciones era «una guerra devastadora». Un miembro de su gabinete dijo: «Estamos preocupados por los acontecimientos en Yugoslavia, mucho más de lo que la mayoría de la gente piensa». También lo estaba el CNA. Mandela y sus lugartenientes se mostraban claramente inquietos por la posibilidad de que sus

sueños de democracia «se ahogaran», como dijo el propio Mandela, «en sangre».

Estuvieron a punto el 10 de abril de 1993. Del variado grupo de gente que constituía la extrema derecha surgió una extraña pareja que cometió lo más parecido a un regicidio que había visto Sudáfrica desde el asesinato de Verwoerd en 1966, pero con consecuencias incalculablemente más peligrosas. Verwoerd había muerto apuñalado por un mensajero parlamentario medio loco. Fue un espanto para su familia y sus seguidores, pero no para el sistema político, que siguió adelante como si no hubiera pasado nada. El asesinato de Chris Hani fue una cosa completamente distinta.

Hani era, junto a Mandela, el mayor héroe de la Sudáfrica negra. Si Mandela no hubiera existido, o si hubiera muerto en prisión, Hani habría sido el líder de la Sudáfrica negra por aclamación. Como en el caso de Mandela, su mito le precedía. Después de vivir en el exilio durante casi treinta años, su rostro era desconocido para el gran público hasta que se levantó la prohibición sobre el CNA y él volvió a su país, poco después de que Mandela saliera en libertad. El mito se basaba en dos argumentos fundamentales: había dirigido las dos organizaciones a las que más temía el régimen blanco, Umkhonto we Sizwe y el Partido Comunista de Sudáfrica. La regla general, entre los militantes negros, era que, cuanto más odiado por el gobierno era un dirigente del CNA, más se le admiraba. Hani, heredero de Mandela como «terrorista jefe» para los blancos, había sido una leyenda cuyas dimensiones se veían agrandadas por las historias que llegaban a los distritos segregados sobre proezas e intentos de asesinato a los que había sobrevivido; por el rumor —totalmente cierto— de que había nacido en medio de una extrema pobreza, en la zona negra y rural del Cabo Oriental.

Las fotografías e imágenes televisivas del 10 de abril de 1993 presagiaban grandes problemas: el ídolo caído, tumbado boca abajo en un charco de sangre, las manifestaciones espontáneas en todo el país y los bosques de puños negros alzados con ira, las barricadas ardiendo, los coches quemados, los policías blancos de las fuerzas antidisturbios que apretaban los fusiles contra el pecho, en un gesto protector. La dimensión del peligro quedó patente en las palabras que el arzobispo Tutu empleó para contener a los negros e impedir que hicieran lo que exigía la justicia natural. «No dejemos que los asesinos de Chris triunfen en su siniestro propósito de hacer que nuestro país arda en llamas —rogó Tutu—, porque ahora podría arder en llamas con gran facilidad».

El asesino de Hani, el hombre que le mató a tiros delante de su casa en el barrio de Dawn Park, una zona de clase obrera, antes sólo blanca, a las afueras

de Johanesburgo, era un inmigrante polaco, un soldado de a pie del movimiento blanco de resistencia, un miembro del AWB llamado Janusz Walus cuyo celo anticomunista sólo se equiparaba a su deseo de ser aceptado por la derecha bóer. El compañero de armas de Walus, lo más parecido al cerebro que ideó el plan, compartía la necesidad del polaco de que los *volk* le aceptasen. Se llamaba Clive Derby-Lewis y tenía exactamente el aspecto y la forma de hablar que uno podría esperar de alguien con un nombre como ése. Miembro del parlamento por el Partido Conservador del doctor Treurnicht, vestía chaquetas azules y corbatas, lucía un bigote exuberante y hablaba inglés con acento aristocrático e incluso pijo: parecía un actor interpretando al típico golfo británico.

Estos dos aspirantes a bóers empujaron a Sudáfrica más cerca que nunca de una guerra entre razas. *Beeld* lo entendió a la perfección. El periódico del aparato afrikaans advirtió: «Un estallido apresurado en este momento, una bala perdida, un acto de venganza puede derribar la delicada estructura de las negociaciones y desatar fuerzas satánicas».

Mandela recibió la noticia por teléfono en Qunu, la aldea del Transkei en la que nació, junto al Cabo Oriental. Richard Stengel, que colaboró con Mandela en su autobiografía, estaba con él en aquel momento, mirando cómo se tomaba su típico desayuno de gachas, fruta y tostadas. El rostro de Mandela se volvió de piedra o, como decía Stengel, congelado «en la mueca de la tragedia». Se quedó destrozado. Sentía un cariño paternal por Hani como hombre y un enorme respeto por él como heredero político. Sin embargo, sopesó de inmediato la gravedad del momento y vio que no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por sus sentimientos. Se apresuró a cambiar de padre apenado a político calculador.

«Colgó el teléfono —recordaba Stengel—, y su mente ya estaba maquinando y trabajando, pensando qué iba a ocurrir. ¿Qué iba a suponer aquello para la nación? ¿Qué iba a suponer para la paz? ¿Qué iba a suponer para las negociaciones? Empezó a hacer una serie de llamadas a sus colaboradores e inmediatamente vio que aquello podía ser la chispa que iniciara el incendio, la revolución, Dios sabía qué. Mantuvo por completo el control del momento político. Y yo casi tenía la sensación de que podía ver el interior de su cerebro, ver todo el engranaje. Se comportó como un consumado animal político, pensando en todas las consecuencias de aquello y lo que significaba».

Lo que significó fue que en aquel momento tuvo más poder que nunca para definir el rumbo que iba a emprender su país. La opción más fácil habría sido la guerra. La difícil era llamar a la contención, pedir a las masas airadas que

dejaran de lado las emociones en favor del objetivo fundamental.

Jessie Duarte, su secretaria personal, era la que le había dado la noticia por teléfono, y fue quien le recibió esa tarde, después de que fuera al pueblo de Hani a ofrecer sus respetos a la familia, cuando llegó al cuartel general del CNA en Johanesburgo. «Estaba muy triste —recordaba Duarte—. Quería verdaderamente a Chris. Pero también sabía que no podíamos perder tiempo, que no era el momento de dejarse llevar por sus sentimientos personales. La conclusión a la que llegó fue que las posibilidades de que estallara la violencia en respuesta a la muerte de Chris eran inmensas y, a pesar de que era un momento muy difícil para todo el mundo, su responsabilidad era calmar a la gente».

Duarte trabajó con Mandela cuatro años. Compartían un despacho y casi nunca viajaba a ningún sitio sin ella. Era una mujer de corta estatura, intensa, llena de energía, cuyo feroz activismo político le había ganado la fama de joven airada en los círculos del CNA. Pero Mandela le despertaba su lado alegre y ella se convirtió, entre muchas otras cosas, en una especie de hija adoptiva. Como tal, era una de las pocas personas a las que él dejaba ver su tristeza, ante las que, de vez en cuando, se quitaba la máscara impertérrita del político. Jessie Duarte era una de las personas que mejor sabía que su vida era más feliz, más rica y, en general, más satisfactoria en la política que en el plano personal, que había estado lleno de fracasos, decepciones y tragedias.

Duarte estaba a su lado el día de abril de 1992 en el que anunció su separación de su segunda esposa, Winnie. Le impresionó el aura negra que cubrió a Mandela cuando se dio cuenta de la enorme desilusión que había supuesto Winnie. Ella tenía un amante mucho más joven al que había seguido viendo incluso después de que Mandela saliera de la cárcel, nunca compartía el lecho con él cuando él estaba despierto, utilizaba un lenguaje vulgar que a Mandela le repugnaba y bebía de forma grosera y excesiva. Como declaró él en el juicio del divorcio tres años más tarde, al describir cómo habían sido los dos años de matrimonio que vivió tras salir de prisión, «era el hombre más solitario», más aún por la ilusión del amor que le había sostenido en la cárcel y que ella había ayudado a alimentar con sus visitas. Una carta que él le escribió a ella a poco de entrar en prisión revelaba el anhelo y su percepción de que era necesario no dejar que los que le rodeaban descubrieran esa vulnerabilidad. «Mi querida Winnie —escribió Mandela—, he sido bastante capaz de ponerme una máscara tras la que añoro a mi familia a solas, sin apresurarme a mirar el correo hasta que alguien dice mi nombre. Me esfuerzo por reprimir mis emociones mientras

escribo esta carta».

Anunció el fin de su matrimonio en la sede del CNA en Johanesburgo. En una sala demasiado pequeña para la ocasión y atiborrada con más de 100 periodistas de todo el mundo, Mandela se sentó ante una mesa, con Walter Sisulu al lado, se colocó las gafas de cerca y leyó una breve declaración. Luego alzó la vista, más canoso y más serio de lo que nunca se le había visto, y dijo: «Señoras y señores, estoy seguro de que comprenderán lo doloroso que es esto para mí. La conferencia se ha terminado». Normalmente, un anuncio de tal magnitud empuja a los periodistas a hacer una avalancha de preguntas con la esperanza de provocar una respuesta espontánea que pueda proporcionar una buena cita. Sin embargo, mientras él se levantaba despacio y con rigidez y se volvía hacia la puerta con el rostro dolido, los periodistas permanecieron callados, sin excepción.

Nunca habían tenido ni volverían a tener un atisbo tan desgarrador de la pena que sentía por su fracaso como hombre de familia. Fue la única vez que dejó deslizarse la máscara, que permitió que el mundo viera la tristeza escrita en su rostro; la tristeza acumulada durante decenios, porque se sentía responsable de las penalidades que había sufrido Winnie durante su estancia en la cárcel y por los ebrios actos de delincuencia a los que había acabado viéndose reducida, incapaz de hacer frente por sí sola a la combinación de fama y persecución policial implacable a la que estaba sometida. Mandela se sentía asimismo responsable de la rebeldía y, en algunos casos, el rencor hacia él, que mostraban varios de sus hijos (dos con Winnie y cuatro —dos de ellos habían muerto— con Eveline). «Nunca pudo quitarse la idea de que, si no hubiera ido a la cárcel, toda su familia habría sido gente muy distinta», decía Jessie.

Pero ése era el riesgo que asumió conscientemente el día de 1961 en el que fundó Umkhonto we Sizwe. Había tomado entonces la decisión de ser padre de la nación primero y *paterfamilias* después. En parte para ocultar el dolor de la decisión que había tomado, en parte como medida de lo completa que había sido su dedicación a la causa, la máscara política se convirtió en su verdadero rostro; Mandela el hombre y Mandela el político se convirtieron en uno mismo.

La muerte de Hani le causó a Mandela un dolor equiparable al del divorcio. Entonces había perdido a una esposa; ahora había perdido a un hijo. Pero esta vez no podía permitirse el lujo de quitarse la careta. La audiencia, en directo y en

prime time, era todo el país, a través de los canales estatales de la South African Broadcasting Corporation. De Klerk podría haberse opuesto, pero no lo hizo porque comprendió que, ante la catástrofe que se avecinaba, él era impotente, irrelevante. Tenía tantas posibilidades de influir en las masas negras indignadas como Mandela de influir en el AWB, o quizá incluso menos. El guardián de la paz era ya Mandela, no De Klerk. Cuando se dirigió a la nación aquella noche a través de la radio y la televisión, lo hizo como un jefe de Estado *de facto*.

«Fue un padre hablando de un hijo al que acababan de asesinar y pidiendo a la gente que guardara la calma», explicaba Jessie Duarte sobre la aparición de Mandela. Presentado de esa forma, ¿cómo iba a desobedecer nadie? Si el propio padre no clamaba venganza, ¿qué derecho tenía nadie más a buscarla? Por una vez, el estilo oratorio monótono de Mandela encajó a la perfección con el mensaje que pretendía transmitir. En esa ocasión, el reto no era ganarse a los blancos; era convencer a su propia gente. Para ello tenía que redirigir el río de su ira, que se encaminaba directamente hacia el enfrentamiento hostil con la Sudáfrica blanca. Para conseguirlo, tenía que apelar no a su resentimiento, sino a lo que quedase de su generosidad. Por eso, en su discurso televisado, llamó la atención de los espectadores sobre el hecho de que, en medio de la tragedia, la heroína había sido una afrikaner. Janusz Walus fue detenido casi inmediatamente gracias a una mujer afrikaner, una vecina de Hani, que había tenido la presencia de ánimo de anotar el número de matrícula del coche en el que había huido.

«Un hombre blanco, lleno de prejuicios y odio, vino a nuestro país y cometió un acto tan repugnante que toda nuestra nación se encuentra al borde del desastre —dijo Mandela—. Una mujer blanca, de origen afrikaner, arriesgó su vida para que pudiéramos conocer y llevar ante la justicia al asesino».

Si Mandela exageró el heroísmo de la mujer, lo hizo con un propósito político claro. «Éste es un momento trascendental para nosotros —dijo—. Nuestras decisiones y nuestras acciones determinarán si utilizamos nuestro dolor, nuestra pena y nuestra indignación para avanzar hacia lo que es la única solución duradera para nuestro país, un gobierno elegido por el pueblo… Hago un llamamiento, con toda la autoridad de la que dispongo, a toda nuestra gente para que permanezca en calma y honre la memoria de Chris Hani comportándose como una fuerza de paz disciplinada».

Salió bien. En todo el país hubo manifestaciones masivas, pero la gente no dejó que su pena se transformara en furia violenta. «Aquellos días de 1993 fueron verdaderamente críticos —reflexionó mucho después Tutu—. Lo que sé

con seguridad es que, si [Mandela] no hubiera estado presente, el país se habría desgarrado. Porque lo más fácil habría sido dar rienda suelta a los perros de la guerra. Eso era quizá lo que muchos jóvenes turcos querían. Fue uno de los momentos más desoladores, y la ira se podía palpar. Si Nelson no hubiera hablado en televisión y radio como lo hizo… nuestro país habría estallado en llamas».

CAPÍTULO IX

LOS «BITTER ENDERS»

1993

Para el general Constand Viljoen, que seguía los acontecimientos desde su granja, el espectáculo era exasperante. No importaba cuántos obstáculos se interpusieran en su camino, la máquina de Mandela seguía adelante. No es que Viljoen hubiera participado en la conspiración para asesinar a Chris Hani. No pertenecía al ala asesina de la FDSA. Pero, como miembro de los *volk* y como obstinado estudioso de la guerra contra la insurgencia, había dado por sentado que el asesinato de Hani iba a hacer que se tambalease el proceso de cambio democrático. Bill Keller, entonces jefe de la oficina de *The New York Times* en Sudáfrica, describió el sorprendente efecto estabilizador del discurso de Mandela y el hecho de que el gobierno lo hubiera transmitido por radio y televisión como señales «de la relación implícita que se ha desarrollado entre el gobierno y el Congreso Nacional Africano». Keller continuaba: «Es una relación conflictiva pero extraordinariamente duradera, que equivale casi a un gobierno informal de unidad nacional. Como consecuencia, el proceso de cambio pacífico se ha convertido en algo, si no inexorable, al menos asombrosamente resistente».

Viljoen lo sabía tan bien como Keller, pero no le gustaba nada. Peor aún, él y el resto de los *volk* de derechas prefirieron interpretar el funeral de Hani —un acto masivo que terminó con un emocionante llamamiento de Desmond Tutu a la paz y la unidad— como una presentación en sociedad de los negros vengativos. En vez de prestar atención a las palabras de Mandela y Tutu al llamar a la calma, se fijaron en los mensajes de discordia emitidos desde el estrado por miembros

jóvenes y de tercera categoría del CNA que hicieron justo lo contrario de lo que siempre pretendía Mandela y apelaron a los instintos más bajos de la multitud con una canción que era muy popular entre la juventud airada de los distritos. El estribillo, al ritmo del tambor y repetido en un hipnótico *crescendo*, decía: «¡Matad al bóer! ¡Matad al granjero! ¡Matad al bóer! ¡Matad al granjero!»

Este sentimiento estaba siempre presente entre los jóvenes activistas negros. Lo más lógico habría sido aprovechar su energía y transformarla en una revolución de tierra quemada, al estilo del ayatolá. El miedo, los prejuicios y la culpa que llenaban el corazón de los blancos eran tan grandes que a muchos les resultaba imposible pensar en los cambios que tenía planeados Mandela más que como una venganza.

Los gritos de «Matad al bóer», que Mandela toleró como forma de dejar que los jóvenes desahogaran su indignación, fueron una nota al margen, no el centro del acto. Constand Viljoen no lo comprendió y decidió que llevaba ya demasiado tiempo callándose su indignación en la granja y que había llegado el momento de responder al llamamiento del deber nacionalista. El 7 de mayo de 1993 entró en la refriega y acudió a la mayor concentración realizada hasta entonces por la derecha, en Potchefstroom, una ciudad a 110 kilómetros al suroeste de Johanesburgo. Allí se representó un mini-Nuremberg, con banderas, insignias que imitaban la esvástica, desfiles, guerreros bóer resentidos, los «bitter enders», con sus barbas y sus camisas pardas, y oradores desaforados como Eugene Terreblanche, del AWB. Se juntó una gran y variada multitud de descontentos, unidos en su miedo a que, el día que los negros llegaran al poder, tratasen a los blancos como los blancos les habían tratado a ellos. Allí estaban un grupo derivado del AWB, llamado Movimiento Bóer de Resistencia (Boere Weerstandsbeweging, o BWB), una organización llamada Resistencia contra el Comunismo, el Movimiento Monarquista Afrikaner, la Fundación para la Supervivencia y la Libertad, Blanke Veiligheid (Seguridad Blanca), Blanke Weerstandsbeweging (Movimiento Blanco de Resistencia), el Ejército Republicano Bóer, Boere Kommando, Orde Boerevolk (Orden del Pueblo Bóer), Pretoria Boere, Volksleër (Ejército del Pueblo), Wenkommando (Comando de la Victoria), los Lobos Blancos, la Orden de la Muerte e incluso el Ku Klux Klan. Se les podría haber considerado un puñado de chalados con disfraces si no hubieran sido 15.000 y si aquella no hubiera sido la ciénaga mental de la que había salido el asesino de Hani, Janusz Walus.

Los primeros patriotas bóer que vieron llegar a Constand Viljoen le

recibieron con veneración. En el momento culminante del acto, le hicieron subir al escenario y le invitaron a asumir la dirección de los *volk*. Hizo lo que le pedían, mientras Eugene Terreblanche le acompañaba al escenario y declaraba que estaría «orgulloso, orgulloso» de servir como «cabo» a las órdenes de un héroe bóer como Viljoen. Éste, como correspondía al espíritu reinante, denunció la «infame alianza» que se había forjado entre Mandela y De Klerk y se declaró dispuesto y deseoso de dirigir los batallones bóer. «El pueblo afrikaner debe estar listo para defenderse —gritó el general—. Cada afrikaner debe estar preparado. Cada granja, cada escuela es un blanco. Si atacan nuestras iglesias, nadie está a salvo. Si nos quitan nuestra capacidad defensiva, acabaremos destruidos. Es inevitable un conflicto sangriento que exigirá sacrificios, pero haremos esos sacrificios de buena gana porque nuestra causa es justa».

La muchedumbre rugió su aprobación. «¡Dirígenos, nosotros te seguiremos! ¡Dirígenos, nosotros te seguiremos!», clamaron. Terreblanche tenía gran sentido del espectáculo, pero el serio Viljoen, que aún contaba con todo el respeto de los oficiales de la FDSA, era el redentor al que los *volk* habían estado esperando. Los líderes del AWB, el BWB, el Wenkommando y todos los demás grupos prestaron, como había hecho Terreblanche, juramento de lealtad al general, al que allí mismo se nombró líder del nuevo «Ejército Popular Bóer».

Aquel día se creó asimismo un brazo político, el Afrikaner Volksfront, una coalición formada por el Partido Conservador y todas las demás milicias. El programa del Volksfront consistía en la creación de un Estado afrikaner independiente —un *Boerestaat*— en un territorio dentro de las fronteras de Sudáfrica. «Un Israel para los afrikaners», lo llamó Viljoen, que prácticamente llegó a exponer de forma explícita la visión que tenía de sí mismo —compartida por sus entusiasmados seguidores— como el Moisés bóer.

Los periodistas, a veces, sentían la tentación de burlarse de aquellos críticos que recurrían al Antiguo Testamento. Pero la llegada de Viljoen, que arrastró a otros cuatro generales como ayudas de campo, hizo que la derecha blanca se convirtiera en una amenaza seria. Dos días después de la concentración de Potchefstroom, De Klerk hizo la advertencia más dura que había lanzado hasta la fecha y declaró que había aumentado la posibilidad de desembocar en «una sangrienta guerra civil como la de Bosnia».

Viljoen emprendió su nueva misión con la dedicación y la meticulosidad que

habían caracterizado sus operaciones militares en Angola. Al cabo de dos meses, sus generales y él habían organizado y dirigido 155 reuniones clandestinas en todo el país. «Teníamos que movilizar psicológicamente a los afrikaners, iniciar nuestras campañas de propaganda —explicaría más tarde Viljoen—. Pero también era muy importante construir una enorme capacidad militar». En aquellos dos primeros meses, el Volksfront reclutó para la causa a 150.000 secesionistas, de los cuales 100.000 eran hombres de armas, prácticamente todos con experiencia militar.

Eso quería decir que quedaban otros tres millones y pico de afrikaners, y un total de cinco millones de sudafricanos blancos si se incluía a los «ingleses», que no estaban claramente alineados con la causa separatista. ¿Dónde estaban? Había una minoría como Lubowski que apoyaba activamente al CNA. Había otra minoría importante, alrededor del 15 % de los blancos, de personas que quizá no votarían por el CNA en unas elecciones pero tenían la suficiente conciencia política para ver lo que era realmente el apartheid y daban su apoyo al Partido Demócrata, el nuevo heredero del Partido Federal Progresista por el que se había presentado Braam Viljoen en las elecciones de 1987. Aproximadamente el 20 % de los blancos, sobre todo afrikaners, aceptaba en silencio las ideas generales del Volksfront, o al menos sus temores. Y luego estaba el resto, el gran sector de la clase media blanca sudafricana al que pertenecían François Pienaar y su familia, que, en un 60 %, solía creer que podía confiar la defensa de sus intereses al Partido Nacional, que llevaba tantos años en el gobierno. De vez en cuando, esas personas despertaban de su sopor, pero sólo cuando sucesos como el asesinato de Hani saltaban a primer plano y entonces se les ocurría que sus vidas cotidianas podían sufrir las consecuencias.

Sin embargo, ese mismo sector era susceptible a los llamamientos de Mandela. Sus opiniones no eran inamovibles y sus identidades dependían menos de antiguos prejuicios que las de los fieles del Volksfront; por eso, para ellos fue una agradable sorpresa que Mandela elogiara a la mujer afrikaner que había anotado la matrícula del asesino de Hani. Y les gustó su actitud respecto al rugby, cuyos primeros frutos saborearon el 26 de junio de 1993, cuando los Springboks comenzaron sus largos y deliberados preparativos para la Copa del Mundo —para la que aún quedaban dos años— jugando un encuentro contra Francia en casa. Fue el partido en el que debutó con los Springboks François Pienaar.

Al enterarse de que había sido seleccionado, Pienaar, que entonces tenía

veintiséis años, reaccionó como si viviera en un país normal. En su autobiografía, *Rainbow Warrior*, no menciona el tenso contexto político en el que alcanzó la «ambición primordial» de su vida. Los asesinatos que seguían produciéndose en los distritos, los preparativos de la derecha para la guerra, la posible inminencia de las elecciones con participación de todas las razas; ninguna de esas cosas ocupaba seriamente sus pensamientos, todas tenían tan poco que ver con su vida como lo habían tenido los negros de Sharpeville durante su infancia. En el rugby sudafricano se estaba iniciando una nueva era y el equipo nacional necesitaba un nuevo capitán. Pienaar se sintió abrumado al enterarse en su primera sesión de entrenamiento de que en su primer partido iba ya a dirigir el equipo contra Francia, algo sin precedentes en ningún deporte. El encuentro iba a celebrarse un sábado en el estadio King's Park de Durban. El jueves anterior, Pienaar hizo que sus padres fueran a Durban, el primer vuelo en avión de sus vidas, y por la tarde les llevó al hotel en un Mercedes-Benz que los patrocinadores de los Springboks le habían prestado. Mientras posaba para una serie de fotografías familiares vestido con su uniforme Springbok, en forma y listo para la batalla, se sintió más feliz que ningún otro afrikaner.

Esa misma tarde, miles de soldados del Volksfront limpiaban sus armas en preparación para la primera acción militar desde que el general Constand Viljoen había sido designado jefe de los del final amargo. En una operación logística bien organizada, se dirigieron por carretera a Johanesburgo a lo largo de la noche, con el propósito de llegar al amanecer a las puertas del World Trade Centre, la sede de las negociaciones entre el CNA y el gobierno. Llegaron de toda Sudáfrica, del Cabo Occidental y el Cabo Septentrional, de Transvaal Oriental y Transvaal Septentrional. Eddie von Maltitz encabezaba un contingente de Ficksburg, en el Estado Libre de Orange, a cinco horas de distancia. «Organizamos un autobús y nos apiñamos en él, sólo hombres fuertes y muy bien armados —recordaba después—. Esperábamos sangre. No teníamos que detener sólo al CNA, teníamos que detener a De Klerk. Teníamos que interrumpir las negociaciones. Estaban llevándonos al Apocalipsis. Era una nueva toma de la Bastilla; el comienzo de una revolución, pensamos».

El autobús de Von Maltitz estaba ocupado sobre todo por miembros del AWB, al que se había unido en el agitado año de 1985. ¿Por qué entró en aquel grupo? «Dios me habló —explicaba—. Me instó a luchar para impedir que los

comunistas se apoderasen de mi país». Cristiano devoto, Von Maltitz era de origen alemán pero se consideraba bóer honorario. El manifiesto del AWB le tocó muy de cerca. Según él, la misión del movimiento de resistencia era «garantizar la supervivencia de la nación bóer» que «había nacido por la Providencia Divina». Con tal fin, proponía la secesión y la creación, dentro de las fronteras sudafricanas, de «una república cristiana libre».

Pero el mayor atractivo para la mayoría de los camisas pardas del AWB no era el manifiesto, sino su líder, Eugene Terreblanche, cuyos discursos contenían perlas como «¡Allanaremos la grava con Nelson Mandela!» y «Nos gobernaremos a nosotros mismos con nuestros genes blancos superiores». Pero mejor aún era cómo lo decía. El fornido Terreblanche, con su barba blanca, era un orador que enardecía. Se podía contar siempre con él para agitar las pasiones de los bóers, ansiosos por ocultar sus miedos bajo una actitud bravucona y desafiante. Era bueno, en parte, porque era un actor nato, cuyo accesorio más preciado era el caballo blanco que montaba, en parte porque tenía un sentido rico y poético de las cadencias del lenguaje, en parte porque la afición a la bebida le soltaba la lengua y en parte porque, durante su juventud, se había asegurado de estudiar las técnicas oratorias de Adolf Hitler.

Von Maltitz era menos demagogo que Terreblanche, pero estaba tan motivado como él. Su celo hizo que ascendiera rápidamente en el AWB hasta convertirse en el principal lugarteniente de Terreblanche en el Estado Libre, el corazón geográfico de Sudáfrica. Aunque no era bóer de nacimiento, lo era en espíritu. Su abuelo había luchado junto a los afrikaners en la guerra contra los británicos, pero, más importante, sentía un amor a la tierra tan puro y apasionado como cualquiera de los *volk*. Criado en la granja familiar, que heredó de su padre, se consideraba un auténtico hijo de África, orgulloso de haber ordeñado su primera vaca a los tres años. Desde el punto de vista militar, opinaba que aportaba a las fuerzas de los bóers cierto grado de profesionalismo prusiano del que carecían algunos de los fanfarrones de Terreblanche. Había hecho el servicio militar en un regimiento de paracaidistas de élite, sabía manejar todo tipo de armas y era cinturón negro de kárate.

Sin embargo, se sentía cada vez más decepcionado con Terreblanche, en particular con su forma de beber. (En más de una ocasión, el líder, borracho, se cayó de su caballo blanco, para delicia de periodistas y transeúntes negros.) Terreblanche, avisado de que era posible que perdiera a su mejor hombre en el Estado Libre, le llamó una noche por teléfono y le dijo: «Herr von Maltitz, ¿está

conmigo o contra mí?» Von Maltitz respondió de manera ambigua: «Estoy con usted en la causa».

Poco después (esto ocurría en 1989), Von Maltitz se fue y formó un grupo al que dio el nombre de Movimiento Bóer de Resistencia, BWB, que al poco tiempo dejó para formar otro grupo más que se llamó Resistencia Contra el Comunismo. De aspecto erguido y nervioso, con fuertes manos de agricultor, siempre salía de casa vestido con uniforme militar de camuflaje y con el arma en la cadera. Von Maltitz estaba convencido de que Dios hablaba con él —a menudo—, lo cual podría haber resultado divertido si, como reacción a la liberación de Mandela, no hubiera convertido su granja en un campo de entrenamiento militar junto a su uso habitual. Al menos una vez a la semana, reunía a soldados cristianos que pensaban como él y les preparaba para lo que llamaba la «plena resistencia militar» contra el CNA. «El enemigo llama ya a mi puerta trasera. Debo combatirlo», era el razonamiento que hacía. Llegó a entrenar simultáneamente hasta a 70 aspirantes a *kommandos* en el uso de fusiles y pistolas Magnum y en la guerra de guerrillas.

Von Maltitz figuraba en la lista de los radicales de derecha vigilados por el Servicio Nacional de Inteligencia de Niël Barnard. Para los agentes de dicho servicio y para el puñado de periodistas que seguía las actuaciones de la extrema derecha, el nombre de Eddie von Maltitz adquirió una resonancia siniestra.

Los guerreros bóer irrumpieron en el World Trade Centre la mañana del 25 de febrero de 1993. En el edificio de cristal y hormigón, de dos pisos, se habían reunido dos personajes destacados, Joe Slovo, líder legendario del Partido Comunista, y el ministro de Exteriores Pik Botha. Antes del ataque, unos 3.000 miembros armados del Volksfront se encontraron frente a la policía antidisturbios que había formado un perímetro de protección alrededor del edificio. Un bando iba de marrón y el otro de azul grisáceo, pero, por lo demás, eran la viva imagen el uno del otro. Hablaban el mismo idioma, tenían los mismos apellidos, les habían impartido la misma propaganda supremacista blanca todas sus vidas, habían aprendido a odiar y temer al CNA. Los policías del batallón antidisturbios eran los encargados por el apartheid de aplastar los movimientos de protesta negros. Aquel día, en el World Trade Centre, se enfrentaron a algo nuevo y extraño. El descontento blanco. Su entrenamiento —su educación— no les había preparado para aquello. ¿Qué debían hacer? ¿Habría

alguno en sus filas que siguiera el ejemplo del soldado que vigilaba la Bastilla, que se negó a disparar contra su pueblo y volvió el arma contra su oficial? Y en ese caso, ¿qué pasaría?

El pulso duró cuatro horas, con los dos bandos situados a 100 metros uno de otro, sin que ninguno se atreviera a dar el primer paso. El gobierno era consciente de que, si moría alguien, si se creaban mártires bóer, las consecuencias podían ser catastróficas. El CNA contaba con numerosos seguidores, pero pocos estaban armados. Esta gente, en cambio, estaba armada hasta los dientes, y en Constand Viljoen tenía a un líder capaz de desgarrar el país. Por consiguiente, se ordenó a la policía que actuara con la máxima contención, que no respondiera con la fuerza habitual en un entorno que dominaban mejor, el de una muchedumbre de jóvenes negros arrojando piedras. Además, el respeto de las autoridades por Viljoen les permitía confiar en que la contención suscitara una reacción razonable por parte de sus adversarios y la situación no acabara en un baño de sangre.

No está claro si Viljoen apoyó la orden de atacar. Pero la acción comenzó cuando Terreblanche ordenó a sus tropas de asalto, la unidad de «élite» del AWB, que avanzaran. Estos soldados, conocidos como la *Guardia de hierro*, se diferenciaban de los demás gracias a sus uniformes negros, parecidos a los de las SS. Eran una treintena. La policía se apartó lentamente y les dejó pasar. Eddie von Maltitz, con su uniforme de camuflaje, se unió a ellos y trotó junto a un *bakkie* (un tipo de camioneta) de cuatro ruedas y del tamaño de un carro de combate que se dirigió hacia la entrada del edificio, atravesó el cristal y abrió una brecha por la que cargó Von Maltitz. «Yo encabecé el primer grupo que entró —recordaba, triunfante—. Teníamos chalecos antibalas y estábamos listos para disparar. Yo tenía una ametralladora RI».

En un instante, había 400 guerreros armados dentro del edificio, después de pasar al lado de unos policías armados que no sabían cómo reaccionar. En un momento dado, un grupo de cuatro miembros del Volksfront rodeó a un periodista negro de la agencia de noticias Reuters. Iba vestido con chaqueta y corbata, y eso pareció enojarlos especialmente. «Es un *kaffir* lleno de ínfulas», musitó uno. Mientras decidían si hacerle algún daño, intervino un periodista blanco. «Eres una vergüenza para la raza blanca», le dijo uno de los asaltantes armados. De pronto apareció Eddie von Maltitz. «Dejad tranquilo a este hombre —gritó—. No tenemos ningún problema con el hombre negro. El problema es nuestro gobierno blanco. Vamos a disparar contra esos traidores. Vamos a

disparar contra Pik Botha».

Posteriormente, Von Maltitz presumía de haber «evitado un baño de sangre». Viljoen impidió uno más grande aún. El general entró por la puerta rota y fue al piso de arriba, flanqueado por una guardia solemne de miembros del AWB, para hablar con los delegados del CNA y el gobierno y con los oficiales de policía al mando. Había dejado claro lo que quería. Como un terrorista que coloca una bomba pero luego llama a la policía para que la desactive, había demostrado la capacidad de su gente para hacer daño. Lo único que quería en ese momento era que les dejaran salir y que no se detuviera a ninguno de sus hombres al volver a casa. Se aceptaron sus condiciones y, salvo unas cuantas pintadas groseras en las paredes, algo de orina en las alfombras y mucho cristal roto, no pasó nada. Por segunda vez en dos meses, Sudáfrica había coqueteado con la catástrofe pero había logrado evitarla.

La vida real seguía adelante con independencia de todo aquello. A menos de un kilómetro del World Trade Centre, la gente seguía trabajando en sus oficinas y sus fábricas como siempre. Dos kilómetros más allá, los pasajeros se embarcaban en el aeropuerto de Johanesburgo y los aviones seguían despegando y aterrizando sin interrupción. La ciudad bullía como de costumbre, los semáforos se ponían en rojo y en verde, los cafés estaban llenos. Y los Springboks de Pienaar se entrenaban ferozmente a 500 kilómetros de distancia, en Durban, para el partido del día siguiente contra Francia.

El CNA tenía ya motivos suficientes para decir: «Basta ya, vamos a quitaros la zanahoria y nunca más os la vamos a devolver». Sin embargo, no lo hizo. Una vez más, Mandela, con el apoyo de Steve Tshwete, se impuso con el argumento de que no era a la gente como Viljoen, como Terreblanche y como Von Maltitz a quien había que apelar, porque por ahora eran casos perdidos, sino a los afrikaners normales y corrientes. Como toda la gente normal de cualquier país que se encuentra entre la guerra y la paz, esas personas ponían la seguridad y la prosperidad por delante de la ideología, observaban de qué lado soplaba el viento y trataban de ver qué opción favorecía más los intereses de sus familias. Para esas personas, el rugby seguía siendo un incentivo; quitárselo les haría daño, les haría estar más tentados de aproximarse al bando de Viljoen. Mandela sabía que el rugby era el opio del apartheid, la droga que adormecía a la Sudáfrica blanca para que no viera lo que hacían sus políticos. Quizá era útil

tener a mano una droga que anestesiara a esa Sudáfrica blanca ante el dolor de perder sus poderes y sus privilegios.

El partido contra Francia, una potencia en el rugby mundial contra la que Sudáfrica no había podido jugar desde hacía trece años, fue el momento de más orgullo en los veintiséis años de vida de François Pienaar. Desarrollado ante un estadio repleto, 52.000 espectadores, el encuentro eclipsó en la imaginación popular los sucesos ocurridos 24 horas antes en el World Trade Centre. El resultado final fue un empate 20-20, pero para Pienaar, y para la mayor parte de los blancos sudafricanos, tuvo sabor a victoria.



1. Mandela, el primero de los miles que quemaron su «carnet de paso» del apartheid durante la campaña de desafío del CNA en 1952. *(Eli Weinberg, UWC-Robben Island Museum Mayibuye Archives)*.



2. Mandela, activista político y abogado, luciendo uno de los trajes hechos para él por el mejor sastre de Johanesburgo, en 1958. *(Jurgen Schadeberg)*.



3. Nelson y Winnie Mandela en los primeros y felices días de su matrimonio. *(Eli Weinberg, UWC-Robben Island Museum Mayibuye Archives)*.



4. Mandela en su pose de boxeador aficionado y fanático de la forma física. *(Eli Weinberg, UWC-Robben Island Museum Mayibuye Archives)*.



5. Mandela vestido con la túnica tribal, en casa de un amigo, cuando estaba huido de la policía, en 1961. *(Eli Weinberg, UWC-Robben Island Museum Mayibuye Archives).*



6. Mandela en prisión, en 1977, en actitud hosca, mientras un fotógrafo partidario del apartheid tomaba una instantánea de él en Robben Island. Esta foto fue la primera fotografía que se tomó de Mandela desde su ingreso, 15 años antes. *(South African National Archives. Cortesía de la Fundación Nelson Mandela).*



7. Kobie Coetsee, el ministro de justicia que inició las negociaciones del gobierno del apartheid con el prisionero Mandela, en su despacho. *(Terry Shean, Sunday Times/PictureNET Africa).*



8. Mandela se reúne en secreto con el presidente P. W. Botha en Tuynhuys, la residencia presidencial en Ciudad del Cabo. Están presentes, empezando por la izquierda: el general Willie Willemse, comisario de los Servicios Penitenciarios; Mandela; Niël Barnard, Jefe del Servicio Nacional de Inteligencia; Botha; y Kobie Coetsee, ministro de Justicia. *(Ters Ehlers).*



9. Nelson Mandela sonriente en su despacho de la sede del CNA en 1992, mientras proseguían las negociaciones con el gobierno y el país se debatía entre la paz y la guerra. *(Gisèle Wulfsohn)*.



10. Mandela en su toma de posesión como presidente en Pretoria, el 10 de mayo de 1994, con su hija Zenani a la izquierda; a la izquierda de ella el vicepresidente F. W. de Klerk y, a la derecha de Mandela, el otro vicepresidente, Thabo Mbeki. El hombre alto de uniforme detrás de Mandela y Zenani es Georg Meiring, jefe del ejército surafricano. *(David Sandison, Sunday Times/PictureNET)*.



11. Mandela dirigiéndose a una muchedumbre en la Parade de Ciudad del Cabo, entre escenas de júbilo desenfrenado, el día de su salida de prisión, el 11 de febrero de 1990. *(Chris Ledochowski)*.





12 **(izquierda)**. El ejemplo de Mandela y la insólita ascensión de los Springboks contribuyeron a que Justice Bekebeke dejara de ser un ejemplo perfecto de joven resentido —en prisión por asesinato— para convertirse en un abogado muy respetado. *(Independent Electoral Commission South Africa)*.

13 **(derecha)**. Después de unas conversaciones secretas con Mandela, el general Constand Viljoen decidió renunciar a la lucha armada y participar en las primeras elecciones democráticas de Suráfrica. Aquí aparece durante la apertura del nuevo parlamento, el 24 de mayo de 1994. *(Shaun Harris/ PictureNET)*.



14. Mandela saluda a los jugadores de los Springboks por primera vez en su campo de entrenamiento. Aquí le da la mano a James Small, el miembro más emotivo del equipo. *(Getty Images)*.



15. Morné du Plessis, el mánager del equipo Springbok, que trabajó mucho para despertar la conciencia política de los jugadores, en un partido de la Copa del Mundo de rugby, en junio de 1995. *(Sunday Times/ PictureNET)*.



16. Chester Williams, el único jugador no blanco del equipo Springbok, marca durante un partido de la Copa del Mundo, en el camino hacia la final. *(Paul Velasco/ PictureNET)*.



17. Mandela, vestido con la camiseta Springbok, saluda a la multitud antes de que comience la final de la Copa del Mundo de rugby en Ellis Park, Johanesburgo, el 24 de junio de 1995. Detrás de él, con gafas negras, está su guardaespaldas «número uno», Linga Moonsamy; a su derecha, de perfil, está la máxima autoridad del rugby, Louis Luyt. *(Paul Velasco/ PictureNET Africa)*.



18. François Pienaar, el capitán Springbok, alza la Copa del Mundo, victorioso, en el terreno de juego de Ellis Park. *(John Parkin, AP Photo/ PictureNET)*.



19. François Pienaar celebra con el jugador que marcó todos los tantos de los Springboks en la final, Joel Stransky. *(Paul Velasco/ PictureNET Africa)*.



20. Aficionados sudafricanos al rugby, exultantes tras la victoria de los Springboks. *(AP/ PictureNET)*.



21. Nelson Mandela, a los ochenta y nueve años y retirado de la política, vuelve a saborear con los Springboks cuando obtuvieron la Copa del Mundo de rugby en 2007. *(Getty Images)*.

CAPÍTULO X

LA SEDUCCIÓN DEL GENERAL

En 1838, el general bóer Piet Retief encabezó un millar de carretas de bueyes cargadas de hombres, mujeres y niños hasta el corazón del territorio zulú. Dingaan, el rey zulú, miró a los expedicionarios con aprensión. Le habían llegado informaciones de que se quedaban con todas las tierras por las que pasaban, pero también había oído que habían infligido pérdidas terribles a las tribus negras que habían intentado oponerse a ellos. El primer instinto de Dingaan fue mantenerse firme y luchar. Al fin y al cabo, los zulúes eran los guerreros más valientes, disciplinados y temidos de todo el sur de África. Generaciones anteriores de su pueblo habían barrido todo lo que encontraban a su paso, como parecía que estaban haciendo ahora los bóers. Pero este enemigo tenía caballos y rifles, y el rey zulú pensó que más valía tratar de llegar a un acuerdo que enviar a los lanceros de sus *impis* contra ellos. Así que mandó a unos emisarios a ver al general Retief y le invitó a su *kraal* real, con la propuesta de buscar una fórmula que les permitiera convivir en paz.

Retief, de quien los libros de historia dicen que era un hombre honorable, aceptó la invitación, pese a las advertencias de parte de su gente de que no se fiara del rey zulú, que había ascendido al trono después de asesinar a su medio hermano, Shaka. Pero Retief calculó que Dingaan no sería tan imprudente como para hacer lo mismo con el líder de un gran contingente de hombres blancos fuertemente armados.

El 3 de febrero, Retief llegó a la capital zulú de uMgungundlovu, que significa «el lugar secreto del elefante», con un grupo de 69 hombres y ofrendas de ganado y caballos para Dingaan. Las cosas fueron bien. Antes de que acabara el día siguiente, las dos partes acordaron un tratado por el que Dingaan cedía

grandes franjas de tierra a los pioneros bóer. Para celebrar el pacto, el rey invitó a Retief y su grupo a una fiesta dos días después, con danzas tradicionales zulúes. Les dieron instrucciones de dejar sus armas fuera del *kraal* real, y así lo hicieron ellos. Entraron, se sentaron y, cuando la danza alcanzaba su frenético clímax saltarín, Dingaan se levantó de golpe y gritó: «¡*Bambani aba thakathi*!» («¡Matad a los magos!») Los guerreros del rey dominaron a Retief y sus hombres y los llevaron a una colina cercana en la que los masacraron.

La historia de Piet Retief y Dingaan la conocían todos los niños sudafricanos blancos en edad escolar. Para los tradicionalistas como Constand Viljoen, que vivían rodeados del folklore bóer y se consideraban seguidores de la orgullosa tradición de héroes bóer como Retief, el recuerdo de la traición de Dingaan era siempre un aviso de lo que podía ocurrir si se confiaba en el hombre negro.

En opinión de los fieles del Volksfront, eso era lo que Mandela estaba haciendo con F. W. de Klerk. Braam Viljoen, el hermano gemelo de Constand, comprendía la forma de pensar de la extrema derecha prácticamente mejor que nadie, teniendo en cuenta que se alineaba más o menos con el CNA. Lo que la derecha había preferido aprender de la historia era que «nuestros negros» no respondían a una persuasión racional, sino a la intimidación y la fuerza. Braam Viljoen escribió un documento para IDASA, el *think-tank* para el que trabajaba, que influyó en Mandela y el CNA e hizo que empezaran a tomarse a la extrema derecha tan en serio como se la tomaba desde hacía tiempo De Klerk, que poseía mejores informaciones. En su informe, Braam decía que el nuevo tipo de dirección había «transformado la actitud de la derecha de catástrofe inevitable en activismo militante, y había permitido que los grupos afrikaner más variados se unieran bajo el nuevo paraguas del Volksfront». Braam, que no excluía la posibilidad de que sectores importantes de la FSAD respondieran al llamamiento de su hermano, advertía de que era necesario oír a la extrema derecha. «A veces pienso que están coincidiendo los elementos clásicos de la tragedia: el pasado que determina de forma ineludible el futuro, el heroísmo y el valor que se mezclan extrañamente con la estupidez absoluta para provocar el desastre supremo e inevitable».

Para averiguar si la extrema derecha podía tolerar la «audiencia» que proponía, es decir, conversaciones con el CNA, Braam decidió que había llegado la hora de romper el hielo con su hermano. Cuatro meses antes de cumplir sesenta años, a principios de julio de 1993, Braam y Constand Viljoen se sentaron a hablar de política por primera vez que recordaran ellos.

Braam empezó haciendo a Constand una pregunta sencilla y directa. «¿Cuáles son vuestras opciones?»

«Me temo —respondió Constand— que no tenemos más que una opción. Vamos a tener que resolver esto mediante la acción militar».

Braam, que contaba con que dijera eso, prosiguió: «Quizá exista otra opción. ¿Qué te parecería una reunión bilateral de alto nivel con el CNA, como último intento de evitar una guerra civil?»

Constand reflexionó un instante y dijo: «Lo consultaré con mi consejo en el Volksfront».

Unos días después, Constand respondió a su hermano. Constand estaba familiarizado con la guerra, quería evitarla. Era partidario de reunirse con Mandela, y la dirección del Volksfront, unos militares que obedecían por naturaleza a su jefe, se habían mostrado de acuerdo. «La respuesta es sí —dijo Constand a su hermano—. Estamos dispuestos a reunirnos con el CNA». Braam se puso a trabajar de inmediato. Contactó con un antiguo alumno suyo de teología llamado Carl Niehaus, que se había convertido en uno de los afrikaners de más renombre en el CNA. Dirigía el día a día en el departamento de comunicaciones de la organización.

Braam Viljoen le dijo a Niehaus que, desde que su hermano había sido nombrado jefe del Volksfront, había estado viajando por todo el país animando a los fieles a la guerra. Aspiraban a desbaratar el proceso de negociaciones e impedir que se celebraran elecciones con participación de todas las razas. Constand, en colaboración con altos oficiales de la FSAD que simpatizaban con su causa, estaba pensando seriamente en organizar un golpe de Estado. «Braam me dijo que eran capaces de romper la lealtad de la FSAD al proceso de negociación y apartar al gobierno del poder con un golpe clásico —recordaba posteriormente Niehaus—. Me dijo que estaban convencidos de tener suficiente potencia de fuego y suficiente gente para lograrlo».

Braam le dijo a Niehaus que el Volksfront no iba a participar, como habían hecho muchos grupos políticos pequeños, en las negociaciones del World Trade Centre. Para ellos, sentarse con el CNA ya era malo, pero sentarse con el gobierno de De Klerk era impensable. La única remota posibilidad de encontrar una salida pacífica a la crisis inminente estaba en tener conversaciones directas entre el CNA y la dirección del Volksfront. ¿Creía Niehaus que era factible?

Niehaus se apresuró a hablar con un responsable de inteligencia del CNA, Mathews Phosa, y le preguntó si había que tomarse en serio los rumores de

golpe. Phosa confirmó que, según sus fuentes, había que tomárselos muy en serio. Phosa era partidario de una reunión con el Volksfront, igual que otros personajes del CNA con los que habló Niehaus. «Cuando Nelson Mandela se enteró de la propuesta, no lo dudó. Inmediatamente comprendió el valor del encuentro —recordaba Niehaus—. Creía en el contacto personal, y estaba convencido de que podía conectar con Constand Viljoen y convencerlo de que se lo pensara mejor».

Niehaus transmitió la respuesta positiva del CNA a Braam, que informó a su hermano. Constand dijo que le parecía bien que se celebrara la reunión, pero que tenía dos condiciones previas esenciales. Tenían que dar garantías absolutas, primero, de que la delegación del Volksfront iba a estar segura y, segundo, de que la reunión se iba a hacer en absoluto secreto. Constand, que quizá tenía en mente a Piet Retief, estaba siguiendo, sin saberlo, el ejemplo de Mandela. A finales de los ochenta, habría sido desastroso para el prisionero Mandela que las bases del CNA se hubieran enterado de que estaba hablando con el enemigo. La confusión habría dado paso a dañinas divisiones en las filas. Viljoen tenía miedo de que ocurriera eso mismo, o algo peor, si sus soldados descubrían que iba a reunirse con Mandela.

Braam tranquilizó a su hermano en nombre del CNA y, el 12 de agosto de 1993, sólo cuatro días después del primer contacto con Niehaus, Braam y Constand Viljoen atravesaban la puerta principal de la casa de Nelson Mandela en Houghton. Él mismo les esperaba allí, con la mano tendida y su sonrisa abierta. Fue un encuentro que dejó asombrados a las dos partes. Mandela era mucho más alto que los dos hermanos, con una imponente presencia física. Y se mostró muy cálido con ellos, aparentemente encantado de verlos. Por su parte, él miró a uno y otro hermano y vio a dos hombres de altura media y peso normal, con las mismas narices protuberantes, las barbillas prominentes, las cabezas cubiertas de una cabellera blanca pero juvenil y los ojos solemnes de color azul marino. Sólo cuando les hizo un gesto para que entraran y les vio caminar advirtió una diferencia entre el paso rígido y marcial del hermano militar y el más desgarbado del hermano teólogo.

Constand había ido acompañado de los tres generales retirados que constituían el alto mando de su Volksfront; Mandela tenía a los dos máximos responsables de los brazos militar y de inteligencia del CNA. Braam y Carl Niehaus, los mediadores, completaban el grupo. La persona más relajada durante las incómodas presentaciones fue Mandela, que daba la impresión de estar

recibiendo a un grupo de embajadores europeos. Pero lo que había allí eran dos grupos de personas que estaban a punto de dar la vuelta a una relación de décadas, sin dejar de mantener la misma rivalidad violenta. Viljoen estaba haciendo lo que había hecho Mandela en 1961: establecer un movimiento de resistencia armada para intentar cambiar de forma violenta el statu quo. Mandela quería dar a los aspirantes a terroristas la alternativa pacífica que a él no se le había ofrecido hasta casi treinta años después de fundar Umkhonto.

Mientras las dos delegaciones se observaban, sin tener claro si estar fascinados u horrorizados de encontrarse todos en la misma habitación, Mandela invitó amablemente al general Viljoen a sentarse junto a él en el salón. Las discusiones formales en torno a una gran mesa de conferencias iban a empezar enseguida, pero antes Mandela quiso rendir a P. W. Botha el homenaje de reproducir con Viljoen las elegantes maneras que el gran cocodrilo le había mostrado cuatro años antes en Tuynhuys. Ofreció a Constand una taza de té y se la sirvió él mismo. «¿Quiere leche, general?» El general dijo que sí. «¿Le gustaría un poco de azúcar?» «Sí, por favor, señor Mandela», respondió el general.

Viljoen removió su té en un estado de silenciosa confusión. Aquello no era en absoluto lo que esperaba. Unos estereotipos largamente arraigados se venían abajo. Lo que no comprendía en aquel momento —y no podía comprender, por su educación— era que, en términos políticos, no estaba a la altura de su interlocutor. Mandela, que era un hombre de mundo y no uno de los *volk*, tenía una capacidad de penetrar en las mentes de personas culturalmente distintas a él de la que el general carecía. Sabía cuándo halagar y aplacar (Niël Barnard hablaba del «instinto casi animal» de Mandela «para llegar a las vulnerabilidades de una persona y tranquilizarla»); sabía también cuándo podía pasar al ataque sin ofender, con lo que transmitía una impresión de hombre directo que sabía que le iba a gustar al general, como le había gustado a P. W. Botha. Años después, Mandela dijo: «He trabajado con afrikaners desde que hacía prácticas de abogado, y me han parecido siempre sencillos y francos. Si a un afrikaner no le caes bien, te dice "*gaan kak*" —«lárgate», sería una traducción cortés del original bóer—. Pero, si le caes bien, entonces está de acuerdo contigo. Tienen la capacidad de continuar lo que empiezan».

Mandela —cortés pero sin pelos en la lengua— se esforzó en caer bien a Viljoen. «Mandela empezó diciendo que el pueblo afrikaner les había hecho mucho daño a él y a su gente —recordaba el general Viljoen—, y que, sin

embargo, sentía un gran respeto por los afrikaners. Dijo que quizá era porque, aunque era difícil de explicar a la gente de fuera, el afrikaner tenía mucha humanidad. Dijo que, si el hijo de un peón en una granja de un afrikaner se ponía enfermo, el granjero afrikaner le llevaba en su *bakkie* al hospital, y llamaba para preguntar por él, y llevaba a sus padres para que lo vieran, y se portaba muy bien. Al mismo tiempo, el granjero afrikaner trataba duramente a su peón y esperaba que trabajase mucho. Era un jefe exigente, dijo Mandela, pero también era humano, y ese aspecto era algo que a Mandela le impresionaba mucho».

Viljoen estaba asombrado por la capacidad de Mandela de ir más allá de las caricaturas superficiales y comprender con tanta profundidad, en su opinión, el verdadero carácter del afrikaner. Otra cuestión es cuántos peones de granja negros habría encontrado Mandela que confirmaran su opinión del *baas*. Lo importante era que Mandela sabía que su descripción del afrikaner como un cristiano rudo y curtido se ajustaba perfectamente a la visión que Viljoen tenía de su propio pueblo.

Viljoen se quedó tan intrigado como se había quedado Botha cuando Mandela empezó a destacar las similitudes entre la historia de los negros y la de los afrikaners, dos pueblos que habían librado guerras de liberación. Y, por supuesto, Mandela estaba haciendo algo que Viljoen no se esperaba. Estaba teniendo la cortesía de hablar con él en su propio idioma.

Mandela había valorado muy bien la atmósfera y le había dejado claro a Viljoen que era un hombre con el que podía hablar y del que podía esperar que le entendiera. Pero el auténtico meollo de la reunión llegó al final de su conversación en torno a las tazas de té. Braam y Niehaus estaban escuchando justo en ese momento.

«Espero que comprenda lo difícil que les resulta a los blancos confiar en que las cosas van a ir bien con el CNA en el poder —dijo Constand Viljoen, y añadió —: No estoy seguro de si se da usted cuenta, señor Mandela, pero esto puede detenerse».

«Esto» quería decir la transición pacífica hacia el gobierno negro. No lo dijo con todas las letras, pero claramente estaba indicándole a Mandela que iba a haber una intervención militar y que la derecha, con la ayuda de la FSAD, podía hacerse con el poder si no se daba a los afrikaners una franja de territorio soberano dentro de las fronteras sudafricanas.

Mandela, muy serio, respondió: «Mire, general, sé que las fuerzas militares que puede reunir usted son poderosas, bien armadas y bien entrenadas; y que son

mucho más potentes que las mías. Militarmente, no podemos luchar contra ustedes; no podemos ganar. Sin embargo, si va usted a la guerra, le aseguro que tampoco ganará, no vencerá a largo plazo. Primero, porque la comunidad internacional estará por completo de nuestro lado. Y segundo, porque somos demasiados, y no pueden matarnos a todos. Así que, dígame, ¿qué tipo de vida va a tener su gente en este país? Mi gente se irá al campo, las presiones internacionales sobre ustedes serán enormes y este país se convertirá en un infierno para todos nosotros. ¿Es eso lo que desea? No, general, si entramos en una guerra no puede haber vencedores».

«Es verdad —replicó el general Viljoen—. No puede haber vencedores».

Y ahí acabó la cosa. Aquél fue el entendimiento sobre el que la extrema derecha y el movimiento negro de liberación construyeron su diálogo. Aquella primera reunión en Houghton sentó las bases para tres meses y medio de negociaciones secretas entre delegaciones del CNA y el Volksfront. El Volksfront quería establecer el principio constitucional de un Israel afrikaner, a lo que el CNA nunca dijo totalmente que no y nunca dijo totalmente que sí; su principal preocupación era conseguir que la gente de Viljoen siguiera en las conversaciones y para ello les tentaron con la posibilidad de futuras conversaciones sobre la constitución de su anhelado *Boerestaat*.

Aquellos contactos siguieron adelante pese a una serie de acontecimientos que podían haber sido desestabilizadores y que se produjeron durante los tres últimos meses de 1993. El primero fue el anuncio, por parte de los negociadores del World Trade Centre, de que las primeras elecciones sudafricanas con participación de todas las razas se celebrarían el 27 de abril de 1994. Luego crearon un comité encargado de escoger un nuevo himno nacional y una nueva bandera. Entonces, Mangosuthu Buthelezi descubrió sus cartas al formar una coalición con la extrema derecha blanca, un organismo del que formaban parte el Volksfront e Inkatha y que se llamaba la Alianza para la Libertad. (Los seguidores de Viljoen, impresionados por la disposición de Inkatha a respaldar su retórica con la fuerza, celebraron el hecho.) Después, los asesinos de Chris Hani, Janusz Walus y Clive Derby-Lewis, fueron condenados a muerte. Luego, una mujer negra fue coronada Miss Sudáfrica por primera vez. Y, para echar más sal en la herida, Mandela y De Klerk recibieron el premio Nobel de la Paz. Y, lo más importante de todo, Mandela y De Klerk presidieron una ceremonia en la

que quedó solemnemente aprobada la nueva constitución de transición del país. El resultado de tres años y medio de negociaciones fue un pacto por el que el primer gobierno elegido democráticamente sería una coalición que iba a compartir el poder durante cinco años: el presidente pertenecería al partido mayoritario pero la configuración del gabinete debía reflejar la proporción de votos obtenida por cada partido. Las nuevas disposiciones ofrecían asimismo garantías de que ni los funcionarios blancos, incluidos los militares, iban a perder su trabajo, ni los granjeros blancos iban a perder sus tierras. Tampoco habría ningún juicio al estilo de Nuremberg.

Aunque era con De Klerk con quien había llegado a ese acuerdo histórico, Mandela siempre sintió más respeto personal por Constand Viljoen —e incluso por P. W. Botha— que por el presidente que le había puesto en libertad. Para Mandela, Viljoen era, como él, un líder patriarcal que, dentro de los límites de su simplista naturaleza bóer, tenía un gran corazón. Mandela veía reflejadas en Viljoen algunas de sus propias cualidades —honradez, integridad, valor— que más le gustaban.

En De Klerk, por el contrario, Mandela veía pocas cosas que quisiera emular. Nunca le perdonó lo que consideraba su desprecio por la pérdida de vidas negras en los distritos segregados y consideraba que el presidente era un abogado mezquino y sibilino que se perdía en los detalles y carecía del temperamento y la convicción propios de un verdadero líder. Era una opinión que incluso muchos de sus propios colegas en el Comité Ejecutivo Nacional del CNA consideraban injusta, pero, si había algo que el probo caballero victoriano que era Mandela odiaba, era el sentimiento de que alguien había traicionado su buena fe.

Pese a ello, fue con De Klerk con quien Mandela recibió su premio Nobel conjunto. La concesión le indignó, no porque le pareciera prematura, que lo era, puesto que nadie sabía aún cuál iba a ser el resultado de la carrera entre la paz y la guerra, sino porque, según su viejo amigo y abogado George Bizos, creía que De Klerk no lo merecía, que el premio debería haber ido a parar a Mandela y el CNA en su conjunto. «Cuando De Klerk pronunció su discurso de aceptación —contaba George Bizos, que viajó a Noruega con la delegación del Nobel—, Mandela esperaba que reconociera que se había cometido una injusticia con las crueldades del apartheid contra la gente de Sudáfrica. Pero De Klerk no incluyó ninguna referencia de ese tipo». Como si se creyera la propaganda, como si se creyera la media verdad tácita del acto de que se había ganado una posición de igualdad moral con Mandela, lo único que dijo De Klerk fue que ambas partes

habían cometido «errores». «Miré a Mandela. Él se limitó a menear la cabeza».

Esa noche, Mandela y De Klerk presenciaron junto a la catedral de Oslo una procesión de antorchas. Parte de la ceremonia consistía en una interpretación del *Nkosi Sikelele*. Mandela notó que, mientras cantaban el himno de liberación, De Klerk charlaba distraídamente con su esposa. La paciencia de Mandela llegó al límite durante la cena, organizada por el primer ministro de Noruega y con 150 invitados, miembros de su gobierno y el cuerpo diplomático. Cuando Mandela se levantó para hablar, Bizos se quedó tan asombrado como todos los demás ante el veneno que destilaron sus labios. «Dio los detalles más horribles de lo que habían sufrido los presos en Robben Island —recordaba—, incluido cómo habían enterrado a un hombre en la arena dejándole sólo la cabeza fuera y cómo habían orinado sobre él… Contó la historia como ejemplo de lo inhumano que había sido el sistema, aunque no llegó a decir: "Aquí están las personas que representaban a ese sistema."»

Es evidente que Mandela guardaba cierto resentimiento hacia sus carceleros, al contrario de lo que había asegurado en la rueda de prensa al día siguiente de su liberación y a la imagen que los admiradores de todo el mundo deseaban tener de él. Después de todo no era un santo.

CAPÍTULO XI

«HAY QUE APELAR A SUS CORAZONES»

1994

Una dieta sencilla y baja en grasas, mucho ejercicio, el fresco aire de mar, suficientes horas de sueño, horarios regulares, prácticamente nada de estrés: la cárcel tenía sus compensaciones. Eso ayudaba a entender por qué los médicos de Mandela confirmaban lo que decían quienes le habían visto en acción durante aquel año tan repleto de acontecimientos espectaculares: a los setenta y seis años, tenía la constitución de un hombre de cincuenta en buena forma. Mil novecientos noventa y tres fue un año cargado de acontecimientos; 1994 prometía ser todavía más difícil. Mandela se levantaba todos los días a las 4:30 no sólo por costumbre, sino por necesidad. La derecha blanca y la derecha negra seguían negándose a presentarse a las elecciones y amenazaban con la guerra si se llevaban a cabo sin contar con ellas. En el caso de que sí se celebraran las primeras elecciones multirraciales el 27 de abril, según lo previsto, Mandela tendría que ocuparse de una campaña electoral, y, si vencía, tendría un país que gobernar, un país con los problemas habituales en todas partes, más la certidumbre de que el problema fundamental de la estabilidad, la perspectiva del terrorismo contrarrevolucionario, no iba a desaparecer.

Lo bueno era que Constand Viljoen estaba perdiendo su entusiasmo por la guerra. Desde su llamamiento a las armas en Potchefstroom, había desarrollado —con la ayuda de Mandela— una conciencia más clara del baño de sangre que podía desencadenar y estaba empezando a ver que un gobierno dirigido por negros podía no ser tan apocalíptico como había pensado al principio. Sin

embargo, seguía exhortando a su gente a movilizarse para la guerra. «Si quieres discutir con un lobo, asegúrate de tener una pistola en la mano», era su lema. El problema era que ya no estaba completamente seguro de si el lobo era un lobo, o un perro que podía domesticarse. Mandela le caía bien, pero tenía sus dudas sobre el CNA; le preocupaba que los dirigentes con los que se reunía, como el astuto número dos de la organización, Thabo Mbeki, pudieran estar abusando de su buena fe y engañándole para que vendiera a su gente. Y había otra cosa. Si el CNA estaba poniendo en práctica un juego retorcido y engañoso, si lo que en realidad quería era convertir Sudáfrica al comunismo y llevar a cabo una terrible venganza contra los blancos mientras fingía lo contrario, los altos jefes de la FDSA se lo habían creído por completo. El general Georg Meiring, sucesor de Viljoen como jefe de las fuerzas armadas, había pronunciado justo antes de la Navidad de 1993 un discurso en el que prometía su apoyo a la nueva constitución (uno de los incentivos para hacerlo fue la amenaza, por parte del progresista jefe de las fuerzas aéreas, de que estaba dispuesto a bombardearle si volvía al ejército en contra del nuevo orden). Viljoen sabía que, si el Volksfront declaraba la guerra, seguramente se enfrentaría al poderío del mismo ejército en el que él había servido con tanto orgullo y distinción. Todavía era posible contar con que algunos sectores de la FDSA lucharían junto a la resistencia bóer, pero, de no producirse un golpe de mano —que cada vez era menos probable— en la cúpula, la institución parecía estar alineada con Mandela y De Klerk.

El general Viljoen no se había sentido nunca tan inseguro e incómodo. A medida que las posibilidades de victoria del Volksfront se volvían más remotas, sus soldados clamaban en voz más alta pidiendo la guerra. Mandela también oía esos gritos, y simpatizaba con Viljoen. Sabía que las bases del general necesitaban lanzar vítores. Los demás dirigentes del CNA no lo tenían tan claro. En una reunión del Comité Ejecutivo Nacional a principios de 1994, se discutió qué postura debía tener el nuevo gobierno sobre la delicada cuestión del himno nacional. El viejo himno era claramente inaceptable. Una parte de *Die Stem*, una lúgubre melodía marcial, era una aceptable y neutral súplica a Dios para que «proteja nuestra amada tierra»; pero otra —y ésa era la parte que oían los negros — celebraba los triunfos de Retief, Pretorius y el resto de los «expedicionarios» en su marcha hacia el norte a través de Sudáfrica en el siglo XIX, una marcha en la que aplastaron la resistencia negra y sus «carros chirriantes dejaron sus surcos en la tierra». El himno extraoficial de la Sudáfrica negra, el *Nkosi Sikelele*, era la sentida expresión de un pueblo que había sufrido mucho tiempo y anhelaba la

libertad.

La reunión acababa de empezar cuando entró un ayudante para informar a Mandela de que tenía una llamada de un jefe de Estado. Salió de la sala y los treinta y pico hombres y mujeres del órgano supremo de decisión del CNA siguieron debatiendo sin él. Hubo un consenso abrumador en favor de eliminar *Die Stem* y sustituirlo por el *Nkosi Sikelele*. Los miembros del comité ejecutivo estaban felicitándose por su decisión y lo que simbolizaba para la nueva Sudáfrica cuando regresó Mandela. Le dijeron lo que habían decidido y él respondió: «Pues lo siento. No quiero ser grosero, pero… creo que debo expresar lo que pienso sobre esta propuesta. Nunca pensé que personas experimentadas como vosotros podían tomar una decisión de tal magnitud en un tema tan importante sin ni siquiera esperar al presidente de vuestra organización».

Y entonces Mandela expuso su punto de vista. «Esta canción que despacháis con tanta facilidad contiene las emociones de muchas personas a las que todavía no representáis. De un plumazo, decidiríais destruir la misma —la única— base de lo que estamos construyendo: la reconciliación».

Los hombres y mujeres del Comité Ejecutivo Nacional del CNA se sintieron abochornados. Mandela propuso que Sudáfrica tuviera dos himnos que serían interpretados, uno después de otro, en todas las ceremonias oficiales, desde las tomas de posesión presidenciales hasta los partidos internacionales de rugby: *Die Stem* y el *Nkosi Sikelele*. Los luchadores por la libertad, rápidamente convencidos por la lógica del argumento de Mandela, cedieron de forma unánime. Jacob Zuma, que había presidido la reunión, dijo «Bueno, creo… creo que la cosa está clara, camaradas. Creo que la cosa está clara». No hubo objeciones.

El comité capituló ante el enfado de Mandela porque sus miembros comprendieron que su solución para el problema del himno era la mejor desde el punto de vista táctico. Había amonestado al comité sobre la necesidad de ganarse a los afrikaners y mostrar respeto por sus símbolos; sobre la conveniencia de hacer todo lo posible, por ejemplo, para decir unas palabras en afrikaans al principio de cada discurso. «No hay que apelar a su razón —explicó—, sino a sus corazones».

En el caso de Constand Viljoen, Mandela se dirigió al cerebro y el corazón, pero al final fue el corazón el que ganó. Ayudó enormemente el hecho de que, el 11

de marzo, el Volksfront sufrió su Waterloo, y eso movió al general en la dirección hacia la que Mandela había estado empujándole con suavidad.

A apenas seis semanas de las elecciones, Viljoen respondió a una llamada de uno de sus aliados negros en la Alianza por la Libertad. En esa ocasión no era Buthelezi, sino el líder de otro de los pequeños Estados tribales que el ideólogo jefe Hendrick Verwoerd había ideado como parte de su estrategia del «gran apartheid», un hombre llamado Lucas Mangope, cuyo poder en Bophuthatswana estaba amenazado por la mayoría de sus ciudadanos, partidarios del CNA y ofendidos por su dependencia de Pretoria. Viljoen movilizó una fuerza de más de mil hombres para ir a la capital de «Bop», una ciudad llamada Mmabatho. La cosa acabó en desastre cuando el AWB de Eugene Terreblanche entró en la refriega y emprendió lo que los periódicos afrikaans describirían más tarde como un *kaffirskietpiekniek*, un pícnic de tiro al *kaffir*. Las fuerzas de seguridad de Mangope se rebelaron y dirigieron sus armas contra los miembros del Volksfront, y cuando, horas más tarde, llegó la FSAD en una columna de vehículos blindados, las tropas de Viljoen abandonaron el campo de batalla en medio del caos.

Suele decirse que lo que ocurrió en Mmabatho fue la única razón por la que Viljoen decidió abandonar la lucha de resistencia bóer. Pero él reconoció que había más factores. Una vez librado del elemento vándalo del AWB, habría podido seguir dirigiendo una campaña «militar» eficaz, aunque todos los demás lo habrían llamado terrorismo. «Teníamos un plan. Podríamos haber impedido que se celebraran las elecciones, y no con la FSAD, sino nosotros solos. Teníamos los medios, teníamos las armas, teníamos la táctica y teníamos la voluntad. No de hacernos con el poder, no de derrotar a la FSAD, pero sí de impedir que se celebrasen las elecciones, no me cabe ninguna duda».

Arrie Rossouw, al que, cuatro años después de la liberación de Mandela, se consideraba un peso pesado del periodismo afrikaner y que posteriormente sería director de *Beeld* y de *Die Burger*, estaba de acuerdo. «No hay duda de que podía haber hecho un daño terrible a este país —afirmaba—. Muy fácilmente podía haber colocado a 400 ex miembros de los regimientos de Reconocimiento [fuerzas especiales], perfectamente entrenados, a sus órdenes y, con ellos, bien dotados de armas, podría haber hecho estallar aeropuertos, estaciones de tren, estaciones de autobús, podría haber asesinado a gente. No habrían conseguido derrocar al gobierno —eso lo aprendieron en Mmabatho—, pero sí habrían podido paralizar la economía y causar un caos político total. Y habrían podido

mantenerlo durante años y años».

En otras palabras, podrían haber hecho lo que el IRA hizo en Irlanda del Norte durante treinta años, pero con unos efectos mucho más catastróficos. En parte, porque disponían de más armas y más hombres con experiencia militar, pero, sobre todo, porque Sudáfrica estaba construyendo su democracia con una economía quebradiza, vulnerable al caos y el derrumbamiento como no lo habían sido jamás Irlanda ni Gran Bretaña. Lo alarmante fue que no era un colectivo, sino un solo hombre, el que debía decidir qué vía iban a emprender, la paz o la guerra.

«Sí, fue una decisión completamente mía. Completamente —confirmó Viljoen en tono solemne—. Durante aquellas últimas semanas antes de las elecciones, en el Volksfront afrikaner había división de opiniones, entre una mitad que quería la opción violenta, impedir las elecciones y todo el proceso democrático en Sudáfrica, y la otra que quería una solución negociada». Sufrió con la decisión. «Siempre me pareció que la guerra y la violencia no son opciones fáciles. Yo sabía lo que era la guerra. Así que les dije a mis partidarios que asumía la responsabilidad de decidir si luchar o no. Fue la decisión más difícil de toda mi vida. En el ejército, tiene que entenderlo, antes de tomar una decisión en un asunto como éste, sopesamos todos los factores, evaluamos, reflexionamos, y sólo después de un largo proceso nos decidimos. Pensé que la mejor opción eran las negociaciones y participar en las elecciones. Me pareció que era lo mejor para el país y lo mejor para el pueblo afrikaner».

El factor decisivo para Viljoen no fue ni la chusma del AWB, ni el fiasco de Mmabatho, sino otra cosa. «El carácter del oponente, si se puede confiar en él, si uno cree que está verdaderamente a favor de la paz. Lo importante, al sentarse a negociar con el enemigo, es el carácter de los interlocutores al otro lado de la mesa y si cuentan con el apoyo de su gente. Mandela tenía las dos cosas».

Había pocos capaces de resistirse al encanto de Mandela; ni siquiera De Klerk, ni siquiera cuando estaban en plena campaña, uno contra otro, antes de las elecciones del 27 de abril, y ni siquiera después de que se enfrentaran en un debate en vivo en televisión como los de Estados Unidos. De Klerk, lo bastante joven como para ser hijo de Mandela, se mostró más despierto y mejor preparado que su adversario. Pero entonces, cuando el debate se aproximaba a su fin, Mandela tendió la mano y estrechó la del presidente, y le ofreció el elogio de

que era «un auténtico hijo de África». De Klerk, atónito, no tuvo más remedio que aceptar el apretón y puso su mejor sonrisa, aunque sabía que en ese momento Mandela estaba dándole un golpe decisivo.

«Tenía la sensación, y la tenía todo el mundo, de que yo estaba ganando los puntos —recordaba posteriormente De Klerk—. Pero él se recuperó cuando, de pronto, me elogió y me dio la mano delante de todas las cámaras. Quizá estaba planeado de antemano. Quizá fue una medida política. Pero creo que sus triunfos mediáticos, en general, eran producto de una reacción instintiva por su parte. Creo que tiene un talento extraordinario para ello». Pocos días después del debate, el propio De Klerk hizo una cortés declaración pública. Durante su última rueda de prensa antes de las elecciones, le pidieron su opinión sobre su rival. «Nelson Mandela —replicó De Klerk, con las manos extendidas como si se rindiera— es un hombre predestinado».

Como parte de la campaña electoral, Mandela acudió a un programa nocturno de entrevistas en la emisora Radio 702 de Johanesburgo, para responder a preguntas de los oyentes en directo. Eddie von Maltitz, el primer guerrero del Volksfront que había entrado en el World Trade Centre durante el asalto, estaba en su granja con varios de sus *kommandos* y estaba escuchando el programa. Cuando sus camaradas le instaron a que llamase y le dijera unas cuantas cosas al *kaffir*, Von Maltitz accedió. Dedicó nada menos que tres minutos a despotricar y protestar contra Mandela: el comunismo era tal, los terroristas cual, la destrucción de nuestra cultura, las normas civilizadas, las reglas. Acabó con una amenaza brutal y directa. «Este país se verá inmerso en un baño de sangre si usted sigue de la mano de los matones comunistas».

Después de una tensa pausa, Mandela respondió: «Bueno, Eddie, me parece que es usted un sudafricano digno de tal nombre y no me cabe duda de que, si nos sentásemos a intercambiar puntos de vista, yo me aproximaré a usted y usted se aproximará a mí. Vamos a hablar, Eddie».

«Eh… bueno, vale, señor Mandela —murmuró Eddie, confuso—. Gracias —añadió y colgó.

Tres meses después, en su granja, aunque seguía llevando ropa de camuflaje, botas de cazador y una pistola de 9 mm al cinto, Eddie era otro hombre. Había dejado de entrenar a sus *kommandos*; había abandonado sus preparativos para la guerra. La charla en Radio 702 había cambiado todo. «Aquello fue lo que me hizo pensar», explicó después. El nuevo primer ministro del Estado Libre de Orange, en el que vivía, un hombre del CNA, fue el que le hizo dar el paso

decisivo. Se llamaba *Terror* Lekota, un sobrenombre que le habían dado por su capacidad letal de marcar goles en el terreno de fútbol. Lekota, que había estado en Robben Island durante los últimos años de Mandela allí, tenía muchos instintos muy parecidos a los de él. Decidió que su primera misión, al llegar al poder, era ganarse a los granjeros afrikaner del Estado Libre. Si lo conseguía con Von Maltitz, tendría mucho más fácil hacerse con los demás. Llamó personalmente a Von Maltitz y le invitó a su fiesta de cumpleaños en su residencia en la capital del Estado, Bloemfontein. Von Maltitz dijo que no, pero Lekota insistió. «Por favor, Eddie, me gustaría verdaderamente que viniera». Von Maltitz dijo que consultaría con sus hombres y luego le daría una respuesta. «Hablamos y pensamos que no teníamos nada que perder —recordaba después Von Maltitz—. De modo que, cuando volvió a llamar, le dije que sí».

Von Maltitz acudió a la que llamaba «la gran casa» en Bloemfontein totalmente armado. «No quería ser un Piet Retief con Dingaan», explicaba. Entró en la casa y se unió a la fiesta, en la que predominaban los negros, sin que nadie le registrase. «*Terror* Lekota me vio desde el otro lado de la sala, se acercó y me dio un gran abrazo. Debió de notar mis pistolas, pero no dijo nada. No dejó de sonreír. Me cayó bien. Era sincero. Como el señor Mandela, un hombre sincero. Así que pensé: Vamos a darles una oportunidad; se la merecen».

¿Por qué? Porque Mandela y su nuevo amigo *Terror* le habían tratado con respeto, con el «respeto elemental», de Walter Sisulu. «Nunca obtuve ese respeto de De Klerk y el Partido Nacional. En cambio, del señor Mandela, sí. Creo de verdad que debemos darles una oportunidad».

El CNA había ganado las elecciones con casi dos tercios de los votos nacionales y casi el 89 % del voto negro. Del resto, el 1 % fue al CPA, claramente antiblanco, cuyo lema de «un colono, una bala» fue despreciativamente transformado por los partidarios del CNA en «un colono, uno por ciento», y el 10 % fue a parar a Inkatha (abandonado por Viljoen, el jefe Mangosuthu Buthelezi no tuvo más remedio que incorporarse al proceso electoral). El Partido Nacional obtuvo el 20 %, que significaba cuatro puestos en el gabinete, incluida la vicepresidencia para De Klerk, en el nuevo gobierno de coalición que iba a presidir Mandela. Y el partido de Viljoen, que se llamaba Frente por la Libertad, consiguió el 2 % de los votos, que significaba nueve respetables escaños en el nuevo parlamento multicolor.

En cuanto se conocieron los resultados, John Reinders, jefe de protocolo presidencial con De Klerk y P. W. Botha, se puso en contacto con sus antiguos patronos, el Departamento de Servicios Penitenciarios. Botha le había sacado de la burocracia carcelaria en 1980, cuando tenía el rango de comandante, pero ahora se encontró, para su tranquilidad, que todavía tenían un hueco para él.

Su última tarea antes de irse fue organizar la toma de posesión de Mandela como presidente, el 10 de mayo de 1994. Fue una pesadilla logística en comparación con la de De Klerk, a la que no había acudido ninguna delegación extranjera, salvo los diplomáticos destacados en el país. Esta vez, las cosas iban a ser muy diferentes. Cuatro mil personas se reunieron en la sede del poder en Pretoria, un conjunto de edificios de principios del siglo XX llamado Union Buildings y situado sobre una colina que dominaba la ciudad. Entre los invitados estaban personas a las que era difícil imaginar en una misma habitación, como Hillary Clinton, Fidel Castro, el príncipe Felipe de Inglaterra, Yasir Arafat y el presidente de Israel, Chaim Herzog. Se interpretaron los dos himnos nacionales —*Nkosi Sikelele* y *Die Stem*— uno detrás de otro, mientras ondeaba la nueva bandera nacional. Era la bandera más multicolor del mundo, una especie de colcha de retazos en negro, verde, oro, rojo, azul y blanco, una combinación de los colores asociados con la resistencia negra y los de la vieja bandera sudafricana. Mandela prestó juramento ante un juez blanco, flanqueado por su hija Zenani y rodeado de antiguos presos negros y generales blancos de la FSAD en posición de firmes y uniforme de gala. («Unos años antes, me habrían detenido», bromeaba después.) La ceremonia se cerró con el espectáculo de los reactores de la Fuerza Aérea Sudafricana volando por encima y pintando los colores de la nueva bandera en el cielo.

Francamente aliviado de que la ceremonia hubiera transcurrido sin ninguna catástrofe, John Reinders llegó a su despacho de los Union Buildings a primera hora de la mañana siguiente, 11 de mayo, con un par de grandes cajas de cartón bajo el bazo. Era un hombre alto y corpulento, pero tenía la actitud respetuosa de alguien más menudo y el sentido común suficiente para saber cuándo iba a ser derrotado.

«Esa mañana llegué pronto para recoger mis cosas —recordaba Reinders—. Todos los blancos habíamos solicitado empleo en otros sitios, porque estábamos seguros de que nos iban a pedir que nos fuéramos. Bastantes tenían previsto ir a trabajar para el señor De Klerk en la vicepresidencia».

Reinders estaba empaquetando sus recuerdos de los diecisiete años que había

pasado dirigiendo la oficina de la presidencia, organizando ceremonias, conociendo a gente famosa en viajes oficiales, cuando, de pronto, le sacó de sus reminiscencias una llamada a la puerta. Era otro madrugador. Mandela.

«Buenos días, ¿cómo está?», dijo, mientras entraba en el despacho de Reinders con la mano extendida.

«Muy bien, señor presidente, gracias. ¿Y usted?»

«Bien, bien, pero… —continuó Mandela, confundido—, ¿qué hace?»

«Estoy recogiendo mis cosas para irme, señor presidente».

«Ya veo. ¿Y puedo preguntarle dónde va a ir?»

«De vuelta a los Servicios Penitenciarios, señor presidente, donde trabajaba antes».

«Mmm —dijo Mandela, apretando los labios—. Yo estuve allí veintisiete años, ya sabe. Fue horrible —sonrió mientras repetía—, ¡horrible!»

Reinders, estupefacto, le devolvió una media sonrisa.

«Bueno —continuó Mandela—, me gustaría que pensara en la posibilidad de seguir con nosotros. —Reinders examinó los ojos de Mandela con asombro—. Sí, hablo en serio. Usted conoce este trabajo. Yo no. Yo vengo del campo. Soy un ignorante. Si se queda conmigo, sería sólo para un mandato, nada más. Cinco años. Luego, por supuesto, sería libre de marcharse. Ahora, compréndame: esto no es una orden. Sólo me gustaría que se quede si desea quedarse y compartir sus conocimientos y su experiencia conmigo».

Mandela sonrió. Reinders sonrió también, esta vez con más confianza.

«Así que ¿qué dice? —preguntó Mandela—, ¿se queda conmigo?»

A pesar de su asombro, Reinders no lo dudó. «Sí, señor presidente. Me quedo. Sí. Gracias».

Entonces, su nuevo jefe le encargó su primera tarea: reunir a todo el personal de la presidencia, incluidos los limpiadores y los jardineros, para una reunión en la sala del consejo de ministros. El presidente se paseó entre ellos, estrechó la mano y dijo unas palabras a cada uno del centenar aproximado de personas, en afrikaans cuando correspondía. Luego habló dirigiéndose a todos. «Hola, soy Nelson Mandela. Si alguno de ustedes prefiere acogerse al convenio, es libre de marcharse. Váyanse. No hay problema. Pero se lo pido, ¡quédense! Cinco años, nada más. Ustedes conocen esto. Necesitamos esos conocimientos, necesitamos esa experiencia que tienen».

Todos y cada uno de los miembros del personal de la presidencia se quedaron.

Dos semanas más tarde, el 24 de mayo, 400 delegados recién elegidos se reunieron en Ciudad del Cabo para la apertura del primer parlamento democrático de Sudáfrica, en el mismo edificio de la Asamblea Nacional en el que antes se reunía el parlamento reservado a los blancos. Hasta entonces, había sido un lugar lúgubre, pesado, monocromático. En la mañana de mayo en la que la cámara abrió sus puertas a la democracia no racial de Mandela, la escena se transformó en una imagen de tecnicolor. La imagen desde lo alto de la galería de invitados era una mezcla entre la Asamblea General de Naciones Unidas, un concierto pop y una fiesta universitaria de fin de curso. Un vistazo a la lista de nuevos miembros del parlamento lo decía todo. Antes se llamaban Botha, Van der Merwe y Smith. Ahora tenían esos nombres, pero también Bengu, y Dlamini, y Farisani, y Maharaj, y Mushwana, y Neerahoo, y Pahad, y Zulu. Y un tercio de los parlamentarios, incluida la nueva presidenta, Frene Ginwala, eran mujeres. Más impresionante todavía era la proporción de diputados que habían estado en la cárcel o huidos de la policía. Prácticamente todos los representantes del CNA habían infringido la ley; ahora iban a ser ellos quienes la elaborasen, dirigidos por el preso más antiguo de todos, el último hombre en llegar ese día: Mandela.

Cuando se corrió la voz de su llegada, los parlamentarios se pusieron en pie y el murmullo dejó paso a un rugido, cantos de libertad y rítmicas danzas entre los miembros más jóvenes y exuberantes del contingente del CNA. En medio de la mezcla variopinta de la Nación Arcoiris, el general Viljoen era una figura anómala. Serio como siempre, de traje gris y corbata, estaba de pie en el centro de la cámara ovalada, en la parte inferior, como correspondía al líder de la honorable oposición del Frente por la Libertad. Mandela apareció, también por la parte inferior, sonriente y erguido, entre los vítores de la asamblea.

Viljoen miraba a Mandela con una mezcla de admiración y afecto. Al verlo, Mandela rompió el protocolo parlamentario, cruzó hasta él, le dio la mano y dijo con una gran sonrisa: «Me alegro mucho de verle aquí, general».

Algunas voces desde la galería gritaron: «¡Dele un abrazo, general! ¡Vamos, dele un abrazo!»

Al recordar el momento, Viljoen esbozó una ligera sonrisa, asintió y luego recuperó la solemnidad. «Pero no lo hice. Soy un militar y él era mi presidente. Le di la mano y me puse firme».

Y ahí podía haber acabado la cosa: el orden restablecido, los viejos enemigos reconciliados, el buen rey coronado, todos los actores salen —de forma exuberante— por la izquierda del escenario. Pero no fue así. Todavía no se había terminado, ni para Mandela ni para el general Viljoen. Todavía quedaba un acto por representar para que Viljoen pudiera colgar la espada con el espíritu tranquilo, una última serie de obstáculos que superar para que Mandela pudiera considerar completada la odisea de su vida.

Como indicaba Viljoen, «el 40 o el 50 por ciento de mi gente no participó en las elecciones». Durante la semana anterior a las elecciones, algunos colocaron bombas en paradas de autobús y otros lugares en los que los negros se reunían en gran número. También pusieron una bomba en el aeropuerto internacional de Johanesburgo. Murieron 21 personas y más de 100 resultaron gravemente heridas. Los discursos de Mandela durante su primer mes de mandato eran siempre optimistas, porque intentaba crear una atmósfera positiva y llena de energía. Pero no pudo resistirse a señalar, al cerrar aquella primera sesión del parlamento, que las fuerzas de seguridad iban a permanecer en plena alerta. «El problema de la violencia de origen político sigue estando con nosotros», dijo.

Mandela tuvo mucho de lo que ocuparse durante sus cinco años en el cargo: proporcionar casas y escuelas, agua y luz a los negros. Pero su máxima prioridad fue sentar las bases de la nueva democracia, construirla a prueba de bombas. Sabía que iba a haber intentos de subvertir el nuevo orden, inevitablemente frágil. No era posible que toda la Sudáfrica blanca cediera sus viejos poderes, y no pocos privilegios, sin luchar.

En cuanto al general Viljoen, se debatía como se había debatido Niël Barnard cuatro años y medio antes, la mañana de la liberación de Mandela. A pesar de haberse entrevistado con Mandela 60 veces en la cárcel, Barnard no podía desechar por completo la señal de alarma que sonaba en el fondo de su cerebro para advertirle, aunque fuera irracional, sobre el peligro del factor ayatolá. Viljoen tenía dudas similares, como si no pudiera acabar de creerse que la vida podía ser tan buena como hacía parecer Mandela, como si no hubiera sido capaz de librarse de toda su desconfianza ancestral respecto al hombre negro. Una parte de él estaba preocupada, mientras estaba sentado allí el día de la apertura del parlamento y durante todo el año posterior, por la posibilidad de que hubiera actuado conforme a sus intereses —Mandela siempre había tenido la puerta abierta para él y siempre le había tratado con respeto—, pero no conforme a los

intereses de su pueblo. Confesó después que le había remordido la conciencia. «Estaba preocupado. Muy preocupado —dijo—. Se habían dicho muchas cosas muy bonitas, pero ¿dónde había una prueba que pudiera enseñar a mi gente de una vez por todas?»

La solución era que Mandela demostrase a la gente de Viljoen que también era su gente; que ampliara su acogida, más allá de Constand Viljoen, John Reinders, Niël Barnard y Kobie Coetsee, a todos los afrikaners. El asesor legal y confidente de Mandela en la oficina presidencial, un abogado blanco llamado Nicholas Haysom, que había estado en prisión tres veces durante los años de la lucha contra el apartheid, definió la misión en términos épicos muy apropiados.

«Lo llamamos la construcción nacional. Pero Garibaldi tiene una frase que lo ilustra de manera más elocuente —explicaba Hanson, con una referencia a Giuseppe Garibaldi, el patriota soldado que unificó Italia a mediados del siglo XIX—. Al acabar su misión militar, Garibaldi dijo: “Hemos hecho Italia, ahora debemos hacer italianos.”» En realidad, el reto que aguardaba a Mandela era más difícil que el de Garibaldi. «Italia estaba dividida pero era homogénea. Sudáfrica, en 1994, era un país dividido histórica, cultural y racialmente, y en muchos otros aspectos —añadió Haysom—. Por muchos discursos, negociaciones, constituciones que hubiera, no bastaban por sí solos para “hacer sudafricanos”. Hacía falta algo más que uniera a la gente. Era necesario que Mandela hiciera lo que mejor sabía hacer: elevarse por encima de nuestras diferencias, ser más grande que todos esos factores que nos separaban y apelar a lo que nos unía».

CAPÍTULO XII

EL CAPITÁN Y EL PRESIDENTE

1994-1995

«Al contemplarlo —dijo Mandela, recordando su primer encuentro con François Pienaar—, si se tenía en cuenta de dónde venía, lo que se veía era un afrikaner típico».

Mandela tenía razón. Si los ideólogos del apartheid hubieran tenido la misma afición a poner el arte al servicio de la política que sus homólogos soviéticos, habrían escogido a Pienaar para representar el espécimen ideal de la virilidad afrikaner. Con 1,92 metros de altura, llevaba sus 120 kilos de músculo con la gracilidad escultural del David de Miguel Ángel.

Si además, como decía Mandela, se tenía en cuenta su origen, uno se imaginaba a un niño que había crecido hasta hacerse adulto en Vereeniging en los años setenta y ochenta y veía, casi con claridad cinematográfica —como hizo Mandela—, una fiel representación del 90 % de los *volk* afrikaner: unos hombres condicionados por el periodo y el lugar en el que les había tocado nacer, que les obligaba a ser unos individuos francos, sencillos, trabajadores, duros, secretamente sentimentales, devotos y fanáticos del rugby, que se relacionaban con sus numerosísimos vecinos negros con una mezcla de desdén, ignorancia y miedo.

Ahora bien, si había algo que Mandela había aprendido en sus tratos con los afrikaners era que no había que fiarse de las apariencias. «No me pareció en absoluto el producto típico de la sociedad del apartheid —decía Mandela—. Le encontré muy simpático y tuve la sensación de que era progresista. Y había

estudiado. Era licenciado en Derecho. Era un placer sentarse a charlar con él».

El placer era lo último en la cabeza de Pienaar el 17 de junio de 1994, mientras se detenía en las escaleras de piedra de los inmensos Union Buildings y se disponía a entrar para asistir a una reunión a la que le había invitado el presidente Mandela. Pienaar, que tenía en aquel momento veintisiete años pero de pronto se sintió mucho más joven, confesó a los periodistas presentes que no había estado tan nervioso en toda su vida; que la perspectiva de entrevistarse con el presidente era más aterradora que cualquier partido de rugby.

Vestido con traje oscuro y corbata, Pienaar entró por una pequeña puerta situada en el ala oeste de los edificios, pasó por un detector de metales y se presentó ante dos policías que le aguardaban en una mesa tras una ventana de cristal verde a prueba de balas. Ambos eran afrikaners y en seguida comenzaron una animada conversación sobre rugby con él. Uno de ellos le llevó a un patio y por un pasillo decorado —aunque apenas se dio cuenta de la anomalía— con acuarelas de escenas de la Gran Marcha, carros de bueyes y hombres a caballo sobre un fondo de *veldt* pardo y amarillento. El policía le dejó en una pequeña sala de espera, desnuda salvo por unos sillones de cuero, en la que entró la ayudante personal de Mandela, una mujer negra, alta e imponente, llamada Mary Mxadana, que le pidió que se sentara y esperase un momento. Permaneció solo durante cinco minutos; las manos le sudaban. «Estaba increíblemente tenso a medida que se acercaba el momento de conocerle —recordaba—. Me sentía verdaderamente intimidado por él. No dejaba de pensar: "¿Qué digo? ¿Qué le pregunto?"»

Entonces volvió Mxadana, le preguntó si quería té o café —él dijo que café — y le pidió que la acompañara. Salió de la sala de espera al pasillo con los cuadros de las carretas, se detuvo ante una puerta alta de color marrón oscuro, llamó con un golpe seco y entró. Mantuvo la puerta abierta para Pienaar, cuyo miedo escénico no hizo más que empeorar al ver la amplia sala, que le pareció tremendamente vacía hasta que cruzó el umbral y vio, a la derecha, a un hombre alto y de pelo gris que se levantaba de un salto. Mandela tenía setenta y seis años pero se acercó a Pienaar con la rapidez de un rival de rugby que fuera a hacerle un placaje; la única diferencia era que él estaba erguido, tenía una gran sonrisa y la mano tendida. «¡Ah, François, qué bien que haya venido!» Pienaar musitó: «No, señor presidente, muchas gracias por invitarme». Mandela le dio la mano de manera efusiva y Pienaar advirtió, para su sorpresa, que el presidente era casi tan alto como él. «¿Y cómo está, François?» «Oh, muy bien, señor presidente, ¿y

usted?» «Ah, muy bien. ¡Muuuy bien!»

Mandela, sin dejar de sonreír, claramente contento de tener a ese joven bóer grandullón en su nuevo despacho, le hizo ademán de que se sentara en un sofá situado en ángulo recto con el suyo y le felicitó por la victoria de los Springboks contra Inglaterra, un convincente 27-9, en un partido celebrado en Ciudad del Cabo seis días antes.

Llamaron a la puerta y apareció una señora con una bandeja de té y café. Era una mujer blanca, de mediana edad, que llevaba un vestido de flores con hombreras. Mandela la vio aparecer en la puerta, al otro lado de la habitación —una distancia seis veces mayor que la celda que había sido su hogar durante dieciocho años— e inmediatamente se puso de pie, y de pie permaneció mientras ella colocaba la bandeja en una mesita entre los dos hombres. «Ah, muchas gracias. Muchas gracias —sonrió Mandela, aún de pie—. Ah, y éste es François Pienaar… Lenoy Coetzee». Pienaar le dio la mano a la mujer y, antes de que ella se fuera, Mandela volvió a darle las gracias; no se sentó hasta que la afrikaner salió de la sala.

Pienaar contempló el despacho, grande y revestido en madera, y notó vagamente una decoración mezcla de la vieja y la nueva Sudáfrica; acuarelas de carretas junto a escudos de cuero y esculturas africanas de madera. Mandela le interrumpió: «¿Quiere leche, con su café, François?»

En menos de cinco minutos, el humor de Pienaar se había transformado. «No es sólo que uno se sienta cómodo en su presencia —recordaba Pienaar—. Tienes la sensación, cuando estás con él, de sentirte seguro». Tan a salvo que Pienaar tuvo la osadía de preguntarle, medio en broma, si iba a acompañar a los Springboks en una gira a Nueva Zelanda el mes siguiente. «¡Nada me gustaría más, François! —sonrió—. ¡Pero, por desgracia, tengo gente en este edificio que me hace trabajar muchísimo, y sé que ellos ordenarán que me quede y trabaje!»

Para alivio de Pienaar, a partir de ese momento, Mandela se hizo cargo y se lanzó a una serie de recuerdos e historias que hicieron sentirse al jugador, en palabras suyas, como un niño pequeño sentado a los pies de un sabio anciano. Una de las historias hablaba del robo de unos pollos en Qunu, la aldea del Transkei en la que Mandela se había criado y a la que todavía regresaba a cumplir sus deberes tradicionales de jefe. Un día, cuando estaba allí Mandela, una mujer se acercó a su casa para decirle que un vecino le había robado sus pollos. Según lo relataba Pienaar: «Mandela convocó al vecino, que confesó que lo había hecho, pero sólo porque su familia estaba hambrienta. Entonces,

Mandela llamó a los dos a su casa y dictó que el hombre tenía que pagarle a la mujer dos pollos. Pero ella discutió, negoció, porque quería más, y acordaron una cantidad mayor. Sin embargo, eso era demasiado para el hombre, así que Mandela le ayudó a pagarlo».

Mandela se reía mientras contaba la anécdota, una historia curiosa para contarle al capitán Springbok en una reunión que había convocado con el claro propósito de forjar una relación con él para prepararse para la Copa del Mundo de rugby del año siguiente. Era una historia especialmente ligera e insustancial dada la solemnidad del entorno, un despacho en el que, como había dicho Mandela en una entrevista unos días antes, «se fraguaron los planes más diabólicos». Pero la historia de los pollos robados fue útil, porque ayudó a crear precisamente el tipo de intimidad y complicidad que el presidente quería establecer con el joven. Al contarle lo que era una especie de confidencia privada, una historia que Pienaar no podía leer en los periódicos, Mandela encontró una forma de llegar al corazón del abrumado capitán de rugby, de hacerle sentir como si estuviera en compañía de su tío abuelo favorito. Pienaar no podía saberlo entonces pero, para Mandela, ganarse su confianza —y, a través de él, conquistar al resto del equipo Springbok— era un objetivo importante. Porque lo que Mandela había deducido, con ese estilo medio instintivo y medio calculador que tenía, era que la Copa del Mundo podía ayudar a afrontar el gran reto de la unificación nacional que aún quedaba por hacer.

Mandela nunca dijo claramente cuál era su propósito en aquella primera reunión con Pienaar, pero sí se aproximó al tema cuando empezó a hablar sobre sus recuerdos de los Juegos Olímpicos de Barcelona, a los que había asistido en 1992 y que evocaba con gran entusiasmo. «Habló del poder que tenía el deporte para emocionar a la gente y cómo lo había comprobado poco después de su liberación en los Juegos de Barcelona, que recordaba en especial por un momento concreto en el que, contaba, se puso de pie y sintió cómo retumbaba todo el estadio», contaba después Pienaar. La intención de Mandela era plantar en su mente las primeras semillas de una idea política; Pienaar no se dio cuenta de que eso era lo que estaba pasando, pero, en la versión que contaba Mandela después, junto a toda la calidez del encuentro, el mensaje subliminal estaba clarísimo.

«François Pienaar era el capitán de rugby y, si yo quería utilizar el rugby, tenía que contar con él —explicaba Mandela—. En nuestra reunión me concentré en felicitarle por el papel que desempeñaba y podía desempeñar. Y le

conté lo que estaba haciendo a propósito del deporte y por qué. Me pareció una persona muy inteligente». Había llegado el momento, explicó Mandela a su invitado, de abandonar la vieja percepción del equipo de rugby de los Springboks como los «enemigos» y considerarlos compatriotas y amigos. Su mensaje fue: «Vamos a usar el deporte para la construcción nacional y para promover todas las ideas que creemos que conducirán a la paz y la estabilidad en nuestro país».

Pienaar había pasado a ser otro más de los afrikaners «envueltos» —como decía él— en el aura de Mandela; pero no se convirtió en apóstol de la noche a la mañana. Era un hombre dedicado en cuerpo y alma al rugby para el que las palabras grandilocuentes como «construcción nacional» significaban poca cosa. El mensaje que se llevó de la reunión estaba muy claro: sal a ganar, lleva esa camiseta con orgullo, no tengas duda de que yo te apoyo. Mandela se despidió de Pienaar como si fueran ya íntimos amigos.

Mandela volvió a su trabajo y Pienaar al suyo, sin que ninguno de los dos advirtiera la extraordinaria semejanza entre las tareas que les aguardaban. Pienaar, recién llegado al puesto de capitán, visto con ciertas reservas por un sector de la fraternidad del rugby que ponía en tela de juicio su carácter y su capacidad, tenía un trabajo difícil: consolidar su autoridad y unir a la selección de rugby. Para ello era necesaria una buena dosis de habilidad política, porque los Springboks eran hombres grandes con grandes egos, que procedían de equipos de provincias y estaban acostumbrados a verse unos a otros como feroces enemigos en la gran competición nacional, la liga sudafricana, la Currie Cup.

La división entre afrikaners e ingleses era otro inconveniente. Una prueba inmediata de la capacidad de liderazgo de Pienaar fue su forma de manejar a James Small, uno de los «ingleses» de más talento en el rugby sudafricano. Small, un jugador relativamente bajo y menudo, de 1,80 metros y 100 kilos de peso, era uno de los corredores más rápidos del equipo y uno de los caracteres más volátiles. La alegría de Pienaar por haber vencido a Inglaterra la semana antes de conocer a Mandela se había visto empañada por una cosa que le había dicho Small en el terreno de juego durante el partido. Un desliz de Small había hecho que concedieran un penalti a Inglaterra. Pienaar le regañó con un brusco «¡Pero hombre, James!», a lo que Small replicó: «¡Vete a la mierda!» Pienaar se

quedó asombrado. En otros deportes, el papel del capitán, muchas veces, es meramente simbólico o ceremonial, pero en el rugby tiene auténtico peso. El capitán no sólo ejerce mucha autoridad táctica durante un encuentro, ordenando jugadas que, por ejemplo, en el fútbol, indican los entrenadores desde las bandas, sino que, por tradición, tiene un gran componente místico. Se supone que el resto del equipo le trata con un respeto similar al de los alumnos de un colegio por el director o el de los soldados por su oficial al mando. El «vete a la mierda» de Small era un acto de insubordinación tan grave que, de haberlo dejado pasar, podía haber acabado erosionando la influencia de Pienaar con todo el equipo. Después del partido, François, que era mucho más alto que Small, se lo llevó aparte y le dijo con firmeza que nunca, nunca, debía volver a hablarle de esa forma en el campo. Small tenía fama de participar en peleas de bares y era más agresivo que Pienaar, pero comprendió a la perfección lo que le decía su capitán. Nunca volvió a increparlo.

Sudáfrica estaba compensando los años perdidos por el aislamiento con una repentina avalancha de partidos internacionales, y viajó a Nueva Zelanda por primera vez en trece años en julio de 1994; perdió por la mínima un partido y empató otro contra los All Blacks neozelandeses, considerados por todos los favoritos para la Copa del Mundo del año siguiente. En octubre, los Springboks jugaron dos partidos en casa contra Argentina, otra selección fuerte, y ganaron ambos. Small fue la estrella del segundo encuentro, pero las celebraciones de esa noche acabaron con él en otra pelea de borrachos. El incidente, que comenzó cuando una mujer en un bar pellizcó el trasero del jugador, recibió gran cobertura en los medios. Le prohibieron que fuera a una gira por Gran Bretaña el mes siguiente, en la que los sudafricanos derrotaron de forma convincente a Escocia y Gales e intimidaron a todos los que les vieron con la implacable ferocidad de su juego.

Los Springboks estaban ya centrados en una sola cosa. Lo único que les preocupaba era la Copa del Mundo, que iba a comenzar a finales de mayo del año siguiente. Ni Pienaar, ni Small, ni ningún otro jugador prestaba la menor atención a la política sudafricana, en la que estaban sucediendo muchas cosas.

Noviembre de 1994 había sido el mes de mayor incertidumbre del medio año que llevaba Mandela en el poder. Había dejado en manos de sus ministros la dura tarea de proporcionar viviendas y servicios públicos a aquellos a los que el apartheid había negado deliberadamente los elementos básicos de una vida moderna digna. Él tenía que trabajar para convertirse en el padre de toda la

nación, hacer que todo el mundo tuviera el sentimiento de que él simbolizaba su identidad y sus valores. Ése era el motivo por el que una parte de él siempre observaba con cautela a los miembros más recalcitrantes de la nueva familia que estaba tratando de crear, la derecha afrikaner. Y eso significaba preocuparse también por la policía. Mandela estaba bastante tranquilo respecto a la Fuerza Sudafricana de Defensa, a cuyos generales afrikaner se habían unido, en las altas instancias, antiguos jefes de Umkhonto we Sizwe. Los generales de la FSAD eran disciplinados. La policía era más incontrolable, y casi todos los mandos de la era del apartheid continuaban en sus puestos. Los servicios de inteligencia del gobierno, hasta entonces utilizados para vigilar a la izquierda, habían empezado a concentrar sus energías en ese 50 % de los antiguos partidarios del general Viljoen que no había participado en las elecciones de abril y de cuyas filas descontentas habían surgido los terroristas que colocaron las bombas antes de los comicios.

La sensación predominante entre los sudafricanos blancos, tras la toma de posesión de Mandela, era de alivio. El apocalipsis se había ido por donde había venido y la vida seguía como siempre. No se habían erigido las guillotinas y los funcionarios, en general, seguían en sus puestos. Pero los blancos no se libraron de su mezcla inherente de culpa y miedo de la noche a la mañana. Empezó a preocuparles si aquello no sería la calma antes de la tormenta, si podía haber un cambio repentino de política sobre los puestos en la administración para los blancos, precipitados por el inevitable clamor que esperaban oír entre los negros exigiendo una gratificación económica inmediata. Como muestra de hasta qué punto los blancos seguían subestimando la inteligencia de sus vecinos negros, empezaron a circular historias sobre «chicas de la limpieza» y «chicos del jardín» negros que entraban en los cuartos de estar de sus «señoras» y sus «señores» y les exigían las llaves de sus hogares.

En realidad, los sudafricanos negros eran, en su mayor parte, suficientemente astutos y pacientes para saber que Roma no se construiría en un día. Confiaban en que su gobierno acabaría por cumplir sus promesas, pero eran conscientes de que arrojar a los blancos al mar no era bueno para nadie. Por eso habían votado por el CNA, y no por el CPA.

La generosidad que había supuesto esa elección se escapaba a la comprensión de un gran sector de la población blanca, entre la que pocos miembros tenían la menor idea de lo que pensaban los negros. El general Viljoen, el político accidental, también seguía preocupado, todavía con dudas

sobre si había hecho bien, desde el punto de vista de su gente, al abandonar la opción del *Boerestaat* y sumarse a la buena fe del CNA de Mandela. Le inquietaban también las posibilidades de violencia que podían representar sus antiguos aliados, fuertemente armados y, en algunos casos, no del todo en su sano juicio. Mandela, que hablaba de estas cuestiones con Viljoen, con quien tomaba el té de forma habitual, vio sus temores confirmados la noche del 5 de noviembre.

Ese día, los Springboks habían aniquilado a un equipo galés con tal estilo y tanta pasión que el entrenador, Kitch Christie, proclamó convencido que podían ganar la Copa del Mundo. Seguramente, Johan Heyns, como otros muchos afrikaners, se había formado la misma opinión. Pero no vivió para verlo. Esa noche, cuando estaba sentado en su casa de Pretoria, jugando a las cartas con su mujer y sus dos nietos, de ocho y once años, le mataron de un disparo. Un pistolero le asesinó desde el exterior de un balazo en la nuca.

El profesor Johan Heyns, que tenía sesenta y seis años, había sido un pilar del sistema del apartheid en su cargo de moderador de la Iglesia Reformada Holandesa entre 1986 y 1990. Pero también había sido un motor del cambio político y había puesto fin a treinta años de conflicto con Braam Viljoen y el pequeño grupo de teólogos disidentes que pensaban como él, al reconocer que era un error creer que el apartheid tenía su justificación en la Biblia. Eso fue en 1986. Su última acción como jefe de la mayor Iglesia afrikaner había sido atreverse a declarar en 1990, poco después de que Mandela saliera en libertad, que el apartheid era un pecado. Había vivido su propia conversión durante una estancia prolongada en Europa a principios de los años ochenta. «Me había educado en la idea de que los negros eran culturalmente inferiores a los blancos —confesó en una ocasión Heyns—. El contacto con negros de gran nivel académico en Europa tuvo un profundo efecto sobre mí».

En 1990, cuando empezaban a sentirse los primeros espasmos de la resistencia de la derecha, Heyns dijo: «Lo que estamos experimentando ahora son los dolores de parto de la nueva nación. Y no tengo duda de que la nueva nación nacerá. Pero el nacimiento suele ir acompañado de dolor, e incluso de muerte».

El asesinato de Heyns no podía compararse al de Chris Hani en cuanto a los peligros inmediatos que representaba, pero sí llenó a la gente de aprensión. ¿Quién lo había hecho y quién podía ser el próximo? ¿Podía haber sido un antiguo miembro de la vieja policía o de los escuadrones de la muerte del

ejército? Desde luego, había sido un trabajo de profesional. El arma asesina era un fusil de gran calibre, disparado a través de una ventana, desde unos siete metros de distancia. Nadie dudaba de que había sido un acto de la extrema derecha. Pero nadie sabía quién lo había hecho, ni por qué.

Mandela estaba indignado. Heyns, con quien se había reunido en muchas ocasiones, era el tipo de afrikaner que más le gustaba. Moral y físicamente valiente, honrado hasta la médula, había tenido el valor, ya mayor, de reconocer que se había equivocado. Mandela lamentó su «pérdida para la nación sudafricana en su conjunto, tanto negra como blanca». Pero luego, tres días después de la muerte de Heyns, pasó a la ofensiva. Anunció enérgicas medidas contra la extrema derecha y acusó al gobierno anterior de no haber hecho en absoluto lo suficiente para disipar la amenaza de los extremistas. Y empezó esas medidas por la policía, entre cuyas filas sospechaba que había connivencia con los asesinos de Heyns, además de una falta de voluntad de descubrir verdaderamente a los culpables. Hasta ese momento, Mandela había andado con pies de plomo en sus relaciones con la policía. No había querido hacer lo que le pedía su instinto, que era cortar las cabezas más altas. Ahora lo hizo.

Uno de los hombres que permanecía en su puesto, seis meses después de que Mandela asumiera la presidencia, era el jefe supremo de la policía del país, el comisario Johan van der Merwe, un antiguo jefe de la Policía de Seguridad que había sido sospechoso de complicidad en operaciones sucias contra el CNA, incluidos asesinatos. Mandela estaba dispuesto a tragar muchas cosas en nombre de la paz e incluso había nombrado al líder de Inkatha, Mangosuthu Buthelezi, ministro del Interior. Pero la muerte de Heyns agotó su paciencia. «No podemos consentir que se desarrolle una fuerza de policía en oposición al gobierno», afirmó, e incluso llegó a acusar a sectores de la policía de «declarar la guerra» al CNA. Destacó personalmente a Van der Merwe y le acusó de no apoyar al gobierno democrático. Unos días después, hizo realidad sus amenazas y lo destituyó.

Dos meses después, Mandela, que esperaba alguna reacción en contra, recibió informes sobre lo que parecía una conspiración seria contra su gobierno. «Descubrí que entre la derecha existía un plan para unirse el Partido de la Libertad Inkatha y atacar juntos al CNA. Entonces fui a Pretoria. Ni siquiera lo dije en el CNA. Fui a Pretoria porque el debate se estaba produciendo allí. Después de verificar y volver a verificar los datos con la gente de los servicios de inteligencia, averigüé que un grupo de derechistas decía: “Vamos a unirnos a

Inkatha y atacar al CNA. Naciones Unidas no se inmiscuiría porque serían unos negros contra otros. No se inmiscuirán. Y tenemos que derribar este gobierno porque es un gobierno comunista.” Pero otros derechistas decían: “¡No, no podéis hacer eso! Mirad lo que han hecho por el rugby, mirad el rugby internacional que nos han dado”».

El periódico conservador *Rapport* publicó poco después un artículo que confirmaba lo que las fuentes de Mandela le habían dicho a él. La coalición de derechas estaba preparando un plan para matar al rey zulú, con la esperanza de que eso desatara una rebelión negra contra el CNA. Mandela se apresuró a asignar el caso a su gente en los servicios de inteligencia y sus oficiales de policía más leales. Además emprendió una ofensiva política, de nuevo con el rugby como instrumento, como zanahoria. Pero entonces surgió otro problema.

En la dirección del CNA, el partido mayoritario, con gran diferencia, en el gobierno de coalición que presidía Mandela, todos se habían convencido ya de que acoger la Copa del Mundo de rugby en Sudáfrica era algo positivo. Sin embargo, muchos no podían soportar la idea de conservar el nombre de Springbok. Se habían deshecho de la vieja bandera, se habían medio deshecho del viejo himno y no podía permitirse que ese nombre, el tercer gran símbolo del apartheid, siguiera siendo la enseña de un equipo que representaba a la nueva Sudáfrica. Se filtró el rumor de que la ejecutiva nacional del CNA quería cambiar el nombre, y la fraternidad afrikaner del rugby se levantó en armas.

Mandela contó posteriormente que, al principio, había estado de acuerdo en eliminar el nombre de Springbok. Pero las tensiones precipitadas por la muerte de Heyns y el despido de los jefes de policía, más las noticias sobre la conspiración derechista, le hicieron dudar. Tuvo en cuenta la situación general y decidió que debía hacer algo para apaciguar a la agitada derecha.

«Decidí actuar. Hice una declaración. Sugerí que debíamos conservar el nombre de Springbok».

Un año antes, la dirección del CNA había respondido dócilmente a la reprimenda a propósito del himno, pero esta vez la reacción fue abiertamente rebelde.

«¡Fue increíble! ¡Gente como Arnold Stofile! ¡Empezaron a atacarme! Así que les llamé uno por uno y hablé con ellos. Les expliqué la situación». Para Mandela, el nombre de Springbok era una cuestión superficial; para personas como Stofile, era algo que llevaban en el corazón, un motivo de mucha indignación acumulada. No podían verle la gracia, como hacía Mandela. Este

último telefoneó a Stofile y le pidió que pasara por su casa. «Me gustaría que hablásemos sobre este animal», le dijo.

«No le entiendo», replicó Stofile.

«Ya sabe, este animal del deporte».

Se entrevistaron al día siguiente y, después de algunos nervios, Stofile, al saber por Mandela que había un problema de seguridad nacional por medio, cedió. «Al final —contó Stofile—, estuvimos de acuerdo en no estar de acuerdo». Como hicieron los demás rebeldes del rugby del CNA. Mandela había vuelto a imponer su voluntad. El Springbok estaba a salvo, justo a tiempo para la Copa del Mundo.

CAPÍTULO XIII

SERENATA SPRINGBOK

La cuestión, ahora, era saber si los Springboks iban a salvar a Mandela. Él había arriesgado mucho por la gente del rugby, y ahora ellos debían pagarle con la misma moneda. Stofile y otros miembros del Comité Ejecutivo Nacional del CNA aún se resentían al recordar la reacción de las autoridades del rugby, tres años antes, ante su decisión de permitirles volver a jugar partidos internacionales. En el encuentro frente a Australia en 1992, Louis Luyt, presidente de la Unión Sudafricana de Rugby, había animado deliberadamente a la multitud a desobedecer las condiciones impuestas por el CNA, a ondear la vieja bandera y cantar el viejo himno. Luyt, un ex jugador gigantesco, había salido de una relativa pobreza durante su niñez para convertirse en un magnate de los fertilizantes y la cerveza, una persona tremendamente rica. La humildad no era el rasgo más visible de aquel hombre hecho a sí mismo. Tenía sesenta y dos años y era descarado, ruidoso y mandón. Odiaba que alguien le dijera lo que tenía que hacer, y mucho más si ese alguien era negro. De ahí su reacción a las normas que el CNA había tratado de imponerle en 1992.

Pero en ese breve periodo habían cambiado muchas cosas en Sudáfrica, y también había cambiado Luyt. Ablandado gracias a Mandela, como parecía ocurrirles a todos los afrikaners («Se mostró muy simpático, respetuoso y encantador la primera vez que nos vimos», contaba), Luyt había adquirido un nuevo sentido de la responsabilidad política a instancias de las autoridades internacionales de rugby, que no querían que la Copa del Mundo se convirtiese en un desastre mundial por problemas raciales. Ante esa necesidad, Luyt hizo dos nombramientos muy inteligentes. Designó a Edward Griffiths, un ex periodista de mentalidad liberal, como consejero delegado de la federación de

rugby, y a Morné du Plessis, el ex capitán Springbok que había ido a ver a Mandela en la Parade de Ciudad del Cabo el día de su liberación, como mánager del equipo para la Copa del Mundo. Griffiths se ganó muchos elogios por la habilidad con la que dirigió las operaciones de la Copa del Mundo, pero su contribución más valiosa y duradera fue el eslogan que inventó para la campaña de los Springboks. «Un equipo, un país» no sólo capturaba la imaginación de los sudafricanos, sino que transmitía el propósito de Mandela a la perfección.

Si Griffiths era el cerebro entre bastidores, Morné du Plessis era el espíritu conductor, con la misión de convertir la teoría en práctica, hacer que el comportamiento del equipo convenciera al país en general, y a la Sudáfrica negra en particular, de que el eslogan no eran palabras huecas. Además, ser mánager significaba muchas otras cosas. El trabajo era distinto del del entrenador, Kitch Christie, que estaba a cargo de todo lo relacionado propiamente con lo deportivo, con lo que ocurría en el terreno de juego, empezando por escoger a los integrantes del equipo. Las tareas de Du Plessis abarcaban todo lo que ocurría fuera del campo, como una especie de administrador: asegurarse de que estuvieran a punto todos los preparativos de viaje, que el equipamiento necesario estuviera a mano, que las cuentas estuvieran pagadas. Pero en este caso, en aquel momento de la historia de Sudáfrica, el cargo tenía un significado mucho mayor. Era para Du Plessis la oportunidad, no sólo de construir un equipo ganador, sino de hacer penitencia por lo que cada vez más consideraba que había sido su gran fallo («Una de las cosas de las que más me arrepiento en mi vida», confesó más tarde), no haber estado a la altura de las circunstancias, cuando era capitán Springbok, y no haber dicho o hecho alguna cosa que hubiera podido ayudar a mejorar la situación de los sudafricanos negros.

Du Plessis pensaba que su nuevo papel no debía limitarse a la logística. Quería que su equipo estuviera en sintonía con la nación, que captara bien la atmósfera política, quería que los jugadores comprendieran que estaban jugando no sólo para la Sudáfrica blanca sino para todo el país. Lo mejor que tenía a su favor era su credibilidad. Aquel gigantón seguía siendo una leyenda entre los sudafricanos blancos, que no habían olvidado su historial como capitán Springbok, en especial el mando y el talento desplegados en una famosa victoria contra el viejo enemigo, Nueva Zelanda, en 1976. El hecho de que Luyt escogiera a Du Plessis impresionó al CNA, porque eran conocidas las tendencias políticas liberales del segundo. No obstante, lo que le aguardaba era una tarea

delicada, y él lo sabía. «Comprendí casi de inmediato, al asumir el cargo, con qué facilidad se podía sufrir un traspiés, cómo se podía arruinar todo con un error tonto, si se decía algo equivocado, si se enviaba una mala señal».

Fue precisamente su deseo de dar con el tono apropiado lo que sugirió a Du Plessis la idea de enseñar a los Springboks a cantar la parte «negra» del nuevo himno nacional, el *Nkosi Sikelele*. Mandela y él tenían una misma misión imposible: convencer a los negros de que ejecutaran un vuelco histórico y apoyaran a los Boks. Mandela estaba realizando la labor que le correspondía dentro del CNA, transmitiendo el mensaje a su gente que «ellos» eran ya «nosotros». Du Plessis, por su parte, instó a sus jugadores a comportarse de forma respetuosa en público. Sabía que las consecuencias podían ser terribles si, antes de cada partido de la Copa del Mundo, la gente veía a los Springboks cantando la letra de *Die Stem* en afrikaans y en inglés con entusiasmo pero no la del *Nkosi Sikelele*. Si ocurría eso, el empeño de Mandela y Du Plessis estaría condenado al fracaso; la noción de «un equipo, un país» sería el hazmerreír de todos. Du Plessis tenía claro lo que había que hacer. Tenía que verse a los jugadores cantando el viejo himno de protesta y liberación. Esa imagen trastocaría la idea convencional de los negros de que los Springboks eran unos patanes afrikaner que cantaban canciones racistas y violentas.

Du Plessis no había hablado de política con ninguno de los jugadores, pero no tenía motivos para creer que fueran otra cosa que los típicos votantes del Partido Nacional, con la ignorancia y los prejuicios que eso entrañaba. «Teníamos a algunos afrikaners de pura cepa, y eso [el *Nkosi Sikelele*] estaba en xhosa, que era la lengua del que, para muchos sudafricanos blancos, había sido el enemigo. Era duro pedir a estos chicos que cantaran una canción que tenía esas connotaciones». Y era duro enseñarles a pronunciar las palabras en xhosa. En el equipo sólo había dos jugadores que hablaran el idioma. Mark Andrews, de 1,97 metros y 120 kilos de peso, se había criado en la zona rural del Cabo Oriental, la región xhosa, y había tenido contacto con la lengua de Mandela desde que nació. Hennie le Roux, más menudo y más rápido y también de aquella parte del país, hablaba asimismo un poco de xhosa. Los 24 jugadores restantes no tenían ni idea.

Por suerte, Du Plessis tenía una amiga que podía ayudar, una vecina suya en Ciudad del Cabo llamada Anne Munnik. Era una mujer blanca de treinta y tantos

años, esbelta, atractiva y llena de vida, de habla inglesa, que se ganaba la vida enseñando xhosa. Había aprendido la lengua de niña, también en la zona del Cabo Oriental, y la había perfeccionado en la Universidad de Ciudad del Cabo, donde ahora daba clases. Se quedó estupefacta cuando Du Plessis le sugirió que diera una clase a los Boks para enseñarles a cantar el *Nkosi Sikelele* y luego, cuando lo pensó un poco, dubitativa sobre el tipo de reacción que podrían tener aquellos bóers gigantescos. Pero Du Plessis insistió y ella, con algunas reservas, aceptó.

Quedaron una tarde de la tercera semana de mayo de 1995 en el hotel de Ciudad del Cabo en el que se alojaba el equipo durante los preparativos para el primer partido de la Copa contra los campeones del mundo, los australianos, para el que faltaban pocos días. Se ordenó a los jugadores que se reunieran después del entrenamiento en lo que habían empezado a llamar la sala del equipo, un espacio anodino en el que bancos y empresas de márketing locales solían celebrar seminarios para su personal, y en el que, en esos días, Kitch Christie adoctrinaba a sus jugadores sobre táctica y estrategia. En esa ocasión, les aguardaban al fondo de la sala Du Plessis y Anne Munnik.

Du Plessis, mucho más alto que la directora del coro, la presentó a los Springboks recién salidos de la ducha como una vieja amiga a la que conocía desde hacía veinte años. Los jugadores reaccionaron como adolescentes. Codazos, guiños, gestos de complicidad. «Cuando Morné dijo que había estado en mi granja varias veces, no hubo más que hablar —recordaba Anne Munnik—. Todo fue “Oh”, y “Ah”, y risitas, y carcajadas, e insinuaciones, y empezaron a tomarnos el pelo».

Pero con buena intención. Se calmaron cuando Du Plessis se puso serio y dijo: «Vamos, chicos, si cantáis el himno en voz alta y con orgullo, estaréis dando vida al lema “Un equipo, un país”». Anne Munnik miró boquiabierta el espectáculo. Era aficionada al rugby, pero nada de lo que había visto en televisión la había preparado para el tamaño de aquellos hombres en carne y hueso. Grandes y musculosos, parecían escogidos por un exageradamente entusiasta director de reparto de Hollywood para cubrir 26 papeles de gladiadores romanos. Había visto sus nombres guturales típicos del afrikaans en una lista que le había dado Du Plessis —Kobus Wiese, Balie Swart, Os du Randt, Ruben Kruger, Hannes Strydom, Joost van der Westhuizen, Hennie le Roux— y tenía la sensación de que, desde el punto de vista político, también debían de tener más en común con la extrema derecha que con el CNA, con *Die*

Stem que con el *Nkosi Sikelele*. Pero empezó su clase: dio a cada jugador una hoja de papel con la letra de la canción y les hizo leerla, repitiendo las palabras más difíciles e intentando reproducir los sonidos chasqueantes del xhosa, casi imposibles para personas que no los hubieran aprendido desde niños. «Luego, cuando llegó el momento de cantar —contaba, aún sorprendida, años más tarde —, lo hicieron con mucho sentimiento».

Algunos más que otros. Kobus Wiese, Balie Swart y Hannes Strydom tenían talento natural. Wiese y Strydom medían 1,93 metros y pesaban 125 kilos; Swart medía casi ocho centímetros menos, pero era tan ancho como la puerta de un establo. Todos estaban extraordinariamente en forma, como debía ser para jugar el rugby tan brutal por el que eran famosos los Boks. Y les gustaba mucho cantar. Wiese (pronunciado «Vise») era uno de los payasos del equipo y un hombre cuya agudeza mental parecía impropia de su tamaño, pero nadie habría podido acusarlo nunca de ser progresista. La liberación de Mandela había emocionado a Du Plessis, había inspirado a su compañero de equipo Joel Stransky, había supuesto un vuelco para Pienaar, pero a Wiese, según reconocía él mismo, le había dejado frío. Swart era uno de los miembros más discretos del equipo, pero, como era más viejo que la mayoría, y más fornido, exigía e inspiraba respeto. Wiese y Swart eran muy buenos amigos. No sólo eran ambos delanteros, unidos entre sí de forma casi diametral durante los frenéticos amontonamientos humanos que el rugby dignifica con nombres como *ruck*, *maul* y *melé*, sino que cantaban juntos en un coro desde hacía años.

Wiese se asombró al ver con qué rapidez la música del *Nkosi Sikelele*, desde la primera vez que cantó el himno, había eliminado de un plumazo los escrúpulos políticos. «Había oído la canción, por supuesto —contaba—. Había visto en televisión a esas masas enormes de negros desfilando, cantando y bailando por las calles con palos y neumáticos en llamas; les había visto arrojar piedras e incendiar casas. Y siempre se oía el *Nkosi Sikelele iAfrika* de fondo. Para mí, y prácticamente para todos los que conocía, el himno era sinónimo de *swart gevaar*, el peligro negro. Pero el caso es que me gusta mucho cantar. Siempre me ha gustado. Y de pronto descubrí, para mi asombro, que estaba atrapado en el canto, que era una melodía preciosa».

Os du Randt, el más joven del equipo con veintidós años, pero el más pesado, con 1,88 metros y 130 kilos, cantaba con timidez, como si no quisiera que lo vieran. Llamado «el Buey», había servido en el ejército en un regimiento de carros de combate, aunque era un misterio para todos cómo había conseguido

meterse en un vehículo tan cerrado. Ruben Kruger, de 1,85 y sólo 112 kilos, era uno de los jugadores más menudos en la delantera, pero fuerte como un ñu, con unos músculos cultivados desde muy pequeño en un negocio familiar en el que su principal ocupación era acarrear grandes sacos de patatas sobre los hombros. Pienaar, como siempre, trató de dar ejemplo y se unió lleno de buena voluntad, pero le costaba muchísimo la pronunciación de las palabras y tenía la canción en sí mucho menos presente —«pocos de nosotros conocíamos ni siquiera la melodía, la verdad»— que Wiese, con toda su falta de progresismo.

Wiese, Swart, Kruger, Pienaar, Du Randt y Mark Andrews eran algunas de las estrellas en el «pack» de la delantera. Los jugadores que ocupaban las veloces posiciones de «tres cuartos» casi parecían, a primera vista, pertenecer a una especie diferente. A Anne Munnik le llamó la atención el contraste. No sólo tenían un tamaño más normal, sino que sus rostros eran menos temibles, sus narices estaban menos torcidas y sus orejas no estaban deformadas por horas y horas de frotarlas contra gruesos muslos peludos en la sudorosa y jadeante fábrica de carne de las melés. Eran los galanes de los Springboks, los David Beckham del rugby.

James Small, que, cuando no jugaba al rugby, era modelo, era el chico malo, el que había estado proscrito de la gira del año anterior por Gran Bretaña después de una pelea de bar. Sin embargo, Munnik advirtió que nadie cantaba la canción con tanto sentimiento como él. «Estuvo todo el tiempo a punto de llorar», decía. Al sudafricano corriente aficionado al rugby, conocedor de sus líos fuera del terreno de juego, le habría resultado difícil creerlo, pero a sus compañeros de equipo, no. Todos los que le conocían tenían la sensación de que vivía al límite, de que, si no hubiera sido por la válvula de escape que el rugby proporcionaba a sus emociones desmesuradas, su personalidad descontrolada y violenta habría podido enviarle detrás de las rejas. Él era el primero en decirlo. «Soy muy afortunado —explicaba—. Yo era un tipo duro, podía haber acabado en la cárcel. Iba a los clubes más siniestros de Johanesburgo por la noche. Muy fácilmente podría haber acabado recibiendo un disparo».

Pero había otro motivo por el que se emocionó tanto cuando empezó a cantar el viejo himno negro. Él sabía lo que significaba vivir marginado. El apartheid también existía en el rugby, entre los blancos. «Sé lo que es estar en la parte perdedora —decía—. Yo era un inglés que practicaba un deporte de holandeses. Cuando empecé a nivel provincial, los jugadores afrikaners me hacían muchas faenas. Tanto mi equipo como los rivales me hacían sentir que no era

bienvenido. Algunos jugadores de mi propio equipo trataban de que seleccionaran a sus compañeros afrikaner antes que a mí. Me hacían el vacío, y recibí muchas palizas. Cuando me seleccionaron para los Springboks, al principio, me hicieron tanto daño que mi padre quiso denunciarlo a la policía. Lo que querían dejar claro es que éste era un deporte de afrikaners, y no había sitio para un inglés. El inglés era un intruso». Ésa era precisamente la opinión que había tenido Pienaar de «los ingleses» cuando era adolescente, como lo demuestra el orgullo que sentía de que su equipo nunca hubiera perdido contra otro de un colegio «inglés». «Pero usé todo eso como estímulo —decía Small—, y, al final, me salí con la mía. Me convertí en un Springbok. Toda aquella experiencia me enseñó a valorar al de fuera, a simpatizar con quienes no habían tenido, en mi país, las oportunidades que yo había tenido».

Un afrikaner que nunca mostró a Small más que amabilidad y respeto era Morné du Plessis. Su influencia también se vio en la reacción de Small cuando tuvo que aprender el himno negro. «Veía las cosas de forma muy distinta que un año antes. A medida que nos acercábamos a las elecciones de 1994, me dejé arrastrar por el miedo que tenían muchos blancos de que fuera a haber caos, violencia, venganza. Por eso compré un arma por primera vez en mi vida. Tenía miedo. Y, sin embargo, un año después… ¡estaba cantando el *Nkosi Sikelele*! Pero no habría sido posible sin Morné. Él fue el que nos convenció de que debíamos representar a Sudáfrica como colectivo, que teníamos que comprender de verdad lo que significaba ser sudafricano en una Sudáfrica que no tenía más que un año de edad. Fue gracias a él como entendí que aprender el *Nkosi Sikelele* era parte de eso».

Chester Williams no se sintió tan conmovido como Small por el canto de liberación. Como Small, Williams era un jugador fornido y rápido que jugaba en el ala. A diferencia de Small, era un hombre discreto, cuya timidez le hacía parecer frío. Williams era el único jugador no blanco en el equipo, pero eso no quería decir que tuviera más facilidad que Small para el xhosa o el zulú. Era un «mestizo», según las normas de la Ley de Inscripción de la Población, difunta desde hacía poco. Los «mestizos» —o, como decía la apelación políticamente correcta, «los llamados mestizos»— eran el subgrupo menos comprometido políticamente de los cuatro principales del apartheid; los otros eran negros, blancos e indios. Como eran una mezcla de razas, también eran los que

contenían más diversidad física. En su mayoría coincidían más con la idea habitual del negro africano que con el blanco europeo, pero el grupo étnico al que los mestizos solían sentirse más próximos eran los afrikaners, sobre todo porque en casa hablaban la misma lengua que ellos. A esa categoría general pertenecía Chester Williams: de aspecto africano, de lengua afrikaans, apolítico.

No es que los afrikaners mostrasen ningún respeto especial por los mestizos. La esposa de F. W. de Klerk, Marike, hizo unas celebradas declaraciones sobre los «mestizos» en 1983 que le pasaron factura más tarde, cuando su marido trataba de asumir cierto grado de respetabilidad «no racial». «Son un grupo negativo, ¿sabe? —había dicho la futura primera dama—. La definición de mestizo en el registro de la población es alguien que no es negro, no es blanco y no es indio, en otras palabras, una no persona. Son los restos. Son la gente que quedó cuando se repartieron las naciones. Son los demás».

La evolución en el trato que recibía Williams de sus compañeros Springboks entre el momento de incorporarse al equipo, en 1993 —el año en el que se formó el Volksfront—, y la Copa del Mundo, dos años más tarde, fue un reflejo del cambio radical en la relación de la gente blanca en general, y los afrikaners en particular, con sus compatriotas de piel oscura. «Fue una época difícil para mí —decía Williams, hablando de sus primeros días como Springbok—. La gente no me aceptó. Yo intentaba entablar conversación, pero me dejaban solo».

En un libro coescrito por él, Williams fue más lejos y llegó a afirmar que James Small, entre otros, le llamaba *kaffir* y sugería que estaba en el equipo, no por mérito, sino porque era «el negro simbólico». Small se sintió herido por esas afirmaciones, y Williams, hasta cierto punto, se desdijo. Según Small, Williams se disculpó posteriormente delante de todo el equipo y ambos hicieron las paces. En una entrevista realizada poco después de que hubiera pasado la tormenta, Williams pareció un poco avergonzado por algunas de las cosas que aparecían en el libro y reconoció que quizá había habido algunas exageraciones. Pero insistió en que se había sentido discriminado. «Sólo con el paso del tiempo vi que la gente cambiaba, que cada vez me aceptaban más; en 1995, ya me habían aceptado por completo como miembro del equipo, por mis propios méritos».

El equipo, en cierto modo, tenía poca elección, puesto que los responsables de márketing del rugby sudafricano habían escogido a Chester Williams como el rostro evocador de la Nación Arcoiris en el torneo. Para él era una situación extraña, dado su carácter retraído, pero, para su asombro y el de sus compañeros, cada vez que iban a algún lugar del país, su rostro les contemplaba desde

enormes carteles publicitarios. También debía de ser un poco confuso, y no totalmente convincente, para los sudafricanos negros, no sólo porque Williams era «mestizo» (gustara o no, y al CNA no le gustaba, las etiquetas, muchas veces, seguían existiendo), sino porque era sargento en la Fuerza Sudafricana de Defensa, una institución en la que había servido durante el apartheid. Williams, cuya relación con los negros había sido mínima, cuyas lenguas no hablaba, seguramente entendió esa reacción mejor que la gente de márketing, cuyas ideas tenían más impacto entre los blancos que entre los negros, entre los visitantes extranjeros que entre los sudafricanos en general. En una subasta llevada a cabo a principios de mayo, Williams miró asombrado cómo un retrato de él se vendía por lo que entonces equivaldría a 5.000 dólares. Sudáfrica estaba vendiendo al mundo una imagen de sí misma que el mundo quería comprar.

El sueño que había tenido Joel Stransky al ver en un bar francés, por televisión, la salida en libertad de Mandela, de que el mundo volviera a aceptar a Sudáfrica, se había hecho realidad e incluso se había visto superado. No sólo iba a jugar al rugby por su país, sino que lo iba a hacer en una Copa del Mundo. E iba a ocupar el puesto fundamental de medio apertura, que, en su caso, incluía también la enorme responsabilidad de lanzar los penaltis, de los que tantas veces dependía el resultado de los grandes encuentros. Para sus obligaciones necesitaba nervios de acero además de una gran audacia física, porque, con 1,75 metros de altura y 95 kilos de peso, tenía que soportar las cargas más brutales de hombres mucho más voluminosos que él. Sin embargo, al empezar la clase de canto, estaba nervioso y habría preferido estar en otro sitio. «Soy una de esas personas que odian cantar —explicaba—. Es casi una fobia». Pero se sorprendió a sí mismo. «Todos sabíamos el contenido político de aquella canción, y habíamos oído hablar mucho de ella y, de pronto, allí estaba, aprendiendo la letra, y era algo verdaderamente especial».

Hennie le Roux, uno de los miembros más serios del grupo e íntimo amigo de François Pienaar, se dedicó con gran aplicación a las lecciones de Anne Munnik. Con un gran talento para correr sorteando al contrario y el más versátil de los tres cuartos del equipo, Le Roux era tan poco político como los demás, pero tenía ya muy clara la necesidad nacional de aprender el *Nkosi Sikelele*. Lo había comprendido, como otros Springboks, a su llegada al hotel de Ciudad del Cabo unos días antes, cuando el personal, en su mayoría negro, salió a recibirles

en el vestíbulo. «Nos recibieron cantando, bailando y celebrando, felices de vernos, muy acogedores. Fue algo que no habíamos visto nunca en nuestras carreras, unos negros ahí delante, saludándonos con tanto entusiasmo como el que nos mostraban las muchedumbres de aficionados blancos más enloquecidos. Fue un gran momento para todos nosotros». James Small lo decía de forma más directa. «Nos miramos entre nosotros y pensamos: "¡Joder, aquí está pasando algo!"» Para Le Roux, ése fue el momento en el que comprendió que tenía que poner algo de su parte. «Si ellos estaban tan dispuestos a estar a nuestro lado, lo menos que podíamos hacer nosotros era un esfuerzo para aprender su canto. El recuerdo de aquellas escenas de nuestra llegada mientras estábamos aprendiendo la canción hizo que me resultara mucho más emocionante».

Pienaar estaba tan emocionado como su amigo, pero su motivación era todavía más personal. Era el único Springbok que había hablado cara a cara con Mandela y estaba especialmente ansioso de que su equipo proyectase una imagen que agradase al presidente. Pero también pensaba, como hacía siempre con una minuciosidad implacable, que lo que el equipo hiciera fuera del terreno de juego podía mejorar su actuación en él. Y, mientras se oía a sí mismo y a sus compañeros cantando, su cerebro de rugby se puso en marcha. Comprendió que la victoria en un partido de rugby de primera categoría era en un 50 % cuestión de psicología, y vio en la canción un valor deportivo, más allá de la política. «En aquel mismo instante decidí que aquello era una ventaja inesperada que nos había proporcionado Morné; que podía aportarnos algo especial antes de empezar a jugar, si lo respetábamos y sentíamos su energía —explicó después Pienaar, que añadió, sonriendo y meneando la cabeza—: Ahora… es asombroso, si se piensa. ¡Los chicos afrikaners cantando aquel himno!»

Anne Munnik estaba a punto de acabar la clase cuando los tres jugadores más grandes del equipo, Kobus Wiese, Hannes Strydom y Balie Swart, alzaron la mano: ¿podían cantar el himno una vez más, ellos tres solos? «Dije: "¡Por supuesto!" Y empezaron a cantar, como tres niños de coro gigantes, primero en voz baja, subiendo hasta las notas más altas. ¡Lo cantaron de forma tan hermosa! Los demás jugadores se quedaron boquiabiertos. No hubo risas ni bromas. Simplemente los miraron».

Para los tres gigantes, cantar aquella canción tuvo el poder de una epifanía. «¡Allí se quedó mi inocente ignorancia, hecha añicos! —exclamaba Wiese—. Cuando aprendí la letra de aquel canto, se me abrieron las puertas. Desde entonces, cada vez que oigo a un grupo de negros cantando el *Nkosi Sikelele*…,

es deslumbrante, tío. Es precioso».

Uno podía tener tantas dudas sobre los Springboks como Justice Bekebeke o verlos con tanta generosidad como Mandela, pero cualquier sudafricano negro que hubiera entrado en aquella sala mientras el trío de bóers rompía a cantar también se habría quedado deslumbrado.

CAPÍTULO XIV

SILVERMINE

El 25 de mayo de 1995, los Springboks iban a enfrentarse a los vigentes campeones del mundo, Australia, en el primer partido de la Copa del Mundo en Ciudad del Cabo. El día anterior, el equipo estaba reunido en Silvermine, una vieja base militar dentro de una reserva natural montañosa en la península de El Cabo, donde habían establecido un campo de entrenamiento temporal. Silvermine, situado en la mitad oriental de la estrecha cintura de la península, es uno de los lugares más hermosos de Sudáfrica. Hacia el norte, se ve el simbólico monolito de Table Mountain. Hacia el sur, el extremo rocoso en el que se unen el Océano Índico y el Atlántico. Por todas partes hay acantilados, bosques, valles y el mar.

Los jugadores acababan de terminar una sesión de tarde de entrenamiento cuando levantaron la vista y vieron un gran helicóptero militar que bajaba desde el cielo. Morné du Plessis, al que habían avisado de la visita, se había puesto chaqueta y corbata. Mientras los demás miraban boquiabiertos la máquina voladora que descendía hacia el suelo, les anunció que era Mandela, que venía a verlos. Siguieron mirando cómo salía Mandela del aparato, debajo de la hélice, vestido con una reluciente camisa suelta roja y naranja, con el estilo que se había convertido en la imagen de marca de su presidencia. Se aproximó con una sonrisa hacia los jugadores, y ellos se apelotonaron y empezaron a darse codazos unos a otros como fotógrafos en una rueda de prensa, estirando el cuello para ver mejor.

Mandela hizo varios comentarios casuales que despertaron las risas, y luego Du Plessis pidió silencio para que el presidente pudiera dirigir unas palabras al equipo.

Para su sorpresa, Mandela comenzó abordando los mismos temas serios que solía tocar cuando hablaba con blancos (aquel día, todo su público era blanco, porque Chester Williams estaba ausente, recuperándose de una lesión). Les recordó que el CNA había prometido que el nuevo gobierno iba a mantener al jefe del ejército, el comisario nacional de policía, el gobernador del Banco de la Reserva y el ministro de Finanzas, y que, un año después de las elecciones, el gobierno había cumplido su palabra. Como afrikaners, no tenían nada que temer del CNA. Ni tampoco, añadió Mandela con una sonrisa, de sus rivales del día siguiente.

«Os enfrentáis a los campeones del mundo, Australia. El equipo que gane este partido seguirá hasta la final —predijo, antes de recuperar un tono solemne —. Ahora tenéis la oportunidad de servir a Sudáfrica y unir a nuestro pueblo. En cuestión de mérito, sois iguales a cualquier otro en el mundo. Pero jugáis en casa, y eso os da ventaja. Recordad, todos nosotros, blancos y negros, estamos con vosotros».

Los jugadores vitorearon y aplaudieron, y luego Mandela se detuvo a charlar con todos uno por uno. «Me preguntó por qué me había vestido con tanta formalidad para recibirle —recordaba Du Plessis—. Pero lo más asombroso fue la química. Los jugadores se sintieron atraídos hacia él inmediatamente». Kobus Wiese reconoció: «No puedo recordar por qué nos reíamos, pero recuerdo que nos reímos con Mandela todo el rato que estuvo allí».

De pronto, Hennie Le Roux, el corpulento centro tres cuartos, decidió ofrecer a Mandela una señal de agradecimiento por haberse molestado en ir a visitarles. Cuando el presidente llegó donde estaba él, le entregó su gorra verde de Springbok y le dijo: «Por favor, tómela, señor presidente, es para usted. —Hizo una pausa y añadió—: Muchas gracias por estar aquí. Significa mucho para el equipo».

Mandela la cogió, sonrió y dijo: «Muchas gracias. ¡La voy a llevar!» Se puso la gorra allí mismo.

François Pienaar puso el sello a la ceremonia de la montaña con un breve mensaje de despedida a Mandela. Se refirió al partido del día siguiente y declaró: «Hay una persona para la que ahora sabemos que tenemos que jugar, y es el presidente».

El encuentro de Silvermine redefinió los sentimientos de los Springboks respecto a su presidente y su país. Cuando intentó describir el momento en el que Mandela subió al helicóptero y se alejó, a Du Plessis casi le faltaban las

palabras. «Miré a los jugadores mientras contemplaban el helicóptero y estaban como niños, saludando, llenos de… entusiasmo. Aquellos chicos habían visto un millón de helicópteros, pero Mandela… se había ganado sus corazones».

Y les hizo bien como equipo de rugby. Pienaar había estado preocupado por la tensión entre sus compañeros de equipo la víspera del comienzo del campeonato. Normalmente, habría tratado de romperla con una canción o una película, pero, en esta ocasión, Mandela lo había hecho por él. Un año antes, Mandela había conseguido que Pienaar se encontrara a gusto en el despacho presidencial. Ahora había hecho lo mismo con el equipo entero. «Relajó a los chicos. Su trato con el equipo fue jovial, siempre sonriente, siempre con pequeñas bromas. Y siempre tiene tiempo para todos. Se detiene a hablar, y aquella vez hizo que los jugadores se sintieran cómodos. Fue una cosa muy especial antes del partido inaugural».

Mandela tal vez rebajó el estrés de los Springboks, pero no pudo eliminarlo por completo. Hay pocos jugadores que mueran en un campo de rugby, pero, por lo demás, ningún otro deporte es más parecido —por el dolor soportado y la brutalidad de los choques— a la guerra. Los jugadores de rugby dan y reciben golpes tan duros como los de fútbol americano, pero sin cascos, hombreras ni otros elementos de protección. Y el rugby exige mucha más capacidad de resistencia que el fútbol americano. Cada partido de rugby consiste en dos mitades de 40 minutos con un único intermedio de 10 minutos entre ellas y ningún tiempo de descuento salvo en caso de lesiones. Pero el miedo físico no dominaba tanto la mente de los jugadores como el peso de la expectación nacional. En menos de 24 horas iban a enfrentarse a los Wallabies australianos, uno de los cinco equipos con serias posibilidades de ganar la Copa, junto con Francia, Inglaterra, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Mandela les había hecho sentirse especiales, pero todavía estaba por ver si los Springboks podían canalizar esa presión a su favor durante el partido o caer aplastados bajo su peso.

También estaba por ver cuánto apoyo iban a dar verdaderamente los negros a los Springboks, hasta qué punto habían triunfado los esfuerzos de Mandela para convencer a su gente de que la vieja camiseta verde y oro ahora era también la suya.

La Unidad de Protección Presidencial era un barómetro tan bueno como cualquier otro para medir el ambiente nacional. Era un grupo de sudafricanos que, la noche antes del partido contra Australia, se fueron a la cama tan tensos como los propios Springboks. Pero por diferentes motivos. «La preocupación

por la seguridad en aquel primer partido contra Australia era enorme y las medidas tomadas, muy numerosas», explicaba después Linga Moonsamy, ex guerrillero del CNA y miembro de la UPP desde la toma de posesión de Mandela. «Pasamos semanas preparándonos para aquel día. Examinamos repetidamente cada rascacielos alrededor del estadio. Colocamos francotiradores en las azoteas en puntos estratégicos, pusimos gente en los puntos más débiles dentro del estadio».

La UPP se sentía unida en su misión pero dividida en dos entre negros y blancos, entre antiguos miembros de Umkhonto we Sizwe, como Moonsamy, y antiguos miembros de la Policía de Seguridad. «Los tipos de Umkhonto y los policías habíamos sido enemigos mortales, literalmente, habíamos querido matarnos mutuamente durante años —contaba Moonsamy—, aunque hay que decir que ellos lo consiguieron mucho más que nosotros».

Y esa división se extendía al rugby. El hecho de estar acompañando a Mandela un día sí y otro no durante un año había suavizado el aspecto más duro de Moonsamy. Pero todavía no llegaba a apoyar de corazón a los Springboks ni, en realidad, a entender verdaderamente de qué iba el rugby.

«Habían corrido muchos rumores de que la extrema derecha iba a utilizar la competición para preparar un acto terrorista contra la nueva democracia, contra el propio Mandela —recordaba Moonsamy—. Nuestros colegas blancos eran tan conscientes de esa posibilidad como nosotros y estaban tan preparados como nosotros, pero la gran diferencia era que estaban todavía más nerviosos por el resultado del partido. Nosotros les mirábamos, sonreíamos y meneábamos la cabeza. No lo entendíamos».

Llegado el momento, la preparación de la UPP valió la pena. El partido entre Sudáfrica y Australia se desarrolló sin incidentes. Mandela llegó en helicóptero desde la residencia presidencial en Ciudad del Cabo hasta un edificio alto próximo al estadio. Desde allí se trasladó en un BMW blindado de color gris metalizado con Moonsamy, que aquel día era el guardaespaldas número uno e iba sentado en el asiento del copiloto, delante de él. En medio de toda la emoción, Mandela no había olvidado la gorra de Hennie Le Roux. Se la puso en la ceremonia de inauguración del torneo, donde los 16 equipos que participaban desfilaron en el estadio de Newlands, al lado de 1.500 bailarines (o 1.501, porque el propio Mandela se unió y se puso a brincar), antes de dar paso al partido. Y se la puso cuando salió al campo a dar la mano a los dos equipos, en medio de los cálidos vítores de una muchedumbre abrumadoramente blanca,

50.000 personas, entre las que se veían abundantes banderas sudafricanas nuevas. Siguió con la gorra puesta cuando los Springboks cantaron los dos himnos nacionales con la misma emoción, aunque todavía fuera evidente que se sabían mejor la letra de *Die Stem*.

El partido fue un triunfo para los Springboks. Toda la tensión les había favorecido y, al final, derrotaron a Australia, que llevaba invicta 14 meses, con más comodidad de la que sugería el resultado: 27-18. Joel Stransky fue la estrella del partido, al marcar 22 puntos, 17 de ellos de chut y uno con un ensayo sobre la línea. Cuando el partido estaba acabando, apareció en medio de la multitud una pancarta pintada a toda prisa que decía: «Olvidémonos del rinoceronte. ¡Salvemos al Wallaby!» Los australianos, feroces competidores en todos los deportes que practicaban, aceptaron la derrota con elegancia. «No hay duda de que ha ganado el mejor equipo —dijo Bob Dwyer, su entrenador—. Cualquier otro resultado, si lo hubiéramos logrado colar, habría sido injusto».

Esa noche, los Springboks lo celebraron como suelen hacerlo los jugadores de rugby, bebiendo hasta las cuatro de la mañana y llevados en hombros por todas partes. A la mañana siguiente, Kitch Christie, el entrenador, no les perdonó la carrera diaria a las nueve, desde el centro de la ciudad hasta la orilla del mar, pero el dolor de la resaca se vio aliviado por todos los transeúntes que les felicitaron por el camino.

Un día después, con las cabezas todavía doloridas, se encontraban en un ferry que se dirigía a Robben Island. Fue una idea de Morné du Plessis, que había visto el enorme impacto que iba a tener el «Un equipo, un país», no sólo por lo positivo que podía ser para la nación, sino por lo que podía beneficiar al equipo.

«Había una relación causa-efecto entre el factor Mandela y nuestra actuación en el campo —decía Du Plessis—. Causa y efecto en mil frentes. En cómo superaban los jugadores la barrera del dolor, en un deseo superior de ganar, en tener la suerte de tu lado porque tú te fabricas tu propia suerte, en todo tipo de detalles mínimos que, juntos o por separado, marcan la diferencia entre ganar y perder. Aquel día todo convergió a la perfección. Nuestro deseo de ser el equipo de la nación y el deseo de Mandela de convertir el equipo en el equipo nacional».

Robben Island todavía se usaba como cárcel, y todos los presos eran negros o mestizos. Parte de la jornada consistió en conocerlos, pero antes los jugadores vieron, por turnos, la celda en la que Mandela había pasado dieciocho de sus

veintisiete años en cautividad. Los jugadores entraron en la celda de uno en uno o de dos en dos; no cabían más. Como acababan de conocer a Mandela, sabían que era un hombre alto como casi todos ellos, aunque no tan corpulento. No hacía falta gran imaginación para comprender los problemas, físicos y psicológicos, de estar tanto tiempo encerrado en un sitio tan pequeño. Pienaar, que había leído algo sobre el pasado de Mandela, sabía también que de aquella celda, o al menos de aquella prisión, era de donde había surgido gran parte de la energía y la planificación del boicot a las giras internacionales de los Springboks. Morné du Plessis hizo una reflexión similar, mucho más intensa aún porque él había sido uno de los jugadores directamente afectados. Steve Tshwete, ahora ministro de Deportes, le había dicho a Du Plessis que en aquellas celdas escuchaban los partidos de los Springboks contra los Lions británicos en 1980, y que los guardias les gritaban a los presos que dejaran de animar a los rivales, pero que ellos seguían. «¿Y sabe qué? —me decía Du Plessis—, mirando aquellas celdas, viendo lo que les hicimos sufrir, yo también habría animado a los Lions».

Después de la celda de Mandela, los jugadores salieron al patio en el que, en otro tiempo, Mandela había tenido que picar piedra. Allí les esperaba un grupo de presos.

«Estaban felices de vernos —contaba Pienaar—. A pesar de estar encerrados allí, estaban claramente orgullosos de nuestro equipo. Hablé con ellos sobre el sentimiento que teníamos de representar a todo el país, ellos incluidos, y nos cantaron una canción. James Small —nunca lo olvidaré— estaba de pie en un rincón, llorando a lágrima viva. James vivía siempre al límite, y supongo que debió de pensar: “Yo podía haber estado aquí.” Es verdad, su vida podía fácilmente haber seguido otro camino. Pero la mía también, ¿eh? —añadió Pienaar, recordando las peleas en las que se había enzarzado de joven, la vez que mató a un hombre—. Yo también podía haber acabado allí».

Small recordaba el episodio. «Los presos no sólo nos cantaron, sino que nos vitorearon y yo… rompí a llorar —dijo, con los ojos enrojecidos al recordarlo—. Allí fue donde verdaderamente tuve la sensación de que pertenecía a la nueva Sudáfrica y donde comprendí mi responsabilidad como Springbok. Allí estaba, oyendo los aplausos que me daban y, al mismo tiempo, pensando en la celda de Mandela y en que él había pasado veintisiete años en la cárcel y había salido lleno de amor y amistad. Todo aquello me abrumó, fue una iluminación tremenda, y las lágrimas corrieron por mi rostro».

CAPÍTULO XV

VER PARA CREER

«¡Mis propios seguidores me abuchearon! ¡Me abuchearon cuando les dije: estos chicos son ahora de los nuestros, vamos a apoyarlos! —Mandela fruncía el ceño al recordarlo—. Fue muy difícil…»

Estaba recordando un incidente concreto hacia el final de la Copa del Mundo, una concentración del CNA en el corazón del KwaZulu rural que representó para él las enormes dificultades a las que tenía que hacer frente para convencer a los sudafricanos negros de que apoyaran a los Springboks. Convencerles para que apoyaran un símbolo tan evocador del sufrimiento y las indignidades que había soportado durante tanto tiempo era un ejercicio de persuasión política casi tan inverosímil como el que habían llevado a cabo con Constand Viljoen. Justice Bekebeke, por ejemplo, no iba a ceder fácilmente en este aspecto. Como decía él, «esos afrikaners del rugby eran precisamente los que peor nos trataban. Ésos eran los que nos echaban a patadas de las aceras. Ésos —los blancos matones y grandullones— eran los que nos decían "quítate, *kaffir*"».

Pero sus circunstancias en ese momento, como correspondía al nuevo espíritu imperante en el país, habían cambiado. Después de haber evitado la horca, en mayo de 1995 estaba a punto de obtener su licenciatura en Derecho, a finales de ese año. Estaba de acuerdo con el compromiso histórico que había elaborado Mandela, estaba a favor de que blancos y negros compartieran el gobierno; sin embargo, había un límite.

«Yo era un miembro leal del CNA —explicaba posteriormente—, creía en la filosofía del no al racismo y era admirador de Mandela. El ejemplo que me había dejado Anton Lubowski era una garantía inamovible de que nunca sería racista.

Pero los Springboks, el emblema Springbok del que tanto se enorgullecía aquella gente, lo odiaba. Para mí seguía siendo un potente y detestable símbolo del apartheid».

Ese símbolo fue exactamente lo que los partidarios del CNA en la concentración de KwaZulu vieron ponerse a Mandela sobre la cabeza a mitad de su discurso. Era la gorra Springbok que le había regalado Hennie le Roux. Mandela había llegado al pueblo a celebrar el aniversario del suceso que desencadenó la revolución sudafricana, el día de 1976 en el que los niños de Soweto se alzaron contra sus maestros del apartheid. Sin embargo, le abuchearon.

Al escoger aquel lugar, Ezakheni, para realizar su gesto, Mandela quizá estaba tentando la suerte. Primero porque, como señaló en su discurso aquel día, era en los lugares más atrasados, como Ezakheni, donde la gente había experimentado lo peor del viejo sistema. «Aquí —dijo Mandela— el apartheid dejó comunidades en condiciones que escapan a toda descripción». Segundo, la violencia que durante una década se había desatado entre los zulúes partidarios del CNA y los zulúes partidarios de Inkatha había continuado a pesar de la llegada del nuevo gobierno, y Mandela tuvo que declarar: «La muerte de zulúes a manos de otros zulúes debe acabar». Tercero, la muchedumbre odiaba a los granjeros blancos locales, que, en su mayoría, habían simpatizado con Inkatha.

Buthelezi, el líder de Inkatha, era ahora ministro del gobierno de Mandela. La generosidad de este último hacia él era un ejemplo de pragmatismo político llevado al extremo moral. Pero en Ezakheni las heridas seguían abiertas y la confraternización con el enemigo no estaba bien vista. Pedirles que tuvieran cariño a los Springboks era casi una grosería. Sin embargo, eso fue lo que hizo Mandela. «Ved esta gorra que llevo —dijo a su público—, es en honor de nuestros chicos, que juegan contra Francia mañana por la tarde».

Aquello fue lo que despertó los abucheos de la gente. Y Mandela no lo consintió. «Mirad —les amonestó—, entre vosotros hay líderes. No seáis cortos de miras, no os dejéis llevar por las emociones. La construcción nacional significa que hay que pagar un precio, del mismo modo que los blancos tienen que pagar un precio. En su caso, abrir los deportes a los negros es pagar un precio. Para nosotros, decir que ahora debemos apoyar a la selección de rugby es pagar un precio. Eso es lo que tenemos que hacer. —Mientras los abucheos se callaban poco a poco, prosiguió—: Quiero ver a líderes entre vosotros, hombres y mujeres, que se levanten y promuevan esta idea».

Cuando Mandela recordaba aquella concentración, hablaba como un cazador de su presa. «Al final —decía con una sonrisa victoriosa—, al final me gané a la gente». Ya había pasado por ello, ya le había sucedido estar aparentemente a punto de perder a una muchedumbre y ganársela en el último momento. Una vez le había ocurrido en un territorio en el que Inkatha había causado una pérdida terrible de vidas humanas. Ante el comprensible deseo de venganza de la muchedumbre, les pidió que adoptaran una visión más amplia, que «arrojaran sus armas al mar». En otra ocasión, en un distrito negro a las afueras de Johanesburgo llamado Katlehong, en el que Inkatha también había atacado a la población civil, calló a 15.000 personas indignadas por su negativa a darles armas cuando les preguntó si querían que siguiera siendo su líder. Porque, si no hacían lo que les estaba pidiendo, que era el esfuerzo de hacer las paces con individuos que, según él, más que ser malos, estaban equivocados, presentaría su dimisión. La gente no deseaba llegar a eso, y, al terminar su discurso, todos cantaron su nombre y bailaron victoriosos, celebrando el éxito del llamamiento que Mandela había hecho a la parte más sabia de sus naturalezas.

Casi igual de difícil fue convencer a la gente de que los Springboks podían verdaderamente ganar la Copa del Mundo. Todos los expertos estaban de acuerdo en que era una esperanza vana. «Cuando fui a ver a los jugadores en Silvermine y les dije que estaba seguro de que iban a ganar, no quería que luego resultase que me había equivocado —contaba Mandela—. Personalmente, era muy importante para mí, porque sabía que la victoria movilizaría a los incrédulos que, como Santo Tomás, necesitan ver y tocar para creer. ¡Por eso tenía tantas ganas de que Sudáfrica venciera! Sería la recompensa por todo el duro trabajo, todo el recorrer el país, todos los abucheos…»

Hablaba de «duro trabajo» y antes había empleado la palabra «campaña»; prueba de que se había fijado deliberadamente el objetivo de utilizar el rugby como instrumento político. Nicholas Haysom, asesor legal de Mandela en la presidencia, era un antiguo jugador, y aficionado al rugby de toda la vida, que se convirtió en el experto residente en Union Buildings. Haysom decía que Mandela había visto con mucha claridad el instrumento tan poderoso que podía ser la Copa del Mundo para «el imperativo estratégico número uno de sus cinco años de mandato». Pero no era sólo eso. Una vez más, el elemento político y el personal, el cálculo y la espontaneidad, se fundían en uno. «Cuando la Copa del Mundo estaba empezando —recordaba Haysom—, me hablaba de “los chicos”, cosas como “los chicos están animados”, o “los chicos van a ganar”. Al

principio, le preguntaba: “¿Qué chicos?” Y él me miraba como si le hubiera hecho una pregunta increíblemente tonta y respondía: “*Mis* chicos”, que enseguida entendí que quería decir los Springboks». Aunque Mandela no empezó la Copa del Mundo como un hombre con un gran conocimiento histórico del rugby, se fue informando y apasionando más a medida que avanzaba el torneo. «Vio la oportunidad política, es verdad, pero no fue un cálculo frío, porque él también se vio arrastrado por el fervor y se convirtió en otro aficionado patriota y enloquecido».

A la mitad negra del cuerpo de guardaespaldas de Mandela le costó más que a él entrar en el espíritu del campeonato. Aquel primer partido contra Australia, recordaba Moonsamy, había sido una experiencia espeluznante desde el punto de vista de su responsabilidad profesional de mantener al presidente con vida. Pero, desde el punto de vista deportivo, el partido les había dejado indiferentes.

«Cuando sonó el pitido que marcaba el final, los blancos se volvieron locos. Nosotros nos quedamos mirándoles entre risitas, confundidos. No entendíamos el juego, no nos interesaba, no estábamos nada impresionados. Los Springboks eran todavía su equipo, no el nuestro». Moonsamy contó después que la campaña de Mandela para desdemonizar a los Springboks le había hecho pensar, pero que todavía tenía que pasar de la indiferencia al apoyo claro. Su evolución durante las cuatro semanas de la Copa del Mundo, como la del resto de los miembros negros de la UPP, fue un reflejo del cambio en la relación de los sudafricanos negros con el viejo enemigo verde y oro.

«Cuando los Springboks ganaron su segundo partido, empezamos a sentir un poco de curiosidad —dijo Moonsamy, refiriéndose a un encuentro relativamente fácil contra Rumanía—. El entusiasmo de nuestros colegas blancos nos intrigó sin poderlo remediar, así que empezamos a preguntarles cosas sobre el rugby. Para nuestro asombro, se convirtió en un tema de conversación entre nosotros». Cada dos semanas, la UPP salía de la ciudad para una sesión de entrenamiento con el fin de refrescar los procedimientos y mantenerse en forma. Practicaban tiro, combate cuerpo a cuerpo y otras habilidades. En la sesión posterior al partido de Australia, un miembro de la unidad blanco y corpulento, llamado Kallis, les enseñó a jugar a rugby sin contacto. Es decir, con menos violencia física, sin la ferocidad habitual en los choques. «A través de aquellas sesiones —contaba Moonsamy—, los guardaespaldas negros aprendieron los detalles del

rugby».

Se enteraron de que había 15 jugadores en cada equipo; que ocho de ellos eran delanteros y que siete formaban la línea de tres cuartos; que se ganaban cinco puntos por un ensayo, lo cual quería decir apoyar el balón tras cruzar la línea de marca, que se ganaban dos puntos por una transformación —es decir, chutar el balón para pasarlo entre los dos palos—, que se ganaban tres puntos por un penalti entre los palos y tres si se conseguía eso mismo en el transcurso del juego, chutando un «drop», es decir chutando el balón a bote pronto. «Pero, sobre todo, empezamos a entender el sentido del rugby. Jugábamos sin contacto pero entrábamos con fuerza. Así empezamos a comprender el rugby y, de nuevo para nuestro gran asombro, empezó a gustarnos».

Las imágenes emitidas en la televisión sudafricana el día antes de un partido contra Canadá hicieron pensar a Moonsamy que quizá también tenían que empezar a gustarle a él los Springboks. Todo el equipo había visitado un pequeño distrito negro llamado Zwide, a las afueras de la gran ciudad de Port Elizabeth, en Cabo Oriental. Las escenas de aquellos gigantes blancos charlando y jugando con los niños negros entusiasmados conmovieron a Moonsamy y a cuantos las vieron.

Aproximadamente 300 niños se reunieron en un campo polvoriento para recibir una lección impartida por Morné du Plessis, que separó a los chicos en grupos de 15, aunque fue Mark Andrews quien acaparó toda la atención, porque era inmenso y porque hablaba xhosa. También estaba allí Balie Swart, enseñando a los niños a pasar y mostrando a los atónitos adultos que los bóers grandullones también podían ser amistosos. Esa misma noche, Du Plessis llevó a un grupo de jugadores a un estadio destartalado en el que jugaban los equipos negros locales. Se estaba jugando un partido, y a Du Plessis le pareció que les gustaría que fueran a verlos los Springboks. Así fue, gracias, entre otros, a James Small, cuyo talento y cuya fama hacían que fuera el rostro más reconocible del equipo. Small pasó hora y media firmando autógrafos, tanto a niños como a adultos.

Cuando Sudáfrica venció a Canadá 20-0 en el estadio Boet Erasmus de Port Elizabeth, todo Zwide lo celebró, y también lo celebró Linga Moonsamy. El siguiente partido, un encuentro de cuartos de final contra los duros y brillantes jugadores de Samoa Occidental, unos isleños grandotes y fanáticos del rugby, parecía un reto más difícil. Además, el partido habría podido representar una forma de comprobar las lealtades de los sudafricanos negros, porque Samoa era un equipo de piel oscura al que habrían apoyado en los viejos tiempos. Chester

Williams se encargó de ello y estuvo a la altura de lo que, hasta entonces, había parecido una fama un poco inflada; marcó cuatro ensayos, o 20 puntos, en una victoria por 42-14. «Todas las dudas que podía haber tenido sobre mí mismo o el resto del equipo, o que cualquier otra persona podía haber tenido sobre mí, desaparecieron ese día, sin más —recordaba Williams—. Recibí un inmenso apoyo, dentro y fuera del terreno de juego, de François y Morné, y, a partir de entonces, fui para todos un miembro del equipo plenamente aceptado y respetado. La historia dio un vuelco aquel día. El hecho de que no fuera blanco había pasado a ser completamente irrelevante».

Una semana más tarde se jugó la semifinal, la que Mandela había mencionado en Ezakheni, contra una de las selecciones que habían partido como favoritas, Francia. El campo iba a ser el estadio King's Park de Durban, donde Pienaar había debutado con los Springboks dos años antes, el mismo día del asalto del Volksfront al World Trade Centre. La atmósfera política en vísperas del partido no podía ser más distinta. Cuando el equipo iba y venía del hotel al entrenamiento, las calles estaban llenas de gente, cada vez con más negros, a medida que pasaban los días. James Small recordaba que «nos mirábamos y pensábamos: ¡Joder!, el presidente Mandela no estaba bromeando; quizá era verdad que todo el país estaba con nosotros».

Hennie le Roux se hizo eco de lo que había dicho Mandela de que la victoria movilizaría a los incrédulos. «Podíamos ver que el país estaba uniéndose detrás de nosotros pero que, si ganábamos, haríamos que ese vínculo fuera más fuerte. Cuanto mejor lo hiciéramos en el campo, mayor sería la onda expansiva».

La adversidad y las emociones patentes antes y durante el partido contra Francia también ayudaron. Había una clara posibilidad de que el encuentro se suspendiera y se diera la victoria a Francia. La agradable ciudad índica de Durban había experimentado una de sus periódicas lluvias semitropicales y el terreno de King's Park estaba inundado. Si no se jugaba ese día, las normas de la Copa del Mundo decretaban que se declarase ganador a Francia, porque Sudáfrica tenía peor historial disciplinario hasta ese momento en el campeonato (un jugador había sido expulsado por juego duro en el muy disputado partido contra Canadá). Todo el país prestó atención, angustiado, mientras las autoridades de rugby e incluso las fuerzas armadas emprendían una carrera desesperada para arreglar el campo a tiempo. Se reclutaron helicópteros militares para ventilar el terreno desde arriba, pero la situación, al final, se resolvió gracias a un batallón de mujeres negras armadas con cubos y fregonas, cuyos heroicos

esfuerzos convencieron al árbitro para que permitiera que se celebrase el partido.

A pesar de la labor de las limpiadoras, el encuentro fue un baño de barro con un resbaloso balón ovalado que circulaba por allí y sobre el que se peleaban violentamente unos hombres grandes y sucios. Cuando faltaban dos minutos y Sudáfrica resistía con un 19 a 15, un francés de origen marroquí, tan enorme como Kobus Wiese, llamado Abdelatif Benazzi, pensó que había plantado el balón al otro lado de la línea, lo que habría supuesto el ensayo de la victoria. En lugar de ello, el árbitro concedió a los franceses una melé, los ocho jugadores más grandes de cada equipo enfrentados uno contra otro en formación de tortuga, a cuatro metros y medio de la línea sudafricana. Si los exhaustos Bleus empujaban a los exhaustos Springboks al otro lado de la línea, el partido estaría acabado. Francia estaría en la final. El torneo habría acabado para la Nación Arcoiris. Los Springboks estaban a punto de ir a asumir sus posiciones en la melé cuando Kobus Wiese, con sus 1,93 metros de estatura en la segunda fila de la sala de máquinas de la melé, lanzó un grito de guerra que espoleó a sus compañeros. Se dirigió a su mejor amigo, Balie Swart, el delantero base en primera fila, y le dijo: «Mira, Balie, en esta melé, no puedes retroceder. Puedes ir hacia adelante, puedes ir hacia arriba, puedes ir hacia abajo o puedes caer. ¡Pero no vas a retroceder!»

Los Springboks no retrocedieron y Sudáfrica pasó a la final. «Fue un combate de voluntades, más que otra cosa —explicó Morné du Plessis—. Fue el partido en el que verdaderamente sentimos que la magia de Mandela había surtido efecto en nosotros a la hora de jugar. Porque nos habíamos enterado del discurso de Mandela el día anterior en KwaZulu. Habíamos oído que, en un lugar en el que la gente se moría, él había dicho que había llegado la hora de que toda Sudáfrica apoyase a los Springboks, y lo había dicho con su gorra Springbok puesta. Aquello emocionó verdaderamente al equipo».

Linga Moonsamy se conmovió más de lo que podía imaginarse. «Estábamos muy tensos durante el partido —recordaba—. Estábamos muy unidos al final. Los negros y los blancos de nuestra unidad, todos indistinguibles. Todos absolutamente locos de alivio y alegría».

Varios años más tarde, Morné du Plessis se encontró con Benazzi, el gran delantero francés que había estado a punto de dar la victoria a su equipo. Como era inevitable, hablaron de aquel partido, y Benazzi insistió en que la polémica

jugada había sido un ensayo, que el balón había cruzado la línea. Ahora bien, también le dijo a Du Plessis: «Lloramos desconsolados cuando perdimos con vosotros. Pero, cuando fui a ver la final el fin de semana siguiente, volví a llorar, porque sabía que era más importante que no estuviéramos allí, que lo que estaba ocurriendo ante nuestros ojos era más importante que una victoria o una derrota en un partido de rugby».

CAPÍTULO XVI

LA CAMISETA NÚMERO SEIS

24 de junio de 1995, por la mañana

La víspera de la final de la Copa del Mundo de rugby contra Nueva Zelanda, justo después de que los Springboks terminaran su último entrenamiento, François Pienaar estaba en el vestuario, a punto de quitarse las botas, cuando sonó su teléfono móvil dentro de la bolsa. «Hola, François, ¿cómo estás?» Era Mandela, que llamaba para desear buena suerte al equipo. Morné du Plessis se aseguró de informar de ello a la prensa. A Mandela le encantó leer en los periódicos, la mañana de la final, cómo contaba Du Plessis la historia de la llamada telefónica. «El señor Mandela le dijo a François que estaba casi más nervioso que el equipo», citaban todos los periódicos. «Estas llamadas prueban que forma ya parte de nuestro equipo y nuestra campaña».

Todo indicaba que aquél iba a ser un buen día, que los sudafricanos habían pasado página, que se avecinaba una nueva era de madurez política; pero nunca se sabía. Si hubiera hablado con Niël Barnard, el viejo jefe de espías bóer le habría dicho que, en junio de 1995, «la situación política estaba todavía muy verde: muchos blancos se sentían ajenos, fuera de los acontecimientos». Era difícil saber cómo podían reaccionar esos blancos distanciados, muchos de los cuales, sin duda, estarían presentes en el estadio. Quizá por eso Mandela, al recordar la tensa víspera del partido, hizo una observación sorprendente: «Nunca se me ha dado muy bien predecir cosas». Era su forma de confesar los recelos que tenía. ¿Y si, a pesar de todos sus esfuerzos, había juzgado equivocadamente la actitud de los afrikaners? ¿Y si algunos aficionados abucheaban durante el

canto del *Nkosi Sikelele*? ¿Y si la gente empezaba a desplegar las banderas de la vieja Sudáfrica, como había hecho en el fatídico partido contra Nueva Zelanda tres años antes?

Esas preguntas flotaban en su mente cuando se sentó ante el desayuno de papaya, kiwi, mango, gachas y café que siempre tomaba en su casa de Houghton. Estaba preocupado, pero tampoco estaba exactamente consumido por la ansiedad. Las buenas noticias pesaban más que los malos augurios. Uno de los motivos por los que Mandela renunció a su paseo de las 4:30 de la mañana el día de la final de rugby fue que quería dedicar más tiempo a los periódicos matutinos. Normalmente, devoraba la sección de política y miraba por encima la sección de deportes. Esta vez, prestó atención a ambas. Nunca había disfrutado tanto con la prensa de la mañana como aquel día. El consenso nacional que tanto se había esforzado en forjar en torno a los Springboks se reflejaba en el tono unánime de celebración de los editoriales y los analistas políticos. Sudáfrica se daba una gran palmadita en la espalda. Y, aunque se notaba cautela en cuanto al resultado del partido, y un enorme respeto por los rivales, los All Blacks de Nueva Zelanda (*Die Burger* decía: «Los All Blacks se alzan como Himalayas ante los Boks»), había una tranquila confianza en que el destino iba a jugar en favor de Sudáfrica. El titular en el principal periódico de Ciudad del Cabo, el *Argus*, proclamaba a los cuatro vientos el entusiasmo nacional. «¡Viva los Boks!», decía. «Viva», en este caso, era un grito de guerra de las protestas negras que se usaba desde hacía muchos años, tomado en algún momento de la revolución cubana[2]. Incluso mejor que el titular era el artículo que figuraba a continuación, firmado por el «equipo político» del periódico.

«La Copa del Mundo de rugby ha reforzado de forma espectacular la reconciliación nacional entre todas las razas en Sudáfrica, han dicho esta semana varios investigadores y sociólogos». El artículo citaba a un conocido profesor afrikaner llamado Willie Breytenbach, que decía que la amenaza del terrorismo de extrema derecha había quedado «prácticamente aniquilada» y que el clamor por un Estado afrikaner independiente había disminuido sustancialmente. «Al mismo tiempo, las calles predominantemente negras de Johanesburgo se vacían de forma extraordinaria cada vez que juegan los Springboks. Los habitantes de los distritos negros vuelven corriendo a sus casas para ver los partidos por televisión… El rugby, el asombroso nuevo fenómeno de construcción nacional, ha sorprendido a los analistas, que ven cómo todas las razas se han aferrado,

encantadas, a un acontecimiento que ha desatado una ola de patriotismo latente a través de un deporte tradicionalmente asociado en Sudáfrica a varones blancos afrikaner».

Después, el *Argus* enumeraba los cinco «factores clave» que hacían que el rugby pudiera ser «un catalizador de unidad»: el ruidoso apoyo de Mandela a «nuestros chicos» y sus apariciones con la gorra Springbok; el respaldo público del arzobispo Tutu; la actuación del equipo en consonancia con el lema «Un equipo, un país»; los éxitos del equipo en el terreno de juego; el canto del nuevo himno combinado y la exhibición de la nueva bandera.

Ése era el fruto de todas las orquestaciones de Mandela entre bastidores, y él estaba feliz de ver que había variaciones patrióticas sobre los mismos argumentos en todos los periódicos. Le gustó ver que los diarios negros se unían al espíritu reinante. El *Sowetan*, de gran difusión, fue especialmente memorable, porque acuñó una nueva palabra sudafricana que iba a capturar la imaginación de todos los negros del país: «AmaBokoBoko», un nuevo término para designar a los Springboks, que daba por fin a los negros cierto sentido de empatía con el equipo. Pero lo que más satisfizo a Mandela fueron los periódicos afrikaans, que apenas podían contener la euforia por la manera en que la Sudáfrica negra había decidido apoyar a los Springboks. *Die Burger* citaba una frase de la Liga Juvenil del CNA, famosa por su radicalismo, que decía: «¡Traed la copa a casa, Boks! ¡Os esperamos!» *Beeld* contaba que el negociador principal del CNA en las conversaciones constituyentes, el ex responsable sindical Cyril Ramaphosa, había declarado: «Estamos orgullosos de nuestro equipo nacional, los Springboks». A Mandela le gustó especialmente verse citado en las primeras páginas de *Beeld* y *Die Burger.* «Nunca he estado tan orgulloso de nuestros chicos —decía su propia cita que leyó—. Espero que todos sigamos animándolos hasta la victoria. Jugarán en nombre de toda Sudáfrica».

Esa palabra, «espero», revelaba un atisbo de preocupación. La multitud con la que se iba a encontrar hoy era la más aterradora de su vida. En el estadio Newlands de Ciudad del Cabo, para el primer partido contra Australia, había sido otra cosa. El Cabo era el bastión blanco liberal de Sudáfrica. Allí los afrikaners eran más blandos, más moderados. Eran los descendientes de los bóers que habían decidido no emprender la Gran Marcha hacia el norte, que no se habían ofendido tanto por la decisión del Imperio británico de abolir la esclavitud. En cambio, la gente del Transvaal en Ellis Park tenía a Piet Retief y la Batalla del Río Sangriento grabados en su ADN. Eran seguramente, en

muchos casos, de los que habían gritado de júbilo ante el asalto al World Trade Centre, los que, como había observado amargamente Bekebeke, habían visto la expresión «¡Quítate, *kaffir*!» como una cosa normal toda su vida. Eran los que habían «votado Nacional» siempre y los que, en algunos casos, se habían pasado después a la extrema derecha. De los 62.000 espectadores que iba a haber esa tarde en Ellis Park, muchos, si no la mayoría, parecerían recién salidos de una manifestación de desafío bóer. Llevarían sus uniformes de guardias forestales de color caqui, sus calcetines largos de lana y sus enormes barrigas, forjadas a base de innumerables cervezas Castle y salchichas *boerewors*. Mandela había sido el centro de atención de más concentraciones de masas que ninguna otra persona, pero nunca se había atrevido con una multitud semejante.

Mandela miró por la ventana de su salón y vio fuera a sus guardaespaldas, unos hombres musculosos, 16 en total, que estaban comprobando sus armas, rellenando papeles, examinando los motores de los coches y charlando amigablemente entre sí. Se dio cuenta de que, hasta hacía unas semanas, sus guardaespaldas blancos y negros habían ofrecido una triste imagen de separación digna del apartheid. Ahora les veía charlar todos juntos, haciendo gestos enfáticos, sonriendo, riéndose.

«Estábamos hablando de qué había que hacer para parar a los All Blacks, algunos decían que no teníamos posibilidades, otros que jugaríamos mejor ese día —explicaba Moonsamy—, cuando, en plena conversación, surgió la idea de que sería estupendo que el presidente llevara la camiseta verde y oro de los Springboks al estadio». Al insistirle, Moonsamy reconoció que era él quien había tenido la idea. El impacto en sus colegas, continuó, había sido como una descarga eléctrica. «Nos sumamos todos a ello. Nos pusimos de acuerdo en que, cuando yo entrara en la casa a repasar las instrucciones de seguridad, que era siempre tarea del que estaba de “número uno” cada día, se lo mencionaría».

Estaba previsto que salieran hacia el estadio a la una y media. A las 12, Moonsamy entró en la casa para informar a Mandela. Terminadas las formalidades de seguridad, le dijo: *«Tata* —el apodo afectuoso que utilizaban los guardaespaldas negros con él, y que quería decir abuelo—, estábamos pensando, ¿por qué no lleva hoy la camiseta de los Springboks?»

Mandela, cuando alguien le proponía una cosa completamente nueva, sobre todo una cosa que acarreaba repercusiones políticas y afectaba a algo que le importaba siempre tanto como su imagen pública, solía adoptar su rostro pensativo, de esfinge. Pero esta vez no dudó ni un instante. Por el contrario,

mostró una sonrisa de oreja a oreja. «Se le iluminó —decía Moonsamy—. Le pareció una idea magnífica».

Mandela había comprendido el valor del gesto inmediatamente. «Decidí llevar la camiseta —explicaba después— porque pensé: "Cuando los blancos me vean llevando la camiseta de rugby de los Springboks, verán que aquí hay un hombre que apoya por completo a nuestro equipo"».

Pero había un problema. No tenía esa camiseta, y faltaba sólo hora y media para la salida hacia el estadio. Fue directo de Moonsamy a su secretaria, Mary Mxadana, y le ordenó que llamara de inmediato a Louis Luyt, el responsable de la Unión Sudafricana de Rugby. Le pidió que le dijera que no quería cualquier camiseta, sino —y esto fue idea suya— que debía tener el número 6 de Pienaar en ella, y que quería también una gorra Springbok (había dejado la de Le Roux en su residencia de Ciudad del Cabo).

Una hora después de que Moonsamy le hubiera propuesto la idea, la camiseta estaba en casa de Mandela y su ama de llaves, a petición de él, estaba planchándola. Entonces, Mandela centró toda su atención en el propio partido. Su principal preocupación, como la de todos los aficionados y jugadores de los Springboks, era un negro grandullón llamado Jonah Lomu.

Nueva Zelanda tenía un equipo formidable, uno de los mejores de la historia. Su capitán, Sean Fitzpatrick, y los veteranos Zinzane Brooke, Frank Bunce, Walter Little e Ian Jones eran jugadores que no sólo eran famosos allí donde se jugaba al rugby, sino que eran los mejores del mundo en sus respectivos puestos. Pero su arma secreta, el hombre del que ya se decía que era el mejor jugador de rugby de toda la historia, era el veinteañero Jonah Lomu. Originario de Tonga, con la piel tan oscura como Mandela, medía 1,90 y pesaba 130 kilos. Era tan grande como el más corpulento de los Springboks, Kobus Wiese, y podía correr más deprisa que Williams y Small, 100 metros en menos de 11 segundos. Un periódico le llamaba «un rinoceronte con zapatillas de ballet». En la semifinal que enfrentó a los All Blacks contra Inglaterra, una de las selecciones favoritas, se había mostrado prácticamente imparable. Fue capaz de atravesar las líneas cuatro veces y marcó un total de 20 puntos. Como decían los diarios londinenses, hizo que los del equipo inglés parecieran niños pequeños.

El puesto de Small en los Springboks hacía que fuera él quien iba a tener que ocuparse de controlar a Lomu. Los periódicos publicaron gráficos comparando las estadísticas vitales de ambos jugadores, como si fueran boxeadores a punto de saltar al ring. Small —que, por una vez, hacía honor a su apellido,

«pequeño»— era 10 centímetros más bajo y pesaba 30 kilos menos que su oponente.

En los periódicos, Mandela leyó su opinión sobre qué hacer con el coloso de los All Blacks. «Estratégicamente sería un error concentrarse en él, porque deben concentrarse en todo el equipo —había dicho, antes de añadir, como sorprendido por su audacia al aventurarse en un terreno poco conocido—, pero estoy seguro de que los Springboks lo tienen completamente resuelto».

Pocos compartían su optimismo, sobre todo entre los neutrales. El entrenador australiano, Bob Dwyer, ocupaba todas las páginas de deportes con su confiada predicción de que los All Blacks, «rápidos y en forma», iban a tener a los pesados delanteros Springboks persiguiendo fantasmas toda la tarde; el *Sydney Morning Herald* había dicho que los Boks, a punto de caer en la trampa, «no podían ni soñar con ganar»; un ex jugador All Black, Grant Batty, parecía resumir todas las opiniones de los expertos sobre el partido cuando dijo que «sólo un rifle para elefantes» podía impedir a Lomu y compañía la victoria.

Un rifle para elefantes… o un esfuerzo sobrehumano de voluntad colectiva. Y algo parecido es lo que los Springboks descubrieron que tenían a su alcance cuando se levantaron esa mañana en el Sandton Sun and Towers Hotel, un moderno complejo hotelero de cinco estrellas en una zona comercial y acomodada de Johanesburgo, a unos diez minutos en coche al norte de la casa de Mandela.

Kobus Wiese compartía habitación con su colega y compañero de coro Balie Swart. Wiese era el que había lanzado el espeluznante grito de guerra en la melé durante la semifinal contra Francia, pero ahora estaba callado. «La presión —contó posteriormente— era absolutamente insoportable. Era inmensa. La noche anterior había llamado a mi madre. Nada concreto, sólo para oír su voz, que me ayudaba a desconectar. Pero ahora tenía miedo, miedo de decepcionar a todos aquellos millones de aficionados. Teníamos esa expectación de saber, por primera vez, que el país entero estaba con nosotros, y era algo abrumador. Era aterrador, pero también nos daba energía. Tenía la profunda sensación de que todo lo que había hecho en mi vida estaba llegando a su momento decisivo».

Los jugadores desayunaron en un ambiente de tensión, presión y expectación insoportables. Sentían que estaban dentro de una burbuja, suspendida en el tiempo. O como unos astronautas a punto de despegar. Necesitaban desahogarse o iban a explotar. Y para eso sirvió la «carrera del capitán». A media mañana, se reunieron en el vestíbulo del hotel y, con Pienaar a la cabeza, corrieron dos

kilómetros por las inmediaciones del complejo. Según recordaba François Pienaar, «había mucho nerviosismo entre los chicos, pero entonces, cuando giramos hacia la izquierda al salir del hotel, en un grupo apretado, oí ruidos y gritos, y cuatro niños negros que vendían periódicos nos reconocieron y empezaron a perseguirnos y a llamarnos por nuestros nombres —conocían prácticamente a todos los del equipo—, y se me pusieron los pelos de punta. No sé si los niños sabían leer siquiera, pero nos reconocieron y, para ellos, éramos su equipo. En aquel momento vi con más claridad que nunca que aquello era mucho más serio y más importante de lo que podíamos haber imaginado».

Mandela se miró en el espejo con su nueva camiseta verde, se puso la gorra, y se gustó. Poco antes de la una y media, salió por la puerta de casa para subirse a su Mercedes-Benz blindado de color gris metalizado e ir al estadio. El partido empezaba a las tres en punto. Normalmente, no se tardaba mucho más de 15 minutos en llegar a Ellis Park, pero, dado que iba a haber mucho tráfico, prefirieron salir pronto. Los guardaespaldas eran un modelo de eficacia rápida, callada y ágil. A medida que avanzaba el día estaban cada vez menos habladores, más ocupados y solemnes, estudiando su ruta en el plano, como habían hecho una docena de veces en la semana anterior, atentos a cualquier posible punto vulnerable. Estaban en contacto permanente con la policía, comprobando que los francotiradores estaban en sus puestos alrededor del estadio, que todo estaba bien con los escoltas en motocicleta y, con la gente de seguridad en Ellis Park, que la entrada estaría despejada para la llegada de la caravana presidencial.

Sin embargo, cuando Mandela salió de la casa, los 16 guardaespaldas se quedaron helados y rompieron sus intensos preparativos para mirar, atónitos, su nueva camiseta verde. «¡Wow!», se oyó Moonsamy decir a sí mismo entre dientes. Mandela sonrió al ver su sorpresa y les dio su acostumbrado y alegre buenos días, a lo que ellos mascullaron otro «buenos días» en respuesta; después recuperaron de golpe su actitud de UPP, introdujeron rápidamente al presidente en el coche, cerraron las puertas con fuerza y ocuparon sus puestos en los cuatro coches que formaban la caravana. El sitio de Moonsamy, como «número uno», estaba en el Mercedes gris, erguido y alerta, en el asiento del pasajero de enfrente. A lo largo del día, nunca estaría a más de un paso de distancia del presidente. Las motos de la policía aguardaban fuera. Emprendieron camino entre el chirrido de las ruedas sobre el pavimento de la entrada de vehículos. Los hombres de la UPP exhibían los rostros serios de guardaespaldas, pero, por dentro, estaban felices. «Le veíamos con aquella camiseta verde de rugby —

explicaba Moonsamy—, y nos sentíamos muy orgullosos, porque él se sentía muy orgulloso».

Mandela no fue el único hombre negro que llevó una camiseta de los *AmaBokoBoko* aquel día. En toda Sudáfrica se veía a negros llevando alegremente el símbolo de los viejos opresores, como descubrió Justice Bekebeke, estupefacto, la mañana de la final.

Si Mandela se había despertado pensando que tenía el apoyo de los negros a los Springboks en el bote, no había contado con el hombre al que había estado a punto de conocer en el Corredor de la Muerte cinco años antes. Mandela estaba preocupado por los del final amargo, los resentidos blancos, y no era consciente de que también existían resentidos negros.

«Al principio de la Copa del Mundo, yo apoyaba a los All Blacks con tanta pasión como lo había hecho de niño, cuando les apoyé aquella vez que vinieron a Upington —explicaba Bekebeke—. Me alegraba de que hubiéramos llegado al acuerdo político que teníamos con los blancos. Aceptaba que, por ahora, teníamos que tener un gobierno compartido, con gente como De Klerk en el gabinete. Muy bien. Lo comprendía. Me parecía bien. Pero mi posición era: "¡No me pidáis que apoye a los Springboks!" No tenía intención de ceder. Ya había perdonado suficientes cosas».

Lo que tenía a Bekebeke confundido era que no parecía que hubiese mucha gente en Paballelo que compartiese su opinión. Ni siquiera Selina, su novia, que había seguido a su lado mientras estaba en la cárcel, que había ayudado a financiar sus estudios. Sobre el papel, ella era más radical políticamente que él. Pertenecía no sólo al CNA, sino a su aliado ideológico de la línea dura, el Partido Comunista Sudafricano. Pero ella había hecho lo que pedía Mandela, había abandonado los justificados prejuicios de toda una vida y había decidido considerar a los Springboks «nuestro equipo». Los jugadores podían ser, prácticamente todos, blancos, en su mayoría bóers, pero ella iba a apoyarlos en el partido de esa tarde con tanto entusiasmo patriótico como si hubieran sido todos negros, como ella.

Lo cual suponía un dilema para Bekebeke: cómo pasar el resto del día. Selina estaba totalmente empeñada en ver el partido, pero él no estaba seguro de qué hacer. Podía hacer lo que había hecho toda su vida: apoyar al equipo visitante, en este caso, Nueva Zelanda. O quizá podía hacer una excepción, por esta vez, y

que le diera igual.

«A medida que discurría la mañana, a medida que vi los periódicos, oí la radio, vi cómo mi novia estaba cada vez más emocionada, empecé a sentirme dividido. Una parte de mí pensaba que era mejor no ver el maldito partido. Pero luego pensé que todo el mundo iba a verlo. Mi novia iba a verlo. Todos mis amigos. Incluso los camaradas que habían estado en la cárcel conmigo. No podía perdérmelo».

Una cosa que Bekebeke tenía clara era que no debía ver el partido a solas con Selina. «Me preocupaba que, si lo hacíamos, nos pusiéramos muy tensos y acabásemos peleándonos —explicaba—. Así que, por suerte, surgió la oportunidad de ver el partido en casa de unos amigos. Habían organizado una *braai* [una barbacoa] para la ocasión, y pensé que, si tenía que aguantar el partido, al menos habría alguna compensación con la comida». En la *braai* iban a estar cuatro parejas, incluidos ellos. Los otros tres hombres habían estado en prisión con Bekebeke; uno de ellos —Kenneth Khumalo, el «acusado número uno»— había estado en el Corredor de la Muerte con él. Bekebeke se sintió animado por ello, convencido de que no estaría solo en sus dudas respecto a todo aquel lío de los Springboks y seguro de que el entusiasmo de Selina iba a llamar la atención en el grupo. Ella había ido por delante para ayudar con los preparativos, así que él llegó solo, más o menos a la misma hora que Mandela salía de casa hacia el estadio.

«No he sentido tanto asombro como aquel día en mi vida —contó después Bekebeke—. Se abre la puerta, entro en la casa y ¿qué veo? ¡Los siete vestidos con la camiseta verde de los Springboks!»

CAPÍTULO XVII

«¡NELSON! ¡NELSON!»

24 de junio de 1995, por la tarde

En los 60 minutos que mediaron entre la llegada de Mandela a Ellis Park y el inicio del encuentro a las tres en punto hubo de todo. Primero se cantó una canción, luego pasó volando un *Jumbo* y, por último, se oyó un clamor que conmocionó el mundo.

La canción se llamaba *Shosholoza*. Mandela la conocía muy bien, como prácticamente todos los negros en Sudáfrica. Históricamente la cantaban los trabajadores negros que emigraban desde las zonas rurales del sur de África a las minas de oro en torno a Johanesburgo, y era una melodía alegre y llena de energía que parecía imitar el ritmo del tren de vapor. «Shosholoza» se traducía a veces como «abrirse paso», a veces como «avanzar», a veces como «viajar deprisa». Era, además, una canción dinámica, enormemente popular en los partidos de fútbol entre los aficionados a este deporte, casi exclusivamente negros. Mandela solía cantarla con Walter Sisulu y otros presos cuando trabajaban en la cantera de cal de Robben Island. Había vuelto a cantarla hacía sólo cuatro meses cuando, con otros cien ex presos, había regresado a la cárcel para llevar a cabo una alegre ceremonia. Pero ahora, en otra señal del rápido cambio que estaba experimentando Sudáfrica, la Unión de Rugby de Louis Luyt había escogido *Shosholoza* como canción oficial de la Copa del Mundo, y los aficionados blancos la habían adoptado alegremente como propia.

No obstante, necesitaban un poco de ayuda con la música y con la letra. Necesitaban, como los Springboks con el *Nkosi Sikelele*, a alguien que les enseñara a cantar. Y ahí es donde entró Dan Moyane. Moyane nació en Soweto

en 1959 y se crió sin ningún interés por el rugby, «salvo para darme cuenta —decía— de que era un símbolo de la dominación afrikaner». Tras los disturbios estudiantiles de 1976, la mayoría de sus amigos fueron al exilio o a la cárcel. Él, acosado por la Policía de Seguridad, huyó del país y consiguió pasar la frontera a Mozambique, donde, en 1979, se incorporó al CNA. Allí trabajó como periodista para BBC Radio y Reuters, entre otros; sobrevivió a las incursiones de los comandos de las fuerzas especiales del general Constand Viljoen al otro lado de la frontera a principios de los ochenta y volvió a su país en 1991, un año después de que se levantara la prohibición sobre el CNA. Casi de inmediato obtuvo trabajo en la emisora de Johanesburgo Radio 702 (donde Eddie von Maltitz tendría posteriormente su conversación telefónica con Mandela), y pronto empezó a presentar un *talk-show* de seis a nueve de la mañana en colaboración con un ex jugador de rugby nacido en Irlanda, John Robbie, que había jugado con los Lions británicos contra los Springboks en 1980. Formaban un dúo muy popular, y su mezcla de conversación ligera y discusión seria sobre temas políticos fue una de las aportaciones más palpables de la sociedad civil al impulso de los cambios políticos en Sudáfrica. En su programa, incitaban suavemente a sus oyentes —especialmente los blancos— a tener una actitud más generosa respecto a las nuevas realidades del país.

La Copa del Mundo de rugby les dio mucho de lo que hablar. Para Robbie, era un sueño hecho realidad, una oportunidad de conciliar sus dos pasiones, el rugby y la reconciliación racial en Sudáfrica. Moyane, al principio, no estaba tan seguro. Sacudirse de encima las connotaciones que tenían los Springboks era para él tan difícil como para cualquier otro negro. Robbie y él discutían de rugby ante los micrófonos. Hasta que llegó el partido inaugural contra Australia.

«Cuando oí que Nelson Mandela iba a estar presente, tuve que hacer esfuerzos para creérmelo —dijo Moyane—. Pero pusimos la televisión en casa y allí estaba él, y mi esposa me dijo: “Bueno, si Mandela está allí apoyando a los Springboks, supongo que nosotros también tendremos que hacerlo. ¡Vamos a tener que ver el rugby!” Era una idea asombrosa, pero así fue, y creo que la misma conversación, con más o menos variaciones, se repitió en los hogares negros de todo el país».

A lo largo del mes siguiente, gran parte del programa matutino consistió en Moyane haciendo de ingenuo interrogador y Robbie de hombre de rugby experto y sabio. Un día pusieron *Shosholoza,* en una versión que acababa de grabar el sudafricano grupo coral masculino, mundialmente famoso, Ladysmith Black

Mambazo. Era una versión muy bella, pero, cuando Robbie le pidió a Moyane su opinión, éste respondió que, a su juicio, la canción debía tener un espíritu más descarnado. «Era una canción de ánimo, de esperanza, cantada por hombres que estaban lejos de sus familias, que estaban trabajando duramente pero que pronto iban a coger el tren para volver a casa». Moyane le dijo a Robbie que, en su opinión, no era una canción pensada para arreglos corales muy elaborados. «Me parecía una canción que había que cantar con entusiasmo, con una pasión de gente de la calle, con corazón y con agallas». Robbie respondió: «Muy bien, ¿por qué no la cantas tú entonces, Dan? Muéstranos cómo hay que hacerlo». Y eso hizo Dan Moyane. Entonó un par de compases. «Era la primera vez que cantaba así ante el micrófono, y, en unos segundos, las líneas de teléfono del estudio se saturaron. Blancos y negros llamaron para decir que les había encantado».

Pronto llamaron también productores de música locales. Al cabo de diez días, Moyane había grabado y producido su propia versión de *Shosholoza*, con un coro de Soweto. «De pronto me vi firmando autógrafos en tiendas. La canción fue un éxito inmediato». Todo aquello era bastante asombroso, pero no podía compararse con lo que estaba por venir. Una semana antes de la final, después de que Sudáfrica derrotara a Francia, los organizadores de la Copa del Mundo le invitaron a dirigir a los aficionados cantando una hora antes del partido contra los All Blacks.

A primera vista, Moyane no parecía una elección natural para una ocasión tan ruidosa. De mediana altura y constitución delgada, tenía unos rasgos suaves y redondeados y unas maneras frágiles que contrastaban con la fisionomía y la actitud del aficionado blanco al rugby en general. Sin embargo, estuvo a la altura de la ocasión como si hubiera nacido para ello.

A las dos en punto, salió al terreno de juego. Su versión de *Shosholoza* se había oído por los altavoces del estadio mientras los aficionados iban entrando; ahora iban a cantarla todos juntos. Moyane se acercó al micrófono y preguntó: «¿Me oís?»

Sesenta y dos mil aficionados rugieron: «¡SÍ!»

«Muy bien, para estar seguros de que me oís verdaderamente, ¿podemos tener un poco de silencio ahora?» Ellis Park se calló de pronto. Entonces apareció en las dos grandes pantallas a los lados del estadio la letra de la canción en lengua zulú.

En medio del silencio, Moyane gritó: «¡Vamos a cantar la canción hasta

echar a los All Blacks del estadio!», y se oyeron enormes vítores. Primero, leyó la letra en voz alta con el público, y luego todos empezaron a cantar.

Dirigió a aquellas masas de herederos de Piet Retief en dos sonoras interpretaciones de la canción zulú. «Mi cabeza se vio inundada de emociones e ideas —explicaba Moyane—. Me vinieron a la mente imágenes de 1976, de amigos encarcelados, de personas a las que conocía y a las que aquellos que estaban allí —o, por lo menos, otros próximos a ellos— habían torturado y asesinado. Pero al mismo tiempo pensé, ¡qué gesto por parte de esta gente! Estaban devolviéndonos el favor de haberles dejado conservar la camiseta verde. Era una canción negra callejera, una canción de fútbol, una canción de emigrantes, una canción de presos. Aquél fue un ejemplo maravilloso de que se habían cruzado las líneas, de que los ánimos estaban cambiando».

Y de que la gente estaba cogiendo velocidad para el gran partido. Lo siguiente elevó aún más el nivel de decibelios. El culpable fue el protagonista del segundo acto del espectáculo, un piloto de South African Airways llamado Laurie Kay. Nacido en Johanesburgo en 1945, Kay creció completamente protegido del mundo en el que vivía Dan Moyane. Era un blanco de habla inglesa que, por un capricho de circunstancias familiares similares al que había afectado a otros dos millones de personas como él, acabó viviendo en la punta meridional de África. Estaba obsesionado con volar desde la niñez, pero no entró a formar parte de las fuerzas aéreas sudafricanas, sino de la Royal Air Force británica, no por convicción política, sino por sentido práctico. Le resultó más fácil entrar en la RAF. «Ahora no me enorgullezco de contarlo —decía años después—, pero la verdad es que yo era una persona blanca, completamente apolítica, que votaba al Partido Nacional».

Las primeras semillas de conciencia política se plantaron en Kay poco después de que Mandela saliera de la cárcel. Se encontraban ambos en un vuelo de SAA de Río de Janeiro a Ciudad del Cabo. Era un Boeing 747 y Kay era el capitán. «Fue mi primer y último encuentro cara a cara con Nelson Mandela. Me pasaron un mensaje diciendo que quería verme. Así que salí de la cabina y vi que estaba con su mujer, Winnie. Estaban en los asientos 1D y 1F; nunca lo olvidaré —contaba Kay—. En cuanto me vio, se levantó. Yo le dije: “No, por favor”, pero él insistió, se levantó, me saludó y me dio la mano. No me había ocurrido ni ha vuelto a ocurrirme jamás con un pasajero. Para mí, la cortesía y el respeto de

aquel gesto fueron reveladores». Mandela había dejado boquiabiertos a Kobie Coetsee y a Niël Barnard desde el primer instante, como le pasaría después con el general Viljoen. Pero esos hombres tenían cierta preparación política, cierta idea de qué esperar. El capitán Kay era una página en blanco. Sin embargo, el efecto fue, una vez más, automático. «Se levantó y me conquistó. Me di cuenta de que era una clase distinta de hombre. Hasta entonces, era un rostro y un nombre más de negro que quizá representaba una amenaza contra mi forma de vida. Yo me había criado en la mentalidad afrikaner y, aunque me preocupara poco por la política, aquélla era la influencia que me había llegado».

A menudo, Mandela se mostraba encantador porque sí. En muchas otras ocasiones, su intención era lograr algo a cambio. Algunas veces, era puramente personal; otras, era político. En aquel caso, Mandela quería pedir un favor específico. «Me explicó que el resto de su delegación viajaba en clase turista y que quería saber si se les podía subir de categoría». Kay no lo dudó. «Inmediatamente di la orden de que los llevaran al piso de arriba, a primera».

Era evidente que Mandela le había manipulado. Pero, aunque Kay se dio cuenta de ello, no por eso disminuyó su admiración, en parte porque, como decía después, «¡Debería ver a algunos de los tipos fríos y arrogantes que viajan en primera! Pero fue más que eso. A partir de ese día, cambié para siempre. Es un mago, no cabe duda. Yo creo que ciertas personas tienen un aura. Eugene Terreblanche, por ejemplo. Una vez fui andando hasta un avión a su lado: tenía un aura malvada. Mandela posee un aura de bondad».

Los caminos de Kay y Mandela volvieron a cruzarse —o estuvieron a punto de hacerlo— el día de la final de la Copa del Mundo de rugby.

South African Airways había iniciado conversaciones con la Unión de Rugby, unas semanas antes, para ver si podían sacar algún provecho comercial al gran acontecimiento. Al principio, las discusiones se centraron en la idea de que un pequeño avión controlado con mando a distancia, con los colores de SAA, sobrevolara el estadio. Sin embargo, a medida que avanzaban las negociaciones, los planes se volvieron más ambiciosos, hasta que Kay recibió una llamada de un directivo de SAA que quería convencerlo de pilotar un *Jumbo* en la tarde del partido, con las palabras «Go Bokke» (el plural de Bok en afrikaans) pintadas en la parte inferior del aparato. Kay no se lo pensó dos veces. Si Mandela había estado toda su vida preparándose para este momento, él también. No sólo era el piloto con más experiencia en 747 de la compañía, sino que había sido durante treinta años piloto acrobático. Había hecho espectáculos de acrobacia e incluso,

en una ocasión, había trabajado en una película del actor Jackie Chan.

La diferencia, esta vez, era que podía representar un grave peligro, y no sólo para sí mismo y las 62.000 personas dentro del estadio, sino para muchísimas más fuera. Porque Ellis Park se encontraba en plena hondonada dentro de Johanesburgo. Estaba rodeado de edificios residenciales y de oficinas.

Laurie Kay pasó la semana previa a la final preparándose con diligencia para el que iba a ser el vuelo rasante más espectacular de la historia. Mantuvo numerosas reuniones con la gente de aviación civil y las autoridades de la ciudad, ahora bajo el mando del nuevo primer ministro de la provincia, el carismático ex preso de Robben Island Tokyo Sexwale. «Instalamos un control militar de tráfico aéreo en la cubierta de Ellis Park y declaramos una franja de cinco millas náuticas de cielo alrededor del estadio zona «estéril», es decir, sin tráfico aéreo, durante el día del partido», explicaba después Kay. Sus colegas de South African Airways y él tuvieron que reunirse asimismo con la SABC, que iba a emitir el partido en directo a todo el mundo, para asegurarse de que el vuelo se hiciera justo en el momento de máxima audiencia televisiva. «Dijeron que querían que pasara exactamente a las 14:32 y 45 segundos. Eso podía hacerlo. Pero luego dijeron que tenía que volver a pasar una segunda vez, 90 segundos después. Aquello me dejó perplejo, porque no sabía si podía maniobrar un avión tan grande en tan poco tiempo. Pero practiqué en el simulador y descubrí que sí podía hacerlo».

Sin embargo, el simulador no tenía ningún programa que pudiese prepararle para la maniobra concreta que tenía prevista. Para ello tuvo que salir y hacer un poco del viejo trabajo de preparación sobre el terreno. «Pasé mucho tiempo sobre la cubierta de Ellis Park y en las colinas que lo dominaban, para decidir la mejor aproximación y hacerme una idea de lo que iban a ver los aficionados. Ellis Park está en una depresión, y es difícil acercarse. Comprendí que iba a necesitar alguna maniobra agresiva».

En aquella época, Sudáfrica tenía algo del salvaje oeste. Con todos los cambios radicales que estaba experimentando, era un país temerario, vibrante y lleno de posibilidades. Con ese ánimo afrontó Laurie Kay el reto profesional más peligroso de su vida.

«La Autoridad de Aviación Civil tiene normas para sobrevolar áreas habitadas y concentraciones públicas. Creo que la altitud mínima es de 600 metros. Por supuesto, esas normas quedaron provisionalmente anuladas. Era responsabilidad mía decidir hasta dónde debía bajar». Kay, su copiloto y su

mecánico de vuelo despegaron y se dirigieron, como en un bombardero de la Segunda Guerra Mundial, hacia su objetivo.

«Íbamos tres en la cabina, pero, cuando nos preparábamos para nuestra aproximación final, les dije: “Muy bien, chicos, a partir de ahora asumo plena responsabilidad.” Porque no servía de nada, en una ocasión como ésta, volar tan alto que la gente casi no pudiera oírte. Así que me aproximé a un ángulo bajo para asegurarme de que los espectadores pudieran leer las palabras escritas en la parte inferior del aparato, y la velocidad más lenta posible sin llegar a detenerme. A 259 kilómetros por hora. Fui despacio para que pudiéramos generar suficiente fuerza para subir en cuanto pasáramos el estadio. Así que, cuando llegamos allí —el tiempo que estuvimos sobre nuestro objetivo fue de entre dos y tres segundos—, aceleramos los motores, los forzamos para que transmitieran al estadio todo el ruido y toda la potencia posibles».

Kay voló tan bajo que habría acabado en la cárcel si la AAC no hubiera aceptado suspender las normas. Voló a sólo 60 metros de altura sobre los asientos superiores del estadio, la misma distancia que la de la envergadura del aparato. «Y volvimos perfectamente a tiempo para la segunda pasada, en menos de 80 segundos —contaba Kay, que añadía, con modestia—: Hubo algunos factores que jugaron a nuestro favor. La visibilidad era excelente. No había viento. Pero, sobre todo, yo quería que transmitiéramos al estadio el mensaje de que éramos fuertes e íbamos a ganar. De modo que, sí, vaciamos toda la potencia que pudimos en el estadio».

La primera reacción de la multitud, que, en su mayoría, no había visto venir el avión, fue de auténtico terror. Fue como si hubiera estallado una gran bomba dentro del estadio. El impacto de los cuatro motores rugientes del Boeing 747 ensordeció a todo el mundo e hizo vibrar las paredes. Louis Luyt estaba en la suite presidencial, con Mandela a su lado.

«¡Qué salto di! —exclamaba Luyt—. ¡Y Mandela también saltó!» Como todo el mundo en el estadio. «¡Qué cabrón! —sonreía Luyt, refiriéndose al capitán Kay—. No nos había dicho que iba a volar tan bajo. ¡A 60 metros! ¡Qué susto me pegué! Podía haber rozado la cubierta del estadio».

La sorpresa y el susto dieron paso a un entusiasmo atronador. La potencia que el capitán Kay vertió sobre el estadio electrizó a todos los presentes y mantuvo a la muchedumbre ronroneando hasta el final del partido.

Cinco minutos antes del inicio, Nelson Mandela salió al campo para dar la mano a los jugadores. Llevaba la gorra verde y la camiseta verde de los Springboks, abotonada hasta el cuello. Cuando el público le vio, se quedó en silencio. «Fue como si no pudieran creer lo que estaban viendo», explicaba Luyt. Entonces empezó a oírse un clamor, primero en voz baja pero enseguida subiendo en volumen e intensidad. Morné du Plessis lo oyó al salir del vestuario y pasar por el túnel hacia el campo. «Salí a aquel sol frío y brillante de invierno y, al principio, no entendía lo que pasaba, qué gritaba la gente, por qué había tanta excitación cuando los jugadores todavía no habían saltado al campo. Entonces descifré las palabras. Aquella multitud de blancos, afrikaners, gritaban, como un solo hombre, una sola nación: "¡Nel-son! ¡Nelson! ¡Nel-son!" Una y otra vez, "¡Nel-son! ¡Nel-son!", y fue algo…» Los ojos de este ex jugador de rugby se le llenaban de lágrimas mientras intentaba encontrar las palabras para describir el momento. «No creo —prosiguió—, no creo que vuelva a vivir nunca un instante como aquél. Fue un momento mágico, un momento maravilloso. Fue cuando comprendí que realmente había una posibilidad de que este país saliera adelante. Aquel hombre estaba demostrando que era capaz de perdonar por completo, y ellos —la Sudáfrica blanca, la Sudáfrica blanca aficionada al rugby— estaban probando, con aquella reacción, que también querían devolverle el favor, y eso es lo que hicieron al gritar "¡Nelson! ¡Nelson!"». Fue maravilloso. Fue digno de un cuento de hadas. Fue Sir Galahad: mi fuerza es la fuerza de diez porque mi corazón es puro.

«Entonces vi a Mandela con aquella camiseta, agitando la gorra en el aire, con aquella sonrisa enorme y especial que tenía. Estaba tan contento. Era la viva imagen de la felicidad. Se reía sin parar, y pensé, sólo con que le hayamos hecho feliz en este momento, ya es suficiente».

Rory Steyn, uno de los miembros del equipo de guardaespaldas presidenciales de Mandela, tuvo también asiento de primera fila. Le habían asignado la responsabilidad de la seguridad de los All Blacks, por lo que estaba en el campo con ellos, al lado de su banquillo. «Con aquel acto de generosidad, Mandela transformó a toda Sudáfrica en una nación nueva —dijo después Steyn, un ex Policía de Seguridad que, durante años, se había dedicado a perseguir al CNA y sus aliados—. Recibimos el mensaje de la población negra con gratitud y alivio. Compartimos vuestro júbilo, nos decían; os perdonamos por el pasado».

El perdón iba acompañado de la expiación. Eso era también lo que querían decir los gritos de «¡Nelson! ¡Nelson!» Al rendir homenaje al hombre cuya pena

de cárcel había sido una metáfora del cautiverio de la Sudáfrica negra, estaban reconociendo su pecado, descorchando la botella en la que estaba encerrada su culpa. Linga Moonsamy, situado en el césped un paso detrás de Mandela, absorbiéndolo todo, se sintió completamente abrumado. Por un lado, estaba saboreando el sueño al que había dedicado su vida como joven luchador del CNA; por otro, tenía una misión que debía cumplir con frialdad. «Allí estaba, casi pegado a su espalda, escuchando aquel rugido, y los gritos de "¡Nelson! ¡Nelson!" y, aunque estaba muy emocionado, más conmovido de lo que había estado en toda mi vida, también tenía que cumplir un deber, y estaba totalmente alerta, vigilando a la muchedumbre. Y entonces, hacia la esquina derecha del campo, vi que ondeaban unas cuantas banderas sudafricanas antiguas y eso despertó en mí una reacción completamente contraria. Me entraron escalofríos. De pronto había una alerta de seguridad alarmante. Sabía que debíamos vigilar cuidadosamente a aquel sector del público y me propuse mencionarlo en cuanto pudiera al resto del equipo. Pero me sentí dividido, porque me sorprendió comprender lo que significaba desde el punto de vista político».

El simbolismo era alucinante. Durante décadas, Mandela había representado todo lo que más temían los blancos; durante más años todavía, la camiseta Springbok había sido el símbolo de todo lo que más odiaban los negros. Ahora, de pronto, ante los ojos de toda Sudáfrica y gran parte del mundo, los dos símbolos negativos se habían fundido para crear uno nuevo que era positivo, constructivo y bueno. Mandela era el responsable de esa transformación y se había convertido en la encarnación, no del odio y el miedo, sino de la generosidad y el amor.

Dos años antes, Louis Luyt no habría sabido cómo interpretar todo aquello, pero ahora sí. «Mandela sabía que aquélla era la oportunidad política de su vida, y ¡Dios mío, cómo supo aprovecharla! —dijo posteriormente—. Cuando la muchedumbre estalló, pudimos verlo: aquel día era el presidente de Sudáfrica sin un solo voto en contra. Sí, la toma de posesión, un año antes, fue estupenda, pero era la culminación de unas elecciones en las que unos habían ganado y otros perdido. Aquí estábamos todos en el mismo bando. Ni un voto en contra. Aquel día fue nuestro rey».

Ése era el objetivo. Mandela había sabido valorar el poder de su gesto cuando había dicho que el hecho de que se pusiera la camiseta «tendría un efecto magnífico entre los blancos». Aquel día fue el rey de todos. Ya había tenido una coronación, en el estadio de fútbol de Soweto, al día siguiente de su liberación.

Entonces, había sido coronado rey de la Sudáfrica negra. Cinco años más tarde, se producía su segunda coronación en el *sancta sanctorum* de los afrikaners, el estadio nacional de rugby.

Van Zyl Slabbert, que había inspirado a Morné du Plessis en su juventud y era jefe de Braam Viljoen en el *think-tank* de Pretoria, estaba en el estadio. «No se puede hacer idea de lo que significó para mí ver a aquellos bóers típicos a mi alrededor, con sus barrigas cerveceras, sus pantalones cortos y sus calcetines largos, típicos simpatizantes del AWB, bebiendo coñac con coca cola, ver a aquellos norteños reaccionarios del Transvaal cantando *Shosholoza*, dirigidos por un joven negro, y vitoreando a Mandela —decía Slabbert, perplejo al recordar la escena—. Podíamos haber esperado que, cuando llegara a la presidencia, dijera: "¡Voy a acabar con vosotros…!" Pero no, él contradice todos los estereotipos de venganza y castigo».

El arzobispo Tutu, que, de niño, iba andando a Ellis Park a ver los partidos con sándwiches que le hacía su madre, tuvo que vivir con la cruel ironía de no poder acudir al estadio porque tenía un compromiso fijado con anterioridad en Estados Unidos. Pero no estaba dispuesto a perderse el partido. Lo vio, a primera hora de la mañana, en un bar de San Francisco.

«Nelson Mandela tiene el don de hacer lo más apropiado y ser capaz de hacerlo con aplomo —dijo Tutu—. Otro líder político, otro jefe de Estado, si hubiera intentado hacer algo así, se habría dado de bruces. Pero era lo que había que hacer. No es una cosa que uno pueda inventarse… Creo que fue un momento definitorio en la vida de nuestro país».

Nadie capturó el cambio trascendental que había llevado a cabo Mandela mejor que Tokyo Sexwale, que había pasado trece años en Robben Island condenado por terrorismo y conspiración para derrocar el gobierno; que, al salir de prisión, se había convertido en el mejor amigo del asesinado Chris Hani; que, como primer ministro de la provincia de Gauteng (antes Transvaal), se había convertido en uno de los seis o siete personajes más destacados del CNA.

«Aquél fue el momento en el que comprendí con más claridad que nunca que el fin de la lucha de liberación de nuestro pueblo no era sólo liberar a los negros del cautiverio —decía Sexwale, teniendo muy en cuenta la principal lección que había aprendido de Mandela en la cárcel—, sino, todavía más, liberar a los blancos del miedo. Y allí estaba. "¡Nelson! ¡Nelson! ¡Nelson!" El miedo que se disipaba».

¿Y qué pasó con el último Santo Tomás? ¿Qué pasó con Justice Bekebeke, el

único del grupo de ocho en la barbacoa de Paballelo que no llevaba camiseta Springbok? Para él también fue un momento definitorio. Por fin capituló, impotente ante la marea del nuevo sentimiento sudafricano que había desencadenado Mandela.

«Una hora antes de que empezara el partido, seguía indeciso y confuso —explicaba—. Pero entonces encendimos el televisor y vimos a aquella gente cantando *Shosholoza*, y luego aquel vuelo rasante asombroso, y después el anciano, mi presidente, con la camiseta Springbok. Yo me debatía. Todavía no acababa de sacudirme el viejo resentimiento, el odio, pero me estaba pasando algo, y comprendí que estaba cambiando, me estaba ablandando, hasta que tuve que ceder, tuve que rendirme. Y me dije, bueno, ésta es la nueva realidad. No hay vuelta atrás: el equipo sudafricano es ya mi equipo, sean quienes sean, sea cual sea su color.

»Fue todo un hito para mí. Para toda mi relación con mi país, con los sudafricanos blancos. A partir de aquel día, todo cambió. Todo se redefinió».

CAPÍTULO XVIII

EL SABOR DE LA SANGRE

«No pude cantar el himno —reconocía François Pienaar—. No me atreví». Había querido desesperadamente estar a la altura de la ocasión, ser un ejemplo, no decepcionar a Mandela. Había visualizado la escena una y otra vez en su cabeza. Sin embargo, cuando llegó el momento, cuando los dos equipos se pusieron en fila a un lado del campo, antes del partido, y la banda tocó los primeros compases del *Nkosi Sikelele*, no fue capaz de abrir la boca.

«Sabía que, si lo hacía, me iba a venir abajo. Me iba a deshacer en lágrimas allí mismo. Estaba tan emocionado —contaba el capitán Springbok—, que quería llorar. Sean Fitzpatrick [el capitán de los All Blacks] me dijo después que me había mirado y había visto cómo me caía una lágrima por la mejilla. Pero eso no era nada comparado con lo que sentía por dentro. Era un momento de mi vida de tanto orgullo, y yo estaba allí, y todo el estadio retumbaba. Era demasiado. Traté de localizar a mi novia, fijar mi atención en ella, pero no pude. Así que me mordí el labio. Me lo mordí con tanta fuerza que sentí el sabor de la sangre».

Lo que había hecho que Pienaar estuviera a punto de venirse abajo de la emoción había sido la visita de Mandela al vestuario de los Springboks diez minutos antes. Entre el sobrevuelo del *Jumbo* y su salida al campo vestido con la camiseta, Mandela había pedido a Louis Luyt que le llevara a las entrañas del estadio para decir unas palabras a los jugadores.

Pienaar recordaba la escena. «Acababa de ponerme los vendajes y estábamos todos allí, en un estado de tensión como no habíamos vivido jamás, y por la cabeza me pasaban un montón de cosas, consciente de que aquello era lo más grande que había hecho nunca; una oportunidad de lograr todo lo que siempre habíamos deseado. Y estaba pensando en todo eso pero, al mismo tiempo, con

toda la atención puesta en los detalles del partido, cuando, de pronto, apareció él. No sabía que iba a venir, y todavía menos que iba a llevar la camiseta Springbok. Dijo “Buena suerte”, se dio la vuelta y vi en la espalda el número 6, que era yo…

»Los hinchas más apasionados, sabe, son los que llevan la camiseta de su equipo. Y allí estaba yo viéndole entrar en el vestuario, precisamente en aquel instante, vestido como otro hincha más, pero resulta que era mi camiseta la que llevaba. No hay palabras para describir las emociones que me embargaron».

Como un mes antes en Silvermine, Mandela sorprendió a los Springboks. Según recordaba Morné du Plessis, antes de que entrara en la sala, el silencio era absoluto. «De pronto, los jugadores le vieron y todo el mundo empezó a reírse, a sonreír, a aplaudir. La tensión se disipó». En esta ocasión, el discurso de Mandela fue más breve, más cercano y más directo que el de la víspera del partido contra Australia. «Mirad, chicos —dijo—, jugáis contra los All Blacks. Son uno de los equipos más potentes en el mundo del rugby, pero vosotros sois todavía más potentes. Y sólo tenéis que recordar que toda esta multitud, tanto negros como blancos, está con vosotros, y que yo estoy con vosotros». Luego se paseó por la sala, dando la mano y diciendo unas palabras a cada jugador. Cuando salía por la puerta, François Pienaar le dijo en voz alta: «Me gusta la camiseta que lleva, señor».

Mandela era consciente de que su visita podía elevar más aún la presión sanguínea de los Springboks, que ya estaba en un nivel peligroso. Pero luego dijo que sus palabras habían estado «calculadas para animarles».

Sus cálculos, una vez más, eran acertados. Stransky, que, en su puesto de medio apertura, iba a ser seguramente el que más tensión iba a soportar aquel día, confirmó posteriormente que «supo dar exactamente con el tono adecuado. Fue una auténtica inspiración. Yo habría pensado que era completamente imposible hacer más intensos los sentimientos que teníamos antes del encuentro, pero Mandela lo consiguió. Nos “aceleró” todavía más».

Louis Luyt, que había acompañado a Mandela al vestuario, estaba de acuerdo. «Les cargó las baterías con aquellas palabras, cuando dijo que todo el país estaba con ellos. Fue un discurso breve pero que, Dios mío, ¡iba a hacer que los chicos jugaran como demonios!»

Tres minutos después, mientras los clamores de «¡Nelson! ¡Nelson!» todavía

recorrían el estadio, les tocó a los jugadores salir al campo. A partir de ese momento, era cosa suya. La responsabilidad del bienestar del país quedó depositada en manos de los jugadores. No iba a haber nada más importante durante la hora y media siguiente. Si Sudáfrica perdía, todavía habría cosas que podían salvarse. Era un honor haber llegado a la final. La nación estaba unida como nunca. «Un equipo, un país» había dejado de ser un astuto lema de márketing. Pero, si Sudáfrica perdía, todo acabaría en un mustio anticlímax, un recuerdo agridulce que más valdría olvidar. El gran instante de «¡Nelson! ¡Nelson!» seguiría vivo, pero sin las alegres connotaciones de trompetas y la Novena de Beethoven que podía evocar la victoria.

Para marcar el día, para hacerlo histórico, los Springboks tenían que vencer los pronósticos y ganar. Para ello, tenían que detener a Jonah Lomu. Le vieron por primera vez cara a cara cuando salieron del vestuario hacia el túnel, en preparación para la salida paralela de los dos equipos al campo. Los All Blacks tenían un equipo temible, lleno de nombres famosos. Pero todas las miradas estaban puestas en Lomu, como lo habían estado la mayoría de los pensamientos de los Springboks desde que, una semana antes, habían visto al inmenso corredor dejar el orgullo de Inglaterra reducido a un montón de golfillos desconcertados.

«Era enorme —decía Stransky—. Era imposible no admirarlo. En el túnel, no podía apartar mis ojos. Parecía una montaña. ¡Una montaña que teníamos que escalar!»

Para ser más específicos, una montaña que tenía que escalar James Small. «Recuerdo que vi a Jonah y pensé: “¡Joder!”», explicaba Small, con su típica concisión. Todo el equipo era consciente de la carga sobre los hombros del «inglés», el designado para marcar a Lomu, y todos habían notado que estaba más callado que de costumbre en el autobús hacia el estadio. «Era prácticamente lo único en lo que pensaba. Sabía que, si él conseguía sacar dos o tres yardas de diferencia, no había nada que hacer. Pero los demás jugadores estaban conmigo y me dejaron claro que iban a apoyarme en cuanto Jonah se hiciera con el balón». Chester Williams, cuyas diferencias anteriores con Small quedaron sumergidas en la solidaridad del momento, fue el primero en acercarse a tranquilizarlo: «Lo único que tienes que hacer es contenerlo, y nosotros acudiremos. No te preocupes. Yo estaré cubriéndote las espaldas».

Durante la semana anterior, la prensa sudafricana había visto la aparición de un nuevo tipo de experto en rugby, el *Lomúlogo*. Todos tenían sus teorías sobre cómo pararle. Una de ellas era la estrategia directa propuesta por Chester

Williams. Si Small lograba retenerlo durante un segundo, hacerle perder el paso, el resto del equipo se abalanzaría sobre él. Otras teorías decían que Lomu no tenía tanta fuerza mental como física. Quizá tenía algo de Sonny Liston, el temible campeón de los pesos pesados al que Mohamed Alí derrotó no castigándole el cuerpo, sino jugando con su mente, sacudiendo su frágil autoestima. Dos días antes del partido, los periódicos sudafricanos habían citado con profusión las palabras de un ex capitán de rugby australiano que decía que la clave para neutralizar a Lomu era «intentar quebrar su confianza desde el principio del partido». La idea era que Lomu era imparable si estaba convencido de que era imparable. Si perdía esa convicción, se derrumbaría. El australiano decía que sería útil, por ejemplo, que Stransky pateara unos cuantos balones altos y difíciles en su dirección, para que tuviera que ir en su busca, o, lo mejor de todo, arrojarlo al suelo una o dos veces en los primeros diez minutos. Desde el primer instante, el objetivo de los Springboks tenía que ser «confundir al grandullón», «proporcionarle uno o dos reveses mentales».

Hay pruebas de que Mandela también intentó proporcionarle alguno. Según contó más tarde Linga Moonsamy, antes de ir al vestuario Springbok, Mandela visitó el de los All Blacks. «Jonah Lomu, de cerca, era gigantesco —recordaba Moonsamy—. Pero se podía ver inmediatamente que era tímido. Estaba como atemorizado por Mandela. Los chicos de Nueva Zelanda estaban todos sin camiseta y, cuando Mandela se acercó a Lomu, le oí decir: "¡Uff!"» Dio la mano a todos los jugadores y les deseó suerte. Mandela no había sido tan poco sincero en toda su vida, y los All Blacks lo sabían. «Hubo un detalle que los neozelandeses no tuvieron más remedio que advertir —decía Moonsamy entre risas—. ¡Llevaba la camiseta de los Springboks! Luego me pregunté si, en realidad, el hecho de haber entrado a verlos era una forma de transmitirles un mensaje deliberadamente ambiguo».

Quince minutos después, Mandela estaba en el campo, recorriendo la fila de jugadores de Nueva Zelanda, dándole la mano a cada uno. Cuando llegó a Lomu, saludó al hombre al que acababa de conocer como si fuera un amigo al que no veía desde hacía tiempo. «¡Ah, hola, Jonah! ¿Cómo estás?», sonrió. Según un periodista de televisión que estaba cerca: «¡Lomu tenía pinta de ir a cagarse encima!»

El último número del espectáculo antes de que empezara el partido era el tradicional Haka de los All Blacks. El equipo ejecutaba este rito antes de los partidos internacionales desde hacía más de cien años. Era una danza de guerra

maorí cuyo propósito era infundir terror a las filas enemigas. Los 15 All Blacks se colocaban en el centro del terreno de juego, en amplio despliegue, cada uno con las piernas separadas y medio en cuclillas. A un grito del capitán, comenzaba la danza. Entre mucho gruñido y mucho sacar la lengua, grandes pisotones, palmadas en los muslos, pechos hinchados y gestos amenazadores, los All Blacks entonaban un canto que era mucho más alarmante en los gritos originales en maorí que traducido y por escrito. El enardecedor final decía:

Të-nei te tangata pü-huruhuru
Nä-na nei i tiki mai whakawhiti te rä
Ä upane, ka upane
Ä upane, ka upane
Whiti te rä, hï!

Éste es el hombre peludo que aquí se yergue.
Que trajo el sol y lo hizo brillar.
Un paso hacia arriba, otro paso hacia arriba.
¡Un paso hacia arriba, otro paso hacia arriba! ¡El sol brilla!

Por suerte para los All Blacks, sus rivales no suelen tener a mano la traducción. Lo que suelen hacer es tratar de amilanarlos con la mirada, o sonreír con aparente desprecio, o fingir indiferencia. Pero ninguna de esas cosas resulta nunca del todo convincente, por lo hipnótico y amenazador del canto. En esta ocasión, sin embargo, hubo una ligera pero significativa ruptura del protocolo. A mitad de la interpretación, que dura aproximadamente un minuto y 20 segundos, Jonah Lomu se salió de la pauta y empezó a aproximarse, despacio pero con decisión, sin dejar de mirarlo, a James Small. Pero entonces ocurrió algo de lo que pocos de los que veían el partido en el estadio y en televisión se dieron cuenta, pero que sí registraron todos los jugadores en el campo. Kobus Wiese, que estaba al lado de Small, rompió también el protocolo y dio dos o tres pasos hacia Lomu, interponiéndose delante de Small. «Kobus rompió la fila como para decir a Lomu: “Para llegar hasta él, tienes que enfrentarte primero a mí», recordaba Pienaar. Fueron pequeños gestos de dos hombres gigantescos, unos gestos infantiles en medio de todos los acontecimientos del día, pero que surtieron efecto. Antes de que el silbato del árbitro señalara el comienzo del

partido, el marcador era ya Springboks 1, Lomu 0.

Si la atención de los aficionados estaba centrada en James Small, la máxima presión la sufría Stransky. Debido al puesto en el que jugaba, era el pateador del equipo, las miradas iban a estar puestas en él más que en ningún otro jugador. François Pienaar y Kobus Wiese podían, hasta cierto punto, esconderse tras el tumulto de gruñidos de la melé. Si cometían un error, pocos fuera del equipo o de la esfera de los expertos tenían por qué darse cuenta. Lo malo era que, por eso mismo, pocas veces se les daba todo el mérito que les correspondía. Por el contrario, nadie podía perderse lo que hiciera o dejase de hacer Stransky. Su puesto de medio apertura era el más visible del equipo y, además, de su puntería dependía muchas veces el resultado del partido. Era el encargado de chutar los *drops*, las transformaciones de los ensayos y los penaltis, con los dos o tres puntos que eso suponía. Si el chut salía bien, el jugador era un héroe. Si no, corría el riesgo de la ignominia eterna o, en el mejor de los casos, de reprochárselo a sí mismo eternamente, como un futbolista que falla un penalti. Y, como un futbolista en esas circunstancias, muchas cosas dependían de una minucia. La diferencia entre la gloria y el desastre residía en un cambio sutil en la dirección del viento, unos movimientos casi microscópicos de los músculos, tendones y nervios en el tobillo, la rodilla, la cadera, el dedo gordo del pie.

El rugby puede ser un deporte espectacular de ver, incluso para personas que no conocen todas sus complejidades. Combina la táctica, la fuerza y la velocidad del fútbol americano con la fluidez, la amplitud, el esfuerzo colectivo y el talento individual del fútbol. Para jugar en la máxima categoría hay que tener la fuerza necesaria en el primero y la agilidad necesaria en el segundo. Cuando se juega bien, con ritmo y habilidad, el espectáculo es como una pelea de gladiadores y, al mismo tiempo, un placer para los sentidos. Si el partido está muy igualado, todavía mejor, porque entonces se mezclan el arte y el teatro.

La final de la Copa del Mundo de rugby de 1995 produjo más teatro que arte. Fue un partido agotador. Fue puro desgaste. Fue una guerra de trincheras, no demasiado grato como espectáculo. Pero, como muestra de dramatismo, fue inigualable.

Toda Sudáfrica estaba pendiente; todas las razas, religiones, tribus estaban pegadas a sus televisores. Desde Kobie Coetsee, que encontró un bar abarrotado cerca de su casa de Ciudad del Cabo en el que ver el partido, pasando por Constand Viljoen, que lo vio con unos amigos, también en Ciudad del Cabo, Tutu, que lo vio con desconocidos en California, Niël Barnard que lo vio en su

casa de Pretoria con su mujer y sus tres hijos, y Justice Bekebeke con sus viejos amigos y camaradas en Paballelo, hasta el juez Basson, el hombre que les había condenado a muerte, que lo vio en su casa de Kimberley. Todos pertenecían, por fin, al mismo equipo. Como Eddie von Maltitz, que lo vio con sus viejos *kommandos* bóer en la granja, en el Estado Libre de Orange. Estaba ya tan comprometido con la causa de los Springboks y Nelson Mandela como lo había estado con la del AWB de Eugene Terreblanche.

«Todos rezábamos aquel día, tío —contaba—. Estábamos tensos. Rezando, rezando. Si podíamos ganar al equipo de Nueva Zelanda, podríamos hacer muchas cosas como nación. Estábamos muy unidos, y ahora teníamos la oportunidad de estar más unidos todavía. Era muy importante ganar para Sudáfrica».

Tan importante que las calles estaban desiertas, como sólo pudieron atestiguar el piloto Laurie Kay y los miembros de su tripulación. El avión aterrizó antes de que empezara el partido, pero en el aeropuerto no había nadie del personal de tierra para recibirlos. Salvo que recurrieran a alguna medida extrema como desplegar el tobogán de emergencia, estaban atrapados en el aparato. Por fin, apareció su chófer, que encontró unas escalerillas y las llevó rodando hasta el avión. «No había nadie en las calles. Parecía una escena de aquella novela postapocalíptica, *La hora final*. Llegué a casa en diez minutos justos». Lo cual quiere decir que debió de ir por las calles más deprisa que en el vuelo que había hecho sobre Ellis Park.

El partido en sí fue flojo. No fue fluido en ningún momento, en parte porque Sudáfrica no dejó a Jonah Lomu que jugara como sabía. James Small no tenía que haberse preocupado; todo el equipo se encargó de Lomu. Si el primer placaje no podía con él, el segundo, o el tercero, o el cuarto lo conseguirían. Hubo momentos en los que Lomu parecía un búfalo atacado por una manada de leones. Antes de que perfeccionaran el placaje en grupo, hubo un par de acciones de valor individual. La primera vez que Lomu recibió el balón, uno de los jugadores más menudos de Sudáfrica, el medio melé Joost van der Westhuizen, lo derribó con un placaje bajo, justo por debajo de las rodillas («*Aquello* marcó el tono del partido», contaba Pienaar). Un poco después, cuando parecía que Lomu había encontrado el tiempo y el espacio para acumular energía, lo derribó con el mismo aplomo Japie Mulder, el centro tres cuartos que formaba pareja con Hennie le Roux. Mientras el gigante se levantaba, Mulder —un pigmeo en comparación— le aplastó el rostro contra el césped de Ellis Park.

«Fue bastante poco elegante por parte de Japie hacer eso —decía Morné du Plessis, sin una pizca de desaprobación—. Pero fue un mensaje a Lomu y a todos los All Blacks: Nadie va a poder hoy con nosotros».

Y nadie pudo. Los All Blacks se habían emborrachado de tantos marcados en ensayos durante el torneo, pero no consiguieron ni uno contra los Springboks. John Robbie, el ex jugador de rugby y presentador de radio, lo resumió muy bien. «Los Springboks cerraron el juego, lucharon por cada centímetro de terreno y placaron como demonios. Contra aquel equipo, era la única forma de tener alguna posibilidad de ganar».

Lo malo era que los sudafricanos tampoco estaban marcando ningún ensayo. La defensa de los All Blacks era tan firme como la de los Springboks. Era el equivalente deportivo de la Primera Guerra Mundial: ningún avance, líneas defendidas con obstinación, proyectiles que volaban entre un bando y otro. Fue un partido que se decidió en los chuts. Todo el tanteo del partido salió de los penaltis y los *drops*, que valían tres puntos cada uno.

Al llegar al descanso, Joel Stransky había chutado a palos con acierto tres veces, mientras que Andrew Mehrtens, el medio apertura de los All Blacks, lo había hecho en dos ocasiones. Cuando se detuvieron, al terminar los primeros 40 minutos, para el obligatorio descanso de 10, el marcador indicaba 9-6 a favor de Sudáfrica. Pero Mehrtens igualó en la segunda mitad, y el partido terminó, en un ambiente de tensión insoportable, en el que la situación podía variar en cualquier momento en un sentido u otro, con un tanteo de 9-9. Por primera vez en una Copa del Mundo de rugby, había que jugar una prórroga, dos mitades de 10 minutos cada una. Ningún jugador de los que estaban en el campo había cruzado nunca ese umbral. Estaban física y mentalmente exhaustos. Pero los aficionados estaban sufriendo aún más, entre ellos Mandela, pese a que —como la mayoría de los recientes conversos negros de todo el país— se había perdido algún detalle que otro. «No entendía mucho, pero sí lo suficiente para seguir el partido —recordaba el brusco Louis Luyt, que estaba sentado junto a él—. Me hacía preguntas: “Ese penalti, ¿por qué ha sido?” ¡Eso sí, qué nervioso estaba! ¡Increíblemente tenso! ¡Sobre el filo de una navaja!»

Mandela no dudaba en corroborar la impresión que había sacado Luyt. «¡No sabe lo que sufrí aquel día! ¡No lo sabe! —decía después, identificándose con todos sus compatriotas—. No había visto nunca un partido de rugby en el que no se hubiera logrado ningún ensayo. Todo penaltis o *drops*. No había visto nunca nada igual. Pero, cuando decidieron darnos diez minutos más, sentí que me

desmayaba. Francamente, no he estado nunca tan nervioso».

Morné du Plessis, veterano de cien batallas, también se sintió desmayar cuando se imaginó en el lugar de los jugadores. «Era mucho más que un partido de rugby, recuerde, y todos lo sabían; era como tener a un grupo de soldados que acaban de vivir el trauma del campo de batalla y volverlos a enviar inmediatamente al frente».

Pienaar, el general, de veintiocho años, recordó a sus compañeros el gran objetivo que tenían en el intervalo antes de que se reanudara el juego. «Mirad a vuestro alrededor —dijo a sus cansadas tropas—. ¿Veis esas banderas? Jugad para esa gente. Ésta es nuestra oportunidad. Tenemos que hacerlo por Sudáfrica. Vamos a ser campeones del mundo».

Su elocuencia no impidió que los All Blacks se adelantaran con un *drop* de Mehrtens al minuto de haber empezado. Nueva Zelanda ganaba 12-9, pero, a medida que se aproximaba el minuto 10, cuando estaba a punto de sonar el pitido del descanso, Stransky colocó otro penalti alto y directo entre palos. Estaban 12-12. Sonó el silbato y, cinco minutos después, los jugadores, con piernas de plomo, reanudaron la batalla por última vez. Los últimos 10 minutos del partido.

«Unos días antes de la final, Kitch Christie [el entrenador] me había dicho: "No te olvides de los *drops*" —recordaba Joel Stransky—. Y estuve practicando marcar *drops* durante los dos días anteriores al gran encuentro. Menos mal que lo hice.

»Sólo recuerdo tres de los cinco chuts entre palos que metí aquel día. La última es una de ellas. Faltaban siete minutos y el marcador seguía 12-12. Tuvimos una melé a 25 yardas de su línea. François ordenó una jugada de la fila posterior, que habíamos practicado una y otra vez». Eso quería decir que los delanteros intentaban atravesar corriendo las densas filas de los All Blacks para hacer un ensayo. «Pero Joel anuló mi orden —recordaba Pienaar—. Dijo que quería el balón de inmediato». Así que eso es lo que hicieron. Según recordaba Wiese, «Joel nos pidió que la melé girase en una dirección concreta para que pudiera marcar su *drop*. Estábamos muy cansados, pero lo intentamos y salió».

El balón emergió de la masa humana de la melé y Joost van der Westhuizen, el medio melé, el nexo entre los delanteros y los tres cuartos, lanzó el balón a Stransky. Éste dispuso de 30 segundos desde que dio su orden hasta que recibió el balón para ser completamente consciente de que aquél era el momento más importante de su vida y de las vidas de muchas otras personas. La presión

mental, la enorme responsabilidad y la dificultad física de dejar caer el balón e impactarlo limpiamente con el pie en cuanto toca el suelo, de forma que vuele alto y directo, sabiendo a la perfección que dos o tres gigantes se dirigen hacia ti con ganas de asesinarte… Stransky se había ofrecido a cumplir uno de los deberes más peligrosos en cualquier deporte.

«Recibí el balón limpiamente, y ejecuté un chut perfecto —decía Stransky, reviviendo el momento más feliz de su vida—. Mantuvo su trayectoria. Giró como debía, sin desviarse. Y ni siquiera miré para ver si iba a atravesar los palos. Sabía, en cuanto se alejó de mi bota, que era un golpe demasiado bueno para fallar. Y me sentí absolutamente exultante».

Él y todos los demás sudafricanos que estaban viendo el partido: Justice Bekebeke, Constand Viljoen, Arnold Stofile, Niël Barnard, Walter Sisulu, Kobie Coetsee, Tokyo Sexwale, Eddie von Maltitz, Nelson Mandela; todos. Pero aún quedaban seis minutos. Y Lomu seguía allí. Y allí seguían los otros 14 All Blacks, según el *Daily Telegraph* de Londres, la alineación de rugby «de talento más asombroso» que nadie podía recordar.

Pienaar dijo a sus hombres que aguantaran, que aguantaran e hicieran todo lo posible para tratar de mantener el balón en el campo de Nueva Zelanda, inmovilizarlos, no dejarles ver ni un atisbo de luz.

«Cuando Joel Stransky lanzó aquel *drop*, había un británico que estaba cerca de mí y que me dijo: “Estoy seguro de que ése ha sido el tanto decisivo” —recordaba Mandela—. Pero yo no me atrevía a creerlo del todo. ¡Y la tensión, qué nervios! ¡Le digo que fueron los seis minutos más largos de mi vida! Miraba sin cesar mi reloj, todo el tiempo, y pensaba: “¿Cuándo va a sonar el silbato?”»

Los seis minutos pasaron, los Springboks resistieron, y el silbato sonó. François Pienaar salió disparado de una melé y saltó con las manos levantadas. De pronto se arrodilló y se ocultó el rostro con el puño, y los demás jugadores se arrodillaron a su alrededor. Rezaron y luego se levantaron, saltaron y se abrazaron, que era lo que estaba haciendo todo el mundo en el estadio, incluido Nelson Mandela, que no era muy dado a abrazos.

«Estaba en el séptimo cielo —decía Moonsamy—. Estuve con Nelson Mandela cinco años, toda su presidencia, y nunca le vi tan feliz como entonces. Estaba entusiasmado, extático. Cuando sonó el silbato, toda la suite estalló. Si la gente cree que los guardaespaldas son robots, deberían habernos visto cuando sonó el silbato. Nosotros también nos abrazamos, y algunos lloramos».

Mandela se reía tanto al recordar el momento que casi no podía hablar.

«Cuando sonó el silbato, Luyt —decía—, Louis Luyt y yo… de pronto nos encontramos… ¡abrazándonos! ¡Sí, abrazándonos!» Luyt lo confirmó. «Cuando sonó el silbato y los jugadores se arrodillaron, nos abrazamos. Y él me dijo: "¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!" Nos abrazamos con tal fuerza —seguro que él no mencionó este detalle— ¡que le levanté del suelo!»

En las gradas, 62.000 rostros exultantes volvieron a gritar: «¡Nel-son! ¡Nel-son!» La emoción de la victoria hacía que su grito fuera más alto, más visceral que antes. En el campo, envuelto en el éxtasis del público, de sus compañeros de equipo y del suyo propio, Kobus Wiese digería la enormidad del momento. «Era muy consciente de que sólo unos pocos pueden tener ese sentimiento y ser parte de una cosa así. Vertí lágrimas de alegría. Creo que todos lloramos. En esos momentos, tras la victoria, absorbes toda la emoción, y no hablas. Te abrazas con todos y nadie tiene que decir nada. En aquel terreno nos dimos cuenta, con toda la emoción que sentíamos, de que habíamos pasado a formar parte de la historia».

«Era imposible decir nada que expresase lo que sentíamos. Nos limitamos a saltar y saltar, y sonreír y sonreír —decía Joel Stransky, sonriente—. Sonreí durante toda una semana. No he dejado de sonreír».

CAPÍTULO XIX

AMA A TU ENEMIGO

«Cuando terminó el partido —contaba Morné du Plessis—, di la vuelta y empecé a correr hacia el túnel, y allí estaba Edward Griffiths, el creador del eslogan “Un equipo, un país”, y me dijo: “Las cosas nunca volverán a ser igual.” Comprendí inmediatamente que tenía razón, porque me di cuenta, allí mismo, de que lo mejor había quedado ya atrás, que la vida no podía ofrecer nada mejor. Le dije: “Hoy lo hemos visto todo”».

Pero Du Plessis se equivocaba. Quedaba más. Quedaba Mandela bajando al campo, con la camiseta puesta, la gorra en la cabeza, para entregar la copa a su amigo François. Y quedaba el público embelesado de nuevo —«¡Nelson! ¡Nelson! ¡Nelson!»— cuando Mandela apareció en la línea de banda, sonriendo de oreja a oreja, saludando a la muchedumbre, mientras se disponía a acercarse al pequeño podio colocado en el campo en el que iba a entregar el trofeo de la Copa del Mundo a François Pienaar.

Van Zyl Slabbert, el afrikaner liberal, rodeado en el estadio —según palabras suyas— de tipos barrigudos con pinta de pertenecer al AWB, se quedó asombrado ante la pasión por la Nueva Sudáfrica de sus compatriotas renacidos. «Tendría usted que haber visto las caras de esos bóers a mi alrededor. Recuerdo ver a uno al que le corrían las lágrimas por el rostro y que no paraba de decir, en afrikaans: “Ése es mi presidente… Ése es mi presidente…”»

Y hubo más aplausos y más lágrimas cuando Pienaar ofreció el que iba a ser el primero de dos ejemplos memorables de elocuencia improvisada. Un periodista de la cadena de televisión SABC se le acercó en el campo y preguntó: «¿Qué ha sentido al tener a 62.000 aficionados apoyándoles aquí en el estadio?»

Sin dudarlo un instante, respondió: «No teníamos a 62.000 aficionados con

nosotros. Teníamos a 43 millones de sudafricanos».

Linga Moonsamy, que salió al terreno de juego un paso por detrás de Mandela, miró a la multitud, al viejo enemigo que coreaba el nombre de su líder, y luchó para recordar que estaba trabajando, que, mientras todos los que le rodeaban perdían la cabeza, él tenía que conservar la suya. Mantuvo la suficiente sangre fría para recordar que, antes del partido, había visto en la esquina derecha del estadio aquellas viejas banderas sudafricanas. Así que volvió a mirar hacia allí. «Pero no —contaba—, las viejas banderas habían desaparecido. Sólo había banderas nuevas. Y la gente en aquel sector del público estaba llorando y abrazándose, como todos los demás. Así que me relajé un poco y me permití pensar que aquél era un momento inmenso para el país, que yo había hecho lo que había hecho cuando era joven, había corrido riesgos, había luchado por esto, y nunca había imaginado que podía manifestarse con tales dimensiones».

Tokyo Sexwale, que estaba en el estadio, compartía los sentimientos de Moonsamy. «Te sientas allí y sabes que ha valido la pena. Todos los años en la clandestinidad, en las trincheras, de abnegación, de estar lejos de casa, en la cárcel, todo valió la pena. Aquello era todo lo que queríamos ver. Y otra vez, "¡Nelson! ¡Nelson! ¡Nelson!" Estábamos allí de pie y no sabíamos qué decir. Yo me sentía orgulloso de encontrarme junto a aquel hombre con el que había estado en la cárcel. ¡Qué arriba estaba en aquel momento! Me sentí tan orgulloso, tan orgulloso de haberme codeado con los dioses…»

Los dioses, en aquel momento, eran Mandela y Pienaar, el anciano vestido de verde, coronado rey de toda Sudáfrica, que entregaba la copa a Pienaar, el joven vestido de verde, designado, aquel día, jefe espiritual de la nueva *afrikaneidad*.

Mientras el capitán sostenía la copa, Mandela le puso la mano izquierda en el hombro derecho, le miró con afecto, le dio la mano y dijo: «François, muchas gracias por lo que has hecho por nuestro país».

Pienaar miró a Mandela a los ojos y respondió: «No, señor presidente. Gracias a *usted* por lo que ha hecho por nuestro país».

Si se hubiera estado preparando toda la vida para aquel instante, no habría podido ser más certero. Como dijo Desmond Tutu: «Aquella respuesta fue una inspiración divina. Los seres humanos hacemos todo lo que podemos, pero aquellas palabras en aquel momento… nadie habría podido escribirlas».

Tal vez un guionista de Hollywood habría hecho que se dieran un abrazo. Fue un impulso que Pienaar confesó haber reprimido a duras penas. Pero no, los dos se miraron y se rieron. Morné du Plessis, que estaba al lado, miró a Mandela

y al afrikaner pródigo, vio a Pienaar que levantaba la copa sobre los hombros, mientras Mandela, riendo, alzaba los puños, y le costó creer lo que veían sus ojos. «No he visto jamás una alegría tan completa —dijo Morné du Plessis—. Mandela miraba a François y no paraba de reír… y François miraba a Mandela y… ¡qué afecto se palpaba entre ellos!»

Todo aquello resultó abrumador para el duro Slabbert, veterano de mil batallas políticas. «Cuando François Pienaar dijo aquello en el micrófono, con Mandela escuchando, riéndose y saludando a la multitud y agitando la gorra —contaba—, *todos* lloraron. No quedó un ojo seco en el estadio».

No quedó un ojo seco en el país. El viejo ministro de Justicia y Servicios Penitenciarios del *groot krokodil*, en su atiborrado bar de Ciudad del Cabo, sollozaba como un niño. Kobie Coetsee no podía dejar de pensar en su primer encuentro con Mandela, diez años antes. «Superó los demás logros. Fue el momento en el que mi gente, sus adversarios, aceptó a Mandela. Fue un momento comparable, pensé entonces, a la creación de Estados Unidos. Fue el mayor triunfo de Mandela. Les vi a él y a Pienaar y lloré. Me dije a mí mismo: "Ha valido la pena. Todo el sufrimiento, todo lo que he vivido, ha valido la pena. Esto refuerza el milagro." Eso es lo que sentí».

Lejos de allí, en el polvoriento Paballelo, Justice Bekebeke sentía lo mismo. Cinco años antes estaba en el Corredor de la Muerte, enviado allí por uno de los jueces de Coetsee, pero, de pronto, todo aquello le pareció muy remoto. «¡Me sentí en el séptimo cielo! —explicaba—. Cuando Joel Stransky metió el *drop*, mis amigos empezaron a celebrarlo y a gritar como locos, y este Santo Tomás incrédulo también. Me sentí cien por cien sudafricano, más sudafricano que nunca. Estaba tan eufórico como todos los demás. Nos volvimos completamente locos. Y después de que sonara el silbato, después de que Mandela entregara la copa a Pienaar, salimos a la calle. Como todo el mundo en Paballelo. Las bocinas sonaban y todo el distrito salió a bailar, cantar y celebrarlo».

Eran las mismas calles en las que Bekebeke había matado al policía que había disparado contra un niño; donde los antidisturbios habían enloquecido la noche antes de que se dictaran las penas de muerte para los 14 de Upington y habían golpeado a todos los que veían, hasta enviar a veinte personas al hospital.

«Era irreal. Y pensar que esas escenas estaban repitiéndose en toda Sudáfrica sólo cinco años después de la liberación de Mandela, dos años después del

asesinato de Chris Hani. Entonces me habría resultado lo más improbable del mundo imaginar que iba a celebrar una victoria de los Springboks. Sin embargo, viéndolo ahora, no puedo creer la indiferencia que sentía aquella mañana antes de la final, no puedo creer que no me importara. Porque sólo había una manera de describir lo que sentía en aquel instante: una euforia desatada».

En Paballelo, en Soweto, en Sharpeville y en otros mil distritos negros, grupos de jóvenes recorrían las calles sin árboles interpretando su propia Haka, su propia danza de guerra, el Toi Toi. Pero ahora no marchaban desafiantes; rebosaban orgullo nacional multicolor y celebraban la victoria de los *AmaBokoBoko*.

Llegaban noticias de las zonas residenciales acomodadas de Ciudad del Cabo, Durban, Port Elizabeth y Johanesburgo de que las señoras blancas estaban deshaciéndose de generaciones de prejuicios y contención y abrazando a sus criadas negras, bailando con ellas en las calles arboladas de pulcros barrios como Houghton. Por primera vez, los mundos paralelos del apartheid se habían fundido, las dos mitades se habían unido en un todo, pero en ningún sitio como en la propia Johanesburgo y, sobre todo, en torno a Ellis Park, donde el carnaval de Río se confundió con la liberación de París en un tumulto de verde Springbok. Un anciano negro estaba en mitad de la calle, delante del estadio, ondeando una bandera sudafricana y gritando una y otra vez; «Sudáfrica ya es libre. Los Boks nos han permitido ser libres y estar orgullosos».

Enfrente de Ellis Park se encontraban las oficinas del periódico dominical negro, *City Press*. Khulu Sibiya, el director del periódico, miraba estupefacto el espectáculo desde su ventana. «Nunca he visto a tantos negros celebrando en las calles. Nunca. Es más, nuestras páginas, al día siguiente, hablaron más de lo increíble que era ver a los negros festejando que sobre Pienaar y la copa en sí. Fue asombroso».

El arzobispo Tutu, que también tenía mucho olfato periodístico, estaba de acuerdo. La noticia *fueron* las celebraciones de los negros. «Lo que vimos aquel día fue una revolución», decía, encantado de haber vivido para ver cómo su país engendraba un modelo nuevo de revolución, en el que no se eliminaba al enemigo, sino que se le acogía; que, en vez de dividir a la gente, la unía. «Si se hubiera profetizado sólo un año —sólo unos meses— antes que en las calles de Soweto la gente iba a bailar para celebrar una victoria de los Springboks, casi todo el mundo habría dicho: “Has tomado demasiado sol sudafricano y te ha afectado al cerebro.” Aquel partido hizo por nosotros lo que no habían podido

los discursos de los políticos ni los arzobispos. Nos electrizó, nos hizo comprender que era verdaderamente posible estar todos en el mismo bando. Nos dijo que era posible convertirnos en una sola nación».

La inevitable histeria patriótica en los periódicos sudafricanos al día siguiente, la sensación de que el país había cambiado para siempre, quedó resumida en el titular de primera página, a ocho columnas, de un diario que tuvo la buena fortuna de nacer precisamente aquel día, el *Sunday Independent.* «Triunfo de los Guerreros del Arcoiris», clamaba el primer número del periódico. La prensa extranjera se sumó a la fiesta y hasta los cronistas deportivos casi se olvidaron de escribir sobre el partido propiamente dicho, como el especialista en rugby del *Sydney Morning Herald*, que comenzaba su información de esta forma: «Sudáfrica se convirtió ayer rotundamente en "un equipo, un país", mientras la nación arcoiris caía rendida en éxtasis». Y añadía, en referencia al final de la Segunda Guerra Mundial, «fue como una repetición del Día de la Victoria, con oleadas de pasión similares, y el sentimiento de que acababa de suceder algo trascendental e inolvidable».

Van Zyl Slabbert, que era un hombre corpulento, un típico bóer, se encontró en medio de la histeria posterior al partido. «Salí a las calles, que estaban repletas de negros bailando, y tenía que llegar hasta casa, así que me metí en un taxi negro». Un «taxi negro» es un híbrido de taxi tradicional y autobús, un vehículo que se para cuando uno lo llama pero que sigue una ruta concreta y que tiene una capacidad de alrededor de una docena de personas. Es «negro» porque en Sudáfrica era siempre una forma de transporte que usaban los negros; los blancos, casi invariablemente, tenían coche propio. Lo que hizo Slabbert, parar uno y subirse, era prácticamente inaudito, sobre todo para los habitantes del elegante barrio del norte de la ciudad, no lejos de Houghton, en el que vivía. «Me metí, y la gente estaba dando gritos y celebrando con tanta pasión como los bóers en Ellis Park. Le dije al conductor que me podía dejar en el Centro Cívico, en la ciudad, pero me preguntó cuál era mi destino. Le dije que mi casa estaba en un barrio a las afueras, pero que el Centro Cívico bastaba porque suponía que seguramente le pillaba de camino. Pero el conductor se mostró muy insistente. Me dijo que no, que me iba a llevar hasta casa, pese a que le supondría una demora de más o menos media hora y, con el caos de tráfico de aquel día, seguramente más. Así que le dije que muy bien, pero qué pasaba con las otras personas que estaban en el taxi, que iba completamente lleno. Todos gritaron que no había inconveniente. Se lo tomarían como un paseo. Estaban tan contentos.

Por fin llegamos a casa y, al salir, le pregunté al conductor: "¿Cuánto?" Me sonrió y dijo: "No. Hoy, nadie paga"».

Slabbert suponía que nadie de los que iban en el taxi tenía más que vagos conocimientos sobre rugby, pero eso no aguó la fiesta general en Johanesburgo, como tampoco a 750 kilómetros de distancia, en Paballelo. «En mi distrito, entre mi gente, no había ni un solo aficionado al rugby —contaba Bekebeke—. Pero aquel día… hasta mi madre ululaba en celebración. Lo celebrábamos como sudafricanos, como una nación. Y sabíamos, en el fondo, que los Springboks habían ganado porque nos habíamos propuesto que ganaran. ¡Fue un día increíble! Una democracia joven, recién nacida, y allí estaba el símbolo de nuestra transformación, Mandela. Cuando levantó la copa, aquélla fue nuestra victoria. Supimos, al fin, que éramos una nación triunfadora».

Arrie Rossouw, el periodista afrikaner que conoció a Mandela en Soweto al día siguiente de su liberación, estaba de acuerdo, pero lo sentía incluso con más intensidad porque, como sudafricano blanco, se había sentido un perdedor, un paria a los ojos del mundo. «Habíamos dejado de ser los malos —decía—. No sólo ganamos, sino que el mundo quería que ganáramos. ¿Se da cuenta de lo que significó aquello para nosotros? ¿Qué alegría? ¿Qué inmenso alivio?»

Tokyo Sexwale dijo que Mandela había liberado a los blancos del miedo. Era verdad, pero no era sólo eso. Los liberó en más sentidos. Los redimió ante sus propios ojos y ante los ojos del mundo.

Y entonces les hizo campeones del mundo. Kobus Wiese, François Pienaar, Hennie le Roux, Chester Williams, James Small, todos estaban de acuerdo en que el factor Mandela había sido decisivo. Habían ganado el partido por él y gracias a él. «Los jugadores sabíamos que el país tenía un rostro y un nombre —explicaba Le Roux—. Jugamos por Sudáfrica, pero también jugamos para no decepcionar al viejo, que venía a ser lo mismo».

«Se conjugó todo a la perfección: nuestro deseo de ser el equipo de toda la nación y su deseo de convertir el equipo en el equipo nacional —explicaba Morné du Plessis—. Coincidió en el momento justo. Y estoy convencido de que ésa fue la razón por la que ganamos la Copa del Mundo».

El propio Louis Luyt estaba también de acuerdo. «¡No habríamos ganado sin Mandela! Cuando bajé con él a ver a los jugadores en el vestuario, antes del partido, pude verlo: les levantó la moral un cien por cien. Ganaron en su nombre, tanto como por todo lo demás».

Morné du Plessis tuvo la sensación de que iba a ser el gran día de Sudáfrica

en cuanto vio a Mandela al borde del campo con la camiseta verde, recibiendo las aclamaciones del público. «Lo digo con todo el respeto a un equipo All Black verdaderamente memorable, pero, con la inmensidad del hombre que nos apoyaba, y el poder que emanaba de él y a través de él, me pareció un poco injusto». Sean Fitzpatrick, el temible capitán All Black, reconoció mucho después que Du Plessis tenía razón, que se había sentido sobrecogido, en cierto modo, al oír la reacción del público ante Mandela. «Les oímos corear su nombre —explicaba—, y pensamos: ¿Cómo vamos a derrotar a estos cabrones?»

Demasiado tarde, Fitzpatrick comprendió que su equipo podía tener a Jonah Lomu, pero los otros jugaban con un hombre más; disponían de un arma secreta contra la que el mejor equipo de rugby de la historia no tenía respuesta. Joel Stransky habría podido atribuirse el mérito del triunfo, pero se lo cedió al decimosexto hombre de los Springboks. «El efecto que causó en los jugadores fue inconmensurable. Aquel día fue un cuento de hadas hecho realidad, con Mandela en el centro. Él nos dio la victoria».

Y, aquel día, disfrutó enormemente con ella. El camino de vuelta a casa desde el estadio duró tres veces más de lo previsto, pero, como decía Moonsamy, podría haber durado seis veces más y Mandela habría pedido más. «Todos nuestros planes se vinieron abajo. Nuestra ruta estaba completamente atascada. Toda la ciudad se había transformado en una gigantesca fiesta callejera. Pero Mandela disfrutó de cada minuto».

Moonsamy seguía alerta, pero la idea de que alguien pudiera querer asesinar a Mandela en aquel momento le parecía descabellada incluso a él. Cuando los cuatro coches que formaban la caravana llegaron, por fin, a Houghton, había una pequeña muchedumbre reunida delante de su casa, celebrándolo. Mandela salió del Mercedes para saludarlos y una anciana se le acercó. Moonsamy vio, asombrado, que le soltaba un pequeño discurso a Mandela para declarar que, hasta esa tarde, había sido del AWB, pero que ahora, dijo, «renuncio a seguir siendo miembro».

Estaba anocheciendo, eran alrededor de las seis y media. Mandela dejó marchar a sus guardaespaldas. «Chicos —dijo—, id a divertiros».

Le tomaron la palabra. «Llegué a casa, a través de las masas ruidosas —recordaba Moonsamy—, y entonces, mi cuñado, su mujer y sus hijos, y mi familia y yo fuimos al lago, a Randburg Waterfront, donde todo el mundo estaba reuniéndose para celebrar la victoria, y allí vi una Sudáfrica unida. Blancos y negros abrazándose, riendo y llorando, hasta altas horas de la noche».

Mandela prefirió quedarse tranquilamente en casa. «Volví del rugby y me quedé en casa, feliz, reflexionando», y siguiendo sus rutinas inviolables. Vio el informativo en inglés a las siete y en xhosa a las siete y media. A las ocho menos diez se sentó para tomar su habitual cena ligera: muslo de pollo con piel, batata y zanahorias. Nada más. Antes de irse a la cama, una hora después, se sentó a solas en el salón para recapitular, como hacía en su celda cada noche antes de dormir. Lo que le había sorprendido y satisfecho era hasta qué punto había acabado siendo el centro de atención. Porque era consciente de que, detrás de aquel clamor espontáneo de los blancos en Ellis Park —aquel «¡Nelson! ¡Nelson!»—, había pruebas elocuentes y convincentes de que sus duros esfuerzos habían surtido efecto. Al rendirle tributo a él, estaban rindiendo tributo al gran valor del «no racismo» por el que había soportado veintisiete años de cárcel. Estaban pidiendo perdón y aceptando el generoso abrazo que él, y a través de él la Sudáfrica negra, les estaba ofreciendo. Había empezado con Kobie Coetsee aquel día de noviembre de 1985 en el hospital, el primero de sus enemigos al que conquistó. Luego Niël Barnard, luego P. W. Botha, luego los medios afrikaans, De Klerk y sus ministros, el alto mando de la FSAD, Constand Viljoen y los demás generales del final amargo, del Volksfront afrikaner, Eddie von Maltitz, John Reinders y el resto del personal en los Union Buildings, Morné du Plessis, Kobus Wiese, François Pienaar: uno tras otro habían sucumbido a medida que él ampliaba cada vez más su abrazo, hasta el día de la final de rugby, en el que abrazó a todos.

John Reinders, el jefe de protocolo de la presidencia, lo comprendió perfectamente: «La final de la Copa del Mundo de rugby mostró lo mejor de él; fue todo él —decía—. Fue el día en el que todo el país vio en público al hombre que nosotros habíamos visto en privado. Fue el día en que todo el mundo, especialmente la Sudáfrica blanca, pudo verle como era de verdad».

«Fue un día memorable —dijo Mandela años después, con una sonrisa que iluminaba el mismo salón en el que se había sentado a saborear la victoria aquella noche del 24 de junio de 1995—. Nunca imaginé que ganar la Copa del Mundo pudiera tener tanto impacto en una persona. Nunca me lo esperé. Todo lo que hacía era seguir adelante en mi tarea de movilizar a los sudafricanos para que apoyaran el rugby e influyeran en los afrikaners, sobre todo con vistas a la construcción nacional».

«Influir» era una forma de llamarlo. La gran tarea de su presidencia, asegurar los cimientos de la nueva nación, «hacer sudafricanos», se había completado no en cinco años, sino en uno. De un plumazo, había eliminado la amenaza de la derecha. Sudáfrica no había tenido tanta estabilidad política en ningún momento desde la llegada de los primeros colonos blancos en 1652.

Die Burger lo resumió bien. El periódico destacaba que «el aislamiento deportivo fue una de las principales presiones que precipitó el cambio político» y decía: «¿No es irónico que el rugby sea una fuerza unificadora de tal calibre cuando, durante tanto tiempo, sirvió para aislarnos del mundo? Porque ya no cabe duda de que el equipo Springbok ha unido al país más que cualquier otra cosa desde el nacimiento de la nueva Sudáfrica».

También lo supo, cosa más importante, Constand Viljoen. Las preocupaciones que le habían atormentado, la idea de que se había equivocado al optar por las elecciones en vez de una guerra de liberación bóer, o de que todavía podía estallar esa guerra sin él, se habían desvanecido. «Aquel partido de rugby me convenció de que había acertado con mi decisión», dijo. El alivio del general Viljoen derivaba de la seguridad de que, cuando las hordas gritaban «¡Nelson! ¡Nelson!», se le había quitado un gran peso de encima. Con aquel gesto, los afrikaners estaban asumiendo la responsabilidad del general sobre sus propios hombros, estaban apropiándose de la devoción que sentía él por Mandela.

«Verlo a él, el icono de los negros, tan feliz con su camiseta Springbok, me resultó tremendamente tranquilizador. Me había resultado muy difícil tomar la decisión y nunca imaginé que iba a verme reafirmado de forma tan espectacular».

En este sentimiento, su hermano Braam, el gemelo «bueno», encontró por fin algo en común con Constand. «He conocido la ira de la política afrikaner toda mi vida, y que pudiera ocurrir aquello me pareció un milagro —reflexionaba—. ¡Qué carisma tenía aquel hombre! ¡Qué líder era Mandela! Cogió del brazo a mi hermano y no lo soltó».

¿Tenía Mandela algún defecto? Sisulu lo conocía mejor que nadie. Su respuesta era que su viejo amigo tenía tendencia a confiar demasiado en la gente, a creerse a la primera sus buenas intenciones. «A veces desarrolla demasiada confianza en una persona —dijo—. Cuando confía en una persona, va a por todas». Pero luego Sisulu pensó un momento en lo que había dicho y añadió: «Claro que eso quizá no es un defecto… Porque la verdad es que no nos ha decepcionado con esa confianza que tiene en la gente».

La debilidad de Mandela era su mayor virtud. Triunfó porque prefirió ver el bien en personas a las que el 99 % de la gente habría considerado imposibles de redimir. Si Naciones Unidas decretó que el apartheid era un crimen contra la humanidad, ¿qué mayores criminales que el ministro de Justicia del apartheid, el jefe de los servicios de inteligencia del apartheid, el jefe militar supremo del apartheid, el jefe de Estado del apartheid? Sin embargo, Mandela apuntó directamente a la semilla oculta que albergaba a sus «ángeles buenos» y supo sacar la bondad que yace en el fondo de todas las personas. No sólo Coetsee, Barnard, Viljoen y P. W. Botha, sino los esbirros del apartheid —los guardias de prisiones, Badenhorst, Reinders— y sus cómplices inconscientes: Pienaar, Wiese, Luyt. Con su empeño en despertar e incitar lo que había de mejor en ellos, y en todos los sudafricanos blancos que vieron el rugby aquel día, les ofreció un regalo de valor incalculable: hizo que pudieran sentirse mejores personas y, en algunos casos, los transformó en héroes.

Su arma secreta era que daba por supuesto no sólo que le iban a caer bien las personas a las que conociera, sino que él les iba a gustar a ellas. Esa enorme seguridad en sí mismo, unida a la sincera confianza que tenía en otros, era una combinación tan irresistible como encantadora.

Era un arma tan poderosa que engendró un nuevo tipo de revolución. En vez de eliminar al enemigo y partir de cero, incorporó al enemigo a un nuevo orden deliberadamente construido sobre los cimientos del viejo. Al concebir su revolución, no sólo como la destrucción del apartheid, sino, a largo plazo, como la unificación y reconciliación de todos los sudafricanos, Mandela rompió el molde histórico.

Pero, como mostró su reacción a la actitud del público en Ellis Park, se sorprendió incluso a sí mismo. No había valorado lo suficiente el poder de su encanto.

Un domingo, pocas semanas después de la victoria de los Springboks, Nelson Mandela visitó una iglesia en Pretoria. Era un templo de la Iglesia Reformada Holandesa, la confesión que en otro tiempo había tratado de encontrar justificación bíblica para el apartheid; que había convencido a Constand Viljoen de que había Cielos separados para blancos y negros; que había exiliado a su hermano Braam por decir que aquella doctrina era una herejía. «Aquélla fue la ocasión —contaba Mandela, con los ojos chispeantes— en la que vi que los efectos del partido de rugby iban a durar, que la actitud de los afrikaners hacia mí había cambiado verdaderamente por completo». Durante

el servicio, se dirigió a los fieles en afrikaans, y después le rodearon ante la iglesia, como si estuvieran en una melé. Era exactamente lo que le había sucedido en cientos de concentraciones del CNA en los distritos negros de todo el país. En cualquier sitio al que iba, los negros le trataban como si fuera una combinación de David Beckham, Evita Perón y Jesucristo. Ahora, los blancos estaban haciendo lo mismo. «De la masa salían manos que trataban de estrechar la mía. Y las mujeres: ¡querían besarme en la mejilla! Eran espontáneos, entusiastas. Se desvivían por acercarse, y a mí me llevaban de un lado a otro. Y perdí un zapato. ¿Puede creerlo? ¡Perdí un zapato!»

Mandela estaba casi doblado de risa mientras contaba la historia. Se reía porque era divertida, pero también porque estaba describiendo la culminación del sueño de su vida, el momento en el que comprendió que Sudáfrica, por fin, era un país.

EPÍLOGO

Doce años después de la final de la Copa del Mundo de rugby, en agosto de 2007, se descubrió una estatua de bronce de Nelson Mandela en la Plaza del Parlamento de Londres, junto a las de Abraham Lincoln y Winston Churchill. En su información del acto, un periódico nacional británico calificó a Mandela de «líder negro». No pretendía ofender, seguramente, pero, aun así, parecía un poco insultante verlo descrito en esos términos. Como lo habría sido ver a Lincoln y a Churchill descritos meramente como «líderes blancos».

Identificar a Mandela por su raza es disminuirlo. Tony Benn, un veterano parlamentario británico, se aproximó más a la verdad cuando, en la ceremonia, llamó a Mandela «presidente de la humanidad».

Pero Mandela, que entonces tenía ochenta y nueve años, no era una especie de aberración de la naturaleza. Como dijo él en su turno de intervención, frágil pero con voz firme, «aunque esta estatua representa a un hombre, en realidad debería simbolizar a todos los que se resistieron a la opresión, especialmente en mi país».

La modestia de Mandela podía, a veces, ser un poco artificial, pero en esa ocasión no lo era. Mandela era la encarnación de las mejores cosas que podía ofrecer su país. Lo vi personalmente, en repetidas ocasiones, durante los seis años que estuve destinado en Sudáfrica, entre 1989 y 1995, una época en la que, en medio del esperanzado movimiento hacia delante, se desató una violencia terrible en los distritos negros, sobre todo los de alrededor de Johanesburgo, donde yo vivía. Lo mejor de Sudáfrica no era Mandela, sino que el país estaba repleto de mini-Mandelas, de gente como Justice Bekebeke, su novia, Selina, o *Terror* Lekota, el primer ministro del Estado Libre de Orange que invitó a Eddie

von Maltitz a su fiesta de cumpleaños.

La primera vez que entrevisté a Mandela, a principios de 1993, le pregunté cómo era posible que el mensaje de «no racismo» del CNA hubiera capturado la imaginación de los negros sudafricanos, en detrimento del vengativo «un colono, una bala» del CPA. Me respondió que la historia había enseñado a su pueblo a ser cálido, amable y generoso, incluso con sus enemigos. «El rencor no se concibe —dijo—, ni siquiera cuando luchábamos contra algo que nos parecía que estaba mal». El mensaje del Congreso Nacional Africano, dijo, «no había hecho más que consolidar ese modelo histórico».

Esa verdad quedó demostrada por mi experiencia, pero no era toda la verdad. Otro tipo de líder del CNA habría podido escoger la opción, más fácil, de apelar a la indignidad y el dolor que había sufrido la Sudáfrica negra y convertirlos en un enfrentamiento violento. Hacía falta una sabiduría poco frecuente para que Mandela dijera a su gente, como me parafraseó en aquella misma entrevista: «Entiendo vuestra ira. Pero, si estáis construyendo una nueva Sudáfrica, debéis estar preparados para trabajar con gente que no os gusta».

Su generoso pragmatismo era todavía más extraordinario si se tenía en cuenta la trayectoria histórica de su propia vida. Albert Camus escribió en su libro *El hombre rebelde*: «Veintisiete años en prisión no engendran una forma muy conciliadora de inteligencia. Un encierro tan prolongado hace que un hombre se convierta en un pelele, o un asesino, o a veces ambas cosas». En defensa del filósofo francés, hay que decir que murió en 1960, antes incluso de que Mandela entrara en la cárcel. Pocos habrían discutido la lógica de esas palabras cuando las escribió Camus. Mandela fue un primer caso y seguramente un último. Fue para Sudáfrica lo que George Washington fue para Estados Unidos, el hombre indispensable. Como me dijo el arzobispo Tutu: «No habríamos podido hacerlo sin él».

Mandela impidió que estallara una guerra pero eso no significó que dejara a Sudáfrica un estado de paz y armonía perfectas, como Washington tampoco lo logró en Estados Unidos. Después del apartheid, Sudáfrica se libró de su singularidad en el mundo, dejó de ser el parangón de la injusticia y el chivo expiatorio (totalmente merecido) de la incapacidad humana de superar los antagonismos raciales, tribales, nacionalistas, ideológicos y religiosos. Se convirtió en un país con los mismos retos que otros en parecidas circunstancias económicas: cómo proporcionar viviendas a los pobres, cómo combatir los crímenes violentos, cómo luchar contra el sida. Y hubo corrupción, hubo

ejemplos desagradables de clientelismo político, hubo dudas sobre la eficacia del CNA en el gobierno. Y la eterna cruz de la humanidad, el retrógrado problema del color de la piel, tampoco desapareció por arte de magia, aunque, al comenzar el siglo XXI, la transformación era tal que no había muchos países cuyos ciudadanos blancos y negros se relacionasen con tanta naturalidad como en Sudáfrica.

También era cierto que los fundamentos políticos siguieron siendo tan sólidos como los había dejado Mandela al acabar sus cinco años de mandato presidencial: el país siguió siendo un modelo de estabilidad democrática y el imperio de la ley permaneció firme.

¿Permanecería así para siempre? ¡Quién podía saberlo! Lo que sí perduraría es el ejemplo de Mandela, y aquel atisbo de utopía que su pueblo vio desde la cima de la montaña a la que les llevó el 24 de junio de 1995. Cuando pregunté a Tutu cuál era el valor más perdurable de aquel día, replicó: «Es fácil. Un amigo de Nueva York me dio la respuesta cuando me dijo: "¿Sabes qué? Lo mejor de todo lo bueno que ha ocurrido es que puede volver a ocurrir"».

¿DÓNDE ESTÁN HOY?

NIËL BARNARD: ocupó un alto cargo del Partido Nacional en el gobierno de coalición de Mandela hasta su retirada en agosto de 1996; Mandela organizó un banquete de despedida en su residencia oficial de Pretoria para rendir homenaje a su contribución al cambio pacífico. Hoy trabaja como consultor y emplea su «experiencia y conocimientos», según sus palabras, en asesorar a líderes africanos de todo el continente «sobre el gobierno y la forma de gobernar».

JUSTICE BEKEBEKE: fue responsable electoral de la Provincia del Cabo Norte en Sudáfrica y en 2004 formó parte de un equipo de observadores internacionales independientes que viajó a Estados Unidos para ayudar a certificar que las elecciones presidenciales de ese año eran libres e imparciales.

P. W. BOTHA: murió de un ataque al corazón a los noventa años, en 2006. Mandela transmitió sus condolencias a la familia y dijo: «Aunque, para muchos, el señor Botha seguirá siendo un símbolo del apartheid, también le recordamos por los pasos que dio para abrir camino hacia una solución negociada y pacífica en nuestro país».

CHRISTO BRAND: lleva la tienda oficial de recuerdos en Robben Island. Su hijo Riaan, el que Mandela abrazó secretamente en la cárcel cuando tenía ocho meses, murió en un accidente de coche en 2005. Mandela, cuyo hijo murió a una edad parecida en otro accidente mientras él estaba en Robben Island, voló hasta Ciudad del Cabo para consolar a su viejo carcelero.

KOBIE COETSEE: murió de un ataque al corazón a los sesenta y nueve años, en 2000. Mandela dijo: «Siempre cultivaremos y valoraremos el recuerdo de Kobie Coetsee como uno de los grandes arquitectos de la transformación hacia una Sudáfrica democrática. Nos entristece que haya fallecido antes de que nosotros,

y el país, pudiéramos rendir el homenaje apropiado a este hombre discreto y modesto por sus contribuciones pioneras, cuyos frutos estamos disfrutando ahora».

NICHOLAS HAYSOM: trabajó para Naciones Unidas en la resolución de conflictos y la construcción nacional en Líbano, Nigeria, Indonesia, Filipinas, Timor Oriental, Sudán, Somalia, Sri Lanka, Lesotho, Colombia, Congo, Tanzania, Zimbabue, Kenia, Nepal, Myanmar e Irak, antes de ser nombrado director de asuntos políticos en la Oficina Ejecutiva de la Secretaría General de la ONU.

NELSON MANDELA: unas semanas antes de cumplir ochenta y seis años, convocó una rueda de prensa para anunciar su retirada y al final dijo: «Muchas gracias por su atención y muchas gracias por su amabilidad con un anciano, por permitirle que descanse, aunque muchos de ustedes puedan pensar que, después de vaguear en una isla y algunos otros lugares durante 27 años, el descanso realmente no es merecido». Desde entonces, se ha dedicado a sus tres organizaciones benéficas personales: la Fundación Mandela Rhodes, la Fundación Nelson Mandela y el Fondo Nelson Mandela para la Infancia, dedicadas, respectivamente, a promover la educación, luchar contra la pobreza y combatir el sida.

LINGA MOONSAMY: es jefe de seguridad corporativa en South African Airways, pero sigue siendo amigo de Mandela. Está casado con una sobrina de la esposa de Mandela, Graça Machel, y va muchas veces a comer los domingos a su casa.

EDDIE VON MALTITZ: sigue viviendo en su granja del Estado Libre de Orange, todavía va vestido de camuflaje, lleva un arma y llama por teléfono a las emisoras de radio sudafricanas para denunciar injusticias.

MORNÉ DU PLESSIS: dirige el Instituto de Ciencias del Deporte de Sudáfrica y es miembro de la Academia Mundial del Deporte, un organismo de antiguos grandes del deporte entre los que están Jack Nicklaus, Dan Marino, Martina Navratilova y sir Bobby Charlton. Cada año se reúnen para seleccionar a los ganadores de los Premios Mundiales Laureus, el equivalente en el mundo del deporte a los Oscars de Hollywood.

CONSTAND VILJOEN: dirige una granja en lo que ahora se denomina la Provincia de Mpumalanga (cuando era niño, era el Transvaal Oriental) y de vez en cuando pasa sus vacaciones en Ciudad del Cabo, donde se aloja con su mujer

en una casa en la costa para militares retirados, llamada *El Alamein*.

BRAAM VILJOEN: dedica su jornada de trabajo a su granja al norte de Pretoria. Su hermano y él tienen una relación más estrecha que nunca desde su niñez. Disfrutan hablando de política.

FRANÇOIS PIENAAR: trabaja como alto ejecutivo en el First National Bank de Ciudad del Cabo. Mandela, que es padrino de su hijo mayor, Jean, les ha invitado en varias ocasiones a su casa a él, su mujer, Nerine, y sus hijos. Mandela dio al hijo pequeño de Pienaar, Stephane, el apodo de *Gora*, que significa «el valiente» en xhosa.

EUGENE TERREBLANCHE: el líder del Movimiento de Resistencia Afrikaner (AWB), de extrema derecha, fue encarcelado en 1997 por lesiones graves e intento de asesinato, en ambos casos de unos hombres negros indefensos. Quedó en libertad de 2004 y hoy predica sermones que invitan al arrepentimiento y la redención.

AWB: un editorial en el boletín de la organización, *Storm*, publicado en 2002, decía: «Desde las elecciones de 1994, las organizaciones patrióticas afrikaner se han visto debilitadas por la incertidumbre entre sus partidarios sobre si votar o no. La unidad que existía antes de las elecciones de 1994 ha quedado destruida. Nuestra gente está decepcionada por el hecho de que el CNA se haya hecho con el poder, y nos invade un sentimiento de impotencia. Desde entonces, la actitud reinante es de “sálvese quien pueda”, y todo el interés por la política ha desaparecido».

LOS SPRINGBOKS: volvieron a ganar la Copa del Mundo de rugby en 2007, derrotando a Inglaterra en la final, y todavía visten la camiseta verde y oro. Una vez más, el país estalló de júbilo, negros, blancos y todos los colores intermedios.

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, mil gracias a los numerosos actores del drama sudafricano que se molestaron en hablar conmigo para este libro.

Gracias a Pearlie Joubert, por concertarme citas con ellos y simplemente por ser tan estupenda.

Gracias a Stephen Glover, así como a Andreas Whittam Smith, por nombrarme corresponsal en Sudáfrica del *Independent* de Londres. Si no hubieran tenido tanta fe en mí en 1989, este libro nunca habría visto la luz.

Y gracias a Javier Moreno, mi jefe actual en *El País*, por concederme el tiempo necesario para escribirlo.

Un afectuoso agradecimiento a mi editora Elena Ramírez, la directora de Seix Barral, cuya mezcla de rigor, inteligencia y apoyo me han ayudado de forma inconmensurable. Mil gracias a Nahir Gutiérrez y el resto del equipo de Seix Barral, y a Marisa Rodríguez, mi traductora, por su empeño, perseverancia y sensibilidad. Tampoco olvido que Adolfo García Ortega fue uno de los primeros en animarme a escribir este libro.

Zelda la Grange (junto con Pearlie, una fuerte aspirante al título de la mejor mujer sudafricana viva) fue muy amable. También lo fueron Moegsien Williams y Kathy Macfarlane en el *Star* de Johanesburgo, y Amanda Oosthuizen en *Die Burger*. Asimismo, Marietta Van Wyk.

Indra Delanerolle, David Fanning, Sara Blecher, Sharon Cort, Cliff Bestall, Lindy Wilson y el resto del grupo del documental sobre Mandela que hicimos para televisión: muchas gracias a todos.

Entre los amigos y conocidos que me han brindado su apoyo, sus sugerencias y ánimos, y a los que debo enorme gratitud, están (y que aquellos de los que me

he olvidado me perdonen) Daniel Tanzer, James Lemoyne, Peter Ettedgui, Mark Phillips, Wim Trengrove, Stephen Robinson, Jorge Valdano, Jeremy Thompson, Tony O'Reilly, Teresa Rioné, Morgan Freeman, Sebastian Spear, Jayendra Naidoo y Tony Peckham.

Un agradecimiento especial a Lauren Jacobson y Keith Coleman, Michael Shipster, Joaquín Villalobos y Kobus Jordaan, magníficos amigos, tan generosos con su tiempo, sus conocimientos y su agudeza mental.

Gail Behrman hizo un gran trabajo recopilando las fotografías para este libro. La sensibilidad y los ánimos de Sue Edelstein fueron un impulso tremendo a lo largo de todo el proceso.

Anne Edelstein (nada que ver), mi agente en Barcelona y Nueva York, fue decisiva. La idea de este libro llevaba rondándome la cabeza desde hacía años. Sin su impulso entusiasta, quizá nunca habría nacido y, desde luego, no habría nacido ahora. Su devoción al empeño, como libro y como causa, ha sido muy valiosa y una fuente de inspiración.

Gracias a Anne, conocí a mi editor, Eamon Dolan. Él es (junto con Anne) la confirmación de lo que siempre he pensado: que los mejores estadounidenses son la mejor gente. Si este libro tiene algún valor, gran parte del mérito corresponde a Eamon, un artesano de la palabra brillante, exhaustivo y apasionado. Todavía no acabo de creerme mi suerte.

Por último, gracias a Sudáfrica por haber compartido sus secretos y su genio conmigo. Gracias a Nelson Mandela y a los miles de Mandelas menos famosos, a los que tuve la inmensa fortuna de conocer durante mi estancia allí, y cuyo espíritu generoso late en lo que de bueno pueda tener este libro. Pienso en Justice Bekebeke, pienso en Walter Sisulu y Ahmed Kathrada, pienso en mi viejo amigo Mandla Mthembu (que salvó mi vida al menos en una ocasión), pienso en Kader Asmal, *Terror* Lekota, John Battersby, Dudu Chili, Cyril Ramaphosa, Shaun Johnson, Ronnie Kasrils, Jacques Pauw, Gill Marcus, Debora Patta, Carl Niehaus, Max du Preez, Henrietta Mqokomiso, Halton Cheadle, Aziz Pahad, Ali Bacher, Anton Lubowski, Andy Durbach, Brian Currin, Desmond Tutu, Tim Smith, John Allen, Helen Suzman, y pienso en el difunto, gran Bheki Mkhize, el hombre más bueno, valiente y noble que he conocido jamás en ningún sitio. Él iluminó Sudáfrica para mí como el sol.

UNA NOTA SOBRE LAS FUENTES

Prácticamente todo el material de este libro está extraído de entrevistas que hice específicamente para él entre 2000 y 2007, o a lo largo de mi trabajo periodístico general desde que fui a vivir a Sudáfrica, en 1989. Un proyecto en el que participé de cerca, un documental televisivo sobre Mandela, emitido en PBS (*The Long Walk of Nelson Mandela*), SABC (*The First Accused*) y otros lugares en 1999, resultó especialmente valioso. También me resultaron útiles varios libros, entre ellos: la autobiografía de Nelson Mandela, *Long Walk to Freedom [El largo camino hacia la libertad]*; el libro de Anthony Sampson *Mandela: The Authorized Biography*; *Rainbow Warrior*, de François Pienaar; *Days of the Generals*, de Hilton Hamann; *One Team, One Country,*de Edward Griffiths; *Anatomy of a Miracle*, de Patti Waldmeir; *One Step Behind Mandela*, de Rory Steyn y Debora Patta; *Apartheid: The Lighter Side*, de Ben Maclennan; *The Other Side of History*, de Frederik van Zyl Slabbert; y *A Common Purpose: The Story of the Upington 25*, de Andrea Durbach.

Notas

[1] En castellano en el original. <<

[2] En castellano en el original. <<

OPINIONES SOBRE *EL FACTOR HUMANO*

«Los derechos de la película ya han sido comprados por Morgan Freeman… y Clint Eastwood será el director. En sus manos, existe la posibilidad de que la película haga justicia a la historia, pero no esperéis a la película», *The New York Times*.

«Un revelador análisis del genio político de Mandela… Un libro exacto, apasionante y enérgico que arroja luz sobre un momento de esperanza para el mundo entero», *Daily Express*.

«Muchos autores han escrito sobre los aspectos prácticos de la transformación de Sudáfrica en una democracia no racial, pero pocos capturan su espíritu tan bien como Carlin», *The Economist*.

«Carlin ha construido esta historia de manera que los sucesos se desarrollen de forma natural, encajándose unos con otros, y culminando en un momento de gloria único… La película no se estrenará hasta el 2010; mientras, disfruta de esta historia cálida, inteligente y maravillosa», *Irish Independent*.

«Éste no es un libro sobre deporte, sino una obra de historia de política moderna escrita y construida de forma brillante», *The Times*.

«Un excelente libro sobre la redención y el perdón»,

Publishers Weekly.

«Es un retrato del George Washington sudafricano y funciona tan bien por lo cerca que Carlin estuvo de Mandela y la gente que él sedujo», *Financial Times*.

«Una historia fascinante… Una narración cautivadora», *Sunday Telegraph*.

«Carlin es un extraordinario e inteligente narrador… Ésta es una lectura brillante y reveladora», *BBC*.